



Universidad de Chile

Instituto de la Comunicación e Imagen

Magíster en Comunicación Política

***Las grandes alamedas del Chile demoliberal. Imaginaciones
mediáticas e imaginarios sociales de lo público en las
manifestaciones estudiantiles del 2011***

Alumno Tesista

Francisco Marín Naritelli

Profesor Guía

Claudio Salinas

2013

Santiago de Chile

Agradecimientos

Ante todo, quisiera agradecer a mi profesor guía, Claudio Salinas, por su apoyo constante en la elaboración, proceso y término de las “Grandes Alamedas”.

A Nicolás Pereira por su colaboración en el análisis de prensa, lo que me permitió establecer los cruces analíticos correspondientes.

A Felipe Faúndez, por su aporte con las fotografías del movimiento estudiantil durante el 2011.

Y a todos a aquellos que, en mayor o menor medida, aportaron para que esta investigación viera la luz.

*“Un niño jugará en una alameda
y cantará con sus amigos nuevos
y ese canto será el canto del suelo
a una vida segada en La Moneda”.*

Pablo Milanés

“Nosotros y los que vengan después de nosotros, seguiremos luchando para hacer de este mundo nuestro hogar, incluso si los hogares que hemos hecho, la calle moderna, el espíritu moderno, continúan desvaneciéndose en el aire”.

Marshall Berman

Índice

Introducción	7
Capítulo I	13
(Los imaginarios entran en escena)	13
Las ciudades invisibles.....	13
El fuego imaginario.....	14
Una ciudad; todas las ciudades	18
Santiago: un breve recorrido imaginario	23
La Alameda... Orbis Tertius (¿os suena este nombre?).....	27
Capítulo II.....	34
(Las imágenes del presente)	34
Imaginaciones mediáticas.....	34
2011: el latido del descontento	38
El malestar cívico.....	50
La ruta de las movilizaciones	63
Capítulo III.....	66
(Tensiones y disrupciones de lo moderno).....	66
Una metodología desde la vida cotidiana.....	66
Los fantasmas de la modernidad.....	70
Mediaciones, dispositivos e imágenes	76
La ciudad virtual	79
Santiago: la imagen antitética.....	81
Resistencias y discursos	85
Capítulo IV.....	88
(El camino metodológico)	88
Metodología.....	88
Criterios de selección y definición de la muestra	89
Editorial.....	94
Reportaje	94
Herramientas de recolección, técnicas y herramientas de análisis.....	95
Matriz de registro y análisis.....	97
Capítulo V	103
(Por donde pase el hombre libre)	103
El desacuerdo.....	103
Movimiento estudiantil: ¿movimiento de masas? ¿Movimiento social?.....	106
De la homogeneidad a la heterogeneidad.....	108
Virno: de la masa a la multitud.....	112

El imaginario como auto comprensión: una problematización en torno a lo ilustrado	113
Lo hegemónico, residual y emergente.....	118
Lo dominante.....	120
Lo residual: entre la violencia desahogada o el gesto contestatario.....	126
La emergencia de lo carnavalesco	130
Imaginarios en torno a La Alameda: entre la instrumentalización y el fin topográfico	135
<i>Post scriptum</i> : Las imágenes de la movilización (el espacio semiótico)	138
Hitos imaginativos de la marcha por La Alameda.....	141
Capítulo VI.....	144
(Las imaginaciones mediáticas de El Decano).....	144
El Mercurio: “un guía simbólico y material”	144
Las imágenes de El Decano.....	147
<i>Clasificación editorial</i>	147
<i>Actores</i>	150
<i>Representaciones del movimiento estudiantil respecto a La Alameda</i>	153
<i>¿Espacio público o privado?</i>	157
Reportajes de El Mercurio.....	161
<i>Actores</i>	162
<i>El movimiento estudiantil por el tragaluz de El Decano</i>	166
<i>Representaciones de la movilización por La Alameda</i>	168
Capítulo VII.....	171
(Las imaginaciones mediáticas de La Tercera).....	171
La Tercera: el otro integrante del duopolio	171
<i>Clasificación editorial</i>	172
<i>Acreditación de categorías</i>	173
<i>Actores</i>	174
<i>Representaciones del movimiento estudiantil</i>	179
<i>¿La privatización del espacio público?</i>	181
Reportajes.....	184
<i>Actores</i>	184
<i>La verdad de La Tercera</i>	188
<i>Las causas inauditas de la movilización por La Alameda</i>	190
<i>Privando el derecho a La Alameda</i>	193
La Alameda infausta bajo el crisol mediático.....	194
Capítulo VIII.....	199
(Las Grandes Alamedas)	199
Las imágenes contrapuestas.....	199

La modernidad corrupta: entre la policía y la política.....	201
La Alameda y los medios: los estudiantes secundarios también imaginan	206
Contra la fugacidad del presente.....	210
Las grandes Alamedas (a modo de conclusión).....	212

Introducción

Santiago de Chile, otoño en la capital, miles de estudiantes secundarios y universitarios pueblan la principal avenida, La Alameda. Son cerca de 15 mil personas las que se congregan en la jornada de movilización nacional por la “recuperación de la educación pública”, convocada por la Confech. Es 12 de mayo, diez días antes de la segunda cuenta pública del Presidente Sebastián Piñera. El petitorio es elocuente y perentorio:

“La educación se encuentra en una profunda crisis. Esta se evidencia en una pésima calidad en muchas instituciones de educación superior, el poco acceso al sistema de los sectores más vulnerables, el excesivo endeudamiento de las familias, debilitamiento del rol del Estado y sus instituciones, generación de lucro - fuera de la ley - por parte de muchas instituciones privadas y la prohibición explícita de la participación de la comunidad universitaria en el desarrollo de la institución”¹

La marcha comienza en Plaza Italia, espacio de encuentros y desencuentros, de festividades y manifestaciones, metonimia de la división imaginaria y física de la ciudad de Santiago (al oriente, el sector más acomodado, mientras que al poniente, el centro y la periferia urbana). Avanza por La Alameda, hacia Plaza Bulnes, símbolo del imaginario republicano del poder, pues al frente se encuentra el Palacio de Gobierno y las oficinas y reparticiones públicas; para finalizar en el Parque Almagro.

En aquella movilización se hace visible la presencia de líderes estudiantiles como Camila Vallejo y Giorgio Jackson, presidentes de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile y Pontificia Universidad Católica de Chile, respectivamente. La dirigente de la FECH expresa: “Es una marcha multitudinaria, por lo menos hay unas 15.000 personas y el nivel de transversalidad que está adquiriendo revela que hay un descontento general respecto a cómo está el modelo en nuestro país que afecta al sistema educativo”².

¹Confederación de Estudiantes de Chile, CONFECH (12 de mayo de 2011). Convocatoria 12 de mayo por la recuperación de la educación pública. Recuperado el lunes 03 de junio del 2013. En: <http://confech.wordpress.com/2011/05/03/convocatoria-12-mayo-por-la-recuperacion-de-la-educacion-publica/>

²Diario “El Mostrador” (12 de mayo del 2011). *Contundente manifestación estudiantil en la antesala del 21 de mayo*. Recuperado el 03 de junio del 2013, de

Más adelante, asevera:

“Necesitamos cambios culturales, apuntando al fortalecimiento real de un sistema público a nivel nacional en todos sus niveles, pero no hay voluntad política del gobierno de fortalecer aquello, y lo que será prioridad es entregarle recursos a las instituciones privadas y estas no necesitan plata, puesto que tienen recursos y grandes niveles de utilidad y que es abismal; por qué le vamos a dar plata que es de todos los chilenos y además no garantiza en calidad”³.

La convocatoria ha sido todo un éxito pese a la vigilancia policial y una treintena de detenidos producto del enfrentamiento entre efectivos de Fuerzas Especiales de Carabineros y encapuchados. Así lo consigna La Tercera en su lead:

“No estaban protestando, pero a veces tenían que correr para evitar ser alcanzados por los carros lanzagua y lanzagases de Carabineros. Los transeúntes que pasaban ayer, cerca de las dos de la tarde, por el centro de Santiago, se confundían con las más de 20 mil personas que se movilizaron en la capital para pedirle al gobierno reformas en la educación superior”⁴.

Por su parte, El Mercurio titula: “50 mil universitarios salen a las calles y Educación pone acento en alumnos técnicos”⁵. El ministro de Educación, Joaquín Lavín, según informa el diario, enfatiza: “tengo que preocuparme no sólo de los que marcharon hoy. Los más desprotegidos, lo que tienen menos ayuda y menos becas no estaban en la calle hoy: los IP y CFT”⁶

Pero no será la última movilización ni las últimas situaciones de violencia en La Alameda. Es jueves 4 de agosto. Pleno invierno. Pese a que la convocatoria no llegará a más de 10 mil personas, será un día histórico por la violencia de los acontecimientos y la dura respuesta policial.

<http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2011/05/12/contundente-manifestacion-estudiantil-en-la-antesala-del-21-de-mayo/>

³ Ibídem.

⁴Diario “La Tercera” (13 de mayo del 2011). *Universitarios realizan masivas marchas en Santiago y regiones*. Recuperado el 03 de junio del 2013, de

<http://diario.latercera.com/2011/05/13/01/contenido/pais/31-68809-9-universitarios-realizan-masivas-marchas-en-santiago-y-regiones.shtml>

⁵ Diario El Mercurio (13 de mayo del 2011). *50 mil universitarios salen a las calles y Educación pone acento en alumnos técnicos*. C1.

⁶ Ibídem.

Hay un clima enrarecido. Ya desde temprano se levantan barricadas en diferentes puntos de la capital. La Plaza Italia amanece rodeada por vallas de contención: ese día está prohibida la manifestación por La Alameda, pero los estudiantes persisten. Unos tres mil secundarios intentan avanzar desde el oriente. Otros tantos, que logran llegar al lugar de la convocatoria, despliegan un cartel que dice: “No más lucro” en la estatua de José Manuel Balmaceda. Carabineros de Chile, mediante megáfonos, los insta a retirarse. Ante la respuesta negativa, proceden a utilizar gases lacrimógenos.

A eso de las 10 de la mañana, “los altoparlantes de la línea 1 del Metro en dirección al oriente piden a los pasajeros cerrar las ventanillas “por el gas lacrimógeno lanzado por los disturbios que hay en la ciudad”⁷. Santiago se estremece. La calle es un campo de batalla: los puntos de conflicto se multiplican; si bien las protestas se iniciaron temprano, los sucesos se prolongan hasta la tarde. Hay una nueva movilización convocada a las 18.30, esta vez por los universitarios. Cerca de mil policías se despliegan para contener los disturbios. Incluso, dos helicópteros de carabineros sobrevuelan los aires con sus reflectores encendidos.

Horas antes, el vocero del gobierno, Andrés Chadwick, enfatiza que “los estudiantes no son los dueños de este país”⁸. En esa línea, subraya que el gobierno le ha ofrecido a los estudiantes distintas alternativas y opciones de otros lugares en Santiago, sin embargo, “ellos están empeñados en el tema de la Alameda”⁹. En tanto, la vocera del movimiento, Camila Vallejo, solicita la renuncia del ministro del Interior, Rodrigo Hinzpeter por la forma como ha actuado Carabineros y la represión generalizada.

Por la noche, los cacerolazos y los bocinazos se hacen sentir. Grupos de personas salen a plazas y calles en apoyo a los estudiantes. No son pocos los que recuerdan los tiempos de la Dictadura Militar (1973-1990). Pasadas las 21 horas, se produce un incendio que afecta a la tienda La Polar, ubicada en calle San Diego, siendo saqueada posteriormente por una turba

⁷ Periódico “El Ciudadano” (05 de agosto del 2011). *Crónica de una ciudad sitiada*. Recuperado el 03 de junio del 2013, de <http://www.elciudadano.cl/2011/08/05/39163/cronica-de-una-ciudad-sitiada/>

⁸ Diario “El Mostrador” (04 de agosto del 2011). *Fuerte contingente policial y clima de tensión marcan movilización de escolares en Plaza Italia*. recuperado el 03 de junio de 2013, de <http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2011/08/04/fuerte-contingente-policial-y-clima-de-tension-marcan-movilizacion-de-escolares-en-plaza-italia/>

⁹ *Ibíd.*

que ataca a voluntarios de Bomberos que intentan controlar el siniestro. 500 detenidos y 14 heridos en todo el país es el saldo de la jornada.

El diario El Mercurio dedica largas páginas a los hechos en la sección Nacional. Titula: “Encapuchados y vándalos a rostros descubiertos incendian y saquean local de La Polar”¹⁰.

Así prosigue la noticia:

“No, si esto no fue accidente. Ellos le prendieron fuego, dijo Alejandro Chacón, locatario de la sandwichería Crazy Mary, cuando la multitienda La Polar de la calle San Diego con Tarapacá, en la comuna de Santiago ardía en llamas. Ellos, según el testigo, eran un grupo de violentistas –varios encapuchados- que instalaron barricadas en el sector y que saquearon el establecimiento pasadas las 21.15 horas”¹¹.

En tanto, el diario La Tercera consigna: “barricadas, vandalismo y enfrentamiento de encapuchados con carabineros, marcaron ayer la jornada de protesta convocada por la Confech y que se desarrolló en Santiago y regiones”¹². El alcalde de Santiago, Pablo Zalaquett, según informa el diario, “avaluó los daños en 1.000 millones, considerando pérdidas en empresas como La Polar y otras aledañas, bancos como el Santander, BCI y Hush Puppies”¹³. A su vez, las pérdidas “en señalética, cámaras de vigilancia, casetas de seguridad alcanzan los 50 millones”¹⁴.

El movimiento estudiantil, una vez más, logra atraer la atención mediática, además de paralizar Santiago y su principal avenida, el eje cardinal de la ciudad: La Alameda como el escenario de manifestación pública que moviliza sueños y evocaciones, batallas y encuentros.

Así, las movilizaciones estudiantiles del 2011 develan una urgencia material y simbólica, un malestar en el espacio público. Marchar por La Alameda expresa un cariz recurrente: el

¹⁰ Diario “El Mercurio” (05 de agosto de 2011). *Encapuchados y vándalos a rostros descubiertos incendian y saquean local de La Polar*. C1. Además, el diario informa en torno a esta movilización y sus consecuencias en C8 y C9.

¹¹ *Ibíd.*

¹² Diario “La Tercera (05 de agosto del 2011). *Desmanes y cacerolazos marcan jornada de protestas*. Recuperado el 03 de junio del 2013, de <http://diario.latercera.com/2011/08/05/01/contenido/pais/31-78948-9-desmanes-y-cacerolazos-marcan-jornada-de-protestas.shtml>

¹³ *Ibíd.*

¹⁴ *Ibíd.*

desplazamiento por esta arteria materializa el desplazamiento por el poder. El movimiento estudiantil no solo busca satisfacer y dar respuesta a un conjunto de problemáticas en torno a la educación como la crítica al lucro, la demanda por calidad y equidad, sino también, busca movilizar una *ensoñación*: el Chile que se ve y el que se quiere proyectar, un *pathos* y un *ethos* social materializado en el espacio ciudadano. ...¿por dónde marchan los caminantes que buscan un camino? ¿Qué trazos de memoria recuperan su vigor a la luz de la marcha por la principal avenida capitalina? ¿Qué significa ese acto para la política y propiamente para la ciudad?

Imágenes de un Chile paradójico, nunca acabado. El hacer de los hombres al servicio de su ímpetu, un territorio, un flujo, un tránsito, memorias que salen a la luz, que chocan y se entremezclan. Estas son las imágenes y las ensoñaciones requeridas. Instigaremos su comparecencia en el futuro de aquellos sucesos que siguen constituyendo el presente de muchos.

La investigación, por tanto, se propone iniciar un recorrido teórico y metodológico que dilucide las imaginaciones mediáticas y las imaginaciones sociales en torno a la Alameda a propósito del 2011.

En el capítulo I, tratamos de inspeccionar la noción de imaginario urbano, que inequívocamente nos lleve a la Alameda y sus imágenes históricas.

En el capítulo II, situamos el problema de la movilización por la Alameda desde sus causas políticas, sociales, culturales y económicas.

En el capítulo III y el IV, establecemos el marco teórico, desde donde dialogamos con cierta bibliografía atingente, y la metodología necesaria para encauzar el análisis propuesto.

En el capítulo V, indagamos en los imaginarios de los estudiantes movilizados, estableciendo –desde el discurso de estos- las inteligibilizaciones y ensoñaciones de la Alameda como espacio público.

En el capítulo VI y VII, describimos las imágenes mediáticas de la prensa hegemónica –léase La Tercera y El Mercurio- respecto a la movilización por la Alameda.

Y finalmente, en el capítulo VIII, tratamos de problematizar lo expuesto, estableciendo las comparaciones pertinentes entre imaginaciones e imaginarios, poniendo en perspectiva el recorrido propuesto. Esto es, las líneas de presente y futuro, toda vez que nuestra intención es leer en el presente, en vista al pasado, y develar, porque no, las posibilidades del futuro.

Capítulo I (Los imaginarios entran en escena)

“Ocurre con las ciudades lo que en los sueños: todo lo imaginable puede ser soñado, pero hasta el sueño más inesperado es un acertijo que esconde un deseo, o bien su inversa, un temor” (Calvino, 2012: 58)

Las ciudades invisibles

Ítalo Calvino reserva un gesto incombustible al cúmulo –no menor- de problematizaciones, disrupciones, avances y retrocesos acerca del hombre y sus ciudades: interrogarlas en torno a su naturaleza simbólica, a su condición imaginativa. Aquel gesto taxativo se encuentra, a su vez, enraizado en metáforas, cadenas articuladas que performativizan la experiencia social de lo humano: el lenguaje como ámbito de expresividad, como una apertura al mundo, conciencia de este, no mero *reflejo* de una realidad preexistente, ordenada y definida. Algo así reiterado por Raymond Williams: “una definición del lenguaje es siempre, implícita o explícitamente una definición de los seres humanos en el mundo” (2000: 32).

Estos son los pertrechos a través de los cuales el autor italiano–en su labor pedagógica–indaga en la naturaleza del habitáculo del hombre. Esto es, el espacio donde desarrolla su vida social. ¿Qué son las ciudades en tanto invención humana? ¿Cuál es la fábula que las conmina? ¿Cómo se la *imaginan* sus habitantes? ¿Cómo se estructura la vivencia de los hombres juntos en torno a calles, barrios, avenidas, casas?

Mediante fragmentos, paisajes, figuras filiformes o pantagruélicas, Calvino *narra* la condición *imposible* de aquellas preguntas: lo inhallable de la (una) *ciudad* como condición de posibilidad de las (todas) *ciudades*. O sea, la *visibilidad* de ciudades *invisibles*, dignas de existir solo en la imaginación que las precisa y las desdibuja. Es la condición plástica cuya forma se extiende en una multiplicidad de imágenes superpuestas, sucesivas y hasta contradictorias: “ciudades ligeras como cometas, ciudades caladas como encajes, ciudades transparentes como mosquiteros, ciudades nervadura de hoja, ciudades líneas de mano, ciudades filigranas para ver a través de su opaco y ficticio espesor” (2012: 87).

Una ciudad *son* todas las ciudades, inacabadas en su circulación, en sus contornos, condenadas a la pura evanescencia, porque “las imágenes de la memoria, una vez fijadas por las palabras, se borran” (2012: 100).

Calvino, en otro de los pasajes de *Las Ciudades Invisibles*, plantea:

“La mirada recorre las calles como páginas escritas: la ciudad dice todo lo que debes pensar, te hace repetir su discurso, y mientras creen que visitas Tamara, no haces sino retener los nombres con los cuales se define a sí misma y a todas sus partes.

Cómo es verdaderamente la ciudad bajo esta apretada envoltura de signos, qué contiene o esconde, el hombre sale de Tamara sin haberlo sabido. Fuera se extiende la tierra vacía hasta el horizonte, se abre el cielo donde corren las nubes. En la forma que el azar y el viento dan a las nubes el hombre se empeña en reconocer figuras: un velero, una mano, un elefante (...)” (2012: 28-29).

La ciudad es una textura *sígnica*, una narrativa, un libro que coquetea entre el desciframiento y la ocultación. De esta forma, es dado pensar que en lo citadino se expresan energías tectónicas, enredaderas cósmicas soportadas en una topografía imaginaria: la ciudad, es el espacio vivencial del hombre moderno, el zócalo de sus potencialidades o la prisión de sus dificultades. Por ella, se lucha y se muere. Por ella se vive y se imagina.

El fuego imaginario

Calvino explica de forma particular la relación entre ciudad e imagen a propósito de Eudoxia. Esta ciudad *imposible* -que se extiende “hacia arriba y hacia abajo, con callejas tortuosas, escaleras, callejones sin salida, chabolas” (Calvino, 2012: 109)- tiene una particularidad que la distingue de las otras: conserva un tapiz en el que se puede contemplar la urbe en toda su fisonomía. A toda vista “nada parece semejar menos a Eudoxia que el dibujo del tapiz, ordenado en figuras simétricas que repiten sus motivos a lo largo de líneas rectas y circulares entretejido de hebras de colores esplendorosos, cuyas tramas alternadas puedes seguir a lo largo de toda la urdimbre. Pero si te detienes a observarlo con atención, te convences de que a cada lugar del tapiz corresponde un lugar de la ciudad y que todas las cosas contenidas en la ciudad están comprendidas en el dibujo” (2012: 109).

Sin aquella precaución sígnica sería inevitable perderse, recular en imponderables. El tapiz funciona como una estrategia que se funda indefectiblemente en un vínculo originario e indisociable: all cada habitante de Eudoxia compara “con el orden inmóvil del tapiz una imagen de la ciudad, una angustia que son suyas, y cada uno puede encontrar escondida entre los arabescos una respuesta, el relato de su vida, las vueltas del destino” (2012: 110).

La metáfora de Calvino reprende una aproximación meramente material (y solamente material) al lugar confluente de la ciudad como vivencia de los hombres juntos. ¿Qué sería la ciudad sin sus habitantes? ¿Qué sería de la ciudad sin sus imaginaciones?

Armando Silva ofrece un panorama revelador:

“Una ciudad no solo es topografía; sino también utopía y ensoñación. Una ciudad es lugar y aquel sitio privilegiado por un uso, pero también es un lugar excluido, aquel sitio despojado de normalidad social por un sector social. Una ciudad es día, lo que hacemos y recorremos, y es noche, lo que recorremos pero dentro de ciertos cuidados o ciertas emociones. Una ciudad es límite, hasta donde llegamos, pero también es abertura, desde donde entramos. Una ciudad es imagen abstracta, la que nos hace evocar alguna de sus partes, pero también es iconografía, es un cartel surrealista o una vitrina que nos hace vivirla desde una imagen seductora. Una ciudad, pues, es una suma de opciones de espacios, desde lo físico, lo abstracto y figurativo, hasta lo imaginario” (1997: 134).

Del mismo modo, Roland Barthes en *La Aventura Semiológica* (1997), devela la constitución imaginaria de las ciudades a partir del vínculo entre ciudad y lenguaje, o sea, la naturaleza semiótica del espacio citadino: “la ciudad es un discurso, y este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes, nosotros hablamos a nuestra ciudad, la ciudad en la que nos encontramos, sólo con habitarla, recorrerla, mirarla” (p. 260-261).

La ciudad es menos un espacio físico, geográficamente localizado, históricamente determinado, que un tejido viviente, una telaraña compleja y entrañable. La ciudad es una *imagen* ante todo, que se construye y se presenta, al mismo tiempo que se reconstruye y se representa a partir de las imaginaciones y apropiaciones de sus habitantes.

Asumiendo dichas palabras–y con la promesa de profundizar en aquel vínculo en el capítulo III de este manuscrito-, cabe indagar en lo imaginario propiamente tal. Preguntas como: qué es un imaginario, qué implica un imaginario, en definitiva, qué se *imagina*: asoman su testa.

Un autor como Cornelius Castoriadis –abastecido de las armas del psicoanálisis- nos provee de un campo de análisis en torno a este concepto a partir de una disquisición primordial: el imaginario no es un *reflejo*, no es una imagen de *otro*, no es la mera extensión donde un hombre se observa. Todo lo contrario: “es creación incesante y esencialmente indeterminada (histórico-social y psíquico) de figuras/formas imágenes, a partir de las cuales solamente puede tratarse de alguna cosa. Lo que llamamos realidad y racionalidad son obras de ellos” (2007: 12). Es decir, el imaginario es más real que lo real, porque define al hombre en su propia constitución como sujeto. Y el hombre es un hacedor:

Muthopoiós (creador de mitos e historias).

Noematopoiós (creador de significaciones y sentidos).

Eikonopoiós (creador de imágenes).

Del ahínco de su esfuerzo, surge la fuerza inagotable, que reaviva los fuegos perennes de la *poesis*:

“Creación significa aquí creación ex nihilo, la conjunción en un hacer-ser de una forma que no estaba allí, la creación de nuevas formas del ser. Creación ontológica: de formas como el lenguaje, la institución, la música, la pintura, o bien de tal forma particular, de tal obra musical, pictórica, poética, etcétera.” (Castoriadis, 2002: 95).

Pero el hombre no *se* imagina simplemente, se imagina *con*, en el encuentro con su ser gregario: los unos a los otros, nosotros y aquellos, en el juego siempre sinuoso de conocimientos y reconocimientos en el plexo interpersonal. Para Charles Taylor, un imaginario social refiere concretamente “a la forma en que las personas corrientes imaginan su entorno social, algo que la mayoría de las veces no se expresa en términos teóricos, sino que se manifiesta a través de imágenes, historias y leyendas” (2006: 37). Entendido así, el

imaginario social “es la concepción colectiva que hace posibles las prácticas comunes y un sentimiento ampliamente compartido de legitimidad” (2006: 37).

De aquella actividad imaginativa surge la sociedad y las instituciones que le dan forma en doble condición: instituyente e instituida. Las instituciones sociales son obra de la creación humana, o sea, de su función imaginativa y una vez creadas aseguran su continuidad, desarrollo, producción y reproducción. Los imaginarios están en la base de lo social, porque producen lo social. Las instituciones son el producto de la construcción creativa del hombre.

Dicho esto, nos situamos en la naturaleza ontológica del imaginario social, que prescinde de la relación concepto/referente: las significaciones imaginarias “instituyen un modo de ser de las cosas y los individuos como referido a ellas. En tanto tales, no son necesariamente explícitas para la sociedad que las instituye” (Castoriadis, 2007: 564). En otras palabras: la sociedad no existe por fuera del hombre, no responde a factores externos, físicos o materiales.

De la misma forma, las instituciones –producto del hacer imaginativo del hombre- tienen una manera de *ser* no reductible al mero acontecer *óntico*. Más allá la interpretación funcionalista propia de cierto cuerpo teórico siempre preocupado de saberes circunscritos y estructuras normativas, habrá que reconocer en lo social, una extensa red simbólica, tejido de signos y sentidos. Aquella dimensión *inmaterial* también es requerida en lo *material*, sobre todo en el campo de las acciones sociales. Por cierto, para Castoriadis, no todo es simbólico (actos reales como el amor o el parto), “pero las instituciones no pueden existir más que en lo simbólico” (2007: 187). La religión o el trabajo, la economía o la justicia son cúmulos de signos dispuestos a un orden semiótico de la vida en comunidad, no dissociables de ella. Si planteábamos que el hombre es un hacedor, su creación cierta son las instituciones. Y las instituciones son imaginarias. Por tanto, imaginario y simbolismo se corresponden. Así lo asevera el autor: “lo imaginario debe utilizar lo simbólico, no solo para expresarse, lo cual es evidente, sino para existir, para pasar de lo virtual a cualquier otra cosa más” (2007: 204).

Entonces, la propuesta teórica de Castoriadis se sumerge en el hacer constitutivo de la propia actividad del hombre, pues “el hombre es un animal inconscientemente filosófico, que se planteó las cuestiones de la filosofía en los hechos mucho tiempo antes que la filosofía existiese como reflexión explícita; y es un animal poético, que proporcionó en lo imaginario unas respuestas a estas cuestiones” (2007: 237).

Lo imaginario implica, por tanto, la *discontinuidad* de la experiencia del hombre en su continuidad histórica. No es posible una taxonomía del *modus vivencia* del hombre: *su vis formandi* no admite señalamientos o determinaciones. Pero el campo de su desenvolvimiento es el escenario mismo de su disputa.

Una ciudad; todas las ciudades

Un viejo adagio sentencia una condición inexorable en torno a la particularidad citadina: todos los caminos van a Roma. Quizás más específico: todas las ciudades se parecen a Roma. Sus calles pretenden imaginársele, imitar sus sentidos, transmitir sus herencias.

Alfredo Jocelyn Holt en su *Historia General de Chile* atiende a esta cuestión con ocasión de la conformación “imaginaria” de una ciudad como Santiago y que devela, en definitiva una mirada *otra*: la mirada del conquistador europeo a estos lugares indómitos. Chile, y por tanto, Santiago, se insertan en el contexto americano “como un prodigio espacial...una vastedad, claro está, inmensa en un comienzo, incomprensible y lejana, tan desmesuradamente sorprenden como vacía” (2004: 27). Aquella mirada *otra*, colonial y europea, se materializa precisamente en personajes como Alonso de Ovalle, quien devuelve a Chile su naturaleza idílica y heroica. Más bien: reconstruye desde Europa, una imagen idealizada de un fracaso anterior. Esto es, un “otro Perú” fabulado y perdido, amén de promesas (y solo promesas) de oro y gloria, una utopía fallida.

Algo de narración y mito: Chile había sido “pensado” como una *terra incógnita*, una pieza más de aquella leyenda de los césares perdidos que “operaba como poderosa contra imagen del país vivido, pobre y sumido en una guerra sin fin” (Jocelyn Holt, v.3 2004: 30). Imagen e imágenes: Chile fue un ejercicio imaginativo desde sus inicios –al menos desde la mirada imperial- y se constituye como un subcapítulo peruano, una extensión del virreinato. Pero ambos países eran tan solo la proyección de una amplio encadenamiento colonial: “Chile

fue una prolongación de la conquista del Perú en el marco de un amplio diseño imperial cuyo centro meridional nunca dejó de ser Cuzco o Lima” (Jocelyn Holt, v.2 2004: 181). Había que proteger a Chile, para proteger al Perú y con ello a España. Chile es un acápite de ensoñación en la historia del imperio hispánico, “el último escenario de penetración imperial” (Jocelyn Holt, v.2 2004: 182).

Pero volvamos a Alonso de Ovalle. Su *histórica relación del Reino de Chile* (1646), escrita un siglo después de la fundación de Santiago, supone la porfía de una construcción distante, de una *imagen* otra que se yergue sobre *otra* imagen, “la de un lugar que decepciona aunque no por ello al que habría que despreciar o renunciar. Un país que, desde el comienzo, intriga, desafía, y al que se le seguirá creyendo posible a pesar de todo” (Jocelyn Holt, v.3 2004). O sea, nos situamos en una doble condición: un territorio inhóspito, exótico, agreste y de conflagración, pero al mismo tiempo, un confín del mundo digno de escudriñar. Chile, bajo la mirada “romana” de Ovalle (porque fue escrita en Roma) revela una coordenada cultural propiamente occidental: pensar Chile desde lo clásico, desde un espacio *otro* totalmente ajeno, pero seguro, donde se teje una u otra vez el acervo “de lo propio”. Así lo plantea el historiador: “solo volviendo a Roma, o sea, desde Roma, es que se puede volver a conquistar lo hasta ahora indómito o, lo que es lo mismo, se puede recuperar nuestro mundo hasta aquí supuestamente perdido” (Jocelyn Holt, v3 2004: 32-33). Roma es *Aeterna urbs*, centro del mundo, sedimento del arte y el progreso, pasado y futuro, modernidad y tradición, catolicismo y orden. De Roma procede toda construcción posible de *imaginarse*, todo hábito por recobrar la senda vernácula de la cultura judeo-cristiana. No es dado plantear equívocos: Chile debe ser Roma, debe parecersele, para ser digna de Occidente.

Santiago, por tanto, debe ser comprendido en aquel encuadre imaginativo. Por cierto, si consideramos los aportes de Régis Debray (1995), plantearemos que en la imagen solo hay organización del mundo, cuyas visiones se conforman y se instituyen socialmente. “El mundo posible” de nuestros conquistadores:

“La fundación de Santiago obedeció a un criterio cartográfico elástico. Valdivia instala la ciudad a medio camino, ni tan lejos ni tan cerca del Perú y curiosamente ni tan lejos ni tan cerca de lo que, según algunos, era su último objetivo, el Estrecho. Efectivamente, Santiago

se ubica a 20 grados aproximados de distancia latitudinal de Cuzco, y a otros 20 grados de la zona patagónica” (Jocelyn Holt, v2, 2004: 199).

El mismo Pedro de Valdivia, a juicio del historiador, reduce a Santiago a un cuartel militar, un reducto de resistencia ante el avance mapuche por el sur. Dirá el autor: “Santiago es una marca, una barrera fronteriza, y por sobre todo, como lo da a entender su nombre, un grito furioso y desesperado de guerra” (Jocelyn Holt, v2, 2004: 199). El Santiago colonial se debate entre imágenes. Al igual que otras ciudades como Concepción, la capital de Chile es obligada a refundirse una y otra vez: es una sucesión caótica y contradictoria de imaginarios, una ciudad móvil ante los avatares de la historia, que funciona menos como un espacio urbano, vertical y ordenado que como “una proyección de la periferia agrícola que la circunda” (Jocelyn Holt, v3, 2004: 157). De esos años, cabe la pregunta del autor:

“¿Qué tan “en la ciudad” se está si a uno lo despiertan los aullidos de los perros tras el pregón o el viático, o bien, cada mañana canta el gallo, se oye a las lecheras que preparan los quesillos, el manjar blanco y los mazapanes para después de la siesta, o se siente, a toda hora, ese ruido permanente, entre sordo y en cascada, que produce la acequia que pasa justo en medio del solar?” (Jocelyn Holt, v3, 2004: 158).

Muy diferente a la visión utópica de Alonso de Ovalle:

“La planta de esta ciudad no reconoce ventaja a ninguna otra y la hace a muchas de las ciudades antiguas que he visto a Europa, porque está hecha a compas y cordel en forma de juego de ajedrez (...) Las calles de esta ciudad son todas de una misma grandeza y medida, y tan anchas, que caben muy holgadas tres carrozas juntas. Tienen todas de la una banda y de la otra, sus calzadas de piedra, y el espacio intermedio queda libre para el trajín de las carretas. Una calle sola hay muy ancha, que tendrá de espacio tanto como cuatro a cinco de las ordinarias, y podrán caber juntas unas doce o quince carrozas. Esta quedó al lado sur y corre de oriente a poniente, desde el principio hasta el fin de la ciudad, de manera que entrambas salidas las tiene al campo, y así es muy larga. Llámese ésta La Cañada; y aunque al principio no pasaba de allí la ciudad ni se extendía más adelante, ha ido creciendo ésta de manera que se ve hoy esta Cañada cercada de huertas y edificios del uno y otro lado (...)” (Jocelyn Holt, v2, 2004: 204).

¿Hay más de renacentista-italiano que americano-español en la ciudad de Santiago? La mirada *otra* de Ovalle enaltece un ideal de orden y prosperidad alejada de su referente real. La *racionalidad* modernizadora en ciernes ya está echando las raíces de una máquina de espejos y saberes, dispuesta impostergablemente hacia el futuro. Este último sería el estadio definitivo de un avance siempre progresivo, auténtico y lineal, pero la temporalidad así entendida es engañosa... ¿quién podría prever y asegurar la constitución acumulativa de la ciudad como eje urbano logocéntrico?

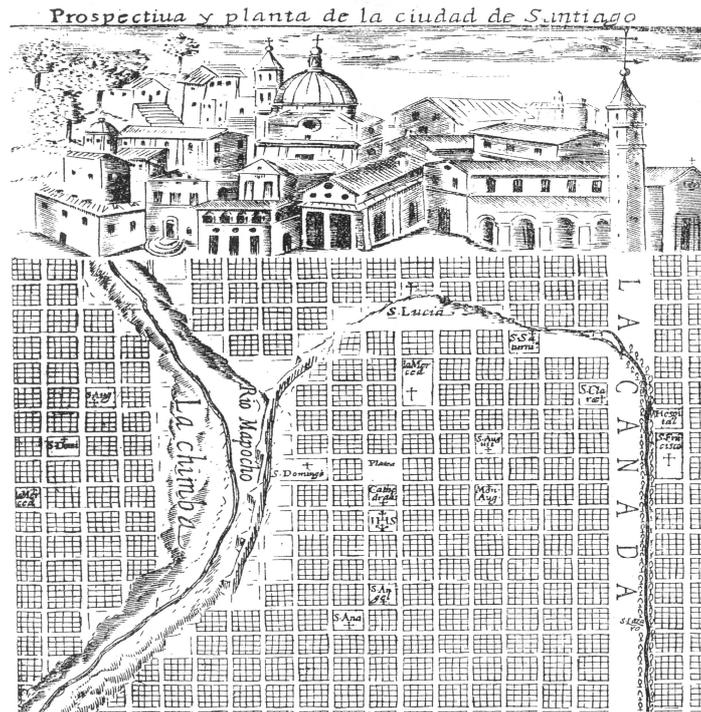
José Luis Romero indaga en el lazo indisoluble entre filosofía y ciudad toda vez que en esta última, emergen y circulan los discursos del saber: la raigambre de marcos conceptuales y procesos históricos. O sea, la ciudad como condición de posibilidad del pensamiento (Romero: 1984). No es de extrañar, por tanto, aquel vínculo constitutivo: la idea de la ciudad como un espacio complejo de auto comprensión histórica, expresivo de luchas y tensiones. Así lo plantea:

“Una indagación minuciosa de la formación de las sociedades urbanas y sus cambios, de las culturas urbanas – diferentes dentro de cada período en cada ciudad, y diferentes dentro de ella según los grupos sociales en épocas de intenso cambio – ha sido la que ha conducido a los resultados que expone este libro. En el fondo, quiere puntualizar cómo juega el desarrollo heterónimo de las ciudades con su desarrollo autónomo, entendiendo que en ese juego no sólo se elaboran las culturas y subculturas urbanas sino también las relaciones entre el mundo rural y el mundo urbano. En este último es donde las ideologías adquieren más vigor y afloran más claramente en su enfrentamiento – juego dialéctico – con las estructuras reales.” (1984: 20).

La perspectiva de Romero reivindica la dimensión cultural de lo urbano desatendiendo el determinismo económico propio de cierto corpus teórico “crítico”. Del mismo modo, aporta a la comprensión de la conformación citadina en Latinoamérica, la obra de Ángel Rama desde un cuño semiológico. No por nada, Jocelyn Holt cita al autor en su *Historia General de Chile* para reflexionar en torno a la reconstrucción “imaginaria” de las ciudades hispanoamericanas como construcción de un orden racional propio de la modernidad:

“La traslación del orden social a una realidad física, en el caso de la fundación de las ciudades, implicaba el previo diseño urbanístico mediante los lenguajes simbólicos de la

cultura sujetos a concepción racional. Pero a éste se le exigía que, además de componer un diseño, previera un futuro. De hecho, el diseño debía ser orientado por el resultado que se habría de obtener en el futuro (...) el futuro que aún no existe, que no es sino el sueño de la razón, es la perspectiva genética del proyecto (...)" (Jocelyn Holt, v3, 2004: 162).



Prospectiva y planta de la ciudad de Santiago. En Ovalle, *Histórica Relación del Reino de Chile*, 1646.

El modelo de cuadrícula o damero *expresa* la planificación programática de dichos sentidos (no los únicos, por cierto), de aquella ciudad “eventual” que se erige como una prolongación de las ciudades barrocas. Dado que una “calidad ambiental urbana” depende de las transformaciones políticas, económicas y sociales en el desarrollo de las ciudades (De Ramón y Gross: 1985), no es indisociable, en consecuencia, el pensar del hacer.

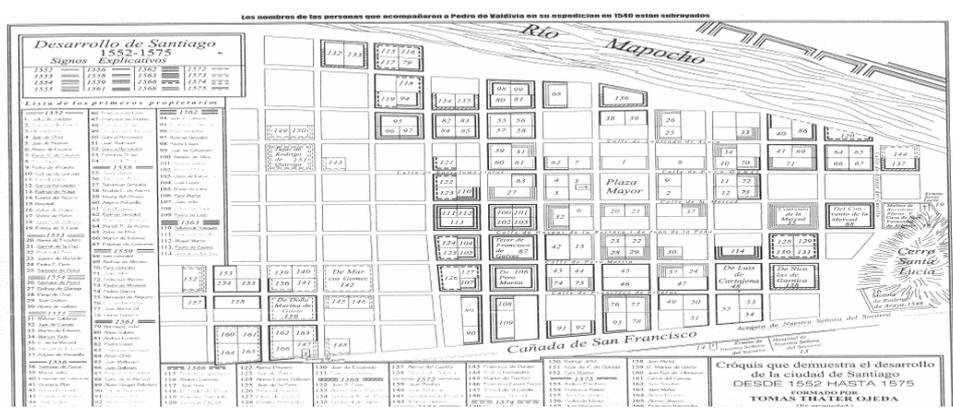
El orden precede a la ciudad y la ciudad debe impedir todo desorden. El ideal moderno brilla en la imagen de Ovalle y refulge como una estructura de pensamiento urbano suficiente para abastecer a los siglos posteriores: “el plano de Ovalle extiende la ciudad hacia el sur y poniente hasta una superficie que no alcanzaría sino trescientos años más

tarde. A ello se agrega que el damero regular se extiende al norte del río y al oriente del cerro Santa Lucía y al sur de La Cañada en un trazado que no tuvo existencia real” (Martínez Lemoine, 2007: 31).

De aquellas imágenes propias del siglo XVII, en aquella ciudad sobreviviente y aguerrida, desengañada o idealizada, el confín secreto o la última trinchera de “civilidad”, surgirá, siglos después, la Alameda de las Delicias, espacio en el cual centramos nuestra atención con ocasión de la presente investigación. Pero debemos, en un momento previo, instigar un juego de miradas desde donde una ciudad como Santiago se proyecta. Inspeccionemos algunos planos y fotografías para indagar en las transformaciones que ha sufrido la ciudad desde el siglo XVI.

Santiago: un breve recorrido imaginario

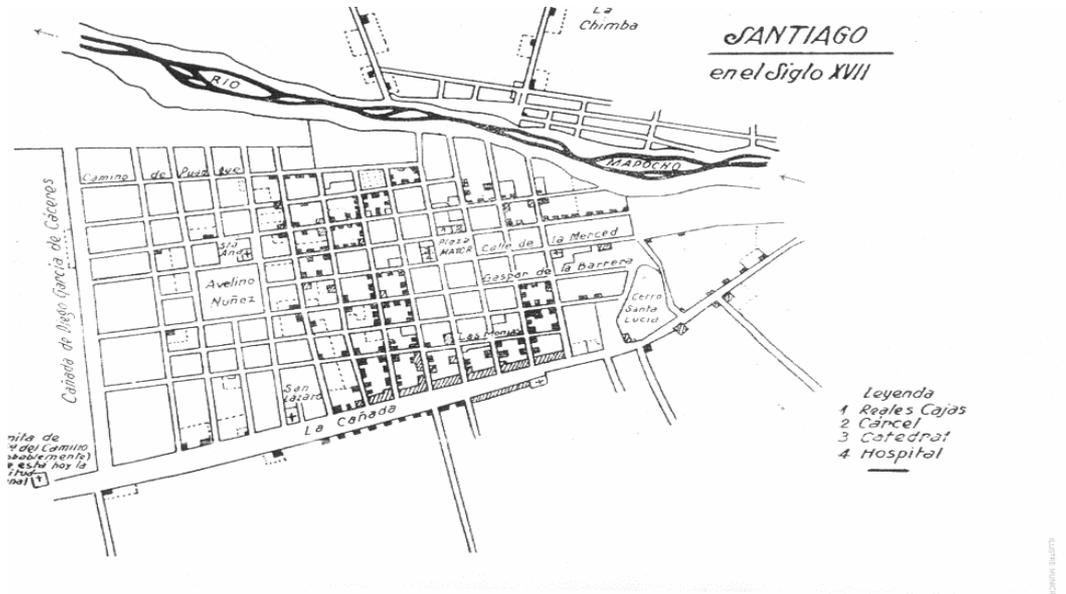
Santiago se imagina y se proyecta, tímido y doliente, ciudad precaria, que sobrevive a los sucesivos ataques mapuches (1541) o los azotes de las catástrofes naturales (1647). Pero, ¿cuál es la naturaleza de ese cúmulo de imágenes en transición histórica? ¿Cómo ha cambiado a lo largo de siglos desde que Valdivia lo considerara como un mero reducto protector, como barricada militar?



Croquis que demuestra el desarrollo de la ciudad de Santiago desde 1552 hasta 1575 (Thayer Ojeda).

El plano en cuestión corresponde a las concesiones de solares entregadas por el Cabildo. En esta proyección imaginativa -34 años después de la fundación de Santiago- se da cuenta del total de pobladores de la ciudad (166), además de sus límites urbanos: entre el lecho del río

Mapocho y la Cañada, el cerro Santa Lucía y la calle del Peumo. La superficie total de la capital alcanza cerca de 60 manzanas.



Plano anónimo existente en la Biblioteca Nacional.

Ya en el siglo posterior (XVII), se puede visualizar el desarrollo y expansión de Santiago, cuyo límite urbano es la actual calle Amunátegui. Así lo plantea, respecto a este plano, el compilador René Martínez Lemoine:

“En la zona de la Chimba, un trazado irregular de calles, paralelas al río denota su origen espontáneo al no seguir el trazado tradicional en damero (...). A partir de Amunátegui hacia el poniente, hasta la cañada de García de Cáceres, se destacan escasamente la iglesia de Santa Ana en el antiguo Tejar de Rodrigo de Quiroga y el manzanar de Avelino Núñez de 4 manzanas completas” (2012: .31).



S. Giacomo Capitale del Regno Del Chile (1776)

En el plano del jesuita Juan Ignacio Molina (1776) se reafirma la proyección imaginativa de la capital a fines del siglo XVIII. En él, se plantean algunas incoherencias con los límites reales de Santiago: aparte de la ubicación de tajamares inexistentes en la ribera norte del río Mapocho, “hay notorios errores en el número de manzanas y en la regularidad de ellas. El trazado en cuadrícula al oriente del cerro Santa Lucía y en la Chimba, era y es, inexistente” (2012: 43).

Muy al contrario de la “irónica” descripción de la ciudad realizada por Vicente Pérez Rosales y que refiere a los primeros años de la Independencia nacional:

“¿Qué era Santiago en 1814? Santiago en 1814 era para sus felicidades hijos un encanto pero para el recién llegado extranjero, una apartada y triste población cuyos bajos y amazotados edificios bien que construidos sobre calles rectas, carecían hasta de sabor arquitectónico. Contribuía a disminuir el precio de esta joya hasta su inmundito engarce porque si bien se alzaba en el fértil valle del Mapocho, limitaba su extensión por el norte el basural del

Mapocho, al sur el basural de La Cañada, al oriente el basural del recuesto del Santa Lucía y al poniente el basural de San Pablo y San Miguel” (2012: 49).

La condición de ciudad capital que detenta Santiago, explica los problemas derivados de la ampliación urbana, reconocibles, a su vez, en todas las ciudades primadas de los países latinoamericanos. Dice Eugenio Cataldo respecto a Santiago en el periodo 1891-1924:

“La aguda estratificación social daba lugar a estructuras urbanas altamente segregadas y a la consolidación de barrios en los cuales los beneficios del desarrollo no se expresaban con la misma fuerza que en otros lugares. Con el nombre de 'barrio repugnante' se calificaba en El Mercurio del 22 de abril de 1910, la zona que se extendía en las cercanías del Mapocho y que comprendía las calles Bandera, Zañartu, San Pablo y otras. Ello, con el contrasentido que su existencia tenía lugar a sólo una pocas cuadras de la Plaza de Armas. Este barrio era habitado mayoritariamente población de baja condición social, que residía en cuartos oscuros y repugnantes, y que frecuentaba las tabernas de última categoría y ejercía los negocios más despreciables. Barrios como el descrito eran numerosos por ese entonces en Santiago; entre ellos se pueden mencionar el barrio Matadero hacia el sur, las Hornillas y los alrededores de la antigua Chimba, ambos hacia el norte, y el entorno de la Estación Central hacia el poniente, los cuales por sus características físicas y sociales constituían áreas muy definidas de la ciudad” (De Ramón y Gross, 1985: 6).



Plano topográfico de Santiago (1871)

A fines del siglo XIX, ya aparece –propriadamente tal- La Alameda de las Delicias, el espacio de exhibición social de las clases altas santiaguinas. Es un plano topográfico que consigna el crecimiento de la ciudad hacia los bordes del río Mapocho por el norte y el paseo peatonal por el sur. Detengámonos en esta imagen para situar desde ya las interrogantes: ¿Cuáles son las imágenes de La Alameda? ¿A qué pasado se enfrenta la arteria capitalina? ¿Cuáles son sus narraciones y sus fantasmas?

La Alameda... Orbis Tertius (¿os suena este nombre?)

Las ciudades se parecen a los espejos de Borges: “son un *imposible* espacio de reflejos”, reflejos que, en último caso, no reproducen *simplemente* a quien se observa en ellos, sino que ocultan y desocultan un origen: pensar las ciudades hacia el futuro no es estrictamente pensarlas desde sus pasados.

Si bien la discusión en torno a la modernidad y su relación con lo ciudadano será tarea del capítulo III de esta tesis, es posible indagar en dicha cuestión toda vez que tentar al futuro en su captura fenoménica, implica un tránsito evanescente ante todo. El futuro –como adscripción al orden logocéntrico de Ovalle- es una ilusión en condicional, tentación de verdades inciertas: un futuro inseguro frente a un pasado que ya fue. Pero qué pasados, cuáles pasados.

Habrá que reproducir otro de los múltiples pasajes de *las ciudades invisibles* de Ítalo Calvino para constar aquella reflexión acerca de las ciudades y sus temporalidades:

“Marco entra en una ciudad: ve a alguien que vive en una plaza una vida o un instante que podrían ser suyos; en el lugar de aquel hombre ahora hubiera podido estar él si se hubiera detenido en el tiempo mucho tiempo antes (...) en adelante, de aquel pasado suyo verdadero o hipotético, él queda excluido; no puede detenerse; debe continuar hasta otra ciudad donde lo espera otro pasado suyo, o algo que quizás había sido un posible futuro y ahora es el presente de algún otro. Los futuros no realizados son sólo ramas del pasado: ramas secas.

“¿Viajas para revivir tu pasado? –era en ese momento la pregunta del Kan, que podía también formularse así: ¿viajas para encontrar tu futuro?

Y la respuesta de Marco:

-El otro lado es un espejo en negativo. El viajero reconoce lo poco que es suyo al descubrir lo mucho que no ha tenido y no tendrá” (2012: 42).

La Alameda, principal arteria de Santiago, también se enfrenta a esta problemática: imágenes se suceden, a veces fugaces, a veces continuas; un pasado o muchos pasados se revelan cada vez que la imaginamos y la descubrimos. Propiciemos una imagen:

“Del antiquísimo brazo del río fue lecho. La hizo Cañada el primer bautizo español, bendecido desde la ermita de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, que fundara don Pedro de Valdivia. Era su patrona esta virgen, traída en el arzón de su caballo de batalla, para alivio de las tentaciones que en pos de su alma militaban. Dios mediante, años después, en 1554 la ermita se convirtió en casa de franciscanos, y la Cañada tomó el nombre del trajín que hacían los hijos del Seráfico Padre. Por los numerosos templos que fueron rodeando aquel espacio, en un área no mayor de quinientos metros, se dijo que estaba allí “la Ciudad de Dios”. En el costado sudoriente, el Carmen de San José, y, en hilera, con pocas cuerdas de intermitencia, hacia el poniente, San Juan de Dios, San Francisco, La Soledad y San Diego; por el costado norte, San Saturnino, Las Claras, y, como cúspide y memoria, el santuario de la Virgen Santa” (Zañartu, 1975: 19).

En el fragmento anterior, extraído del libro *Santiago Calles Viejas*, Sady Zañartu retrata a la antigua Cañada, uno de los dos brazos del río Mapocho que se abrían desde el Cerro Santa Lucía. Aquella imagen, a su vez, ubica a la actual avenida dentro del imaginario colonial: corresponde a la “primera casa de Dios” o “la ciudad de Dios”, por la gran cantidad de templos dispuestos en su trecho. Así lo plantea Oreste Plash en una crónica de 1949:

“La Cañada era como un retablo lugareño y la cristiandad la merodeaba tanto por lo divino como por lo humano, ya que iba llamada por el oficio religioso, como por la necesidad gastronómica. El pueblo asistía al chocolate de las Monjas Claras y a las lentejas de los franciscanos” (Plash, 1949: 74)

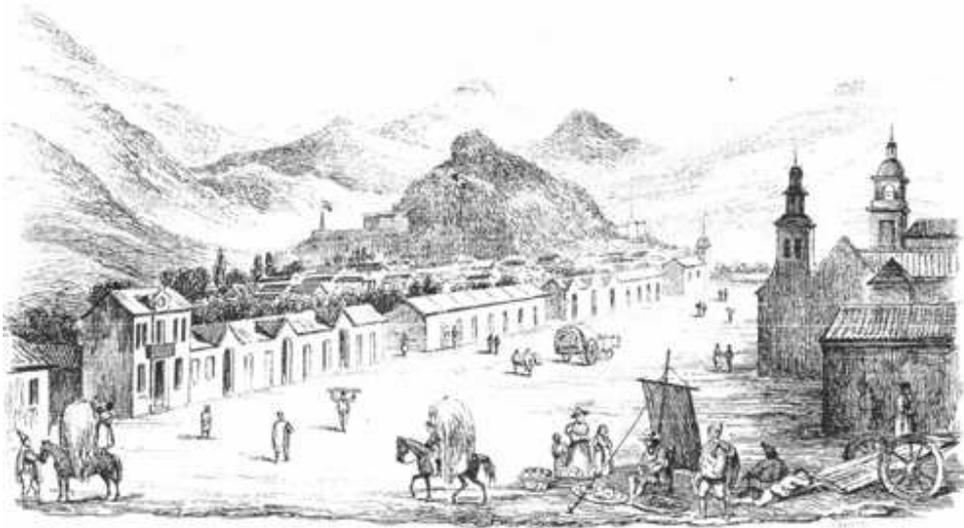
La Cañada, en efecto, es un lugar *confrontado* “mitad caja de río y mitad basural” (Zañartu, 1975:19). Además, del motivo religioso dominado por las órdenes y los conventos, ya se podía visualizar el carácter festivo y de feria libre que iba adquiriendo hacia 1800. Tanto comerciantes como herradores y barberos acudían para ofrecer sus productos y en verano,

“hileras de calesas permanecían por largas horas bajo los árboles, dando descanso a sus lustrosas mulas choapinas” (Zañartu, 1975: 20). Incluso, en sus cequiones laterales, “se bañaban los chiquillos; los caballos y tropillas de burros se detenían a refrescarse en sus orillas” (Plash, 1949: 74).

El origen de los álamos se remonta a comienzos del siglo XIX. En 1809, según consigna Oreste Plash, se plantan los primeros traídos desde Mendoza por el fraile franciscano Javier Guzmán. Con el tiempo, su abundancia hizo que la antigua Cañada diera paso a la Alameda de las Delicias, lugar “cívico” a partir de la Independencia:

“Cuatro hileras de álamos (...) crecían a gran altura, formando canales de cielo azul en el espacio. Entre las filas de árboles corrían pequeñas acequias de agua muy clara en contacto con sus raíces. Al centro quedaba el paseo, mantenido por una gruesa capa de arena que se barría y regaba dos veces al día en el verano. La Alameda era interrumpida por dos espacios circulares que llamaban “los óvalos” y que servían para dar paso a los carruajes y caballerías que iban al Llano de Maipú, y evitar su tráfico por la calzada central. En las tardes, las bandas de músicos tocaban en “los óvalos” y los paseantes formaban filas, como en el estrado, para saludarse y conversar. El lujo de la Alameda eran sus grandes bancos de piedra pulida, labrados en forma de lechos griegos, y donde las damas, al bajar de sus calesas, descansaban y se hacían servir refrescos de los cafés vecinos” (Zañartu, 1975: 21).

“Era el paseo de las elites”, como asevera Gabriel Salazar, profesor de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y Premio Nacional de Historia, “por eso tenía esta avenida con árboles a ambos lados, imitando un poco a Les Champs-Élysées de París. La clase alta acostumbraba a pasearse; los caballeros con sus tongos, las mujeres de vestido largo, muy elegante, y uno que otro roto por ahí con su poncho, y sus ojotas”. Lo confirma el mismo Plash: “las damas, caballeros y la juventud tenían a esta avenida como el mejor paseo para gozar de la fresca” (1949: 74).



La Cañada, en César Famin, d' Universe, París, Firmin Didot Frere ed., 1840



Paseo de la Cañada

La Alameda se sitúa en el imaginario independentista, por tanto, como un lugar eminentemente polisémico de jolgorios y fiestas, de paseos a caballo y encuentros sociales, de exhibición de lujos y desfiles militares. Pero esta imagen, a veces, dista mucho de la realidad que precisan los años. Así lo establece Patricio Gross:

“La Alameda de las Delicias, no obstante las transformaciones que Vicuña Mackenna le hiciera con el fin de embellecerla y mejorar el paseo, a fines de siglo (XIX) estaba tan descuidada que las acequias que corrían a lo largo de sus avenidas despedían un olor pestilente. Su extremo oriental permanecía en un estado semi-rural, mientras que los añosos árboles que existían entre el antiguo hospital San Juan de Dios y la iglesia de San Francisco eran tronchados para crear un 'Parque Inglés', cometiéndose la increíble aberración de plantar en lugares públicos praditos con césped y plantas inadecuadas” (de Ramón y Gross, 1985: 23).

Se debe sumar una tercera etapa que se erige en torno al palacio de La Moneda: la creación del barrio cívico como expresión del barrio del Estado, imaginario del poder. Con el surgimiento de la cuestión social a comienzos del siglo XX, la Alameda adquirirá un cariz de lucha, espacio de emancipación y confrontación. Allí se realizan todas las manifestaciones de masas, emparentando la apropiación de esta avenida como la condición indispensable para todo movimiento político. Así lo señala Gabriel Salazar: “ir hacia el Estado, manifestarse frente al Estado, reclamarle al Estado, pero ¿cuál Estado? El Estado docente, educador, el Estado empresario- industrial, un Estado social benefactor, ligado a los pobres y a los trabajadores. Era un Estado reformista, era el que iba a hacer la reforma y, finalmente, con Allende, era el Estado que iba a hacer la revolución”.

Recurramos a ejemplos históricos. Una imagen propia de aquellos tiempos son las protestas estudiantiles de abril de 1957. En atención a las indicaciones de la misión Klein-Sacks, el gobierno del Presidente Carlos Ibáñez del Campo (1952-1958) había decretado el aumento de las tarifas del transporte urbano. La medida de ajuste económico -que buscaba disminuir el gasto público ante las crecientes cifras de inflación- provocó un ambiente de crispación social y político que duraría cerca de un mes y casi una treintena de muertos. Liderados por los estudiantes y prontamente apoyados por la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), las movilizaciones, en un comienzo pacíficas, devinieron en “acciones violentas contra

vehículos de locomoción colectiva, por parte de los manifestantes” (La Segunda, 8 de enero de 2013). En ese contexto, se produjo la muerte de Alicia Ramírez, estudiante de 4° año de enfermería de la Universidad de Chile, a manos de Carabineros.

Las crónicas de la época señalan que ese día (1 de abril), La Alameda había amanecido sitiada bajo un fuerte control militar. El jefe de Plaza de Santiago, general Horacio Gamboa había dispuesto la ubicación de tanques en lugares específicos de la capital, así como el resguardo de los microbuses y troles. Según consigna el diario El Mercurio, el 3 de abril de aquel año: “anoche el general Gamboa hizo entrega a la prensa del siguiente llamado dirigido a la población de Santiago: el jefe de la Plaza de Santiago advierte a la población que elementos irresponsables y agitadores profesionales se han apoderado de lo que en un comienzo se creyó era un movimiento estudiantil contra las alzas de la locomoción colectiva. Si el caso lo requiere, tomará las más enérgicas medidas si no cesa a la mayor brevedad el ambiente de fronda que hay en la capital. El pueblo debe retirarse a sus hogares y aguardar en ellos la vuelta a la normalidad (...) pido y exijo a todos los ciudadanos que cooperen al restablecimiento de la armonía social, manteniendo orden y disciplina” (La Segunda, 8 de enero de 2013).

La muerte de Alicia Ramírez se transformó en el símbolo de las protestas contra Ibáñez y la represión generalizada en las calles de Santiago. Así lo confirma el diario *Última Hora* en su edición del 2 de abril de 1957 con ocasión de una movilización de los estudiantes del Liceo Integral N° 1, Liceo Amunátegui, Técnico N° 2 de Niñas, Técnico N° 4 de Niñas y Liceo N° 2 de Niñas:

“A los gritos si nos apuntan con pistola, le daremos poca bola; si nos apuntan con fusiles, gritaremos Viva Chile, los estudiantes avanzaron hasta la Plaza de Armas.

En cada esquina los estudiantes se detenían para gritar: ¡Compañera Alicia Ramírez Patiño...presente! El grito lo repetían tres veces y al final el abanderado preguntaba: ¿quién la mató? La respuesta coreada por diez mil gargantas, decía: dos pacos” (Milos, 2007: 212).

La Alameda era el lugar de enfrentamiento social y de subversión popular, que expresaba materialmente las energías telúricas de una sociedad que iba a ser protagonista de cambios y transformaciones durante la década siguiente. De hecho, para Oreste Plash, en este

periodo, “los movimientos sociales chilenos están atados a este cordón verde, con sangre. El pueblo aquí ha encontrado sus armas, sus proyectiles, sacándolos de la pavimentación, de los escaños de madera (...)” (1949: 75).

Con el Golpe de Estado de 1973, que derribó al gobierno de Salvador Allende, se inaugura una cuarta etapa respecto a la Alameda, siempre emparentada con los procesos políticos nacionales y, en este caso, con el estado de excepción y la represión política. En palabras de Salazar: “al eliminarse a los partidos políticos, los sindicatos, en el fondo se destruyó a las masas que se habían movilizado en los años 40’ y 50’. En los 80’, las masas ya no se constituyen en La Alameda, sino en las poblaciones. El pueblo ya no va a desfilar, y no le interesa pedirle nada al Estado, porque el Estado no le iba a dar nada. Por el contrario, la clase popular se manifiesta en las poblaciones, y allí levantan trincheras y barricadas”.

De manera tentativa, Salazar reconoce una quinta etapa que sería “la reaparición de La Alameda como lugar de manifestación ciudadana, no de la clase popular, sino de la movilización de los estudiantes”. Así lo plantea:

“Los estudiantes siempre han sido santiaguinos, siempre se han manifestado o en la Plaza de Armas o en la Alameda, y como tal siempre han sido reconocidos como ciudadanos puros por la población y es muy interesante ver que las masas populares no se expresan en La Alameda: la clase obrera está ausente, los pobladores también y si llegan a aparecer en el centro no es para manifestarse frente a La Moneda, rendirle pleitesía a la Moneda, sino para destruir los símbolos del poder y aparecen, por tanto, grupos aislados, encapuchados a agarrarse con los pacos, agarrarse con las vitrinas y agarrarse con las instancias de poder” (entrevista con el autor).

Suspendamos dicho enunciado -insoslayable para nuestra investigación y desarrollado en los próximos capítulos- para localizar el sentido que hemos querido imprimirle a este breve recorrido en torno a la ciudad, y más específicamente respecto a esta avenida. A saber: la Alameda como un *tiempo*, a la vez que una *ensoñación*, que moviliza metáforas, narraciones, un cúmulo de expectativas, imaginarios e imágenes. En definitiva, miradas diferentes a un mismo lugar transformado desde una lectura urbana. De esta forma, tentar una genealogía de esta avenida es tentar una genealogía de la propia ciudad, o sea, Santiago de Chile, el tímido “fortín militar” reconocido muchos siglos antes por Pedro de Valdivia.

Capítulo II (Las imágenes del presente)

“*Todo pensamiento de la sociedad y de la historia pertenece él mismo a la sociedad y a la historia*”

(Castoriadis, 2007: 12)

Imaginaciones mediáticas

En uno de los innumerables pasajes de *Rayuela*, Julio Cortázar reflexiona en torno al estatuto del lenguaje respecto a aquello que designa. Más allá de versiones limitadas del término, en abierta tensión con cierta deriva funcionalista, el lenguaje, para el autor argentino, no constituye una respuesta *distinta* y segura al campo de posibilidades que constituye lo social. Tenta una definición determinante en palabras de Morelli, su alter ego: “lenguaje quiere decir residencia en una realidad, vivencia en la realidad. Aunque sea cierto que el lenguaje que usamos nos traiciona, no basta con querer liberarlo de sus tabúes. Hay que revivirlo, no reanimarlo” (1995: 99). Del mismo modo, sitúa la crítica al verismo como constitución ontológica anterior al hábitat humano, el *oikouménē*: “lo absurdo no son las cosas, lo absurdo es que las cosas están ahí y las sintamos absurdas (...) lo absurdo es creer que podemos aprender la totalidad de lo que nos constituye en este momento, o en cualquier momento” (1995: 28).

De esta forma, Cortázar –dada la imposibilidad de una representación mnémica total– expresa una ética del significante, desalojando de él las fuerzas de un sentido tradicional y ornamental. El *gígllico*, una suerte de anarquía lingüística, inventiva contra gramatical, establece las coordenadas de una nueva forma de *pensar-se*, de abrir caminos insospechados. Es así que el lenguaje tiene menos de reflejo y más de *performance*. Al igual que Raymond Williams e Ítalo Calvino, Cortázar toma conciencia de la naturaleza imaginativa del lenguaje: constituye acumulación de imágenes, figuras, aprensiones del mundo, imaginaciones.

Esta es la excusa necesaria para discurrir en torno a aquellos que, envalentonados por su naturaleza discursiva, construyen lo social, lo producen y reproducen: los medios masivos de comunicación. Vasta bibliografía complementa un acervo analítico respecto a esta materia (Martín Barbero: 1987, Alsina: 1989; Sunkel: 1990; Ossa: 2000). Aunque lo

sustancial de dicho análisis estará ubicado en el capítulo III del presente escrito, vale la pena enunciar algunas disquisiciones relevantes.

Ante todo, lo *mediático*- como el dispositivo que echa a andar el *medio* de comunicación- supera una visión algo antojadiza del rol de este en la sociedad: los medios *mediatizan* la realidad. Como artefactos e instituciones del lenguaje tienen un lugar privilegiado de enunciación y producción social. O como dice Eliseo Verón (2002): los medios de comunicación se pueden entender “como el lugar en donde las sociedades industriales producen nuestra realidad” (p. 2). Esto supone redefinir un viraje epistemológico: pensar la comunicación desde la cultura, donde lo comunicacional se yergue como espacio de constitución de identidades, la forma en que los sujetos construyen y reconocen su propia existencia social.

Jesus Martín Barbero (1995) plantea al respecto: “yo parto de la idea de que los medios de comunicación no son un puro fenómeno comercial, no son un puro fenómeno de manipulación ideológica, son un fenómeno cultural a través del cual la gente, mucha gente, cada vez más gente, vive la constitución del sentido de su vida (p 183).

El modo de estar juntos en las sociedades modernas, por tanto, es afectado por el centramiento de la comunicación pensada desde la cultura: se supera el paradigma de los efectos y la teoría de los usos de gratificaciones, marcos teóricos, desde donde se pensaba la comunicación y los medios masivos. Entonces, de lo que se trata, a juicio de Martín Barbero es “indagar lo que la comunicación tiene de intercambio e interacción entre sujetos socialmente construidos, y ubicados en condiciones que son, de parte y parte aunque asimétricamente, producidos y de producción, y, por tanto, espacio de poder, objeto de disputas, remodelaciones y luchas por la hegemonía (1999: 21). Eliseo Verón llamará a esto el paso de una sociedad mediática a una sociedad en proceso de mediatización general, donde las instituciones mediales se sitúan “en el centro del tramado discursivo que confiere legitimidad e impone normativamente los límites de lo posible”. (Santa Cruz, 2007: 3).

El mundo que aparece tras el tragaluz medial, es un mundo hecho a “imagen”: subordinado a sus lógicas, sometido a sus cadenas, moldeado en sus trampas. Los medios, en palabras de Carlos Ossa, son un mecanismo “de reinstitucionalización de la vida cotidiana. Hace converger mundos y hablas dispares, escenifica sus vidas y las reemplaza terminada la brevedad de los testimonios” (2000: 66).

Rodrigo Alsina atenderá a esta cuestión, también, para situar el análisis en torno a la noticia –en tanto eje del discurso informativo- como construcción social de la realidad. Retomando los aportes de Berger y Luckman (1979), y de la propia sociosemiótica, dirá que:

‘Noticia es una representación social de la realidad cotidiana producida institucionalmente que se manifiesta en la construcción de un mundo posible. Mediante esta definición pretendo poner de manifiesto, en primer lugar, la construcción de la noticia a partir de los acontecimientos que diariamente se seleccionan. En segundo lugar, hay una doble institucionalización. La noticia se produce en una institución informativa que supone una organización compleja. Pero además el rol de los mass media está institucionalizado y tiene la legitimidad para producir la realidad socialmente relevante’ (1989: 18).

Entonces, la “noticia” es obra de producción. En ella “están cifrados los patrones y pautas culturales que se implican en cada una de las prácticas y actores sociales que forman parte de la producción noticiosa” (Salinas, Stange: 2009). En otras palabras: por noticia, habrá que soportar un cúmulo de prácticas necesarias para realizarla dentro de un contexto profesional, político, económico y cultural determinado.

Lo anterior es sustancial para el análisis que vamos a proponer en estas páginas. Hemos hablado de imaginarios sociales como fábulas de ensoñación, caminos orgánicos de ilusiones y proezas, pero las imaginaciones mediáticas también plantean fábulas y narraciones, aunque desde un lugar de enunciación totalmente diferente. Esto es: el lugar desde donde se piensa el dispositivo mediático en atención a sus condiciones de producción.

Contrario a cierta “imagen” de la labor informativa como “imparcialidad” y “objetividad”, el trabajo mediático es en sí mismo un espacio de *contradicciones*. En este sentido, la “objetividad” como mito fundante del periodismo -desde un imaginario liberal (Habermas:

1986; Wolton: 1998; Betettini, Fumagalli: 2001)- no es más que un ritual estratégico de defensa, un arte propiamente heurístico. Así lo plantea Tuchman (1983):

“Los periodistas navegan entre la difamación y el absurdo identificando la “objetividad” con las “hechos” que ellos mismos u otros periodistas observan o que pueden ser verificados (...) Si la verificación es necesaria pero no puede conseguirse, los periodistas pueden recurrir a otras estrategias (p. 203)”.

Estas operaciones estratégicas que realiza el periodismo asumen un “estatuto de verdad”, estimulando una ensoñación, una manera de *ser/ hacer* dentro de la sociedad, como si el periodista estuviera *distante* de los hechos que ocurren en el mundo, pero privilegiado como sujeto de enunciación. Ignacio Ramonet expone dicha versión liberal al explicar el deber ser periodístico mediante una ecuación triangular: el acontecimiento, el intermediario y el ciudadano. “El acontecimiento era transmitido por el intermediario, es decir, el periodista que lo filtraba, lo analizaba, lo contextualizaba y lo hacía repercutir sobre el ciudadano” (Ramonet, 2002). Este mito se exhibe como “una práctica ideal que permite sancionar lo que es el “buen periodismo y distinguirlo del “mal” periodismo. La verificación en la realidad de esta práctica aseguraría la buena calidad de las noticias y, por tanto, el cumplimiento del rol social del periodista como mediador” (Salinas, Stange, 2009: 10).

Considerando lo planteado por Alsina y Tuchman, centrémonos en nuestro país. Carlos Ossa en un artículo publicado en la Revista Sociedad y Medios en el año 2000, problematiza la sociedad inventada por la transición, desentrañando sus relatos y perfidias desde el crisol mediático:

“La transición no tiene pasado, o en su defecto nace como puro presente divorciado de cualquier comarca que no sea ella misma. Esta autorreferencialidad, este mudo placer por la tautología hace de la comunicación una especie de técnica de la actualidad y del periodismo un discurso opaco, transido de biografías efímeras y de calamidades inútiles. Lo político y lo comunicacional transitan por el deshabitado pasillo de sus conveniencias y transforman el acontecimiento, la información o el recado en vigilancia: arman un país hecho a la medida de gendarmes, empresarios y asesores” (2000: 61).

Dichas palabras elucubran un espacio crítico desde donde pensamos el presente. Si la noticia es ya articulación de sentido, lucha interpretativa, ¿qué imágenes son las que muestran y movilizan los medios de comunicación? Con ello, recuperamos el planteamiento de Alvin Gouldner respecto a la objetividad:

“El objetivismo es un discurso que carece de carácter reflexivo; enfoca unilateralmente el "objeto", pero oculta al "sujeto" hablante para quien es un objeto; así, el objetivismo ignora el modo en que el objeto mencionado depende, en parte, del lenguaje en que es mencionado, y varía de carácter según el lenguaje o la teoría usados” (1978: 73)

El periodista comparece a su desencanto. El ideal verista naufraga en las ilusiones de imágenes paradójicas. Y no solo aquel. Un cúmulo de problemas bosqueja nuestro presente.

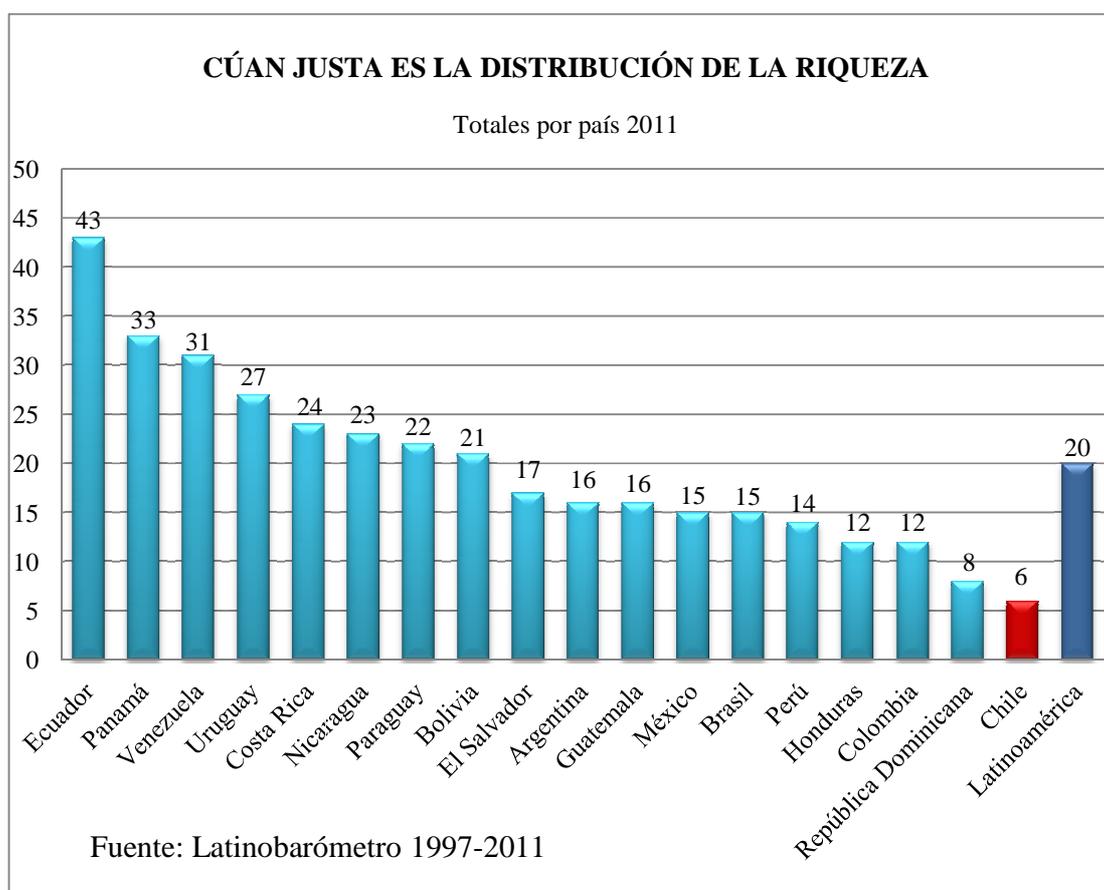
2011: el latido del descontento

Un presente, que, así y todo, abre un juego de posibilidades y delata un estado de extrañamiento.

Las movilizaciones estudiantiles acontecidas en Chile durante el 2011 no solo revelaron demandas sectoriales (por cierto lo fueron) *por una educación gratuita y de calidad*, sino que, materializaron un desajuste, un malestar en la cultura (a la manera de Freud) que movilizó, a su vez, una lectura crítica de aquel orden de lo presente, o sea, las bases constitutivas del *hacer* entre hombres y, por extensión, el *hacer* en las ciudades.

El crecimiento económico -a partir de políticas expansivas pro empleo y pro comercio- no ha podido sopesar ni soslayar los crecientes índices de desigualdad, lo que hacen de Chile uno de los países con la peor distribución del ingreso de América Latina en 2011. Aunque desde 1987 se ha disminuido la población en condición de pobreza (44%), esta cifra se ha estancado en torno a los 19% durante década del 2000, esto según datos de la OCDE. En este sentido, al mismo tiempo que se estanca la pobreza, aumenta la riqueza de los grupos más privilegiados de la sociedad, desequilibrando la balanza entre unos y otros: el primer quintil (20% más pobre) recibe 17 veces menos ingresos que el 20% más rico (quinto quintil).

La desigualdad se ha enquistada en la estructura social chilena. De hecho, en las encuestas de Latinobarómetro de 2011, Chile se sitúa como el país con mayor percepción de injusticia en el ingreso económico dentro de los países latinoamericanos. Solo el 6% de la población afirma que hay justicia en la distribución del ingreso, esto a diferencia de Ecuador con un 43%, Panamá con un 22% y Venezuela con un 31%, que son los países que encabezan la medición en este ítem.



Pareciera que las políticas paliativas contra la pobreza difieren de las políticas contra la desigualdad. El camino escogido ha sido evidente en los últimos años: centrarse en la primera, esquivando la segunda. Para el sociólogo Alberto Mayol no es dada la equivalencia semántica entre estos términos. Por el contrario, aluden a problemas distintos con alcances diferentes. Así lo grafica:

“En la pobreza falta comida. En la desigualdad lo que falta es sociedad. Lo primero es urgente, dramática es la existencia del problema e imprescindible es la gestión de su solución.

Pero la desigualdad es un problema de mayor profundidad, de enorme complejidad. Es muy grave tener un problema al corazón, no cabe duda. Su solución puede suponer una decisión de la que depende la vida o la muerte. Pero las soluciones al corazón tienen cierto tinte mecánico que hace de sus problemas cuestiones al menos localizables y, de alguna manera, predecibles. En cambio, hay asuntos como los problemas hormonales o inmunológicos que (pensemos en un cuadro no muy grave) quizás son asuntos que no comprometan la vida tan directamente, pero es indiscutible que la profundidad de las posibles soluciones y sus consecuencias son mayores. Frente a problemas sistémicos, los necesarios equilibrios se hacen dramáticos y los márgenes de error son mayores” (Mayol, 2012: 23).

Es cuestión de visibilidad. La pobreza siempre es un quiste susceptible de extirpar según un procedimiento predecible, pero la desigualdad es un cáncer silencioso que permea a toda la sociedad. No ha sido entendido así por la clase dirigente. Combatir (mejor dicho, paliar) la pobreza ha sido presentada como la condición de posibilidad para alcanzar el desarrollo, en cambio, la desigualdad sigue siendo el agregado de piedra dentro de las políticas públicas. Las cifras son maniqueas, por cierto, pero revelan la profundidad de la cuestión.

Observemos el siguiente ejercicio propuesto por Gonzalo Durán y Marco Kremerman, economistas de la Fundación Sol en columna publicada en El Mostrador el 2 de abril de 2012. En vez de dividir a la población chilena en quintiles, como comúnmente se hace para distinguir la desigualdad, distinguen por deciles, o sea, distribuir a la sociedad en diez grupos respecto a su ingreso mensual autónomo.

	Decil	Promedio	Mediana
(10% más pobre) →	I	\$ 63.891	\$ 43.424
	II	\$ 197.402	\$ 186.745
	III	\$ 273.316	\$ 258.398
	IV	\$ 341.124	\$ 333.342
	V	\$ 407.711	\$ 403.325
	VI	\$ 517.888	\$ 510.850
	VII	\$ 625.247	\$ 594.099
	VIII	\$ 816.434	\$ 767.196
	IX	\$ 1.146.236	\$ 1.100.346
(10% más rico) →	X	\$ 2.951.815	\$ 2.178.597

Un análisis somero de dichos datos, nos confirma que la diferencia no está en los primeros deciles, sino en el decil más rico, más aún, la diferencia radica en el 1% más rico. Desglosemos el último quintil:

	Percentiles	Promedio	Mediana
<i>APERTURA DEL ÚLTIMO DECIL</i>	<i>P91</i>	\$ 1.521.418	\$ 1.491.305
	<i>P92</i>	\$ 1.793.662	\$ 1.684.765
	<i>P93</i>	\$ 1.700.295	\$ 1.757.942
	<i>P94</i>	\$ 1.799.060	\$ 1.876.408
	<i>P95</i>	\$ 2.125.636	\$ 2.059.203
	<i>P96</i>	\$ 2.353.057	\$ 2.434.166
	<i>P97</i>	\$ 2.762.197	\$ 2.720.716
	<i>P98</i>	\$ 3.093.899	\$ 3.190.736
	<i>P99</i>	\$ 4.547.566	\$ 3.734.295
	(1% más rico) →	9100	\$ 7.843.061

Fundación Sol a partir de los datos de la Casen 2009

El ingreso mensual promedio del percentil 100 corresponde a \$7.843.061, aumentando la brecha entre estos hogares y el 10% más pobre en 260 veces (en 1990 la diferencia era de 84 veces). Esto considera que el ingreso autónomo promedio por persona en este grupo es de \$3,8 millones, mientras que en el 10% más pobre es de \$14 mil.

Pero no solo eso, con aquel desagregado queda en evidencia que “en estricto rigor, el 94,5% de los chilenos vive en un hogar donde los ingresos mensuales son inferiores a \$2 millones”.

La sentencia es ineludible para los economistas Durán y Kremerman:

“La desigualdad tumbó al próspero Imperio Romano. No hay sociedad que pueda seguir avanzando si el crecimiento sólo se traduce en beneficios para un pequeño grupo que avanza 100 peldaños, mientras el resto avanza 1 o 2 peldaños. ¡Todos avanzan!, dirán los defensores de la teoría del chorreo. Matemáticamente es cierto, socialmente es una falacia” (El Mostrador, 2 de abril de 2012).

Esta es la radiografía de la actual estructura social chilena. Dado que ésta no es el resultado de una inspiración divina o de una autocreación espontánea, ¿para qué gastar tanto en construir una sociedad desigual si se puede utilizar el camino inmediatamente opuesto?

Cabe el análisis formulado por Alberto Mayol: “Chile gasta dinero en producir una estructura social desigual. Luego gasta en mitigarla. Luego gastamos energía en criticar lo que quedó ¿No será útil pensar en la posibilidad de producir una sociedad igualitaria de entrada?” (2012: 74).

Alertados de dicha interrogante, ahondemos en la naturaleza del problema: un orden prescriptivo no siempre sucede a un orden descriptivo. Desde Karl Popper sabemos que no es posible situar un territorio de avance progresivo y lineal respecto a los hechos sociales. Por ejemplo, “las revoluciones sociales no las traen los planes racionales, sino las fuerzas sociales, como por ejemplo, los conflictos de intereses” (1992: 62).

Entonces, no hay leyes sociales universales que dicten el desarrollo y el progreso del hombre: el campo de lo social es un escenario impredecible *desafecto* de toda predictibilidad matemática o científica. No hay recetas posibles, ni “modelos” que las cobijen. Aquellas cifras de desigualdad socioeconómica¹⁵, evidencian que el ideal de progreso funciona menos como una realidad reconocible y verificada que como un discurso operativo y axiológico a pesar del aumento de las cifras macroeconómicas y el posicionamiento internacional del país. Pero, ¿qué discurso? A saber: el discurso del modelo económico chileno o “economía social de mercado”, donde precisamente es el mercado el eje estructurante de toda relación económica, y aún más, de toda relación al interior de la sociedad.

Frente al proceso de reformas estructurales realizadas (como la Reforma Agraria o la nacionalización del cobre) durante la década del 60’ y comienzos de la década del 70’, la Dictadura Militar “operó en la práctica y en el diseño como una contrarreforma” (Mayol,

¹⁵ Por cierto, Sudamérica no se escapa a dicha ecuación contradictoria. Aun cuando la generación del empleo se ha más que duplicado en la última década, además del avance sustancial en la disminución de la pobreza, así como los crecientes índices de la tecnologización de la vida y el consumo, expresado metonímicamente en la cantidad de teléfonos celulares por habitante (8 de cada diez latinoamericanos), pareciera haber una honda contradicción que nuclea nuestras sociedades latinoamericanas: la desigualdad creciente en la distribución del ingreso, los bajos sueldos, la salud deficitaria y una mala calidad en la educación hacen mella en el imaginario social, político y económico de muchos ciudadanos de esta parte del mundo.

2012: 41). Se reconcentró la tierra (pasó de manos de los antiguos terrateniente a los grupos económicos), se desnacionalizó el cobre, con un porcentaje mínimo de participación estatal en la explotación y procesamiento del llamado “suelo” de Chile, se estableció un mercado de AFP, donde son precisamente empresas privadas las que capitalizan las pensiones de los trabajadores en la bolsa de Comercio, se reformó el Código del Trabajo, donde en la práctica se hace imposible el derecho a huelga y la posibilidad de real de negociación colectiva en una relación disimétrica entre empleadores y empleados. La lista es larga y sigue, pero lo relevante es situar el ADN del modelo económico, su razón de ser: crear mercados al compás de un flujo incesante.

El modelo económico heredado de Pinochet “echa anclas” en una manera de *ser* profundamente inmaterial: se soporta en la fluidez de los deseos y en el acrecentamiento del capital. El flujo es perenne, incombustible, dinámico. “Su único deseo es integrarse al mercado, momento en el cual se fundirá con el pléroma. El momento místico del ser fluido es estar rodeado de mercado por todos sitios, fusionado con las dinámicas económicas del mundo” (Mayol, 2012: 46).

Tal como un oráculo, la fluidez es la condición necesaria de la evanescencia actual en una doble condición: como una garantía de un avance ilimitado hacia un futuro esplendoroso y como un censor que alerta sobre los peligros siempre latentes de su detenimiento:

“Se asume que en las zonas más desarrolladas, donde abunda el éxito, la prueba más fehaciente de la energía que inunda esos espacios radica en la gran velocidad de los avatares que acontecen al interior. La falta de ritmo es falta es síntoma de decadencia, estancamiento y eventualmente putrefacción. Las olas de las tablas de surf que recorren el mundo dinámico pueden detenerse y conducirnos en su estadio mediocre a una ciénaga, un pantano donde los individuos habitan atrapados por el fango y el mal olor (Mayol, 2012: 44).

La fluidez no se detiene, ni se aletarga. Su naturaleza es incombustible y solaz. Es una estructura significativa, un marco interpretativo donde todos pueden (y deben) *reflejarse*. Pero ya lo habíamos referido respecto a los espejos de Borges: no reflejan simplemente, revelan un origen, quizás una pérdida.

No puede haber sociedad donde todos fluyan. Todo flujo *inmaterial* se verifica indefectiblemente en aquello que lo soporte, o sea, condiciones materiales concretas. Desde hace 40 años se ha establecido una ficción dolorosa, un teatro de las ilusiones: el mito de la integración. La figura del delincuente es la expresión de aquello. Movilicemos la siguiente imagen a modo de problematización:

“Dos días antes de cumplir 20 años, Alexis Pavez recibió un certero balazo en la espalda. El autor del disparo fue Jorge González, guardia de la villa “Cumbres Blancas”, un conjunto habitacional ubicado en la comuna de Puente Alto, al extremo sur de Santiago. La madrugada del 6 de marzo de 2000, mientras hacía su ronda, descubrió a Pavez intentando abrir un vehículo al interior de la villa. González no debía tener un arma de fuego y lo sabía. También lo sabía la junta de vecinos que lo autorizó a portarla y algunas de las más de 500 personas que vivían ahí y que lo habían visto con precaria escopeta en la madrugada (...).

El disparo de González reventó cerca de las 4 de la mañana. Los primeros en aparecer fueron Guillermino Valenzuela, chofer de buses; Carlos Mejías, empleado particular, y Carlos Vera, chofer de camiones. Todos padres de familia, con trabajo estable (...) Pronto se les unió Carlos Enríquez, quien, armado con un fierro, golpeó a Pavez repetidas veces. La escena se prolongó sin tregua y estos hombres, que no registraban ni siquiera una detención por ebriedad, volcaron allí una rabia de la que nunca se creyeron capaces. Ni ellos, ni sus mujeres que los observaban desde las casas, hicieron el amago de llamar a una ambulancia o a la policía. Cuando la furia remitió, los hombres arrastraron al joven fuera de la villa y lo dejaron apoyado en un árbol. Luego volvieron a sus casas y se durmieron. Como en la obra de Lope de Vega, Fuente Ovejuna lo hizo y Fuente Ovejuna guardó silencio” (Ramos, Guzmán de Luigi, 2000: 13).

Así comienza el libro *La Guerra y la Paz Ciudadana* (2000) de los periodistas Juan Guzmán de Luigi y Marcela Ramos. En él se indaga, entre otras cuestiones, en la fractura comunitaria a partir de las políticas habitacionales de la Dictadura profundizadas en “democracia” y que tiene como relato la irrupción del delincuente. Este tiene una textura siempre evanescente, pero irremediamente amenazadora: puede estar en todas partes, pero proviene de las zonas más desprotegidas de Santiago. O sea, no sabemos a dónde va, pero sabemos de dónde viene.

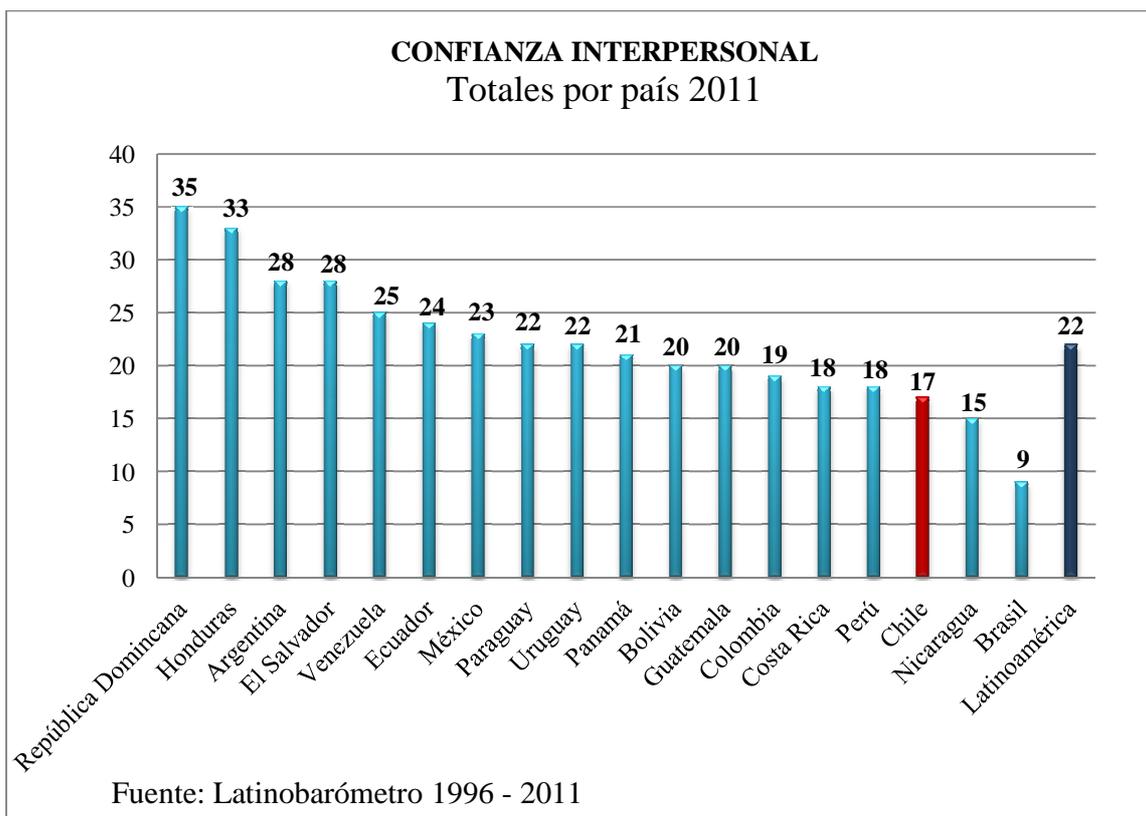
El delincuente se constituye en la fobia social y “el delito deja de ser una suma de infracciones a la ley para convertirse en una forma de ver y construir la realidad” (Luigi, Ramos, 2000: 35). Por tanto, en la figura del delincuente habita el miedo péfido producto de la deslocalización y la pérdida del juego de reconocimientos mutuos¹⁶. El *otro* se asume como el oponente en el diagrama social del *nosotros*, objeto de sospecha, susceptible de rencillas y violencias.

En entrevista con Juan Guzmán de Luigi, el autor señala:

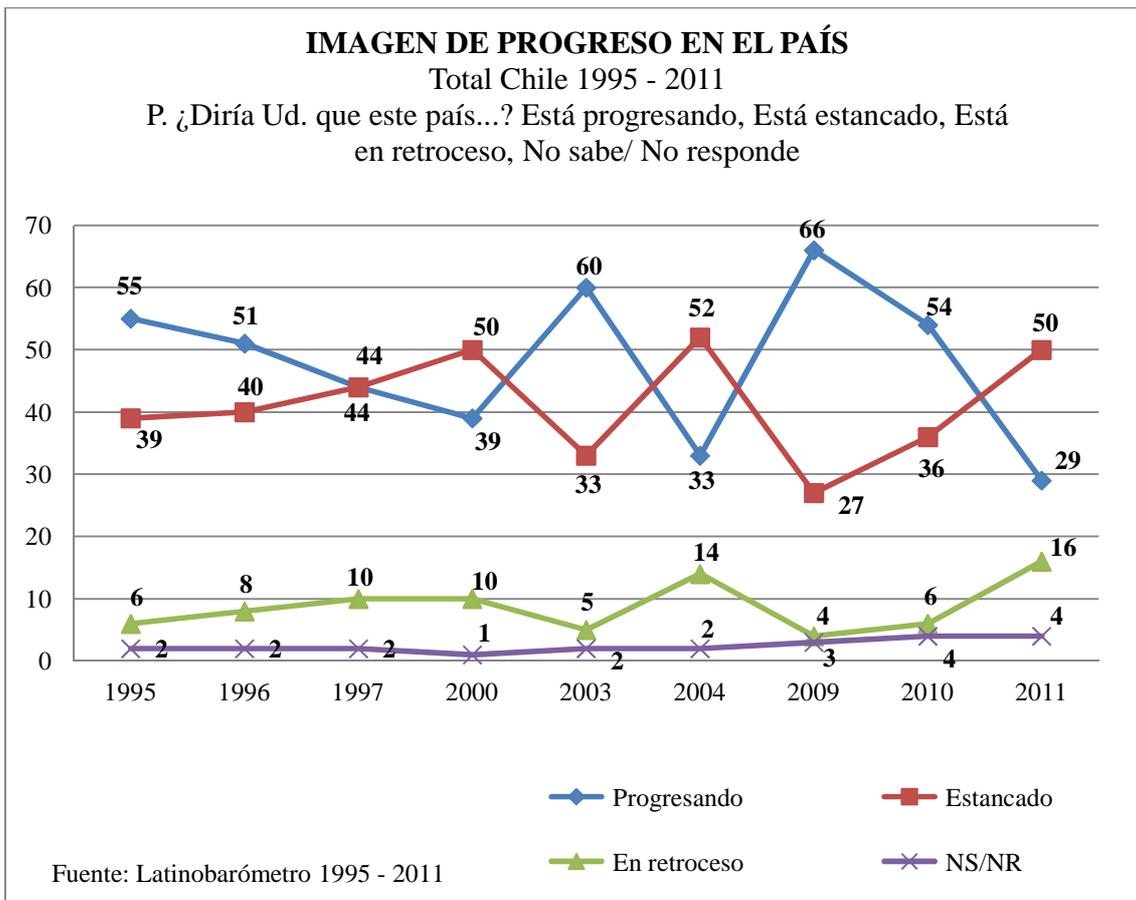
“¿Qué es lo que hay en esa historia? Es una tensión muy terrible en esa comunidad, porque, más allá de los hechos, hay un cruce valórico, y un quiebre muy fuerte, que a lo mejor no se expresaba en hechos, sino en miedo. Uno podía contar eso policiacamente o como tratando de encontrar un relato que explicara todo esto (...). No era solo un delito, había otra cosa ahí” (entrevista del autor de esta tesis con Guzmán de Luigi, 2010).

El relato del miedo, que tanto profesan los medios de comunicación, no solo sitúa el problema de la pobreza, sino, también, el de la desigualdad con un ingrediente en específico: el miedo al otro es el desajuste de la promesa del mercado. En otras palabras: la sospecha hacia el *otro* disloca la ilusión de la integración a través del mercado.

¹⁶ Ver Reguillo (1996). *La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas* en Rotker, Susana (2000). *Ciudadanía del miedo*. Caracas, Nueva Sociedad; Reguillo (2006). *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanía*. Bogotá, editorial Pontificia Universidad Javeriana y Salinas, Claudio (2008). Tesis conducente al grado de Magíster en Comunicación Política. *La seguridad y la administración mediática del miedo. El delito en los editoriales de El Mercurio y la Tercera*.



Una cierta fantasmagoría social se ha enquistado en el imaginario ciudadano, en palabras de Tomás Moulian (1997), donde lo que se habita es una urbe bifronte de caras opuestas, pero simultáneas: el páramo del ciudadano y el paraíso del consumidor. Allí, “la promesa de integración es solo una promesa de exclusión cuya erótica está en la posibilidad de quedar del lado de los beneficiados” (Mayol, 2012: 48). Entonces, la fluidez es excluyente no inclusiva. Sus posibilidades son binarias: o se está del lado de las víctimas o se está del lado de los victimarios, pero ¿quién quiere ser víctima en el Chile creciente y modélico para el mundo de las transacciones y la velocidad de la información?



Los datos proporcionados por el informe Latinobarómetro de 2011 pueden ser contrastados con la siguiente pregunta: ¿qué pasó durante estos años para revelar el fracaso del progreso como adalid social? ¿Qué ocurrió en Chile para que el mercado ya no fuera la única voz autorizada para hablarnos de sociedad? Durante años operó el mito... la ingrátida levedad de la fluidez, o como entiende Zygmunt Bauman (1999), una modernidad líquida.

El caso chileno es paradigmático. El modelo económico ha operado como estructura holística y no solo como estructura económica. “No hay polis, no hay sociedad, pues toda intermediación, toda coordinación está hecha para llegar al mercado” (Mayol, 2012: 45). Ya Gramsci situaba la envergadura de la cuestión: nunca una ideología se manifiesta con tanta fuerza como cuando ésta se invisibiliza (Gruppi: 1978). Y el modelo chileno se ha enquistado entre liturgias y silenciamientos, que, en último caso, reflejan una evanescencia: no declarar su estado, pues se ha vuelto sentido común, práctica transparente. Un mercado

naturalizado permitía la desestructuración del Estado reducido ahora a la mera subsidiariedad, punición y protección militar.

Michel Foucault (2004) y Eliseo Verón (1995) nos proporcionan el marco interpretativo para abastecer dicho análisis: el lenguaje es régimen de visibilidad, o sea, que designa y califica, prescribe y proscribire. Y el discurso del modelo reprimía toda posibilidad de crítica, al menos en el espacio público; oscurecía su condición bajo las aguas tranquilas de una sociedad anestesiada. Las palabras de Mayol resuenan con fuerza: “en Chile no había proyecto de sociedad, sino un modelo económico” (2002: 36).

Pero la sociedad había despertado. “Como si se tratara de una persona sometida a terapia de habla, Chile fue tratando uno por uno sus miedos, lamentos y críticas” (Mayol, 2002: 24). En este sentido, la consigna estudiantil evidenciaba la denuncia del modelo económico imperante en Chile a través de otra denuncia: la del lucro. De pronto, aquella palabra pasó a representar un hondo malestar, la suma de todos los miedos, el significante requerido para un sentido, hasta ese momento, impreciso y volátil. El lucro era la expresión del diagrama generativo de abuso y la desigualdad; la forma específica, del cual se vale el mercado, como forma esencial del modelo, para materializarse¹⁷.

El 2011 fue el año de la palabra, de los nombres indispensables que visibilizaban lo invisible. La palabra implica eso: discurrir y problematizar. Frente al silencio acrítico, se yergue el reclamo “y el reclamo es voz, es aumento del poder convertido en palabra, es el compromiso de dar cuenta del propio deseo y de señalar el malestar con el otro” (Mayol, 2012: 24).

Y en el reclamo hay sociedad. Si el éxito del mercado fue precisamente despolitizar la sociedad, el éxito del movimiento estudiantil ha sido *politizar* el mercado, transformándolo en espacio de conflicto.

¹⁷ Según Rodrigo Baño, lo que caracterizó a la década del 1990, se hizo patente en la década posterior e hizo eclosión durante 2011: el malestar –ese concepto algo informe- que algunos “lo atribuían a condiciones psicosociales de pérdida de la confianza, inseguridad personal y, naturalmente, falta de afecto en la primera infancia, que da para todo” (2011: 23) pasó a designar una enfermedad endémica: la desigualdad.

Así lo plantea Mayol:

“El mercado es hoy una evidente zona de politización. No solo porque se había constituido en zona de dolor, que ya lo era hace bastante tiempo, sino porque 2011 representó el procesamiento político del malestar en Chile y por tanto, se otorgó un horizonte de problematización del dolor en el espacio público” (2012: 24).

Del mismo modo, Sergio Grez -doctor en Historia y profesor de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile- destaca “la capacidad pedagógica que tuvo la dirigencia estudiantil y el conjunto del movimiento estudiantil para interpelar al conjunto de la sociedad chilena de manera tal de demostrarle los males de la educación tienen un vínculo con el modelo económico neoliberal en su conjunto” (entrevista con el autor).

Por tanto, el movimiento estudiantil no solo puso a la educación como estandarte discursivo, sino que movilizó un gran cúmulo de problemas relacionados con la propia estructura social como la salud, la previsión, los derechos de los trabajadores. A saber de Grez:

“(Los estudiantes) tuvieron la capacidad de politizar, en el mejor sentido de la palabra, una reivindicación que en un primer momento podría haber sido estrictamente corporativo o gremial y eso es un gran triunfo del movimiento estudiantil aunque desde fines del 2011 haya instalado la sensación -errónea a mi juicio- en algunos segmentos de que fueron derrotados y de que no consiguieron nada. A mi juicio eso es una percepción equivocada, ya que si bien en el plano estrictamente corporativo no consiguieron los objetivos fundamentales, en este otro plano que es político y simbólico el instalar el tema de la educación como una prioridad sí que consiguieron un gran triunfo” (entrevista con el autor).

Las cifras confirman los planteamientos de Mayol y Grez. Según Latinobarómetro, Chile es uno de los tres países, de los 18 incluidos en el estudio, en el que el apoyo a la economía de mercado es menor al 50%. El orden es el siguiente: República Dominicana (46%), Guatemala (45%) y Chile (43%).

Volveremos sobre este punto con ocasión de los imaginarios sociales precisados en el presente trabajo a partir del capítulo V. Por de pronto, establezcamos una ruta, el camino al cual arribamos con todas estas interrogantes.

El malestar cívico

Habíamos comenzado el capítulo hablando de un desajuste, un malestar en la cultura. El modelo económico había sembrado la semilla del futuro, pero la injusticia y la desigualdad habían socavado sus cimientos capilares. No porque malestar y capitalismo se opongan literalmente, sino porque el primero excedió las propias posibilidades que el sistema daba para su contención.



Lugar prioritario va a ocupar el consumo en todo esto. García Canclini lo define como “el conjunto de procesos socioculturales en que se realiza la apropiación y los usos de los productos” (García Canclini, 1999: 34). Del mismo modo, Martín Barbero lo entiende como producción de sentido, el “lugar de una lucha que no se agota en la posesión de los objetos” (Martín Barbero, 1987: 231). Entonces, desde una mirada cultural, el consumo se constituye en zona de placer y el propio modelo económico chileno haya su fundamento,

alentando aquella “erótica basada en los objetos y no en las relaciones sociales” (Mayol, 2012: 142). El mercado produce placer, fabrica el deseo y el deseo sosiega la incomodidad, la urgencia de los cambios. ¿Acaso un *smartphone* último modelo no era en sí un objetopreciado? ¿O transitar en autopistas urbanas expeditas no era la expresión de una cierta vanguardia moderna?

José Joaquín Brunner, ideólogo de la Concertación, durante la década del 90’, ya inauguraba esta nueva y bella época con una efusiva muestra de entusiasmo: “bienvenidos a la modernidad” nos declamaba –con pletóricos letreros de neón-, afirmando el telos irrevocable del Chile pos dictadura (1994). “Somos un continente en búsqueda desesperada de su modernidad” (Ruiz & Sáez, 2012: 27), argüía, con ocasión de aquella frase del escritor Carlos Fuentes, sin pudor, ni pasado. Pero la modernidad no es estrictamente la *única* modernidad.

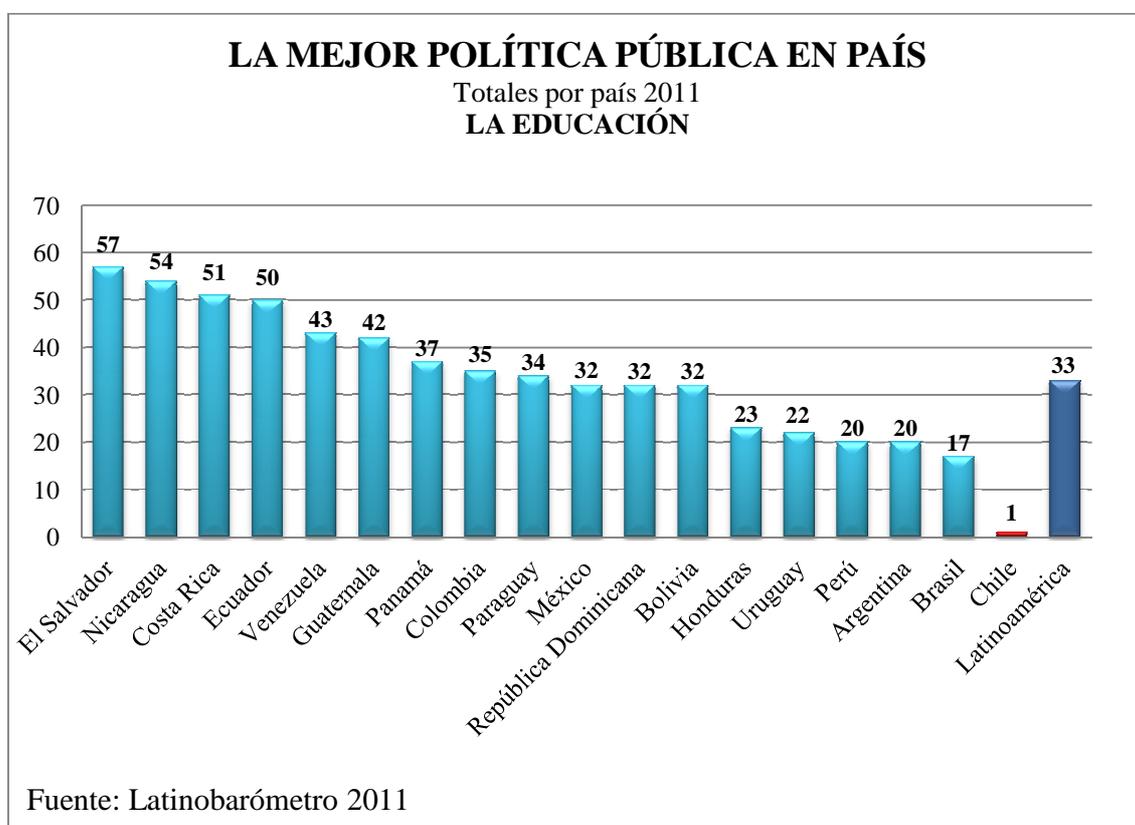
“Cabe recordar –con Alain Touraine– que si bien hay una modernidad, hay en cambio varias modernizaciones. Y de lo que aquí se habla, en realidad, es de un proyecto de modernización concreto, de origen autoritario por lo demás, que parecería entonces coronarse con éxito bajo el advenimiento de la democracia y el crecimiento económico prolongado, ambos elementos concebidos bajos su molde. No es otra cosa lo que se celebraba” (Ruíz & Sáez, 2012: 27-28).

La modernidad había arribado -al menos, nuestra modernidad- pero haciéndose eco de un silencio tácito y doloroso: ocultando a los muertos de la Dictadura Militar, como si la sangre se pudiera borrar tan fácilmente, al compás eterno del progreso irrevocable. El consumo se abría paso entre la podredumbre cadavérica de las víctimas desaparecidas, entre las brasas aún humeantes del bombardeo al palacio de La Moneda, porque –pese al paso de las décadas- aún la imagen del quiebre democrático se hallaba en la pléyade de nuestras celebraciones.

Lo cierto que, operando en la mitología paroxística de nuestra modernidad, el saldo consecuente no es estrictamente agradable: “bajo el ruido ensordecedor del exitismo, apenas se escuchaba la marcha imparable mediante la cual el panorama se preñaba de las contradicciones propias de un nuevo ciclo” (Ruíz & Sáez, 2012: 28). El éxito presumible estaba engendrado una distopía; solo bastaba la mecha que encendiera el incendio.

Y de ahí sin más. El malestar que se había acumulado por años, explotó en signos perturbadores: el caso La Polar, el abuso de las AFP, Isapres, el cobro abusivo en las autopistas urbanas, la colusión de las farmacias, la Universidad del Mar, los cobros unilaterales de Banco Estado o Cencosud, en un largo etcétera. El modelo mostraba su peor rostro: el abuso y el desengaño. El lucro como su expresión vivificada. La nariz aguileña del tramposo que había usurpado el sueño de muchos, la educación. Se había roto el pacto de fantasía, la ensoñación del capital en su fibra sensible: el mérito como garantía de movilidad social.

Las cifras de Latinobarómetro son esclarecedoras en este punto. Si a cualquier ciudadano de El Salvador se le preguntara por la mejor política en su país, de seguro diría que la educación (57% de la población) es el ejemplo a señalar; probablemente esto sería similar en Nicaragua o Costa Rica. En cambio, si se le hiciera la misma pregunta a cualquier chileno, la educación no sería precisamente la mejor evaluada, pues solo un 1% de la población la destaca como la mejor política pública.



La promesa del modelo “social” de mercado suponía que el esfuerzo individual sería la condición indispensable para superar la pobreza, en el entendido que la desigualdad solo se combate con mayor educación. “La educación era vista como la forma de salir del fango de la pobreza, de la ignorancia y sus horrores, de la cesantía y la miseria” (Mayol, 2012: 103). Por tanto, quien se esforzaba tenía ante sí la posibilidad del ascenso social. El discurso de la meritocracia resonaba con fuerza, a través de puntajes sobresalientes estandarizados en pruebas formales como el SIMCE o la PSU. Pero la excepción no alcanza a ser norma. El movimiento social -como un barrido de conciencia- movilizó una lectura crítica de aquel relato, precisamente develando su naturaleza mercantil.

Desde 1980, la educación es un espacio más de especulación y acrecentamiento del capital. El modelo educativo chileno tiene como base “el entendimiento que la educación como una inversión individual que rentará a futuro, lo que fundamenta su necesidad de pagarla individualmente, entendiendo que hay una utilidad económica asociada a la educación. Se asume que la educación es un asunto individual, no un problema de la sociedad” (Mayol, 2012: 104). En ese diagrama, las familias deben invertir mucho más que el Estado. La promesa del mérito es la promesa de la individualidad. En otras palabras: la promesa del mérito es la promesa de la descolección social sostenida por cada individuo y su núcleo más próximo.

El relato tiene su coherencia: en Chile, el 27, 2% del total de inversión en educación primaria y secundaria corresponde a los privados (en promedio es el 9% en gasto en educación primaria y secundaria), la cifra más alta de los 38 países que conforman la Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE).

La inversión privada en educación superior, en tanto, asciende a más del 80%, a diferencia del resto de los países del OCDE, donde la cifra bordea el 30%. A su vez, el aporte estatal es ínfimo: 16,1% frente al 69, 4% promedio de la OCDE. Entonces, de los dineros que el país invierte en educación superior la mayoría proviene directamente de las familias, muy diferente al caso de Corea del Sur, por ejemplo, donde -si bien 77% corresponde a fondos privados- el porcentaje de apoyo estatal asciende al 22%. Del aporte fiscal chileno a la educación, un 33% corresponde a becas y un 22% a crédito.

Tipo de financiamiento universitario

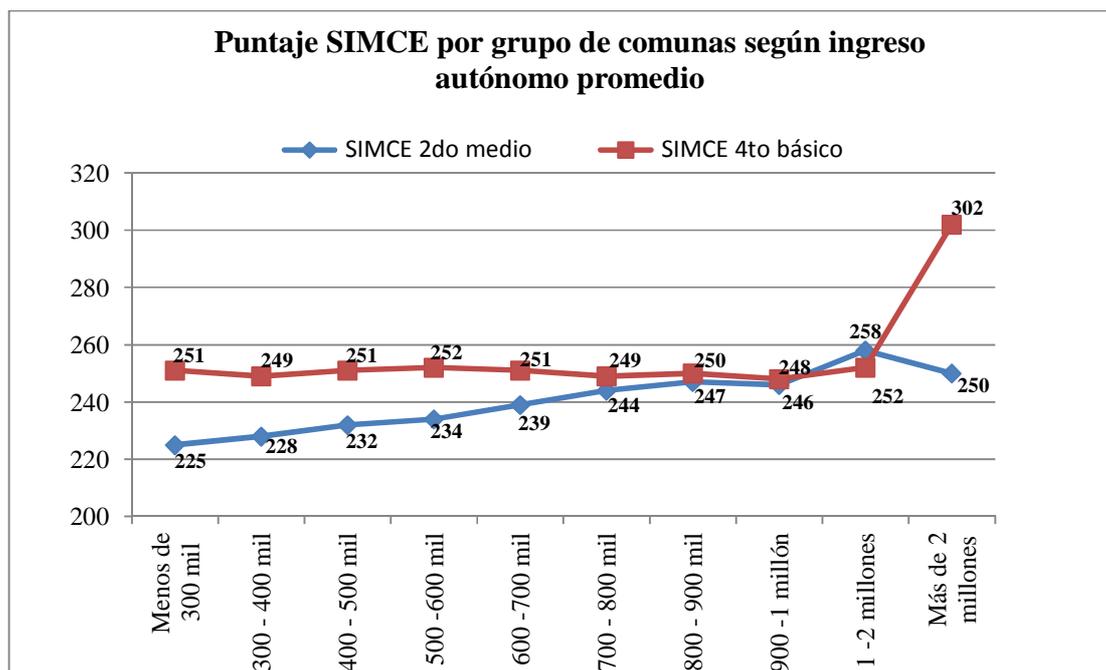
Tipo de Educación (% del PIB)	CHILE		OCDE	
	Fuentes Públicas	Fuentes Privadas	Fuentes Públicas	Fuentes Privadas
Educación Preescolar (0,52%)	70,9	29,1	83,1	16,9
Educ. Básica y Media (2,5% y 0,93%)	72,8	27,2	90,8	9,2
Educación Superior (1,7%)	16,1	83,9	69,4	30,6
Total (5,7%)	55,6	44,4	84,5	15,5

Fuente: Elaboración de Alberto Mayol a partir de datos entregados por Education at a Glance 2009, OCDE en Fundación Terram. *Educación 2013, pública y gratuita. Propuesta de reforma de la educación chilena*. Elaborado a partir de Frigolett, Hernán; Mayol, Alberto; Muñoz, Salvador; Pizarro, Roberto.

La estadística reconoce a Chile como uno de los países más privatizados del mundo, lo que trae un grave problema conceptual, a juicio de Mayol: “el modelo educacional no comprende que la educación es un bien público que renta socialmente” (2012: 106). La educación obra sobre los hombres en su constitución como ciudadanos. La educación como bien de consumo descuidaniza al hombre en su constitución de individuo. Entonces, importa más la integración al mercado del trabajo que el capital cultural que puede aportar cada ciudadano a la sociedad. La educación importa en tanto iniciativa privada.

A su vez, el modelo de financiamiento impone su acento a la demanda y no a la oferta. Da igual el colegio o la universidad a la que se aspira, solo vale la posibilidad de acceso. Según un informe de la OCDE de septiembre de 2011:

“El gasto público en educación primaria y secundaria en Chile se transforma en vales escolares y transferencias. El gobierno paga su gasto por estudiante a la escuela pública o dependiente del gobierno a la que este estudiante asiste. Las escuelas privadas que dependen del gobierno están autorizadas a cobrar cuotas de inscripción tope. Hasta hace poco, el valor del vale no estaba relacionado con el ingreso familiar del estudiante, lo que significa que los estudiantes que podían pagar más podían permitirse el lujo de asistir a escuelas que recibían una mayor financiación a través de vales y cuotas privadas. Deliberadamente, las escuelas públicas tenían menores niveles de financiación por estudiante, ya que sólo estaban financiados en la medida del valor del vale incluso después de considerar el valor de las transferencias y de otros subsidios”.



Elaboración de Mayol, Azócar y Araya en el marco del trabajo del Centro de Investigación en Estructura Social, año 2011. Se trabajó en base a CASEN 2009 (para determinar ingreso autónomo promedio del hogar por comuna), datos SIMCE 4to básico 2008 y SIMCE 2do medio 2009 por comuna, obtenidos en www.simce.cl

La máquina de desigualdad es evidente: las comunas ricas tienen puntajes más altos y las comunas más pobres tienen puntajes más bajos, al mismo tiempo que los pobres asisten a los establecimientos municipales y los ricos a los particulares (en tanto, la clase media asiste a colegios particulares-subvencionados). En apariencia se cumple la regla del mercado, el que tiene más paga más, sin embargo, para Alberto Mayol esta es una ecuación truncada:

“Es cierto en principio que en Chile el que tiene más obtiene más, pero no porque paga más. El sistema educacional chileno es tan ineficiente que reproduce en resultados condiciones de vida, pero no calidad educativa. Cuando se miran los resultados por tipo de establecimiento separando según nivel socioeconómico, emergen nuevas conclusiones. Quienes pagan más por tener a sus hijos en establecimientos particulares no obtienen más que los de su misma clase que no pagan y tienen a sus hijos en establecimientos educacionales municipales. Los colegios particulares-subvencionados no logran plasmar en diferencias relevantes su distinta inversión en comparación con los colegios municipales” (2012: 111).

Y los réditos de una educación así entendida tampoco son alentadores. El informe 2011-2012 de *World Economic Forum* (WEF) en torno a la competitividad, sitúa a Chile en el puesto 87 en calidad del sistema educacional y 123 en calidad de la educación primaria, entre 141 países.

Del mismo modo, los resultados de la prueba PISA 2009 en la OCDE indican que los estudiantes chilenos obtuvieron 449 puntos en lectura, 421 en Matemáticas y 447 en Ciencias, muy por debajo del promedio OCDE.

En un país con alto porcentaje de fomento privado en educación, se rompería la regla magistral del modelo económico: pagar más no permite necesariamente obtener mayor calidad que pagar menos o no pagar. Lo privado no es equivalente a eficiencia. El sistema educacional dispersa antes de evidenciar progresos. Aún más: reproduce desigualdad. Según la propia OCDE, “el dinero solo no puede comprar un buen sistema educativo” y que “los países que más invierten en educación por alumno entre los 6 y los 15 años no son necesariamente los que mejor rendimiento obtienen de sus estudiantes”. Por el contrario, “el éxito de los sistemas educativos es considerar que todos los estudiantes pueden tener éxito y no dejar que los alumnos con problemas suspendan, repitan o sean transferidos a otros centros o agrupados en diferentes clases en función de sus habilidades”.

El relato ya no tiene coherencia: Chile invierte US\$ 23.597 por alumno, su modelo se basa en el mérito individual, pero su calidad es altamente deficitaria. La ecuación es contradictoria, considerando que la educación superior en nuestro país es la más cara de la OCDE. Con un valor promedio de US\$ 3.400 anual, el arancel equivale al 22,7% del PIB per cápita, superior al de países como Estados Unidos, Inglaterra, Japón o Australia.

Costos de la Educación Superior

PAÍS	US\$ Promedio Anual	PIB per Cápita ⁽²⁾	Precio Relativo ⁽³⁾
Chile	3.400	15.002	22,7
Corea	3.833	29.836	12,8
Japón	3.920	33.805	11,6
EEUU	5.027	47.284	10,6
Australia	3.915	39.699	9,9
Israel	2.658	29.531	9
Brasil ⁽¹⁾	1.000	11.239	8,9
Canadá	3.464	39.057	8,9
N. Zelanda	1.800	26.966	6,7
Inglaterra	1.800	34.920	5,2
Holanda	1.700	40.765	4,2
Italia	1.100	29.392	3,7
España	798	29.742	2,7
Turquía	300	13.464	2,2
Austria	850	39.634	2,1
R. Checa	500	24.869	2
Bélgica	600	36.100	1,7
Polonia	300	18.936	1,6
Finlandia	500	34.585	1,4
Dinamarca	500	36.450	1,4
Irlanda	400	38.550	1
Suecia	300	38.031	0,8
Noruega	400	52.013	0,8
Francia	200	34.077	0,6

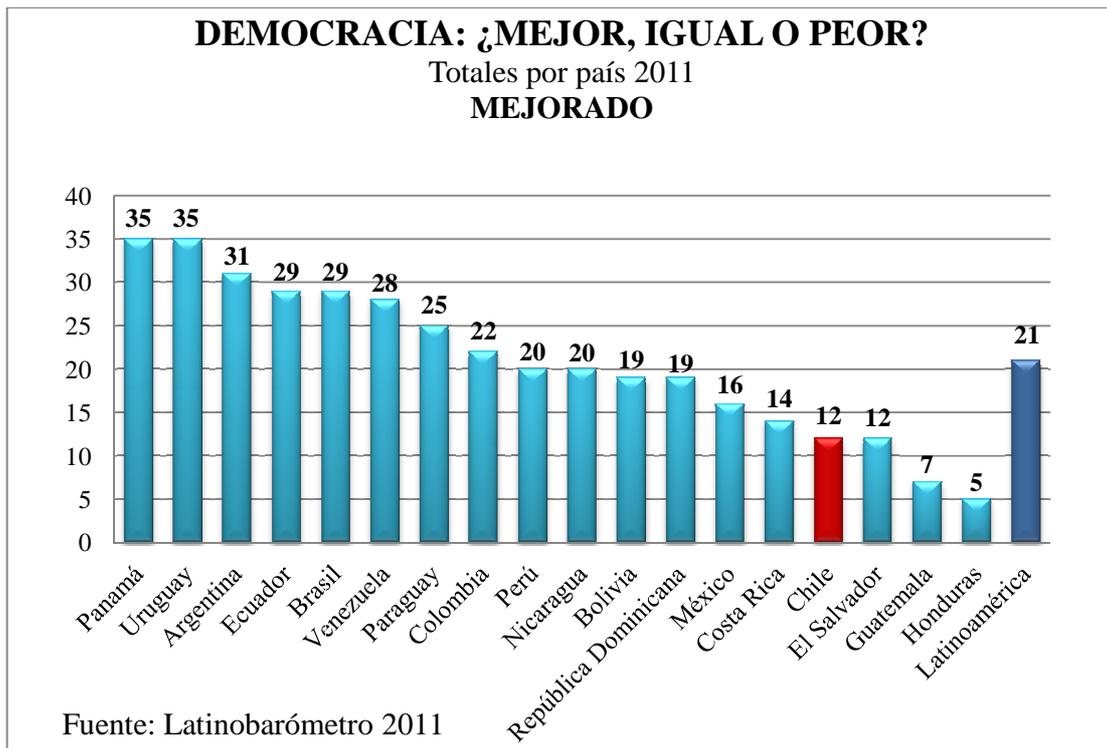
Fuente: Diario Estrategia 16 agosto, basado en OCDE, FMI, Gobiernos Centrales. ⁽¹⁾ No pertenece a la OCDE, ⁽²⁾ Corregido por paridad de poder de compra, ⁽³⁾ Gasto promedio en Educación / PIB per cápita X 100.

Así, las cifras cotejan un problema aún más grave. El cisma en la educación es el cisma de toda una lectura de la sociedad chilena. Según Carlos Ruiz y Benjamín Sáez, esto se explica porque en la educación comparece un *ethos* y un *phatos* en que se sustenta toda una retórica institucional:

“En términos normativos el acceso a la educación superior, y lo que conlleva en cuanto promesa de movilidad social, concentra parte importante de las aspiraciones y esperanzas socialmente más arraigadas, que sostienen la conformidad con los actuales patrones de modernización. Las extremadas contradicciones del sistema de educación superior, así como hacen tambalear las condiciones materiales de vida, acaban desequilibrando a su vez elementos subjetivos y culturales que sostienen el orden vigente. Por ello, la crisis del sistema

de educación superior proyecta sus consecuencias más allá de sus límites propios, poniendo en tensión incluso la legitimidad de las instituciones que regulan la vida en sociedad, así como los cauces representativos vigentes para viabilizar la incidencia ciudadana en ellas” (2012: 36).

Si entendemos que, en términos clásicos, la *paideia* es la compuerta al desarrollo integral del ciudadano en la polis, dada su naturaleza política (o sea, la educación como condición de posibilidad del ciudadano) y que lo privado se reduce al espacio propio y exclusivo del *oikós*; la clave moderna (y más aún neoliberal) materializa una aporía fundamental: al reconocer en lo privado una erótica en que se expresan todas las potencialidades humanas, rompe con el pacto social en el cual se sustenta el reconocimiento de la educación como promesa constitutiva. Se ha develado la mentira: en nombre de la educación se soporta el lucro como *aggiornamento* del negocio privado.



Con el término de aquel teatro de las ilusiones, se ha roto la esfinge segura de las instituciones que dan cabida al hombre en sociedad. Entonces, análogamente a la crisis del

modelo económico, se ha venido gestando una crisis institucional que, en último caso, refiere a un problema de la misma índole. Una llevó a la otra¹⁸.

Históricamente Chile había hablado con orgullo de sus instituciones, de sus FF.AA., de Carabineros, de la Iglesia Católica, como el sedimento de toda una tradición señera. “Las instituciones funcionan”, se había constituido en el mito operativo, que otorgaba tranquilidad a las conciencias cívicas de una democracia tenue.

Bibliografía hay y bastante en torno a la crisis de la democracia representativa chilena (Moulian: 1997, Huneeus: 2004; Navia: 2004), pero es dado situar el análisis respecto a la erótica en torno al poder institucional en nuestro país. Toda una dramaturgia transicional se fundamentaba en el trasplante de la ciudadanía por la institucionalidad. Para el sociólogo Rodrigo Baño, “la transición desde el régimen de Pinochet a la democracia se hizo sin que los sectores populares contaran con ninguna expresión político-partidaria y con tal cambio en el sistema de partidos que estos renunciaron a toda representatividad social” (2012: 7). La *política* de la transición fue la *despolítica* de la transacción.

El consenso emerge de aquello y puede resumir una realidad propia (pero no exclusiva) del Chile demoliberal. Este concepto, a juicio del antropólogo francés, Marc Augé, sería la última palabra de la historia, pues constituye el paradigma resultante de la relación entre democracia liberal y economía de mercado¹⁹. El consenso anula la “*differend*”, o sea, la difuminación de todo disenso o discrepancia política. En tal sentido, las “democracias del mundo hablan hoy con una misma voz (...) cabría pues interrogarse sobre lo que esas democracias tienen que decirnos, a menos que admitamos con Jean-Francois Lyotatd que nada tienen que decir, o más bien, que su discurso no puede ser sino el comentario tautológico de sus realizaciones y de su performatividad” (Augé, 1998: 35).

¹⁸ Por ejemplo, la confianza en la Iglesia Católica se ha derrumbado por las denuncias de pedofilia. Según cifras de Latinobarómetro, Chile es el único país en que la Iglesia cae en su adhesión de manera tan abrupta y rápida de 62% en 2010, a 38% en 2011. Del mismo modo, la confianza en el gobierno alcanza solo un 34% en 2011.

¹⁹ El discurso del consenso, para Augé, es a lo menos problemático, pues nace del lenguaje político francés que apareció “en el momento en que se manifestó en los círculos oficiales de la política el sentimiento de que en un número de cuestiones importantes no había diferencia real entre las posiciones de la derecha y las posiciones de la izquierda” (Augé, 1998: 32).

El consenso es -en la terminología de Chantal Mouffe (1999)- la instauración de la pospolítica como articulación simbólica del triunfo definitivo de las democracias liberales sobre los Estados totalitarios. De igual forma, el término es utilizado por Jacques Rancière para caracterizar “a la victoria de la democracia, entendida como régimen político, sistema de las instituciones que materializan la soberanía popular, sobre su adversario, la prueba de que aquel régimen es a la vez el más justo y el más eficaz” (1996: 121).

Ahora bien, para Jacques Rancière, por democracia admitimos un cúmulo de significantes, toda vez que el término puede ser leído equívocamente. Allí efectúa una precautoria semántica cuando interroga a la democracia en torno a sus posibilidades constitutivas: “entender lo que la democracia significa es entender la batalla que se juega en esta palabra” (1996: 78). La lucha por los nombres es la lucha por las cosas designadas por esos nombres. Tal interrogante cabe para el caso chileno: ¿qué democracia es la invocada en nuestro ordenamiento? ¿Qué rol juega el consenso en dicho diagrama?

Movilicemos una reflexión posterior -a modo de prolepsis- con ocasión de las movilizaciones estudiantiles en la Alameda durante el 2011 y que diagnostica el carácter de la democracia chilena antes y pos dictadura:

“No tengo recuerdos que las autoridades se opusieran o prohibieran de manera sistemática el uso de la Alameda, esto es algo propio evidentemente de la dictadura, pero sobre todo de esta democracia neoliberal, tutelada, vigilada, y de baja intensidad que sufrimos desde 1990 a la actualidad y eso es absolutamente congruente con el hecho de que esta democracia limitada es mucho menos tolerante y tiene muchos menos espacios para la expresión de la disidencia o de la contestación social o política que la democracia liberal que tuvimos hasta 1973” (entrevista con el autor).

Lo planteado por el historiador Sergio Grez nos pone en perspectiva respecto a los afluentes tectónicos de la democracia erigida inmediatamente después de la dictadura militar (1973-1990). Esto es, una democracia protegida cuya esfinge dictatorial persiste en su estructura modélica: un sistema binominal que cercena el principio de la mayoría, reglas de quórum supra-mayoritario de las leyes orgánicas, que, en la práctica, impiden cualquier transformación radical del ordenamiento constitucional, entre otros “enclaves” autoritarios.

Del mismo modo, la herencia dictatorial ha supuesto la administración del modelo económico, de lo que hemos hablado en extenso anteriormente, y que, en último caso, expresa la naturaleza consensual de nuestro ordenamiento. “La vida democrática deviene la vida apolítica del indiferenciado consumidor de mercaderías” (1996:26), asevera Rancière; en el nombre de la democracia, acontece la fluidez de los deseos del capitalismo posfordista, deslocalizando al ciudadano, espacio de realización del *nosotros* (2005).

Juan Pablo Arancibia, sitúa el análisis respecto al avance de mercado y el retroceso de la política desde la contradicción entre libertad e igualdad, entre bienestar público y privado. A partir de esto, explica los dos rasgos que definen nuestra democracia liberal:

“Primero, la declamación de una promesa de libertad por venir, siempre futura e inverificable. Un horizonte de sentido que culmina siempre en el mercado y el consumo, como espacio y agente realizador de las máximas potencias humanas. Segundo, la práctica efectiva de una sujeción permanente, a condición de garantizar el orden del dominio de lo privado, léase el resguardo de una propiedad acumulada y concentrada. Así, el neoliberalismo se queda con una agrupación de individuos pretendidamente libres, pero solitarios, desactivados y aislados. Supuestamente libres para operar en el mercado, como productores y consumidores, pero enmudecidos y anestesiados, pues carecen de discurso real y efectivo, para participar y determinar la sociedad en la que actúan” (2011: 181).

En el Chile demoliberal, el único actor relevante en la escena pública es el mercado como articulador de promesas, intereses y sueños, que celebra, precisamente, la asunción de sujetos “solitarios, desactivados y aislados”, “a los cuales se les ha arrebatado de palabra y se les ha desprovisto de acción” (2011: 181). Volviendo a la crisis de las instituciones, cabe la interrogante de Mayol: “¿Y cuánto podían durar esa clase de instituciones sin impugnación cuando el modelo económico suponía una enorme presión por despolitizar la sociedad y convertir a ésta en un conjunto de movimientos de bienes y servicios?” (Mayol, 2012: 83).

Decir que las instituciones funcionan, es invocar a un orden salvífico sustituto de la polis: la razón institucional, que en el caso chileno opera como sustracción de la voluntad general, y, reconoce en el consenso su custodio. O sea, el orden consensual consagra el déficit democrático tras la desaparición del litigio y el conflicto en nombre de la institución que

salvaguada al mercado. En esa arquitectura, “la política se percibe cada vez más como un juguete ajeno que otros juegan para su particular disfrute, por lo que sólo puede constituir un espectáculo, bastante aburrido por lo demás, ya que no hay alternativas reales en disputa, sino que lo único que se disputa es el acceso a cargos públicos y sus privilegios” (Baño, 2012: 22).

Pero con la crítica al lucro como modelizador de una forma de pensar Chile, se vino abajo toda una forma de pensar la estructura representacional del poder. Y con ello, el velo gris – pero moderno- que soslayaba las cuestiones fundamentales, los indicios seguros de un cambio de *clivaje*. Ya no bastaba con la urgencia de una despolítica basada en el consenso. Ya no bastaban “los modos institucionales de resolución de conflictos anclados en el pacto de la transición” (Sáez & Ruiz, 2011: 37). La fisura estaba consumada y por ahí entraban nuevas urgencias y nuevos modos de pensar Chile. La política apareció y no pocos recusaron el problema, mientras otros ni siquiera han logrado advertir la magnitud de los acontecimientos:

“Tan seguros del curso de modernización seguido en las últimas décadas, tan convencidos de sus cifras, que no logran concebir los motivos del creciente malestar. Parece la vuelta de una centeneria postal, que entregaba Valdés Canje ante la vieja elite del siglo XIX en medio de sus festejos por el centenario: *“Mirando la llanura desde las cumbres, está espuesto a engañarse el ojo mas esperto: desaparecen los detalles, los contornos se suavizan, los objetos se confunden; el arroyo puro i trasparente i la charca cenagosa i putrefacta brillan con la misma nitidez de plata bruñida (...) Pero el que por esa misma llanura camina a pie, cansado i sudoroso, bajo un sol de fuego, respirando el polvo de la vía triste i escueta, ve las cosas de un modo mui diverso”* (Sáez & Ruiz, 2011: 42).

Daba igual si el pacto social se deterioraba, daba igual el aumento del costo de la vida, el endeudamiento de la clase media, la proliferación de los *mall*, el cercenamiento de los barrios por edificios monumentales, las políticas crediticias para solventar la educación superior, las instituciones funcionaban o seguían funcionando como alguna vez dijo el ex Presidente Ricardo Lagos. “El difícil democrático se resolvía pensando que si las instituciones funcionaban, entonces la democracia estaba garantizada o al menos el Estado de derecho había sido respetado” (Mayol, 2012: 79). Pero aquellas instituciones no podían

abjurar de la vitalidad de las relaciones sociales, la actualización del *pathos*, el polvo del encuentro y el resonar de los pasos. Su energía había sido otra vez trasplantada pero no hacia una nueva ortopedia estructural, sino a su origen colectivo. El mito del futuro, promesa del capital incesante, sostenido en el flujo de las ilusiones, ahora se hallaba en las calles. El movimiento estudiantil había reclamado su restitución.

La ruta de las movilizaciones

Todo el camino esbozado hasta aquí nos permite develar una relación pertinente: las ciudades no son ajenas a los acontecimientos que ocurren en ellas; sus imágenes expresan hegemonías, luchas y contradicciones.

Probablemente las movilizaciones estudiantiles del 2011, como plantea Mayol, principian una politización de la sociedad que ha devuelto la energía que se había fugado hacia el mercado como espacio de interacción social y que seguirá su curso histórico. A partir de esto, se abrirá el abanico para nuevas investigaciones y formulaciones críticas, pero más no importa la materialidad que subyace en dichas cuestiones. La demanda por gratuidad y calidad en la educación había sido solo el primer *momento*, pero la voz se afina en el territorio del cual es parte. Toda palabra es situada. Toda manifestación también lo es. Planteamos nuestra pregunta de investigación: ¿Cuáles son los imaginarios sociales y las imaginaciones mediáticas de lo público respecto de La Alameda en las movilizaciones estudiantiles del 2011?

Nuestro foco, entonces, es La Alameda como escenario de movilización. Desde el capítulo anterior hemos querido situar la importancia de dicha arteria en el imaginario de la ciudad. Aquel recorrido indefectiblemente da cuenta de todas las ensoñaciones posibles, imágenes contradictorias, barridos testimoniales, ilusiones y desilusiones. Es ahí que localizamos dos maneras de abordar dichas ensoñaciones: desde los estudiantes movilizados y desde la propia constitución del dispositivo mediático. Para ello afinamos una propuesta metodológica que permita dilucidar y esclarecer dichos imaginarios y dichas imaginaciones.

¿Por qué de esto?

Primero: la Alameda ha sido pensada desde la movilización; fue su trazado característico, porque la arteria capitalina es el eje cardinal de Santiago desde el punto de vista del imaginario político e institucional.

Así lo confirma el historiador Sergio Grez:

“La Alameda es el centro del Chile. Es la columna vertebral de Chile, que une la capital del país de cordillera a mar en un sentido simbólico. No es solamente una arteria muy importante desde el punto de vista de la circulación automotriz o de peatones, sino que, además, tiene un significado simbólico, político, cultural muy importante. La Alameda desde la época colonial y en el siglo XIX era un centro de vida social que en algunos momentos tuvo un carácter aristocrático o eminentemente aristocrático, pero con el correr del tiempo se convirtió en una arteria para todas las clases sociales y más tarde esencialmente popular. Por tanto, el ocupar la Alameda, el usar la Alameda tiene un significado de visibilidad, en este caso, de la protesta social o de las ideas que se quieran transmitir al conjunto de la sociedad chilena. Ese es el sentido que tiene La Alameda. No por nada, Allende en una de las últimas frases de su discurso “de nuevo abrirán las Grandes Alamedas”. Entonces, las grandes Alamedas significan el lugar por donde circula libremente la ciudadanía, el lugar donde transitan los proyectos de cambio social, el lugar donde marchan los sueños, las ilusiones” (entrevista con el autor).

En efecto, el éxito o fracaso de cada movilización se jugaba en dicha avenida. Cuando se restringía su uso por parte de las autoridades, los dirigentes estudiantiles acusaban al gobierno de pretender “vulnerar sus derechos y un afán de invisibilizar el descontento social”. La manifestación por la Alameda movilizaba algo más cierto que la certeza misma del espacio: su propia narración como epopeya o tragedia. Y bien lo sabían los estudiantes.

De ahí que -a modo de hipótesis- planteamos que la posesión de la principal avenida capitalina representa la apropiación simbólica y material del poder, pues ahí circulan los imaginarios, aquellas ensoñaciones sociales que dotan de sentido la acción de los sujetos en el espacio de la vida cotidiana. En otras palabras: la apropiación de la Alameda revela las coordenadas de un cierto imaginario político en la geografía urbana, pues es en la principal arteria de la capital donde las narrativas de lo público y lo político han tenido lugar, por

cuanto coincide física y simbólicamente con los tradicionales espacios de poder como el Palacio de Gobierno, las diferentes entidades gubernamentales o las principales universidades.

Segundo: el espacio urbano es también un espacio *mediatizado*. Tal como hemos planteado anteriormente, los medios de comunicación juegan un rol fundamental en *el hacer/ser* de los hombres en comunidad, por tanto, de las ciudades. Si consideramos que los medios producen significaciones que permean lo que entendemos como lo real, habrá que reconocer qué mundo resulta de sus operatorias, qué dispositivo simbólico está puesto en funcionamiento.

Entonces, la presente investigación pretende un doble movimiento: por un lado, desentrañar los imaginarios sociales de los estudiantes movilizados respecto a la Alameda y por otro lado, inspeccionar las imaginaciones mediáticas en el contexto general de las manifestaciones estudiantiles del 2011. Se busca, en consecuencia, comparar y distinguir, enunciar y problematizar los diferentes imaginarios que allí se encuentran dado su condición de magmas sociales, articulados discursivamente: ¿cómo los estudiantes piensan el espacio público que representa la Alameda?, ¿qué espacio público emerge ahí?, ¿efectivamente los imaginarios sociales de los estudiantes movilizados hace emerger lo político en la apropiación y reapropiación de la Alameda?

El escenario citadino acoge tales interrogantes y las sitúa en disputas y tensiones, en ideas y contradicciones. Los imaginarios estudiantiles y las imaginaciones mediáticas devuelven a la ciudad su condición de estrategia y ensoñación, su *imposibilidad* (en términos de Calvino) de ser otra cosa que la posibilidad cierta de ser algo diferente. Pero antes de indagar en aquellos imaginarios y aquellas imaginaciones cabe precisar conceptos y discusiones teóricas.

Capítulo III (Tensiones y disrupciones de lo moderno)

“No me voy de esta ciudad con la resignación de los visitantes en tránsito. Me dejo atar, fascinado por ella a los recuerdos del presente” (Enrique Lihn, 1986).

Una metodología desde la vida cotidiana

El acto de cartografiar -en tanto apropiación teórica que despliega su energía especulativa- alumbró un territorio de análisis siempre sinuoso, lleno de posibilidades y no pocos encierros. Tal como en una geografía prófuga, hay que prescindir de rígidas rutas para así poder alcanzar establecimientos limitados, pero fiables; no totales, pero al menos esclarecedores de lo que pretende la empresa investigativa.

Es así que lo requerido en el presente trabajo se mueve en las arenas mismas de tensiones y disyunciones, un material siempre evanescente e inquieto que coquetea con lo inconsciente del espíritu y lo consciente de la práctica, que constituye la *moira* social. Esto es: los imaginarios, líquidos propios de lo comunitario, aquel tacto, mitad sueño, mitad vigilia, como aquellos flujos piroclásticos que adquieren forma y representación en el encuentro de los hombres, entre ellos y para ellos.

Hemos hablado de *imaginarios sociales* sin indagar en el escenario teórico donde hemos alojado nuestra posición. Autores como Cornelius Castoriadis principian un acervo posmarxista respecto al análisis en el campo de la cultura y los fenómenos sociales. No hablamos de estructuras o superestructuras ideológicas como hemos enunciado anteriormente.

Tal como se planteó en el capítulo I, no se puede disociar el vínculo entre sociedad e imaginario, porque ineludiblemente estos términos están soportados, a su vez, en una cierta interpretación de lo social²⁰ que precisamente desaloja los pertrechos del *determinismo* marxista clásico. Domiciliamos nuestra adscripción teórica menos en la sociología y más en

²⁰ Castoriadis define lo social como aquello “inconcebible como obra o producto de un individuo o de una multitud de individuos (el individuo es institución social), inderivable a partir de la psiquis como tal y en sí mismo” (Castoriadis, 2007: 391).

los estudios culturales, donde la querrela de lo social y su imaginación (por tratarse precisamente de imaginarios) es nuestra garantía investigativa.

No es posible, entonces, responder preguntas como ¿quiénes somos como comunidad? O ¿dónde y en qué estamos? porque,

“Las preguntas no están ni siquiera planteadas previamente a las respuestas. La sociedad se constituye haciendo emerger en su vida, en su actividad, una respuesta de hecho a estas preguntas. Es en el hacer de cada colectividad donde aparece como sentido encarnado la respuesta a estas preguntas, es ese hacer social que no se deja comprender más que como respuesta a unas cuestiones que él mismo plantea implícitamente” (Castoriadis, 2007: 137).

En otro de sus artículos, Castoriadis reafirma este asunto al señalar:

“Y a partir de determinado momento, cuando empecé a criticar a Marx, a rechazar su concepción de la historia, comprendí rápidamente que la historia y la institución de la sociedad eran obra de un imaginario instituyente, de un imaginario colectivo radical paralelo a la imaginación creadora radical del individuo. Que por tanto cada sociedad se crea a sí misma y al crearse a sí misma crea un mundo propio” (Castoriadis 2002, p. 88).

Indefectiblemente, el concepto de imaginario como *poesis* creadora *resignifica* los términos tradicionales de cultura o ciudad. No se pueden entender estos conceptos por fuera de su arquitectura imaginaria ni menos entenderlos simplemente como estructura dominante que coapta todas las energías humanas. Es más: la historia es imposible fuera de la imaginación creadora como hacer histórico, simplemente “porque la historia de la humanidad es la historia del imaginario humano y de sus obras. Historia y obras del imaginario radical, que aparece apenas existe una colectividad humana” (Castoriadis, 2002: 93). En ese sentido, se hace evidente la necesidad de reiterar la idea con que se abre el capítulo anterior, de suyo en relación a la conflictividad latente en la insociabilidad de las ciudades en tanto obras, respecto los acontecimientos que en ellas acaecen y a los flujos de imágenes que se sedimentan a lo largo del tiempo y que yacen como sustrato en constante reorganización y que abruptamente deviene también en ciudad.

Entendiendo aquello, nos centramos, por tanto, en la vida material de los hombres, el mundo de la vida cotidiana: en aquellas estructuras del sentir que significan y resignifican

la propia vida en comunidad (un autor como Raymond Williams, al respecto, será central en nuestra propuesta analítica en los próximos capítulos). Más específicamente: nos situamos en los *imaginarios sociales* de los estudiantes movilizados –personificados en sus líderes representativos- durante el 2011. Pero ¿Por qué imaginarios y no discursos?

Explicamos: los sujetos sociales movilizan discursos, pantomimas del lenguaje, significantes puestos en la marcha de sentidos sociales. Tras esos discursos, en esos sentidos sociales se mueven aquello que no es posible situar o inteligibilizar de manera evidente: los imaginarios comprendidos como aquella “creación inmotivada, que sólo es en y gracias al acto de poner imágenes” (Castoriadis, 2007: 391). Allí radica la naturaleza imaginativa del hombre en su hacer en las ciudades.

Ahora bien, ciertamente que lo social es imagen del mundo, que se actualiza una y otra vez en la vereda misma del encuentro de los hombres con otros hombres, esto implica, por otro lado, reconocer cierta facticidad indispensable para nuestra investigación: la naturaleza del imaginario social como conciencia práctica. Todo acto intelectual de ensoñación prefigura su hacer práctico: es a la vez material confluyente para significar y resignificar lo propio de las prácticas humanas y lo que en ellas reconocemos como cobijo y adscripción, lo social. En este sentido, para Cornelius Castoriadis “las significaciones imaginarias sociales están en y por las cosas –objetos e individuos- que los presentifiquen y los figuren, directamente o indirectamente, inmediata o mediatamente” (2007: 552). Lo social es una imagen del mundo que se actualiza en el hacer de los sujetos que se presentan y se autorepresentan, entonces, imaginario y sociedad van coligados.

De igual modo, situándose en el campo de la cultura, y por ende, de los imaginarios sociales, se debe cotejar el cúmulo de problematizaciones que se derivan de la presente investigación: la pregunta por las imaginaciones mediáticas y las representaciones sociales de los estudiantes manifestantes en contexto de movilización respecto a la Alameda como espacio público, implica repensar la materialidad de la principal avenida capitalina como lugar de disputa simbólica. Es parte del tráfico –preferente no azaroso- de significantes y significados. Allí revela sus patrimonios y sus disrupciones: confrontados los imaginarios que la precisan, solo puede ser recusada en tanto parte del bosquejo urbano que la soporta.

Identificamos, entonces, aquel marco interpretativo y territorial que circunda y delimita: la ciudad. Armando Silva ha trabajado el vínculo entre ciudad e imaginario, retomando los trabajos de Henri Lefebvre o Robert Venturi. Su libro *Imaginario Sociales* es una apertura significativa para nuestros fines, pues, nos sitúa en el imaginario que nos es dado investigar: La Alameda.

Es así que, al retomar cierta impronta de los estudios culturales latinoamericanos, en especial lo relacionado con la vivencia de lo urbano en contexto moderno; se puede entender la ciudad como un desplazamiento imaginativo, un transitar creativo, una forma de experiencia que dota de sentido a las prácticas sociales, sus relaciones y sus reconocimientos. Esto no quiere decir algo distinto a reconocer que la ciudad también se realiza “con el uso e interiorización de los espacios y sus respectivas vivencias, por parte de unos ciudadanos dentro de su intercomunicación social” (Silva, 1997: 19).

Ahora bien, precisar un imaginario social, con ocasión de las ciudades, es tentar una apertura común, una manera de ser y estar entre hombres, que inspecciona su propia existencia, sus propia forma de articularse, crearse y recrearse. En esa línea, para Roger Chartier, los imaginarios son “matrices generadoras de prácticas constructivas del mundo social en sí” (2000: 57). Un mundo social que pone en evidencia, articula y expresa memorias, reconversiones y comunicaciones, a partir de sus propios lugares, ubicaciones y territorios.

Entonces, si el imaginario social expresa un tipo de conciencia humana, lo ciudadano expresa una forma particular de imaginación: calles, avenidas, sectores, barrios, rincones junto al tránsito y vaivén del día a día de miles o millones, de pocos o muchos. Evocaciones de ciudad. De norte a sur, de este a oeste, circulación de vehículos, flujos de personas, redes de información y tecnología, pero también un escenario de angustias y alegrías, de manifestaciones y conflictos, “de sueños, de imágenes, de variadas escrituras” (Silva, 1997: 19). De hecho, para Lefebvre, el espacio de la vida cotidiana se constituye de un tejido más o menos denso de redes y ramificaciones, que tiene aspectos objetivos y subjetivos. “Subjetivamente es el entorno de un individuo y de un grupo, es el horizonte dentro del cual se sitúan y viven los individuos (...) Objetivamente, se relaciona con lo durable” (Lefebvre, 1961:233). Esto significa que las ciudades –como institución social- expresan

ese discurrir significativo, la circulación de semas, lenguas y hablas, formas de hacer socialmente.

En esta lógica, no es posible disociar territorio e imaginario, usos sociales e interacciones e imaginaciones. Los imaginarios, representaciones y ensoñaciones son a las ciudades, su condición de posibilidad para teñir de color las vivencias de cada uno de los individuos que habitan, padecen y resisten sus construcciones, sus barrios, sus avenidas, sus recovecos, también sus dolores, alegrías, diferencias y semejanzas. Allí emergen, también, sus emblemas, aquellos que las resumen y las caracterizan, “una ciudad que así mirada nos descubre las diversas ciudades que la conforman” (Martín Barbero: 1987).

Los fantasmas de la modernidad

Existe un cúmulo de problemáticas en torno al imaginario social y urbano, cuya trayectoria analítica nos lleva indefectiblemente al fenómeno de la modernidad. Esto es, la modernidad como diagrama generativo que inunda y permea el vínculo entre la ciudad y sus habitantes, entre aquellos y sus imaginarios.

Ante todo, habrá que decir que la promesa moderna constituye un ejercicio mítico, profundamente aporético, pues todo lo sólido se desvanece en el aire. Henri Lefebvre lo enuncia con especial tino respecto a la ilusión de la vida nueva:

“Cada época tuvo como su diablo y su dios, este bien preciso entre todos: la imagen de la vida nueva, esperada, deseada, posible. Por la vida nueva se podía morir y, por consiguiente, matar, justificando los actos y los comportamientos que se seguían de los actos. Entre otra vida y la otra vida, entre otro mundo, no hay barreras” (Lefebvre, 1971: 67).

Sin embargo, ¿cuál sería la vida nueva de la modernidad? ¿A dónde nos dirigimos? ¿Qué es lo constitutivamente moderno? Pareciera que el Fausto de Marshall Berman responde: seguir en movimiento, “porque la actividad incesante es lo que prueba a un hombre” (Berman, 1988: 42). Ahí deviene la tragedia en la espiritualidad moderna: la condición evanescente, que enaltece el cambio inquebrantable “para la perpetua conmoción y renovación de todas las formas de vida personal y social” (1988: 89).

Una de las consecuencias de dicha condición es la destrucción del pasado y el espejeo de un presente siempre continuo que zigzaguea en las sombras. Baudelaire ya lo advertía en *Le peintre de la vie moderne*:

“Así va, corre, busca. ¿Qué busca? Con toda seguridad, este hombre tal como lo he descrito, este solitario con imaginación activa, viajando a través del gran desierto de los hombres, tiene un fin más elevado que el de un mero paseante ocioso, un fin más elevado que el placer fugitivo de la circunstancia”. (Lefebvre, 1971: 157).

Nos sacuden nuevamente las preguntas por aquel pasado inefable de una ciudad que muta y se emancipa ante la irrevocable sentencia de un futuro incierto, vuelven desde el inicio de esta obra para interrogarnos nuevamente.

Aún desde la benevolencia de autores como Daniel Bell (1970), para quien la industrialización y la cultura de masas ofrecen oportunidades de libertad y desarrollo humano, al mismo tiempo que articulan promesas de futuro, lo moderno no es sino “lo efímero, lo fugaz (...) y esto es el reverso de lo eterno en la dualidad humana” (Lefebvre, 1971: 157). Una dualidad que tiende al abismo cuando camina hacia el progreso. Este es un quiebre epistemológico que tiene, también, severas implicancias ontológicas: El pulso moderno, sus escenarios deslocalizados, sus cartografías volubles, sus relatos descentrados traen consigo “la alteración perceptiva que atraviesa toda nuestra experiencia espacio/temporal” (Martín Barbero, 2002: 13).

Desde hace ya algún tiempo, pero hoy más que nunca, se vive entre redes tecnológicas, y consumos mediales, entre dramaturgias balcanizadas y memorias deshistorizadas sin otra preocupación que la de la performatividad (Augé: 1998). En este sentido, el orden de lo presente se parece más a una caja de resonancias llena de símbolos execrados y pérdidas auréticas, pero que trae consigo una profunda severidad: al mismo tiempo que se produce el ocaso de las grandes narraciones escatológicas que daban sentido a lo social; se yergue una operatoria totalizante de la práctica social, política y económica. Se trata de orden fáustico que se presenta a sí mismo como el único posible, que se desborda por todas partes y que se encumbra como el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio “único, globalizado, universal, que hace innecesaria la política, en la medida en que ya no hay alternativas posibles a ese modo de vida” (Lander, 2005: 11).

En ese entendido, también hace eco la reflexión de Alberto Mayol que se trabaja en el capítulo II, respecto de las desventuras del modelo económico chileno y su ineficacia latente y punzante. Así la llamada globalización sería el estadio final del capitalismo fordista, de su dimensión industrial y su reemplazo por el consumo como operador simbólico y material que naturaliza cierto horizonte de sentido. Al respecto, para Fernando Coronil, “la magia del imperialismo contemporáneo reside en conjurar su propia desaparición haciendo que el mercado aparezca como la personificación de la racionalidad humana y de la felicidad” (Lander, 2005: 107). En efecto, se constituye un diagrama generativo que progresivamente integra global y localmente: su pretensión universal sugiere la superación de las barreras del pasado, norte-sur, oriente-occidente, los traumas y las vivencias, los dolores y las rebeldías.

Del mismo modo, la globalización des-localiza la cultura e hibrida las identidades en el contexto general del descentramiento de las unidades contenedoras de lo social. Esto es: la superación de las identidades nacionales por la experiencia de la fragmentación²¹, lo que problematiza el juego de reconocimientos mutuos propios de esa típica comunidad imaginada (Anderson: 2000). Autores como Néstor García Canclini, Renato Ortiz y Manuel Antonio Garretón han abordado lo anterior, aportando una lectura crítica en torno a estos conceptos y redefiniendo el territorio de análisis en el campo académico latinoamericano.

Reveladora resulta la idea de *hibridación* que es introducida por García Canclini (1990) a propósito de los fenómenos de descolección cultural, ya que permite desplazar cierta trayectoria epistémica que singularizaba y diferenciaba lo popular, de lo masivo y lo culto desde cierta visión totalizante o purista. Este concepto reconoce, precisamente en el escenario transnacional, la composición heterogénea y plural que asume el campo de la cultura como ese quiebre “en el conjunto de saberes, hábitos y experiencias organizado a lo largo de varias épocas en relación con territorios étnicos, regionales y nacionales” (1995: 32). Esto prefigura la diferencia desde el punto de vista ontológico y clausura la tradicional antinomia marxista que reconocía en lo popular un espacio de resistencia contra lo masivo.

²¹ De hecho, para Martín Barbero, la cultura de la nación es menos una típica comunidad imaginada que “una heterogénea y variada conexión de sentidos, productos y procesos condicionados por la operación del campo cultural” (Martín Barbero, 1987: 31).

Bajo esta premisa, la globalización conjura la desterritorialización de la cultura como territorio de lo homogéneo y moviliza la producción de bienes y servicios donde “cada dato individual es ubicado en diferentes contextos” (Ortiz, 1996:174). En este sentido, el concepto de *cultura- mundo* permite reconocer la incorporación de lo nacional y lo local a ese imaginario globalizado, profundamente intercultural y transcultural ¿Pero está bien hablar de “la” globalización? ¿Este término clausura otras acepciones del término?

Manuel Antonio Garretón (2004) realiza una precautoria relevante en torno a esto: no es dado pensar la globalización como unicidad; aquel término comporta muchas definiciones posibles en atención a contextos históricos determinados. Hay muchas globalizaciones, pero lo característico de la actual es el reconocimiento “de fenómenos de interpenetración en las sociedades que sobrepasan los Estados y que, curiosamente, tienen un doble efecto, tanto económico como comunicacional” (p. 45). Entonces, hay que entender “esta” globalización como “fenómeno de penetración o interpenetración de mercados a través de sociedades, especialmente de tipo financiero, y, por otro, de comunicación e información” (2004: 45).

Ahora bien, a la par del fenómeno de la globalización, haya su comparecencia el consumo como articulador fenoménico que en virtud de lo efímero “hace rentable lo cotidiano” (Lefebvre, 1972:105). Tal como plantea García Canclini (1995 y 1999) y Martín Barbero (1987), el consumo se instituye en el único escenario de reconocimiento social, así como también en el único modo de pensar la cultura y la democracia, pues de este modo es posible “en medio de la diferenciación y la heterogeneidad, grados cada vez más elevados de participación personal y social en los problemas comunes y sectoriales, logrando así el goce de todas las potencialidades humanas” (Brunner, 1989: 216).

¿Qué ocurre con el espacio público urbano, es decir, la experiencia del ciudadano en la ciudad? Esta interrogante es prioritaria, a propósito de la pregunta de investigación, pues allí se aloja un núcleo argumentativo central: pensar el espacio de la Alameda implica repensar cierta bibliografía atingente respecto al centramiento de la producción capitalista en el espacio social.

Dicho esto, Richard Sennet (1978) habla de un declive del hombre público, cuyos antecedentes son posibles de rastrear en el siglo XVIII. Así, si lo público evidenciaba la ritualidad del pacto social, ejemplificado desde los cafés hasta el teatro burgués, donde los ciudadanos aceptaban la representación de lo colectivo, sus roles y asignaciones; el diagrama capitalista implica un proceso de fetichización de lo subjetivo enmarcado en lógicas de producción de mercancías (y más aún su reconocimiento) como totalidad social. En esta lógica globalizada e interconectada, el consumo articula vínculos sociales, que disfrazan a la vez que desaparecen al ciudadano y le ciñen el traje de consumidor, cuya presencia en la hipérbole moderna, *el mall*, representa, en último caso, el pináculo expresivo de la sociabilización contemporánea, transformando de paso al consumo en una suerte de *leitmotiv*.

De este modo, los hombres ya no acceden a lo público como un espacio representacional de lo común, sino que movilizan aspiraciones y desarrollan capacidades adquisitivas siempre desde la esfera privada, individual, narcisista y fragmentada. El espacio público se devalúa, vaciándose de significados. Allí los significantes desalojan el *munus* y el *demos* por la experiencia de apropiación y dominación, trastocando el fin por el medio, las certezas por la inseguridad, los arraigos por los desarraigos, el *logos* por el *phatos*, el discurso por la mera *doxa*.

Para Álvaro Cuadra esto será sintomático al diagrama de la sociedad moderna, donde el significado está puesto en entredicho “y nos quedamos con ese juego puro y aleatorio de significantes” (2003: 71). El sentido de la política se desplaza, por tanto, por el simulacro de las formas, que borra el espesor histórico del habla social y las formas constitutivas de lo público. Abolido el referente y el significado, “sólo queda el brillo reluciente de los significantes multiplicados hasta lo infinito por las redes massmediáticas” (2003: 71).

Estaría ocurriendo una *refeudalización* de la esfera pública, a juicio de Jürgen Habermas (1986), en el sentido de un regreso a formas preburguesas basadas en el reconocimiento personal, enraizada en cierta autonomía de atributos propias de la escenificación y exposición del estatus social del señor feudal y no en una orgánica de reconocimiento recíproco, en lógicas de identificación común “de un público racionante” (Habermas, 1986: 62). En otras palabras: a diferencia de la constitución de la esfera pública en el siglo

XVII, donde la publicidad burguesa “puede captarse ante todo como la esfera en que las personas privadas se reúnen en calidad de público” (Habermas, 1986: 65); el nuevo escenario enaltece el acceso subjetivo, siempre fragmentado y particular por sobre lo propiamente comunitario en concordancia, también, con la desprivatización de lo privado como esfera autónoma de lo social. La llamada crisis del espacio público, entonces, encarna la disolución de la antinomia entre lo *publicus* y lo *privatus*, que - pese a sus conflictos históricos- se habían mantenido “en estado de equilibrio” (Sennet, 1978: 29). El borramiento o difuminación de los límites entre estos conceptos evidencian las retóricas de la individuación escenificadas en los flujos masmediáticos.

Ahora bien, ¿qué es aquello que *emerge* del descampado fantasmagórico que *sumerge* nuestras vivencias cotidianas? ¿Qué es aquello que *oculta* y *desoculta* el Fausto? Precisamente una operatoria modal, siempre subversiva, casi siempre inacabada, casi nunca completamente comprensiva. Algo así como un aceleramiento del proceso moderno se entroniza como imagen total, líquidamente sedimentada (Bauman: 1999) que instaaura su propia épica y que aloja en sí mismo el germen de su contradicción. Tantas veces situado el problema moderno, vuelve y se repite hasta construir, destruir y reconstruir sus cimientos sígnicos²². No estamos frente a pertrechos de frontera, límite o clausura, sino que, nos movilizamos precisamente en su condición sacrificial, los tragaluces de su permanente fracaso. La modernidad, por tanto, administra su propia aporía recusando el *continuo* que la constituye: iluminismo y sociedad de masas, individuo y posmodernidad, son parte del entramado siempre *discontinuo* de la experiencia moderna.

Cabría -más bien- un cambio en el estatuto de sentido: ya no basta la palabra. Algo ocurre en el lenguaje. “Nuevos régimen de significación se articulan en torno a nuevos modos de expresión, visuales y escriturales” (Stange, Jara, 2004: 30). En ese contexto, los medios de comunicación, en especial la televisión, han entrado a constituir un abastecimiento social, también, respecto de lo público, o sea, “a mediar en la producción de imaginarios que en algún modo integran la desgarrada experiencia urbana de los ciudadanos” (Martín Barbero, 2002: 217). De hecho, Francisca Babul, en su tesis para optar al grado de periodista, dirá

²²Ver Casullo, Nicolás; Forster, Ricardo, Kaufman, Alejandro (1999). *Itinerarios de la modernidad: Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Eudeba.

que la televisión es el espacio público virtual por excelencia, donde “en la actualidad se dan los debates políticos, debates cada vez más exentos de significado y sentido, y cada vez más rebosantes de significantes y superficialidades” (Babul, 2009: 8). La experiencia de la sustitución, entonces, dicta una sentencia inefable: la espectacularización televisiva²³ ha desplazado a los rituales de la política, desmaterializando la cultura y “descargándola de su espesor histórico mediante tecnologías que, como las redes telemáticas o los videojuegos, proponen la hiperrealidad y la discontinuidad como hábitos perceptivos dominantes” (Martín Barbero, 2002: 217).

Allí radica entonces su fuerza simbólica. Retomando la idea de Rodrigo Alsina (1989), el dispositivo medial, puesto en funcionamiento, edifica representaciones sociales, o sea, echa a andar el juego de posibilidades interpretativas, ampliando o clausurando significantes. Dicho esto, cabe situarnos en la emergencia de los medios de comunicación en tanto configuradores culturales, a propósito de los aportes de Jesús Martín Barbero en torno al concepto de mediación.

Mediaciones, dispositivos e imágenes

La presencia de lo técnico en la operatoria conceptual de Martín Barbero resulta indispensable a la hora de examinar el vínculo entre imaginario, ciudad y modernidad, toda vez que interroga a la tecnología, no en su lectura crítica, como avatar de la metafísica, en palabras de Heidegger, sino como *sensorium* en la terminología de Walter Benjamín. La tecnicidad remite menos a lo técnico que a esa “sedimentación de saberes y la constitución de las prácticas” (Martín Barbero, 2002: 231). En este sentido, la técnica es un modo de percepción de lo social, que impacta, que construye y reconstruye imaginarios y prácticas, interacciones y posibilidades de apropiación. El dominio de la técnica, por tanto, es la lucha por hacerse oír, por hacerse ver. Esto implica irremediablemente repensar la comunicación.

²³ Para Eliseo Verón, “La televisión se ha convertido en el sitio por excelencia de producción de acontecimientos que conciernen a la maquinaria estatal, a su administración, y muy especialmente uno de los mecanismos básicos del funcionamiento de la democracia: los procesos electorales, lugar en que se construye el vínculo entre el ciudadano y la ciudad. En otras palabras, ya estamos en la democracia audiovisual”. (1998, p. 125).

Ahora bien, al mismo tiempo que Martín Barbero llama a (re) pensar la técnica, lo hace respecto a la comunicación y la cultura, en especial en torno a los medios de comunicación sociales.

Superando la visión simplista de la teoría de los efectos que asigna un estatus maquiavelo a los medios de comunicación, el aporte de Martín Barbero se dirige hacia una reconceptualización constitutiva de la praxis comunicacional. Lo habíamos señalado: los medios no son medios en sentido estricto, sino más bien, operadores simbólicos que impactan en las sensibilidades de los individuos y constituyen el escenario de interacción social. De esta forma, Martín Barbero introduce la noción de *mediaciones* para dar cuenta de los “procesos comunicacionales como escenarios de transformación de la sensibilidad y percepciones sociales, es decir, reubicar la mirada en torno a las transformaciones de la experiencia social” (Santa Cruz, 1997: 26). Los medios son mediadores, pues sus discursos “trabajan” y “administran” los imaginarios y los deseos sociales. Esto es particularmente complejo respecto al propio dispositivo medial y sus condiciones de producción y reproducción social.

Cabe destacar, que el examen de lo ideológico se halla aquí en los procesos de codificación como una dimensión central del entramado discursivo. Lo ideológico no deviene de la superestructura en la clave dialéctica del marxismo clásico, sino en la estructura misma de las condiciones de producción de los discursos. Entonces, los aportes de Eliseo Verón permiten redefinir el plano de lo ideológico y su relación con las condiciones materiales, esto es, de las relaciones sociales, puesto que lo ideológico deja de ser “un adjetivo atribuible a cierto tipo de discursos para ser definido como un nivel de organización de lo semántico, un nivel de significación presente en cualquier tipo de discurso” (Martín Barbero, 2002: 56).

Esto implica (re) pensar la relación constitutiva y constituyente entre discurso y poder, toda vez que ya -desde Foucault (2004)- entendemos todo lo que está en juego en esas dos palabras: el discurso es poder. Es el lugar donde se lucha por el poder. “Es decir, no se trata sólo de que el poder utilice el discurso como arma, como sofisma, como chantaje, sino de que el discurso forma parte constitutiva de esa trama de violencia, de control y de lucha que constituye la práctica del poder” (Martín Barbero, 2002: 70).

Lo anterior ya fue advertido en el capítulo II y reviste una profunda severidad con ocasión de la creciente concentración de los medios de comunicación y las características propias del dispositivo medial a propósito del avance técnico. Aquí es prioritario reconocer, ante todo, el centramiento de la comunicación en el escenario de las prácticas sociales, “que articula y compone la experiencia cotidiana, y que al mismo tiempo se convierte el más eficaz motor del desencante o inserción de las culturas -étnicas, nacionales o locales- en el espacio/tiempo del mercado y las tecnologías globales” (Martín Barbero, 2002: 33). Verón reconocerá también en esto la constitución de una sociedad mediatizada, a la par de los procesos de modernización -donde se inscriben los diferentes productos culturales- y que “hace estallar la frontera entre lo real de la sociedad y sus representaciones” (2001: 14).

Respecto a la constitución del discurso informativo, se advierte un desplazamiento primordial: si su eje constitutivo es la noticia, cuya función referencial es precisamente el acontecimiento, se ha producido una transformación del acontecimiento en suceso, que ha ocasionado “su vaciado del espesor histórico y su llenado, su carga de sensacionalidad y espectacularidad” (Martín Barbero, 2002: 93).

En este sentido, desde el punto de vista epistemológico, estos conceptos asumen diferencias insoslayables: el acontecimiento siempre pertenece a categorías representables y delimitadas dentro de la práctica social (lo político, la cultura, la ciencia, etc.), mientras que el suceso es la categoría cardinal de una operatoria mítica, de un imaginario de masa, drama, magia, misterio, extrañeza. El acontecimiento, entonces, sale de su contingencia social para entrar al ciclo de consumo, alejando su posibilidad de subversión. Esto trae consigo una ampliación del universo verosímil, “que es a la vez ‘peor que falso’ y más real que lo real” (Martín Barbero, 2002: 93). En otras palabras: diluye las líneas de demarcación entre lo real y lo ficticio, entre lo real y su dramatización, su virtualización. El mismo Habermas reconoce este punto con ocasión de la profunda transformación de la prensa moderna a finales del siglo XVIII:

“Lo que de ese modo comenzó a insinuarse en la prensa diaria ha progresado ya indeciblemente en los nuevos medios de comunicación: la integración de los ámbitos, antes separados de periodismo y literatura, esto es, de información y raciocinio, por un lado, y de la

novelística, por el otro, conduce a una verdadera remoción de la realidad, a una mezcla de los distintos planos de la realidad” (1986: 198).

El suceso presenta una huella inexorable. Esto es: el espectáculo como categoría de sentido que va más allá de la difusión de imágenes, puesto que ahí se evidencia una relación social mediatizada. Entonces, lo espectacular es precisamente esa “materialización significativa de un determinado modo de intercambio, o mejor de un determinado modo de producir el intercambio y la socialidad” (Martín Barbero, 2002: 98). Esta fuerza de la masmediación y espectacularización, sobre todo el discurso televisivo, entroniza una percepción mediatizada de lo real. En él se pone en escena “un mundo recortable y mirable en espectáculo: un mundo hecho a la medida de la mercancía (Martín Barbero, 2002: 99).

La ciudad virtual

Los fantasmas han entrado en escena. Las ciudades los acogen. La experiencia moderna es la experiencia del desarraigo: “de las formas y de los hombres” (Ortiz, 1996: 152). Un aire fantasmagórico recorre nuestras calles y tiñe de modernidad nuestras construcciones bajo los escombros de la Nación, de esas categorías de lo nuestro, ese mundo propio que borraba toda diferencia étnica, social o política. Algo de significantes vacíos que se entremezclan con la fugacidad de la vida y el aceleramiento de la historia. Es ahí donde la desterritorialización y el descentramiento de las categorías de lo nacional, las culturas y las identidades, tienen su correspondencia con los procesos de urbanización propios de la modernidad. Lefebvre ofrece la siguiente imagen que recuerda a su pueblo de origen, preliminar a la experiencia de la novedad capitalista:

“Aunque haya en N. conatos de barrios diferentes (en los alrededores de la feria, en los alrededores de la iglesia y del Ayuntamiento y fuera de las murallas, en los suburbios), ninguno de estos barrios se separa de los otros, lo residencial no se aísla de los lugares donde se trabaja, ni de aquellos en los que uno se divierte. Entre el campo, las calles y las casas no hay rotura ni confusión; se pasa de los campos al corazón del burgo y de las viviendas por una sucesión ininterrumpida (...) la calle en la villa no es ni un desierto ni el único lugar donde se encuentran las suertes y las desgracias, el único lugar humano. Transición espontánea, no es simple lugar de paso” (1971: 112).

A pocas líneas, el autor representa la ciudad nueva y su territorio, allí se eleva el pulso de lo moderno en Mourenx:

“Todo es claro e inteligible. Todo es trivial. Todo es cierre y sistema materializado. El texto que ofrece la ciudad a nuestros ojos es perfectamente legible, tan pobre como claro, a pesar del esfuerzo de los arquitectos para dar variación a las líneas. ¿La sorpresa? ¿Lo posible? Se han desvanecido en ese lugar, que debería ser el de las posibilidades (...). La calle y la carretera se hacen esenciales, pero desérticas en la misma circulación incesante y siempre repetida. La venta llega a ser más importante que la producción, el cambio más que la actividad, los intermediarios más que los creadores, los medios más que los fines. Y todo se hunde en el aburrimiento” (1971: 114-115).

Los extractos de Lefebvre son paradigmáticos a la hora de entender el rol del espacio de la ciudad en la sociedad moderna. De hecho, asevera que en aquella ciudad nueva “no leo los siglos, ni el tiempo, ni lo pasado, ni lo posible, como una novela *objectal*” (1971: 114). Se hunde en el aburrimiento, porque precisamente ahí ya no encuentra lazo, comunión, reconocimiento social. Cuando termina su ensayo, se pregunta en torno a la ciudad nueva que reta al hombre a crear vida nueva. Entonces, no sin un dejo de escepticismo evidencia el pulso fáustico: “¿Transformar el mundo?, de acuerdo. Se transforma. ¿Hacia qué?” (1971: 119).

El espacio es objeto de producción a partir de ese impulso moderno y de tal forma debe poner en movimiento lo que David Harvey reconoce como ese dispositivo de fragmentación. La aprehensión globalizada de la producción en serie reconfigura la vivencias de estar y sentirse juntos, “deshace y rehace las formas de socialidad, transformando el sentido del barrio o la función de los espacios públicos, la estandarización de los usos de la calle (...) la destrucción o re significación del centro y de territorios y lugares claves para la memoria ciudadana” (Martín Barbero, 2002: 179 -280). Pero, ¿de dónde deviene su fuerza magnánima?, ¿cuál es su diagrama generativo?, ¿cuáles son sus antecedentes e imbricaciones?

Para Martín Barbero la modernización urbana responde al paradigma informacional enraizado en los procesos comunicativos, que “ajusta la ciudad a un esquema de célula en

red” (Richard, Ossa, 2004: 165). Esto es: la noción de flujo, “entendido como tráfico ininterrumpido, interconexión transparente y circulación constante de vehículos, personas e informaciones” (Martín Barbero, 2002: 179 - 285). Los flujos informativos suponen al menos dos consecuencias:

En primer lugar, la *des-espacialización*, como esa producción sin localización alguna, donde el espacio urbano no vale, sino en cuanto mercancía, valor de suelo. Aquí se devalúa la materialidad histórica de la ciudad y su profunda significación en cuanto interacción y transmisión social.

En segundo lugar, la *des-urbanización* “indica la reducción progresiva de la ciudad que es realmente usada por los ciudadanos” (Martín Barbero, 2002: 287). En este sentido, los lugares de centramiento, de goce social se estrechan obligados por los flujos y los tráficos. Cae en desuso, por tanto, el espacio público, sus representaciones y sus usos, ante el régimen de las velocidades que propugna el capitalismo global.

Entonces, la ciudad moderna pone de manifiesto la experiencia del desarraigo al mismo tiempo que construye una vivencia virtual del espacio afincado en las narrativas comunicacionales. No es simplemente un espacio ocupado por personas o ciudadanos, sino una espacio comunicacional. Por tanto, “la ciudad informatizada no necesita cuerpos reunidos, sino interconectados” (Martín Barbero, 2002: 290).

Santiago: la imagen antitética

Un discurrir analítico que examina el cúmulo de imágenes contradictorias respecto a la capital de Chile como espacio antitético es *Santiago imaginado* de Nelly Richard y Carlos Ossa (2004). Este presenta una cualidad perentoria: la ciudad que se yergue como un lugar otro, distante, ajeno al encuentro de la memoria, pero que, al desencuentro de lo efímero, muestra su mejor cara, como una tarjeta postal, “de orden y limpieza, fotográficamente montada para que se reflejen en ella las fachadas del progreso económico y del éxito empresarial, los pactos del acuerdo tácito entre redemocratización y mercado neoliberal” (2004: 25). En otras palabras: una ciudad en tránsito a la obsolescencia de lo social, perdida entre flujos y circuitos.

Rem Koolhaas (1995) caracteriza esto al reconocer la presencia de la *ciudad genérica* como aquel espacio sin historia ni centro, sin localización ni diferencia. Pero de este *imago* poco queda, solo algunas sombras, deterioros y pocos entusiasmos. Algo así como “un sentimiento de ruina pareciera nombrar el presagio de un futuro inestable pero, al mismo tiempo, la mirada se congratula con las promesas de un mañana tecnológico” (2004: 26).

La profunda transformación capitalista llevada a cabo por la Dictadura Militar (1973-1990) impactó en las sensibilidades sociales e hizo emerger una esquizofrénica manera de pensar la ciudad: el afán modernizador sepultó el pasado, entronizó el futuro en el presente continuo, pero que, a deshora, expresa sus constricciones más íntimas bajo distintas capas de progreso y pobreza, exclusión e indiferencia. Entendida de esta forma, Santiago se yergue como una imagen bifronte en palabras de Tomás Moulian (1997). Siguiendo al autor, en la propia experiencia citadina *desafectada* habita el páramo del ciudadano y el paraíso del consumidor a partir de dos operaciones principales:

- a) La imposición del olvido y el consenso como condición de posibilidad de la ciudad moderna chilena²⁴.
- b) La instalación del mito de la transición perfecta erigida sobre una racionalidad económica a todo evento. Allí se sitúa el paraíso del consumidor, del cual hemos hablado con ocasión del consumo como lugar de reconocimiento y producción de sentido (García Canclini: 1999; Martín Barbero: 1987).

Así, un recorrido por la ciudad devela las luchas y destiempos, las contradicciones de una ciudad fragmentada y deslocalizada históricamente. Santiago es una yuxtaposición traumática, desmemoriada, que esconde las profundas inseguridades, miedos y traumas; refritos de una ciudad siempre construyéndose, porque como dicen Ossa y Richard, “Santiago no tiene origen, lo inventa cada nueva administración con una escritura de demoliciones y monumentalidades” (2004: 39).

Un ejemplo paradigmático que ofrecen los autores es la propia imagen que proyecta la Plaza Italia como condición liminal de la ciudad: esta distingue a los diferentes barrios (alto y bajo, centro, periferia); hace converger en ella la diversidad de los viajeros del metro, las

²⁴ Para Ossa y Richard, hay que entender la transición como una “empresa normalizadora, tratando de conjurar así el fantasma de la polarización ideológica” (Richard y Ossa, 2004: 56).

manifestaciones y los festejos, al mismo tiempo que “desintegra y homogeneiza a la vez los tiempos locales y mundiales, haciendo que los sentimientos de pertenencia devengan retazos, flujos y desorientaciones” (2004: 54). En este sentido, La Plaza Italia²⁵ explicita de manera metonímica lo propiamente contradictorio de la urbe: tacha los remanentes de lo viejo y materializa las complejidades de lo presente.

A su vez, desde el imaginario político, Santiago devela la huella modernizadora que “ha logrado vestir a la ciudad con distintas capas de un progreso desigual cuya violencia fundante debe inaugurar todo” (Richard & Ossa, 2004: 39). Dicho esto, asumimos una profunda severidad con ocasión de las múltiples preguntas que se desprenden de la presente investigación: ¿Qué de público hay en lo público? ¿Qué relación hay entre calle y orden? ¿Cuáles son las imágenes del poder de esta ciudad contrariada?

Precisamente en el centro de la ciudad se encuentra el pulmón administrativo y político del país, que pone en evidencia “esa lógica de los centralismos propia de las sociedades panópticas necesitadas de un orden definitivo” (Richard & Ossa, 2004: 46). Ese orden se despliega manipulante y coercitivo. Un símbolo de aquello: la imagen de la Plaza Ciudadanía, como ese espacio de encuentro democrático de las fuerzas vivas de la ciudad, hoy se suspende por los cercos que la encuadran producto de la efervescencia social a partir de las movilizaciones sociales.

En este sentido, la violencia y la vigilancia son componentes fundamentales a la hora de examinar la edificación geométrica y simbólica de Santiago. Sirven de recursos teóricos las aproximaciones de Foucault (1977-1978), para quien el territorio debe ser pensado como un lugar de vigilancia, de disciplina y castigo:

“Así como la disciplina arquitectura un espacio y se plantea como problema esencial una distribución jerárquica y funcional de los elementos, la seguridad tratará de acondicionar un medio en función de acontecimientos o de series de acontecimientos o elementos posibles, series que será preciso regularizar en un marco polivalente y transformable. El espacio propio

²⁵ No deja de ser curioso este límite entre las comunas de Santiago y Providencia, ya que también se yergue como un límite no menos real entre un Santiago en vías de “desarrollo” (que concentra el poder económico) y un Santiago cuya importancia radica fundamentalmente en albergar físicamente los edificios donde operan el poder administrativo y político del país. Por otro lado, es también interesante que La Alameda cambie de nombre precisamente en este lugar. Asimismo, anecdótico resulta que el nombre real sea Plaza Baquedano y no Plaza Italia, ya que este corresponde a una plaza aledaña.

de la seguridad remite entonces a una serie de acontecimientos posibles, remite a lo temporal y lo aleatorio, una temporalidad y una aleatoriedad que habrá que inscribir en un espacio dado”. (Foucault, 2006:40).

Lo planteado por Foucault reenvía a la interrogante de Habermas en torno a cómo se puede estabilizar una estructura social en las sociedades modernas, toda vez que en éstas la imposición del poder no emerge de un derecho invocante de un orden natural, sino por un proceso de legitimación en sí mismo institucionalizado jurídicamente. En este sentido, “el proceso democrático de establecimiento del Derecho, fundamenta la aceptabilidad racional, vale decir la legitimidad de la norma establecida” (Habermas, 2001: 51).

Se debe liberar a la calle de la excepción, de todo aquello que dificulte o impida el flujo constante y expedito, pues solo así se garantiza la racionalidad productiva que orienta a la ciudad hacia la ilusión del progreso. Por tanto, la calle deja de ser una realidad cotidiana para el hombre, susceptible de implicar relaciones sociales en un espacio y tiempo social. Al contrario, la sociedad de consumo nuclea una vivencia especial del espacio de la calle, donde el circular reemplaza el habitar y donde “el automóvil es el objeto rey” (Lefebvre, 1972: 128). Es así como la espacialidad social del trazado urbanístico supone la movilización y desplazamiento de la masa de trabajo, principalmente de las comunas pobres y periféricas a las comunas ricas y céntricas, atochando las principales avenidas y evidenciando en sentido antropológico la dislocación social. Los flujos son perennes. Hay que llegar y partir. Así se sitúa el panorama laboral, día a día en un continuo inexorable.

Sin embargo, el escenario capitalino no solo se materializa en la calle, en los flujos vehiculares, sino también, en las pantallas de televisión de ciudadanos y consumidores. La llamada *massmediación* bosqueja el presente, oponiendo lo moderno a lo viejo, situando al simulacro como efecto y vivencia, reconocimiento y praxis. Pero lo mediático no se acaba en la reconfiguración de lo público (Habermas: 1986, Sennet: 1978) y lo político: construye imaginarios y mediaciones, altera el tejido comunicativo de lo social, escenificando el espacio urbano y su vivencia. En este sentido, la cultura televisiva “traza una ciudad virtual que se superpone a la ciudad existente, sin preocuparse de rellenar los huecos que separan las biografías históricas y las ecologías individuales de la fiesta de la globalización” (Richard & Ossa, 2004: 106).

Al igual que las ciudades virtuales, Santiago revela su espacio mutado desde el castigo moderno, “que fomenta no sólo una fragmentación estructural de la sociedad, sino que también genera un nuevo tipo de sociabilidad” (Richard & Ossa, 2004: 111). Dato no menor sería la degradación del vínculo social como sintomático de la desintegración del espacio urbano capitalino a la luz de las diversas encuestas sobre seguridad ciudadana. Se envalentona dicho reconocimiento en el libro *La Guerra y la Paz Ciudadana* (2000), descrito en el capítulo anterior, donde se afianza el hecho que la creciente fractura comunitaria a comienzos de la década del 80²⁶, ha transformado y dislocado al espacio urbano, segmentándolo, pero a la vez mitigándolo a partir de esa “antropologización de lo cotidiano para restituir un deseo de veracidad” (Richard & Ossa, 2004: 113).

Es ahí que -permeados por el dispositivo medial- los sujetos solo reconocen las sombras del lazo comunitario sobre la base de la sospecha contra los otros. Al mismo tiempo, la maquinaria medial desarticula el vínculo entre política y ciudad, toda vez que escenifica la vida social “a través de los cristales catódicos de la información y la actualidad” (Richard & Ossa, 2004: 113). Pero, ¿cuáles serían las posibilidades, los movimientos y las rupturas desde lo urbano y desde su constitución imaginaria? Pese a la pugna, entre imaginario e imaginación mediática, que interroga al mundo social construido y reconstruido en tantas imágenes, tantos recortes, tantas simulaciones de lo real, ¿es posible tal vez solo un gesto taxativo que marche contra la obnubilación de los tiempos modernos?

Resistencias y discursos

Entendiendo entonces a la trama discursiva de los medios de comunicación como articuladores de sentido, en el contexto de las profundas transformaciones en las sensibilidades y en la percepción tiempo/espacio producto de los procesos de modernización, es legítimo -y hasta indispensable- situar una problemática específica que provea las armas conceptuales que permitan ampliar y superar los límites de lo posible.

En primer lugar, es necesario advertir esa conciencia primera, tal como lo entiende Augé, que precisa un sentido social vinculado con un territorio, como ese “conjunto de relaciones

²⁶ Por mandato de la Dictadura Militar, entre 1979 y 1985, “35 mil familias pobres fueron sacadas de los sitios que ocupaban en el centro de Santiago, y trasladadas a la periferia, especialmente San Bernardo y La Pintana” (Guzmán de Luigi, Andrés; Ramos, Marcela, 2000: 15).

establecidas y reconocidas entre los hombres” (Augé, 1998:109). Ciertamente para M. Santos, frente al dispositivo de fragmentación del espacio que reconoce David Harvey, se yergue una imposibilidad de origen: no es posible habitar el mundo y de insertarse en lo global, “sin ningún tipo de anclaje en el espacio y en el tiempo” (Martín Barbero, 2002: 268) pues el lugar debe ser entendido como anclaje, “corporeidad de lo cotidiano y materialidad de la acción, que son la base de la heterogeneidad humana y de la reciprocidad” (Martín Barbero, 2002: 268). Entonces, más allá de la rapidez de la vida moderna, los movimientos de capital y los procesos de modernización, lo propiamente social se configura y se reconfigura a partir de los imaginarios culturales, memorias e identidades en el espacio urbano.

En segundo lugar, y de la mano con lo anterior, es indispensable recuperar la noción de “lugar” en sentido antropológico. Frente a los no lugares de la experiencia moderna como esos espacios de circulación, de consumo y de individuación, Marc Augé, reconoce *el lugar* como un espacio triplemente simbólico. Esto es: como espacio de identidad (donde es posible reconocerse en él), como espacio de relación (permite las relaciones entre sujetos a partir de su constitución), y como espacio histórico (de transmisión social a lo largo del tiempo).

Otro aporte teórico relevante es el que da Arturo Escobar, cuando ubica la marginación del lugar como espacio simbólico de producción y reproducción social dentro de la tradición académica occidental. Para el autor, solo se reconoce el espacio físico donde se han erigido las narrativas nacionales siempre “al servicio del proceso abstracto y aparentemente universal de la formación del capital y el Estado” (Lander, 2005: 116). De este modo, “se han ocultado las formas subalternas de pensar y modalidades locales y regionales de configurar el mundo” (Lander, 2005: 116).

De la misma forma, para Rossana Reguillo, pensar la ciudad es territorializar una posibilidad de resistencia frente a los procesos de transnacionalización y desterritorialización, como una potencialidad de cambio y transformación. Desde la experiencia del flujo, es posible la construcción simbólica de lo ciudadano a partir de la visibilización “del desorden que subyace al orden social, generando incertidumbre que hace saltar en pedazos el mundo de la cotidianidad, llenando de zozobra la vida de los

damnificados, pero al mismo tiempo abre el acceso a una visión global del mundo urbano” (Martín Barbero, 2002: 396-397). Dicho de otro modo: pensar la ciudad desde el *acontecimiento*, de sus conflictos y tensiones, que subvierte lo normalizado, que alerta y cuestiona lo inadvertido y lo indiscutible, esto es: el discurso del consenso, del apaciguamiento de las sociedades modernas que en nombre de un promesa trunca, despolitizan al sujeto social.

Capítulo IV (El camino metodológico)

“La ciudad no es sólo un fenómeno urbanístico; está constituida por las sinergias entre sus instituciones y los espacios culturales que nos brindan la posibilidad de aprender en la ciudad; entre la producción de mensajes y significados que nos permiten, al propio tiempo, aprender de la ciudad y, también, entre su pasado y su presente, muchas veces desconocido, que nos invita a aprender la ciudad” (Jahir Rodríguez, 2009: 8)

Metodología

La investigación que proponemos corresponde a un estudio de tipo cualitativo que busca responder de manera satisfactoria la pregunta de investigación: ¿cuáles son las imaginaciones mediáticas de la prensa nacional y los imaginarios sociales de los sujetos manifestantes personificados en sus líderes más reconocidos respecto de la Alameda como espacio público?

La metodología en el marco de esta investigación debe cartografiar aquellas imaginaciones sociales en dos dimensiones: por una parte, se trata de pesquisar lo que hemos llamado “imaginaciones mediáticas” y, por otra, se trata de identificar aquellas ensoñaciones que se desprenden de los propios actores de las manifestaciones estudiantiles del 2011. Inscritos en el campo de los estudios culturales y la teoría crítica (análisis crítico del discurso), la presente investigación pretende reconocer precisamente la dimensión simbólica y material que adquiere la Alameda como espacio público e imagen del poder.

Es por ello que hemos querido iniciar esta tesis con una descripción breve de los imaginarios sociales que han dado forma a la ciudad de Santiago y a La Alameda como espacio público, lo que se ajusta a uno de los objetivos específicos: en atención a la naturaleza simbólica e imaginativa del hacer del hombre en sociedad²⁷, podemos situar la

²⁷ Por tal motivo, se incluyeron entrevistas a historiadores que aportaron elementos para la interpretación en torno a movimientos sociales o bien, respecto a la ciudad de Santiago y su historia. Estos fueron :

- Sergio Grez, Licenciado en Historia (1980) y Magíster en Historia (1982) por la Université de Paris VIII, Francia.
- Gabriel Salazar. Sociólogo, doctor en Historia. Premio Nacional de Historia en 2006.
- Alfredo Jocelyn-Holt. Doctor en Historia de la Universidad de Oxford, 1992. Profesor del Magíster en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Chile.

pregunta general dada en un contexto determinado (las movilizaciones estudiantiles del 2011).

De ahí en adelante (y más específicamente, desde las páginas que prosiguen a esta metodología), daremos cuenta del resto de los objetivos específicos de este trabajo:

- Describir las imaginaciones mediáticas presentes en la prensa nacional respecto de las manifestaciones estudiantiles del 2011.
- Describir los imaginarios sociales de lo público respecto de la Alameda de los estudiantes movilizadores personificados en sus líderes secundarios.
- Determinar las diferencias y similitudes entre las imaginaciones mediáticas de la prensa nacional y los imaginarios sociales de lo público respecto de la Alameda de los estudiantes movilizadores personificados en sus líderes secundarios.
- Describir el lugar concreto que ocupa la Alameda en cuanto espacio público en el conjunto de imaginarios sociales e imaginaciones mediáticas en las manifestaciones estudiantiles del 2011.

A partir de lo anterior, se proponen los siguientes pasos para la consecución del objetivo general del estudio y sus objetivos específicos: a) la operativización de los conceptos de espacio público, imagen del poder, imaginario, modernidad; b) extraer categorías de sentido susceptibles de ser aprehendidas a partir de los conceptos antes categorizados; c) establecer las relaciones pertinentes entre imaginaciones mediáticas e imaginarios sociales en torno a la Alameda y lo público con ocasión de de las movilizaciones estudiantiles del 2011.

Criterios de selección y definición de la muestra

En atención a esto, el tipo de muestra debe atender a los dos niveles en que se construye la presente investigación.

Respecto a las imaginaciones sociales, se ha utilizado un análisis temático en torno a la relación entre ciudad, modernidad e imaginario a partir de la utilización de la entrevista

semiestructurada a líderes estudiantiles secundarios de la ACES y la CONES. Se consignaron los siguientes líderes²⁸:

- Amanda Bollman, ex relacionadora pública de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES).
- Enrique Ramírez, ex vocero político de la ACES (2010-2011).
- Alfredo Vielma, ex vocero de la ACES.
- Danae Tapia, ex presidenta del Centro de Alumnos del Liceo Carmela Carvajal.
- Freddy Fuentes, ex presidente del centro de alumnos del Liceo de Aplicaciones.
- José Soto, ex presidente del Centro de Alumnos del Instituto Nacional.

Además, de Camilo Ballesteros, ex presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago (Feusach) como testeo²⁹.

Respecto a las imaginaciones mediáticas, se propuso examinar dos tipos de piezas periodísticas: editoriales y reportajes de los diarios El Mercurio y La Tercera. Los criterios de elección de ambos periódicos refieren a su condición de prensa hegemónica que representa al estatus social-económico del país y que juntos conforman el “duopolio” que, en el ámbito de la prensa escrita, dan cuenta de la concentración del sistema medial. Y, para ello, se ha diseñado una matriz de registro y de análisis.

Bibliografía hay y bastante respecto a esta cuestión. Ya en 2001, Sunkel y Geoffroy, analizaban la concentración mediática en tanto componente ideológico:

“La peculiaridad del caso chileno es que estos procesos económicos [de concentración] van acompañados de un marcado ‘monopolio ideológico’ [y] la presencia de grupos extranjeros que se mueven en la lógica de la ‘industria de la entretención’, van copando los espacios comunicativos y relegando a los márgenes la diversidad cultural y política” (p. 114-115).

²⁸ Operamos en el entendido que estos líderes -al ser “la expresión” de la discusión interna de sus diferentes colegios- pueden representar más fielmente las imaginaciones sociales que muchas veces se presentan dispersas e informes al examen de un estudio de estas características.

²⁹ Se determina la utilización de líderes secundarios por la dificultad de entrevistar a líderes universitarios, muchos de ellos embarcados en carreras políticas.

Además, de la concentración territorial:

“Se expresa [la centralización] en el carácter dominante que han adquirido las empresas que se desarrollan desde la Región Metropolitana para expandirse hacia otras regiones del país [y] cada vez es más fuerte la presencia de audiencia en regiones de radios que pertenecen a grandes consorcios” (2001: 116).

Para estos autores, dicha situación se deriva de la res-gulación, o mejor dicho, de la re-regulación del mercado de medios a partir de la Dictadura Militar (1973-1990), la cual “deja a los medios que conformaban el núcleo oligopólico sin competencia posible y, con ello, se va conformando un sistema en el que dos conglomerados lideran el mercado del sector” (Sunkel y Geoffroy, 2001: 31).

Predecible será, entonces, el campo mediático desde su concentración en el llamado duopolio de la prensa nacional. Respecto a esto, Osvaldo Corrales y Juan Sandoval en un trabajo fechado en 2004, caracterizan la forma en que opera El Mercurio, uno de los integrantes de dicho duopolio:

“1. El Mercurio S.A.P., dueña de 3 diarios: El Mercurio y Las Últimas Noticias (de alcance nacional), La Segunda (de alcance zonal) y de las revistas Paula y Dato Avisos.

2. La Sociedad Periodística El Norte S.A., dueña de 8 diarios: La Estrella de Arica, La Estrella de Iquique, El Mercurio de Antofagasta, La Estrella del Norte, El Mercurio de Calama, La Estrella del Loa, La Prensa de Tocopilla y El Diario de Atacama.

3. El Mercurio de Valparaíso S.A.P., dueña de 3 diarios: El Mercurio de Valparaíso,

La Estrella de Valparaíso y El Líder de San Antonio.

4. La Sociedad Periodística Araucaria S.A., dueña de 7 diarios: El Diario Austral de Temuco, Renacer de Arauco, Renacer de Angol, El Diario Austral de Valdivia, El Diario Austral de Osorno, El Llanquihue de Puerto Montt y la Estrella de Chiloé.

De esta forma, el grupo en su conjunto controla 2 de los 8 diarios de circulación nacional, 1 de los cuatro diarios zonales y 18 de los 45 diarios regionales, lo que le permite tener presencia en 14 grandes ciudades y/o provincias de Chile (Arica, Iquique, Tocopilla, Calama,

Antofagasta, Copiapó, Valparaíso, San Antonio, Temuco, Angol, Valdivia, Osorno, Chiloé y Puerto Montt), siendo la única empresa de la prensa escrita chilena que compite con productos tanto a nivel nacional como regional” (p. 72).

A su vez, el Consorcio Periodístico de Chile S.A (COPESA), propietario de La Tercera, La Cuarta, La Hora, revista Qué Pasa, el otro integrante del duopolio, presenta las siguientes particularidades respecto a su composición accionaria, lo que devela, en definitiva, la concentración económica de dicho medio:

“Prohabit Inversiones S.A. (16,6%), Inversora Inmobiliaria Centenario (16,6%) e Inversiones, Industriales S.A. (16,6%), todas representadas por Juan Carlos Latorre Díaz; Inversiones San Carlos S.A. (16,6%) representada por Alex Abumohor Lolas; Inversiones Antillanca (16,6%) representada por Alberto Kassis Sabag y Gasa S.A. (16,6%) representada por Clío Kipreos García” (Corrales & Sandoval, 2004: 73).

Según los Promedios de Circulación neta por día de todos los diarios de circulación nacional de nuestro país entre enero y junio del 2012, se consigna que:

Títulos	Lunes a viernes	Sábado y domingo	Promedio semanal
Diarios generales			
<i>Matutinos</i>			
El Mercurio	133.060	209.366	154.862
La Cuarta	104.713	121.683	109.561
La Tercera	71.536	164.478	98.090
Las Últimas Noticias	124.383	138.778	128.496
<i>Vespertinos</i>			
La Segunda	31.720		31.720
Diarios gratuitos			
La Hora	87.688		87.688
Publimetro	93.400		93.400

FUENTE: Valida

Del mismo modo, para el segundo semestre del 2012, o sea entre julio y diciembre, se establece que:

Títulos	Lunes a viernes	Sábado y domingo	Promedio semanal
Diarios generales			
<i>Matutinos</i>			
El Mercurio	129.826	203.805	150.963
La Cuarta	99.701	115.227	104.137
La Tercera	71.644	154.765	95.393
Las Últimas Noticias	111.698	126.136	115.823
<i>Vespertinos</i>			
La Segunda	31.442		31.442
Diarios gratuitos			
La Hora	86.054		86.054
Publimetro	90.333		90.333
El Gráfico	42.666		42.666

FUENTE: Valida

Las tablas son elocuentes: los dos conglomerados concentran los mayores índices de lectoría en el año 2012. En el caso del primer semestre, esto representa cerca de 87% del total, repartido en un 44,7% para el grupo El Mercurio y un 41,9% para COPESA. Mientras que en el segundo semestre, esta cifra bordea el 82%, dividido en un 41,6% para el grupo El Mercurio y un 39, 8% para el conglomerado dueño de La Tercera, La Cuarta y La Hora.

Entonces, si entendemos que el discurso mediático no es un campo autónomo de producción social, pues en este se reconocen condiciones de producción y reconocimiento, es decir un “campo de fuerzas” ideológico que diariamente se vierte en los social y, por cierto, en la vida cotidiana nacional, no es de extrañar estas cifras. En este marco, al decir

de Claudio Salinas, “la concentración de los medios no solo se materializa en su propiedad, sino también en el ámbito de su circulación” (Salinas, 2008: 40).

Ineludiblemente ambos conglomerados ocupan un lugar central dentro de las lógicas de producción y reconocimiento del campo social, y, en palabras de Rodrigo Alsina (1993), ayudan a la construcción social de la realidad. Ahora bien, situados en la metodología ¿por qué editoriales y reportajes de El Mercurio y La Tercera?

Editorial

Desde una concepción clásica se suele describir al editorial como una pieza de opinión, toda vez que pone en evidencia el juicio del medio de comunicación respecto a diversas materias de su interés. Pero la pieza editorial no solo expresa lo que comúnmente entendemos por ella, o sea, “un artículo sin firma que explica, valora y juzga un hecho noticioso de especial importancia” (Casals, 2000: 266); sino que es el lugar enunciativo donde se despliega la visión de mundo del medio de comunicación (Borrat: 1989, Abril: 1999, Rodríguez: 2000).

En tanto “visión de mundo”, el editorial construye un universal probable, un verosímil acerca de lo social, y por qué no, acerca del hombre y sus ciudades. De esta forma, a juicio de Claudio Salinas, el editorial “es una construcción discursiva en tanto lo que se aprecia en ella (...) es una hipótesis sobre la vida de los hombres y de sus relaciones sociales, sobre el estado del mundo en que vivimos” (Salinas: 2008).

Reportaje

También concurre al análisis, la pieza “informativa” del reportaje, pues precisamente queremos indagar en la naturaleza del discurso mediático no solo en su evidencia explícita, sino en su omisión indicial. En otras palabras: dado que la pieza editorial manifiesta la posición explícita del medio de comunicación, pretendemos, también, adentrarnos en lo que dice –no diciendo-. Esto es: desentrañar las superficies e intersticios por donde se cuele “el marco de lo posible”, la propuesta de sentido, el mundo designado de estos dos periódicos respecto a la pregunta de investigación: ¿cuáles son las imaginaciones mediáticas de la

prensa nacional en torno a La Alameda como espacio público a partir de las movilizaciones estudiantiles del 2011?

El reportaje se caracteriza por su diversidad y extensión. A diferencia de otros géneros periodísticos como la entrevista o la noticia, su utilización nos permite satisfacer un cuerpo analítico mucho más amplio, pues precisamente los incorpora. Al decir de Lluís Albert Chillón: "gracias a su diversidad de manifestaciones, a las múltiples funciones comunicativas que ejerce y a la versatilidad temática, compositiva y estilística que le es inherente, el reportaje es con diferencia el más flexible, el más complejo y también -como la novela- el más camaleónico de los géneros periodísticos" (Fernández: 1998).

En consecuencia, se establece como corpus de análisis:

- Reportajes en torno a las manifestaciones estudiantiles en La Alameda durante el 2011. Antes y después de cada convocatoria.
- Editoriales donde se hable directa o indirectamente del conflicto estudiantil en relación con el espacio de La Alameda antes y después de cada convocatoria.

El número de editoriales y reportajes corresponden a una muestra que abarca desde abril hasta diciembre del 2011, meses en que se despliega con más fuerza el movimiento estudiantil. Reconocemos un total de:

Diario	Editoriales	Reportajes
La Tercera	22	15
El Mercurio	22	12

Herramientas de recolección, técnicas y herramientas de análisis

Según el objetivo general y los objetivos específicos, la metodología prevista es índole cualitativa. Puesto que se pretende indagar y cartografiar tanto las imaginaciones mediáticas de la prensa nacional y los imaginarios sociales de lo público respecto de La

Alameda de los sujetos secundarios personificados en sus líderes más representativos, se emplearon las siguientes técnicas y herramientas de recolección y análisis:

- **Entrevista semi-estructurada.** Esta permite recolectar información precisa y comparable entre sí, a través de preguntas claramente determinadas, con un cierto grado de margen para que el entrevistador pueda contrapreguntar, precisar o problematizar³⁰.

Siguiendo los aportes de Alfonso Ortí, la situación de intensa interacción personal, característica de la entrevista individual, puede llegar a cumplir una función determinante desde el punto de vista semántico³¹, pues “puede contribuir al análisis de significados, precisando mediante la colaboración del propio sujeto entrevistado las cadenas asociativas de significantes, inherentes a la polisemia del signo” (García, Ibáñez, Alvira, 2003, p. 274). Algunos ejes centrales son:

- Elección de La Alameda como espacio de manifestación.
 - La Alameda como espacio público/privado.
 - Importancia de La Alameda para el éxito de las movilizaciones estudiantiles.
 - Evaluación de la movilización por La Alameda.
- **Matriz de vaciado y análisis.** Por un lado, se busca reducir la información derivada de las entrevistas semiestructuradas en torno a los ejes cardinales de la investigación (ciudad, modernidad e imaginario); y por otro, se busca reconocer las huellas del discurso mediático en torno a las movilizaciones estudiantiles respecto a la Alameda como espacio de manifestación pública e imaginario del poder. En otras palabras: se

³⁰ Es posible situar a la entrevista semiestructurada como una técnica adecuada y atinente a la pregunta de investigación, toda vez que permite –a juicio de Jesús Ibáñez (2003)- investigar distintas hablas que aplican a una lengua (*ligada a la genealogía en sentido foucaultiano*). Entonces, a diferencia del focus group que permite construir una estructura profunda que satura el lugar de la enunciación (*ligada a la arqueología en sentido foucaultiano*); *la entrevista es la “degeneración del contexto situacional del acto de habla”* (García, Ibáñez, Alvira, 2003, p. 91).

³¹ Eso sí, hay un riesgo que es dado mencionar: la técnica grupal -en tanto dispositivo conversacional- pone en juego relaciones transitivas, donde el rol del preceptor o moderador es refractario, pues su intervención es limitada; en la entrevista, en cambio, el entrevistador tiene un rol relevante en el centramiento y control de la información, situándose en una relación reflexiva de comunicación. Cosa que no ocurre en el *focus*. Para ello, el entrevistador debe actuar para provocar al entrevistado a hablar. Cobra especial relevancia, entonces, la conformación de la muestra propuesta y la pertinencia del cuestionario semiestructurado.

busca reflejar los procedimientos discursivos-ideológicos que totalizan la práctica periodística con ocasión de las movilizaciones estudiantiles del 2011. Esta matriz de vaciado y análisis permite develar correlaciones, cruce de codificadores, etc.

El uso de estas técnicas nos permite, en definitiva, establecer semejanzas y diferencias entre los imaginarios sociales –personificados por sus líderes secundarios- y las imaginaciones mediáticas de El Mercurio y La Tercera.

Matriz de registro y análisis

El tipo de análisis propuesto -para el caso del análisis de las imaginaciones mediáticas- es un estudio crítico de la pieza editorial y el reportaje. Para esto se han diseñado los siguientes instrumentos de análisis y procesamiento de información:

- Una grilla de recogida de datos atinentes que contemple tanto categorías cuantitativas como cualitativas.
- Una grilla de análisis que reduce la información a partir de las operatorias conceptuales recogidas en el marco teórico de la presente investigación.

El instrumento ha sido diseñado y operativizado por el profesor Claudio Salinas en su tesis conducente al grado de Magíster en Comunicación Política, *la seguridad y la administración mediática del miedo. El delito en los editoriales de El Mercurio y La Tercera (2008)* y del mismo autor junto a Hans Stange en *Rutinas periodísticas. Discusión y Trayectos teóricos sobre el concepto y su estudio en la prensa chilena (2009)* y en el libro *El diario de Agustín: cinco estudios de casos sobre El Mercurio y los derechos humanos (1973-1990)* junto a Dougnac, Paulette; Harries, Elizabeth; Stange, Hans; Vilches, María José, Lagos, Claudia (2009)³².

A su vez, se consigna un análisis temático que triangule la pesquisa entre las dimensiones mediáticas de El Mercurio y La Tercera y las imaginaciones sociales de lo público y La Alameda de los sujetos manifestantes personificados en los líderes secundarios (descritos

³² Santiago: LOM Ediciones: Universidad de Chile, Instituto de la Comunicación e Imagen

anteriormente). O sea, buscamos establecer el cruce de la información provista por los codificadores con el afán de establecer correlaciones, componer los discursos y dar cuenta de los imaginarios en acto tanto en los medios, como en los discursos de los sujetos.

A continuación se presenta la estructura de la matriz de análisis y procesamiento según las correcciones que flexibilizan los codificadores propuestos de acuerdo al marco general de la presente investigación.

Para el caso de las editoriales:

Día Título N° editorial	Descripción	Clasificación Editorial	Actores	Ámbito o tópico	Acreditación de la categoría	Componentes de la representación	Espacio representado	Tipo de representación

- Día: fecha de publicación.
- Título
- N° editorial: número de editoriales por día
- Descripción: síntesis de los elementos centrales del editorial.
- Clasificación Editorial: se refiere al tipo de operación desplegada por la editorial en relación con la intencionalidad y función del editorial:
 - a) Explicativo. Se exhiben los argumentos para que el receptor componga un juicio en relación al tema.
 - b) Combativo. Se refiere a la exposición de argumentos y posiciones en pugna con las acciones gubernamentales o privadas.
 - c) Crítico. El editorial aparece desplegando toda una retórica judicial.
 - d) Apologético. Se aprecia la divulgación de las bondades de las soluciones propuestas por la pieza editorial.

- e) Admonitorio. El editorial exhorta al cumplimiento de la normativa legal y el peligro de la transgresión.
 - f) Predictivo. Sobre la base de los argumentos y análisis dispuestos en la pieza editorial proyecta el futuro social y político.
- Actores. Se refiere a los convocados al discurso de cada editorial. Son los agentes participantes del discurso (estudiantes, gobierno central, policía, municipalidad).
 - Ámbito tópico. Se refiere al hilo discursivo o tema preponderante al que se refiere cada editorial. Se sugiere la siguiente distinción:
 - a) Lo público-moderno. Si la pieza editorial se centra en la Alameda como imagen del poder, espacio de movilización legítima.
 - b) Lo privado. Si la pieza editorial se centra en La Alameda como espacio vivencial, de trabajo y circulación
 - Acreditación de categorías. Se refiere a los materiales utilizados para validar el discurso de ambos periódicos. Son los mecanismos que permiten construir el verosímil textual de la pieza editorial:
 - a) Elementos de contexto. Se refiere al despliegue de elementos de contexto social, político o económico, también, en perspectiva histórica.
 - b) Uso de material técnico. Se refiere a la inclusión de estadísticas, cifras o estudios que avalen el discurso del medio.
 - c) Contrastación de fuentes. Se refiere a la inclusión de voces distintas para la composición argumental de los editoriales.
 - Componentes de la representación de la movilización estudiantil del 2011 en La Alameda respecto a su explicación, evaluación y proyecciones que realiza la pieza editorial:
 - a) Cognitivo: argumentaciones causales o intencionales que funcionen como

marcos explicativos de la movilización estudiantil por la Alameda.

- b) Valorativo: orientaciones valorativas respecto a la movilización estudiantil por la Alameda.
 - c) Conductual: modos de enfrentamiento y propuestas concretas de resolución.
- Espacio representado: el espacio de La Alameda como lugar de disputa simbólica. Se busca inteligibilizar las imaginaciones mediáticas de la principal avenida de la capital en una triple condición:
 - a) Espacio tópico. Alude al territorio propio amenazado: la Alameda como espacio de circulación de personas, bienes y servicios.
 - b) Espacio heterotópico. Señala el territorio del caos. La Alameda como el espacio donde se despliega la movilización “violenta” que amenaza la cotidianidad de los “ciudadanos-consumidores”.
 - c) Espacio utópico. Señala al espacio/orden que se asume como deseable.
 - d) Espacio otro. Señala otros espacios de movilización, otras arterias o avenidas.
 - Tipo de representación:
 - a) Etiológico (a). Si centra su análisis en las causas de la movilización por la Alameda.
 - b) Etiológico (b). Si centra su análisis en las causas del movimiento, movilización, manifestación de manera general, pero que indirectamente hagan referencia al espacio de la Alameda.
 - c) Teleológico (a). Si centra su análisis en las consecuencias de la movilización por la Alameda.
 - d) Teleológico (b). Si centra su análisis en las consecuencias del movimiento, movilización, manifestación de manera general, pero que indirectamente hagan referencia al espacio de la Alameda.

Para el caso de los reportajes:

- Día: fecha de publicación.
- Título
- N° de página.
- Autor.
- Descripción: síntesis de los elementos centrales del reportaje.
- Fuentes
 - a) Entrevistas
 - b) Documentos
 - c) Observación
 - d) Cifras/documentos técnicos
 - e) Hechos contextuales
- Extensión en párrafos. Indicar la extensión de la pieza medida en número de párrafos.
- Actores. Se refiere a los convocados al discurso de cada editorial. Son los agentes participantes del discurso (estudiantes, gobierno central, policía, municipalidad).
- Ámbito tópico. Se refiere al hilo discursivo o tema preponderante al que se refiere cada reportaje. Se sugiere la siguiente distinción:
 - a) Lo público-moderno. Si el reportaje se centra en la Alameda como imagen del poder, espacio de movilización legítima.
 - b) Lo privado. Si el reportaje se centra en La Alameda como espacio vivencial, de trabajo y circulación.
- Componentes de la representación de la movilización estudiantil del 2011 en la Alameda respecto a su explicación, evaluación y proyecciones que realiza la pieza editorial:
 - a) Cognitivo: argumentaciones causales o intencionales que funcionen como

marcos explicativos de la movilización estudiantil por la Alameda.

- b) Valorativo: orientaciones valorativas respecto a la movilización estudiantil por la Alameda.
 - c) Conductual: modos de enfrentamiento y propuestas concretas de resolución.
- Espacio representado: el espacio de La Alameda como lugar de disputa simbólica. Se busca inteligibilizar las imaginaciones mediáticas de la principal avenida de la capital en una triple condición:
 - a) Espacio tópico. Alude al territorio propio amenazado: la Alameda como espacio de circulación de personas, bienes y servicios.
 - b) Espacio heterotópico. Señala el territorio del caos. La Alameda como el espacio donde se despliega la movilización “violenta” que amenaza la cotidianidad de los “ciudadanos-consumidores”.
 - c) Espacio utópico. Señala al espacio/orden que se asume como deseable.
 - d) Espacio otro. Señala otros espacios de movilización, otras arterias o avenidas.
 - Tipo de representación:
 - a) Etiológico (a). Si centra su análisis en las causas de la movilización por la Alameda.
 - b) Etiológico (b). Si centra su análisis en las causas del movimiento, movilización, manifestación de manera general, pero que indirectamente hagan referencia al espacio de la Alameda.
 - c) Teleológico (a). Si centra su análisis en las consecuencias de la movilización por la Alameda.
 - d) Teleológico (b). Si centra su análisis en las consecuencias del movimiento, movilización, manifestación de manera general, pero que indirectamente hagan referencia al espacio de la Alameda.

Capítulo V **(Por donde pase el hombre libre)**

“Yo canto, canto sin querer, necesariamente, irremediabilmente, fatalmente al azar de los sucesos”

(De Rokha, 1922: 9)

El desacuerdo

Jacques Rancière en su libro *El desacuerdo. Política y filosofía*, indaga en la naturaleza de la filosofía política. Allí sitúa su análisis respecto a la democracia y el retorno de lo político a partir de un principio constituyente: el desacuerdo. Este término dista mucho de estabilizar un territorio indexado, léase la economía o el derecho respecto a un corpus conceptual. Más bien, devela un desajuste fundante socialmente, a veces cultural, a veces identitario. El desacuerdo indica una situación de habla, de habla impedida:

“Aquella en la que uno de los interlocutores entiende y a la vez no entiende lo que dice el otro. El desacuerdo no es el conflicto entre quien dice blanco y quien dice negro. Es el existente entre quien dice blanco y quien dice blanco pero no entiende lo mismo o no entiende que el otro dice lo mismo con el nombre de la blancura” (1996: 8).

Pero dicho concepto no es producto de una confusión lingüística, evidencia una condición paradigmática: cuando ocurre el desacuerdo, ocurre la política. El desacuerdo es la condición que posibilita la política. En cambio, sin desacuerdo, solo hay nombres vanos, inocuos, repertorio de signos que han sido desprovistos de sentido en esa “esa circulación incesante, irreal” (2005: 26) tal como plantea Jean Baudrillard en *Cultura y Simulacro*. Por tanto, el desacuerdo es habla, es logos, es discurso, y toda palabra es política tal como entiende Aristóteles *El arte de la retórica y en La política*.

La política, por otro lado, no debería comprenderse como justa proporción del cosmos apto para armonizar el alma de la ciudad, como el ideal griego de orden o *politeia*, sino como reconocimiento de aquella fractura donde unos reclaman a otros, su presencia, o *politeiai*.

“Hay política porque quienes no tienen derecho a ser contados como seres parlantes se hacen contar entre éstos e instituyen una comunidad por el hecho de poner en común la distorsión,

que no es otra cosa que el enfrentamiento mismo, la contradicción de dos mundos alojados en uno solo: el mundo en que son y aquel en que no son” (Rancière, 1996: 42).

Hay política cuando se manifiesta lo invisible y se hace visible, lo informe se vuelve palabra. A saber: existencia social, demanda por reconocimiento discursivo. Entonces, el desacuerdo como condición de la política es el escenario de disputa de la existencia que socava la ilusión modélica de una estructura orgánica. Es un conflicto en el que “*las partes no preexisten* al conflicto que nombran y en el cual se hacen contar como partes” (Rancière, 1996: 41).



Felipe Faúndez, Plaza Baquedano, La Alameda (25 de agosto del 2011)

Así, las movilizaciones estudiantiles del 2011 pueden leerse desde este crisol. Esto es: la manifestación por La Alameda como el escenario de recuperación de la palabra en tanto política y en tanto espacio. Retomamos la hipótesis de Alberto Mayol: desde el 2011, “la energía que se había fugado del sistema político articulado en la transición no volvió al cauce que las autoridades consideraban el camino regular y que los ciudadanos consideraban el camino de la traición” (Mayol, 2012: 88). Más bien, aquella fuerza – tal como una pulsión energética en la terminología de Freud- se desplazó hacia todo el conjunto de la sociedad chilena: “es la polis que renace, la simple política de toda la vida, la

que apela a la coordinación y al conflicto, la que asume las dificultades y las oportunidades de la vida en conjunto” (Mayol, 2012: 88).

Tomar la palabra ha permitido recuperar lo ciudadano, pues en la palabra hay sociedad. El movimiento estudiantil del 2011 “reactivó la política, entregó oxígeno y sangre a una sociedad que habitaba una democracia dañada” (Mayol, 2012: 88). Y con la politización de la sociedad devino la politización del espacio, pues todo pensamiento es situado. Allí reconocemos el lazo indisoluble entre palabra y política, y con ello, entre palabra y espacio, entre espacio y política. Por tanto, será menester indagar en la naturaleza de dicha palabra (política) como preámbulo constitutivo de la naturaleza de dicho espacio. Pero no solo la palabra articulada en discursos, sino también, de las inteligibilizaciones de aquello que venimos hablando desde el capítulo I. Esto es, los imaginarios. La palabra trasluce el imaginario. Y el imaginario es ensoñación.

Hemos movilizado un análisis en torno al sistema económico chileno, a los presupuestos epistemológicos de la sociedad moderna, al carácter del imaginario como condición humana indefectible, y ante todo, de la ciudad como lugar de ensoñación, y no solo desde la espacio temporalidad. La urbanidad, o sea, el conjunto de experiencias en torno a la ciudad y los hombres, es la ocasión de la palabra, el discurso acerca de nosotros, una posibilidad del *adentro* y no solo del afuera social, donde se afincan el *homo socius*, el espacio vital de sentido, interacciones, tensiones y desarrollos.

Situemos la pregunta: *¿Cuáles son los imaginarios de los estudiantes movilizados durante el 2011 respecto a la Alameda como espacio público?* Estamos frente a una triple relación: *imaginario, ciudad y palabra* desde donde leemos el presente. Inabarcada será, por tanto, una pretensión holística en torno a todos los problemas que pudieren desvirarse de la cuestión, pero es nuestra garantía investigativa. Es nuestro contexto riquísimo en disquisiciones, tensiones y proyecciones.

Ahora bien, el problema de la ciudad es el problema que nos convoca, La Alameda se asienta en el espacio urbano de Santiago, no es posible soslayar esto. Más aún, respecto al movimiento estudiantil del 2011 y su consigna: *educación gratuita y de calidad*. Aquella sentencia -noble, dirán algunos, ingenua, dirán otros- devela una anatomía de discurso que

inteligibiliza una organicidad de ensoñación: allí, detrás de las palabras, del conjunto de significantes, hay un sentido prístino, una evocación. Esto es: la recuperación de cierta noción de lo público, más aún, de espacio público.

Claro está, el asunto se complejiza, si destacamos las siguientes precauciones teóricas y analíticas: ¿podemos decir que el movimiento estudiantil es un movimiento social?, ¿podemos decir que el movimiento social ya no es movimiento de masas? Por el contrario, ¿podemos decir que el movimiento estudiantil es movimiento de masas y no movimiento social?

¿Qué hay de masa y de ilustrado en el movimiento estudiantil? Más aún, según las categorías modernas-premoderna, ¿qué función cumple en el imaginario estudiantil la violencia de las movilizaciones por la Alameda graficado en la figura del encapuchado? ¿Contradice a tal visión, una pretensión racional en tanto que el estudiante movilizado es el ciudadano que reclama su derecho a palabra (logos) en el espacio público?

Movimiento estudiantil: ¿movimiento de masas? ¿Movimiento social?

Para Gabriel Salazar, el principal problema de los estudiantes movilizados durante el 2011 fue situarse entre dos perspectivas contradictorias, sin tener claridad de los límites entre una y otra. Esto es: transitar de movimiento de masas a movimiento social y viceversa. Mientras el primer término se asocia a un espacio público como lugar físico, urbano, callejero; el segundo, dice relación con la deliberación, que es móvil, no situada:

“Los estudiantes todavía están actuando en parte como movimiento de masas de los años 50 y 60. Es un término anticuado, porque las manifestaciones ciudadanas de hoy en todo el mundo -y también los estudiantes lo están demostrando- no es tanto apoderarse del espacio público físico, de la calle, sino el espacio público entendido como el espacio donde se toman las decisiones soberanas, pero la soberanía radica siempre en la ciudadanía y no en el Estado, en la ley, en los políticos y los ciudadanos. Para ejercer ciudadanía no lo hacen individualmente, la soberanía exige que los ciudadanos se constituyan como un colectivo, como una asamblea deliberante y para poder deliberar hay que constituirse en un grupo y la deliberación es lo importante, porque al deliberar tú vas a tomar decisiones soberanas que le vas a imponer al Estado, a la ley, a los políticos o a la policía” (entrevista con el autor).

Entonces, a juicio del historiador, “lo que interesa hoy en día es la deliberación y la deliberación no tiene por qué darse en la calle cuando estamos constituidos como masa protestando, saltando, brincando, celebrando como si fuera un carnaval. La deliberación y el debate no se hacen como masas en la calle”. Al respecto, lo público se configura desde la deliberación y no desde la calle, al contrario, de una conceptualización clásica del término (Sennet, 1978; Habermas, 1986):

“El movimiento estudiantil actual está a medio camino de lo que era el movimiento de masas, y el movimiento social que es lo nuevo y yo diría que los estudiantes secundarios están más avanzados respecto a eso. Por eso están planteando cuestiones más amplias que el tema de la educación. Es importante que la ciudadanía después que delibere llegue a un acuerdo y ese acuerdo sea un mandato soberano y ese mandato lo imponga, pero todavía estamos en pañales en cuanto a eso (...) El espacio público está en cualquier parte, crea su propio espacio, si los raperos quieren expresar su pensamiento crítico ocupan el espacio que quieren y lo cambian”.

Sin embargo, para Sergio Grez, no cabe la distinción entre movimiento social y movimiento de masas, toda vez que no es posible dissociar lo social de lo político y viceversa. Es más, establecer tal dicotomía es desconocer la naturaleza histórica de los movimientos sociales en Chile:

“El movimiento social es un movimiento de masas. No podemos caer en la caricatura del movimiento de masas que es manipulado por las vanguardias políticas que están a un lado y el movimiento social que está en otro lado y que es un simple instrumento de esas vanguardias. Los llamados movimientos sociales actuales tienen características muy similares a los que han existido históricamente en Chile (...) ¿Quiénes dirigen las confederaciones estudiantiles, las federaciones estudiantiles, ya sea de estudiantes secundarios o universitarios? O los comunistas, o los autónomos, o los libertarios, o veinte o treinta colectivos más que son políticos o sociopolíticos a lo mejor no tienen la forma de un partido político legal, pero son vanguardias políticas, son organizaciones políticas, son parte del movimiento. Emergen muchas de ellas del movimiento, son producto del movimiento” (entrevista con el autor).

Dada la observancia de La Alameda como espacio central de las movilizaciones del 2011, para Grez no es posible hablar *indefectiblemente* de un desplazamiento del movimiento de masas como forma en que se estructura la movilización:

“Esto desmentiría a esta teoría un tanto maniquea de contraponer el movimiento social que sería lo bueno, lo positivo, lo actual, lo deliberativo, lo consciente y lo autónomo y el antiguo movimiento de masas que sería lo característico del desarrollismo, del estado nacional desarrollista de la manipulación vanguardista por parte de los partidos y las organizaciones políticas del movimiento de masas. Esa dicotomía no ha existido nunca. Si uno ve lo que fue la historia del movimiento obrero y popular chileno a lo largo del siglo XX y también desde fines del siglo XIX va a ver que existió siempre una estrecha imbricación entre lo social y lo político, y que las vanguardias políticas estuvieron siempre presentes, ya fuese en la Federación Obrera de Chile con el Partido Obrero Socialista, primero y el partido comunista de Chile, después, en la IWW con los anarco sindicalistas en su interior, en la CUT del año 1953 y de las décadas del 50, 60, 70 con los socialistas, los comunistas, los anarquistas, los trotskistas y otras tendencias políticas” (entrevista con el autor).

Dicho de otra manera: no es lícito establecer una distinción entre movimiento social y movimiento de masas. Históricamente existe una correspondencia entre ambos términos: lo social es político y lo político es social. Y ambos confluyen en el imaginario social como vertiente sedimentada.

De la homogeneidad a la heterogeneidad

Pensar el imaginario, es pensar sobre su constitución líquida, o sea, la naturaleza del movimiento como autoconciencia y estructuración, una estructuración altamente compleja. Respecto a esto, ¿cuáles eran las diferencias entre las asociaciones estudiantiles que comparecían como un todo, “el movimiento estudiantil”? Es decir: ¿cuáles eran las diferencias ideológicas entre la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES) y la Coordinadora de Estudiantes Secundarios (CONES)?

Enrique Ramírez, dirigente de la ACES durante el 2010, responde:

“Nosotros creíamos que el movimiento estudiantil ampliamente debía jugar un rol más agresivo, más ofensivo, que las demandas debían ser mucho más radicales, y por lo tanto,

todo el aspecto táctico que nosotros definiésemos para eso debiese ser más radical y cuando nos encontrábamos con personas que querían negociar, que querían migajas, que creían en otras formas de lucha diferentes, teníamos diferencias ideológicas fundamentales y es por eso que las dos asambleas nunca pudieron unificarse”.

Amanda Bollman, por su parte, acusa a la CONES de tener relación –directa o indirecta- con partidos políticos, “cúpulas partidarias”, alejadas del “sentir” de la asamblea y de las propias bases estudiantiles:

“En cuanto a lo que es la ACES, la asamblea obviamente no es partidista, se caracteriza por no pertenecer a partidos, de no pertenecer a estas cúpulas- por así decirlo-, sino que todas las decisiones que se toman dentro de la asamblea emanan de los compañeros de base. Son ideas que nacen de las bases de los liceos, donde sus propios colegios. No son ideas que nacen dentro de un partido que va y los manipula para sacar obviamente ciertas conclusiones”.

La distinción radica, entonces, en las diferentes estrategias de movilización y los diversos instrumentos de lucha: mientras una organización (ACES), recurre “a la organización real” de base en las calles; la otra (CONES) privilegia el diálogo con la autoridad política. Dice Bollman:

“Nosotros estamos claros de que la organización real, donde hay que luchar verdaderamente, se ve en las calles, se ve cuando miles y miles de estudiantes van por las calles, pero nunca se puede dejar de hacer la diferencia de que a nosotros no nos interesa para nada sentarnos hoy en día con el ministro (...) entonces, obviamente, si hay una gran diferencia en lo que es sentarse a negociar y lo que es estar marchando de verdad en donde están tus compañeros en la calle”.

Mientras tanto, los dirigentes de la CONES son menos taxativos en sus diferencias con la ACES, respecto a la estrategia de movilización y el sustento teórico de aquella. Freddy Fuentes, presidente del Centro de Alumnos del Liceo de Aplicaciones (2011), señala:

“Yo creo que eso era una de las cosas que teníamos que asumir que iban a pasar, no todos piensan igual. Todos estamos por un mismo fin, pero no todos por la misma forma y nosotros tratábamos de que todos se informaran de cómo nosotros queríamos conseguir las cosas y muchas veces nos costaba y por costarnos nos traía malos resultados: por ejemplo cuando se daban cuenta que nosotros íbamos a dejar cartas al ministerio de Educación –y no estaba la

ACES haciendo lo mismo- muchos estudiantes que no alcanzaron a llegar a los espacios de organización y se preguntaban qué estábamos haciendo, ¿estamos negociando o no estamos negociando? ¿Vamos a esperar a que nos den la respuesta de algo en concreto o vamos a trabajar por ello? ¿Vamos a sentarnos a trabajar o esperar que ellos trabajen y nos den la respuesta y vamos a seguir en toma por la eternidad?”.

A su vez, Enrique Ramírez, quien estuvo en la génesis del movimiento durante el 2010 como vocero político y encargado de los documentos de la ACES, establece diferencias con los universitarios respecto a la forma de organizarse y la propia movilización en el espacio público:

“El secundario tiene la capacidad de ser mucho más hábil por su capacidad de pragmatismo. Al secundario le interesa a cuadrarse dentro de reivindicaciones concretas (...) Cuando nos íbamos a meter en asambleas estudiantiles terminábamos escuchando esas discusiones ideológicas que no conseguían nada. Entonces, ¿cómo lidiar con eso? yo creo que hay que lidiar con madurez, con una capacidad de entender que hay algo que es superior a tu pensamiento individual, que hay construcciones que deben hacerse en la continuidad aún cuando eso no implica transarlo todo”.

En otras palabras, a saber del dirigente, los secundarios pueden acordar fines más comunes y más amplios, a diferencia de los universitarios que están “tan sobrecargados ideológica e intelectualmente en conocimientos que no son capaces de desprenderse un poco de eso”. En todo caso, Amanda Bollman, pondera el curso de los acontecimientos respecto a la responsabilidad que tuvo que sobrellevar el movimiento estudiantil desde su propia composición heterogénea:

“A nosotros quizás se nos exigió demasiado, se nos exigió a los estudiantes liderar los movimientos sociales, se nos exigió darle la conciencia a las personas, conversar con las personas y quizás no se dieron cuenta de que para muchos de nosotros fue muy complicado, fue muy duro, fue así como un golpe de la nada. Desde el 2011 no hay ninguna movilización igual (...) es un proceso mucho más lento, no es algo que se pueda dar de un día para otro y ha sido complicado y yo creo que el avance que hemos conseguido es algo importante y a raíz de nosotros muchos otros sectores han tomado mucha más fuerza y han salido con más valor a las calles”.

Ahora bien, la mayoría de los líderes secundarios -aunque reconocen la diferencia real entre las organizaciones estudiantiles- entienden la diferencia como una riqueza propia del movimiento estudiantil, del espacio democrático que se erige allí. Entonces, la heterogeneidad no es en ningún caso un pecado de origen frente a la propia estructura estudiantil (en la comprensión de los estudiantes). Así responde Amanda Bollman, relacionadora pública de la ACES:

“Dentro de los movimientos sociales siempre va a ver un grupo de personas que estén con un grado más alto de formación política, un grado más alto de conciencia de compromiso y siempre van a haber compañeros que no lo van a ver de esa forma. Yo no los voy a dividir como los cuadros o las masas porque no me gusta el término de masas en realidad”.

En otro de los pasajes:

“Eso era lo importante de la asamblea, o sea, tener estas distintas líneas ideológicas compartiendo en un solo sector (...) yo creo que es importante lo heterogéneo, es importante de que distintos sectores colaboren en este lugar, porque es la forma de tener distintos puntos de vista para poder tomar decisiones”.

Del mismo modo, José Soto, presidente del Centro de Alumnos del Instituto Nacional (2011), asevera:

“El movimiento estudiantil tiene sus organizaciones democráticamente electas, democráticamente organizadas. Tiene plenos, asambleas, discusiones amplias, ahí se dan esas discusiones y tú puedes escuchar cosas que no te gustan, pero tiene el derecho a hablar. Esa es la riqueza del movimiento estudiantil, esa es la riqueza que el país entendió y que nosotros lo hayamos practicado coherentemente o por lo menos que el país haya visto esa coherencia entre lo que nosotros exigíamos y lo que nosotros practicábamos también nos daba una legitimidad moral”.

En cuanto a precautorias semánticas, Alfredo Vielma, vocero nacional de la ACES durante el 2011, destaca que la nomenclatura “movimiento de masas” proviene de cierta interpretación política que pondera de manera diferente lo heterogéneo y lo homogéneo:

“La expresión de un movimiento de masas como tal proviene directamente de esa izquierda estalinista, y eso me genera un poco de apatía. Yo creo que fue un error en la izquierda

antigua esta homogenización del movimiento, pues nunca tomó en cuenta el rol del individuo. Hoy día estamos saliendo de ese sueño y estábamos entrando en una nueva era donde el individuo tiene que tener protagonismo, en donde las opiniones personales son muy importantes. La izquierda que estamos intentando construir no es la misma que la izquierda del siglo pasado que buscaba generar identidades colectivas. Nosotros tenemos claro, por el contrario, que las identidades son personales y que, por ejemplo, las expresiones artísticas, culturales tan diversas que existen hoy en día y que hay que darles espacios, tienen que existir”.

La importancia de la heterogeneidad no clausura el concepto de militancia. Todo lo contrario, a juicio de Vielma:

“No hay que desechar el concepto de militancia, porque cuando estamos saliendo a la calle estamos siendo militante de una causa, pero el problema cuál es nuestro concepto de militancia. Para mí la militancia es el compromiso, pero eso no quiere decir que todos portemos la misma bandera, todos nos vistamos iguales, y que todos leamos lo mismo. Hoy en día puede existir una diversidad militante, lo que debe ser desecheda es la hegemonía”.

O sea, el movimiento estudiantil –desde un principio- movilizó su propia imagen desde la heterogeneidad más allá de cierta interpretación clásica. Así, para los líderes secundarios, ésta se plantea como una expresión de democracia interna en vista a la legitimación social.

Virno: de la masa a la multitud

Una clásica concepción de *masa* se halla en la obra de Elías Canetti (1981), donde el término se introduce como garantía positiva contra la posibilidad de ser tocado por lo “desconocido”, pues solo “inmerso en la masa puede el hombre redimirse de este temor al contacto (...) ninguna diferencia cuenta, ni siquiera la de los sexos. Quienquiera que sea el que se oprime contra uno, se le encuentra idéntico a uno mismo” (1981: 4). El yo se diluye como condición *necesaria* de inmunidad. La masa es el espacio disolvente del *afuera*, actúa como un cuerpo compacto desde el *adentro*.

Un abastecimiento crítico en este punto, se encuentra en la noción de *multitud* de Paolo Virno. El autor italiano entiende el término como “la pluralidad —literalmente, el ser-muchos— como forma durable de existencia social y política, contrapuesta a la unidad

cohesionada del pueblo. Es decir, la multitud consiste en una red de *individuos*; los muchos son *singularidades*” (Virno, 2003: 76). Del mismo modo, Carlos Ossa ha caracterizado a los movimientos estudiantiles como “heterogeneidades que testimonian su presente” (entrevista con el autor).

Hablar de heterogeneidad no implica, desde este punto de vista, menos movimiento y más individualidad. Todo lo contrario: el movimiento estudiantil es movimiento social, que recupera ciertos presupuestos del movimiento de masas de antaño como orientación ideológica y espacializadora (esto se verá con más fuerza a propósito del análisis del imaginario respecto a La Alameda propiamente tal). Rodrigo Baño entiende dicha orientación a partir de la “politización” del movimiento a medida que avanza el 2011: “a la vez el movimiento, inicialmente focalizado y homogéneo, va a ir creciendo con la incorporación de otros sectores hasta hacerse muy extendido y heterogéneo” (2012: 8).

Baño reconoce una doble condición: por un lado, la fuerza del movimiento demuestra su propia debilidad, pues mientras “más crece es más heterogéneo y, por tanto, más débil frente al necesario contradictor que tiene todo movimiento político; al mismo tiempo que, mientras más crece, su heterogeneidad “se disimula y el monstruo llega a ser realmente amenazante para el poder político establecido y particularmente para el Gobierno” (2012: 8).

En definitiva, no es posible estabilizar un argumento totalizante en torno a lo homogéneo y/o lo heterogéneo del movimiento estudiantil del 2011 como distinción. No se produce una oposición entre los términos, sino una complementariedad: a veces como un movimiento de masas con ocasión de las estrategias en torno al espacio público de la Alameda, y a veces, como movimiento social desde lo deliberativo, y la emergencia de nuevas formas de movilización (trataremos esto a continuación).

El imaginario como auto comprensión: una problematización en torno a lo ilustrado

Tentar una conceptualización en torno al imaginario social respecto a la Alameda, implica satisfacer un caudal de precisiones y advertencias. Es un camino sinuoso, más aún, si recogemos lo anteriormente señalado. Esto es, la naturaleza móvil del movimiento que, también, afecta sus bases simbólicas, sus fuentes imaginativas.

Asimismo, es posible señalar desde ya, en diálogo a lo planteado en capítulos anteriores, el vínculo constitutivo y constituyente entre imaginario y praxis. O sea, el imaginario se piensa desde su base física y viceversa: tal como plantea Cornelius Castoriadis (ver capítulo I y III)- el imaginario prefigura su hacer práctico. Así lo plantea Amanda Bollman: “la gente todavía tiene en su memoria lo que fueron las grandes movilizaciones en la calle principal que es La Alameda. A toda la gente le gusta marchar por esa avenida y pasa mucho el fenómeno de que por ejemplo las convocatorias más grandes que ocurrieron en el 2011 siempre fueron por La Alameda”.

El imaginario estudiantil precisa el espacio donde se desarrollará la marcha, o sea, La Alameda y ella misma es la condición de posibilidad del imaginario que la precisa. Aquel imaginario, habíamos dicho anteriormente, implica una evocación, un camino, un sentido: lo público. Camilo Ballesteros, Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago durante el 2011, plantea al respecto:

“La Alameda tiene un simbolismo muy potente. Yo lo veo reflejado en las últimas palabras de Salvador Allende: de nuevo se abrirán las Grandes Alamedas por donde pase el hombre libre...recuerdo la primera vez que marchamos por La Alameda el 2011 fue un trayecto súper corto que iba desde Plaza Italia hasta Portugal, pero para nosotros fue muy potente. Era la primera marcha masiva. De hecho, no recuerdo si esa vez tuvimos 20 mil o 30 mil personas y después terminamos ocupando todo el trayecto. Tiene un simbolismo muy grande porque finalmente es la arteria más importante de Chile y en La Alameda tienes a la Plaza Italia, tienes a La Moneda”.

José Soto, presidente del Centro de Alumnos del Instituto Nacional durante el 2011, indica:

“(La Alameda) es un espacio amplio, convocante. Es un símbolo para el país que representa la misma ciudad de Santiago y tiene que ver con ese tomarse espacios, con eso que queríamos hacer como movimiento estudiantil de volver a ocupar los espacios que estaban vedados para la organización ciudadana, que estaban hechos para los consumidores. Ahumada está llena de personas que van a comprar al *Mall*, y no de ciudadanos que estaban conscientemente organizados y que tenían un objetivo de cambio y transformación de la sociedad. Ese poder de trasladar la población a un nuevo sentido le daba significancia a un espacio, pero también para quienes lo estaban ocupando”.

Por su parte, Alfredo Vielma, vocero nacional de la ACES, señala:

“Pensamos La Alameda como la importancia que esta tiene para los poderosos. El Estado y los gobiernos, siempre han buscado centralizar las expresiones de poder. La Alameda es la artería más ancha que existe en Santiago (...) hay que recordar que este espacio geográfico concentra las mayores expresiones del poder nacional aquí en Chile: la bolsa de comercio se encuentra a menos de una cuadra, el club de la Unión está situado allí, La Moneda, la Casa Central de la Universidad de Chile, el Instituto Nacional, que fue uno de los primeros colegios está situado a media cuadra de La Alameda”.

Freddy Fuentes, presidente del Centro de Alumnos del Liceo de Aplicaciones durante el 2011, reafirma:

“Yo creo que La Alameda es la calzada principal de la capital, donde está el Palacio de La Moneda, donde se puede pasar por el mismo Ministerio de Educación, donde hay más concentración de gente y es algo muy simbólico. Yo creo que si nos ponemos a hablar en torno a qué significa y las responsabilidades que implica asumir lo que es marchar por La Alameda, lo que era para nosotros. Tenemos de todos los casos para poner, desde que al final caminábamos dos pasos y nos empezaban a apalear, hasta las marchas que pasaban por la Alameda y eran 200 mil personas”.

Del mismo modo, Fuentes refiere a la relación entre la demanda por educación gratuita y de calidad y el espacio público, es decir, la dicotomía del espacio con ocasión de lo moderno-público y lo moderno-privado:

“Nosotros estamos marchando por temas que vienen de una época que muchas veces nos dicen que nosotros no vivimos y que no tendríamos porqué reclamar, nosotros no la vivimos como actores, pero estamos viviendo las consecuencias. Yo creo que en base a eso marchamos. La Alameda es un lugar histórico que representa eso, los valores que demandamos”.

En otro de los pasajes, el dirigente enfatiza la naturaleza performativa del imaginario social en torno a La Alameda:

“El único espacio accesible que nosotros tenemos para poder cambiar las cosas es demostrarlas desde la calle, de tomarnos los espacios públicos y de demostrar que queremos cambiar las cosas, porque si no es ahora no es nunca. Es un tema histórico marchar y ocupar

los espacios públicos para poder exigir, por lo menos acá en Chile, porque la democracia que tenemos es pésima, no estamos representados, y hay muchas cosas que nos afectan a nosotros y que vienen desde la dictadura, se cambió el personaje, y nos regimos por la misma Constitución, en temas de educación más nos afecta y por lo mismo, la calle, La Alameda, es la vía que tenemos y para que nos escuchen de una vez por todas”.

Danae Tapia, presidenta del Centro de Estudiantes del Liceo Carmela Carvajal de Prat durante el 2011, asevera:

“Es que yo creo que La Alameda fue siempre vista como un espacio prohibido, siendo que es la arteria principal de la capital, un espacio que se supone que es de todos. Entonces, cuando ese espacio es realmente ocupado por todos- no solamente por los autos o por las campañas- es un símbolo bien importante y tenía un significado: te daba la calidad de un movimiento grande. Una compañera decía: ahora sí somos grandes, un movimiento fuerte, claro y también daba con lo que nosotros queríamos con las demandas que son grandes demandas”.

En este sentido, existe una asociación entre los espacios del poder como lugares prohibidos y cierta imagen de pulcritud y limpieza. Dice Alfredo Vielma:

“El poder económico, fáctico, político siempre busca defender una pulcritud que no existe. Es por eso que vemos que día tras día surgen expresiones como el *tag*. Y día tras día la gente que hace *tag* va y ralla. Los poderosos siempre buscaron defender una paz que no existe y cuando vieron que nosotros estábamos haciendo peligrar esta imagen, se determinó el fenómeno represivo de empezar a inundar la ciudad, de rodear las marchas de estas figuras de autoridad que son las policías. Las pocas veces que pudimos marchar de Plaza Italia al Ministerio de Educación -cuando pasábamos por Universidad Católica- nunca se tocó el monumento a los mártires de carabineros. Lo mismo ocurre con el Ministerio de Educación o La Moneda. Recuerdo que en una marcha se quemó una Moneda de cartón gigante y eso fue, incluso para la izquierda política en Chile, muy fuerte. Quemar una imagen de La Moneda frente a La Moneda para la izquierda siempre va a ser el recuerdo del golpe y para la derecha, una falta de respeto a la figura del poder. En Chile, siempre están buscando resguardar imágenes de paz y orden a nivel internacional. Y con el sentido de romper esto, nosotros insistíamos en que el recorrido tenía que ser entre Plaza Italia y Los Héroes. Eso lo conseguimos durante casi todo el 2011. Y el Ministerio de Educación como la expresión física de la causa, donde está concentrado el poder en Chile que distribuye y gobierna el sistema educativo”.

El espacio público es el lugar prioritario de manifestación social en tanto *ethos*, pero, también, en tanto *phatos*: en él se expresan las energías telúricas de un movimiento insatisfecho, una pulsión de cuerpos agrupados³³. Amanda Bollman señala:

“El tema de marchar es como el símbolo de la lucha. En realidad, para la mayoría de los sectores de izquierda -que se han visto a través de la historia- el tema de marchar es como una forma de presionar el gobierno y de demostrar también cual es la cantidad de apoyo, la cantidad de personas que están de acuerdo con nuestra lucha. O sea, es una forma de presionar de manera concreta: si tienes un millón de estudiantes en la calle no puedes decir que las cosas están bien. Uno vio en el 2011 esa cantidad de personas en la calle (...) y la gente estaba ahí y la gente estaba apoyando y la gente estaba marchando, estaba manifestando con rabia, con dolor, con pena. Yo creo que superaba los límites de la educación; es el sistema en que vivimos en Chile”.

De la misma forma, asegura:

“Uno siente -cuando va a marchar con toda esa gente- un empoderamiento de ese espacio, uno siente que ese espacio es realmente propio, aunque uno sabe que no lo es. Uno hace suyas las calles, uno camina por ahí, uno corre, uno se manifiesta de forma libre, uno puede decir lo que quiera en las marchas (...) Yo creo que la Alameda es un espacio en donde la expresión se vio mucho y desde distintas corrientes, de distintas formas: o sea, tanto como eran las manifestaciones culturales, eran las manifestaciones un poco más violentas o como fueron las manifestaciones con gran cantidad de personas o quizás un poco más pequeñas, pero era una forma de sentir el empoderamiento del espacio”.

Lo habíamos señalado en el capítulo I: la ciudad alumbra su energía imaginaria, porque los sujetos que la habitan no solo declaman territorios, también expresan ilusiones y sueños. Allí se juegan sus palimpsestos. Al igual que La Alameda dada las movilizaciones estudiantiles del 2011. Pero su imaginario es un lugar evidentemente confrontado, predominantemente sedimentado.

³³Ahora bien, cabe destacar la postura del historiador Alfredo Jocelyn-Holt respecto a esta idea de “empoderamiento” del espacio. Dirá que La Alameda es un lugar equívoco dado que soporta varias dimensiones (urbanísticas, políticas, comerciales, imaginarias). De aquella equivocidad deriva una imposibilidad: “si es un espacio público, es un espacio de nadie, por eso la gente que se toma la Alameda está transgrediendo precisamente lo que es”.

Lo hegemónico, residual y emergente

En todo desarrollo teórico con pretensión seria de interrogar a la cultura respecto de sus procesos intelectivos, históricos y sociales, indefectiblemente, encuentra un ámbito crítico y novedoso en los aportes de Raymond Williams. El autor inglés indaga en los procesos y las interrelaciones del campo cultural, proporcionando un marco analítico que ha superado cierta tradición marxista, ante todo, en la propia delimitación del término “cultura”. Cabe destacar la comprensión de aquel concepto en tanto *proceso social material* y no como *mera extensión* de la estructura económica. A saber, la condición posibilitante del diagrama cultural marxista: la base determinante y la superestructura determinada, la primera, como sistema *material* y la segunda, como su reflejo *inmaterial*: la ideología, la cultura, la religión, el lenguaje. Por el contrario, Williams desaloja, precisamente, dicha dualidad señera, enfatizando en las condiciones sociales en que se forja la cultura como espacio de encuentros y desencuentros de lo social. La cultura es, en este pensamiento, historia material de los hombres, un “proceso social constitutivo creador de estilos de vida específicos y diferentes” (Williams, 2000: 31).

Trabajando en el campo de la cultura, el autor nos propone indagar entre sus interrelaciones dinámicas: Lo dominante, lo residual y lo emergente. Definamos los conceptos propuestos por el autor.

- Lo dominante: propiamente la efigie de todo sistema cultural, aquella condición centrífuga que construye tanto su red de significantes como sus límites diferenciadores. Es básicamente lo que constituye el orden de lo presente.
- Lo residual: es aquello que se ha formado en el pasado, pero todavía se halla en actividad dentro de los procesos culturales. En palabras del autor: “no sólo como un elemento del pasado, sino como un efectivo elemento del presente” (Williams, 2000: 144).
- Lo emergente: refiere a los nuevos significados, prácticas, relaciones sociales que se crean continuamente.

Ahora bien, Williams realiza una precautoria relevante:

“Lo residual y lo emergente, y como un modo de comprender el carácter de lo dominante, es que ningún modo de producción y por lo tanto ningún orden social dominante y por lo tanto ninguna cultura dominante verdaderamente incluye o agota toda la práctica humana, toda la energía humana y toda la intención humana” (Williams, 2000: 147).

En otras palabras: el autor revela el carácter móvil de los procesos culturales. No es posible cooptar lo social como, por ejemplo, desde la estructura económica o desde cualquiera hegemonía que pretenda confiscar las potencialidades de lo humano. Williams registra la imposibilidad de la desafiliación de la vida cultural de la vida material tal como lo pretendía cierto pensamiento objetivista.

Evidentemente aquella distinción conceptual permite despejar el escenario, auscultando posibilidades teóricas que urden sus raíces respecto de los imaginarios sociales. Con ocasión de Williams es posible situar nuestro análisis en torno al imaginario estudiantil como imaginario social, o sea, aquel complejo engranaje de lo propiamente social e imaginativo.

A partir de las entrevistas realizadas, podemos establecer la siguiente hipótesis: el movimiento estudiantil precisa un imaginario altamente problemático respecto a las fuentes imaginativas en que se sustenta su praxis discursiva. En este sentido, se reconoce un imaginario *sedimentado* que nos reenvía precisamente al andamiaje teórico de Raymond Williams en torno al análisis cultural: lo hegemónico, residual y emergente también se encuentra en el imaginario estudiantil. Plantearemos tres hipótesis al respecto:

- Lo *dominante* en la forma de una cultura ilustrada.
- Lo *residual* como imaginario de masa en el ejercicio de la movilización en La Alameda.
- Lo *emergente* como aquellas posibilidades dinámicas que hacen distintivo este movimiento estudiantil del resto de los movimientos: el uso de las redes sociales, la impronta auto comprensiva de la estrategia mediática de adhesión y la naturaleza móvil y distópica del movimiento.

Lo dominante

El imaginario estudiantil opera en el sustrato mismo del despliegue auto comprensivo de la modernidad (Casullo, 1989) que inteligibiliza el mundo, desplegándose en los pliegues de lo social y escenificando la vida cotidiana. Esto es: los estudiantes movilizados recusan un orden ilustrado. Un orden moral resituado, en la terminología de Charles Taylor, se visibiliza en torno al siguiente presupuesto: los ciudadanos “son agentes sociales y racionales, cuyo destino propio es colaborar pacíficamente para beneficio propio” (Taylor, 2006, p. 15). Así lo plantea José Soto del Instituto Nacional:

“Nosotros tenemos claro que tiene que haber una responsabilidad de parte de los ciudadanos para elegir. Cuando tú eliges no puedes irte para la casa, tienes que ir fiscalizando y es lo que hizo el movimiento estudiantil cuando se dio cuenta de que tantos gobernantes no habían cumplido, que habían cosas que no se estaban cambiando, que cada vez nos estábamos hundiendo en un sistema injusto, segregador, discriminador y salimos a las calles a demostrarlo. No podemos nosotros estar de acuerdo con una democracia basada en elegir candidatos si somos nosotros los que nos tomamos las calles. Aquí hay que tomar el peso y los ciudadanos tienen que tomar ese peso (...)”.

El estudiante movilizado se sitúa como *bios politikos* que actúa en lo público, el escenario simbólico y material de lo social. Por tanto, el imaginario estudiantil recupera el imaginario social moderno sobre la base de la distinción entre lo *publicus* y lo *privatus* (Sennet, 1978, Habermas, 1986).

José Soto asevera:

“Habría que rescatar el sentido griego de lo público, el sentido con el que se fundó la democracia en occidente y que tiene que ver con el ágora, con la plaza pública donde nos reunimos todos a discutir, donde nos reunimos todos a dialogar, donde participamos en la vida política. Ese es el sentido que subterfugiamente, no directamente, porque no fue parte del discurso, se fue dando a la ciudadanía con lo que fue el movimiento estudiantil, con recuperar el espacio para todos y no cada uno tratando de apropiarse de él como si fuera un consumidor tratando de tomar un medio material y quedárselo para él, sino entendiendo que hay una cuestión valórica que se expresa en la acción misma del ser humano

compartiendo con el otro, escuchando y generando este diálogo y no en un recinto cerrado, sino en la misma calle”.

La exigencia intelectual del movimiento estudiantil se aloja en el tránsito desde una democracia “representativa” hacia una democracia “deliberativa” o “participativa”, donde son los propios ciudadanos los llamados a cambiar el orden de lo presente. Esto supone, a su vez, examinar críticamente el término democracia, desagregando el escenario de ilusiones -dádivas del imaginario neoliberal en torno a lo político y la práctica de los espacios- y alentando, al mismo tiempo, una conceptualización ilustrada de lo propiamente democrático. O sea, el movimiento estudiantil recusa lo propiamente neoliberal del término democracia y lo ubica como garantía de plenitud para el ciudadano que se expresa *constitutivamente* en el espacio público. En este sentido, nos hacemos cargo de las posturas de Jacques Rancière (2005) y Pierre Rosanvallon (2007) en torno a dos interrogantes: ¿cuánta democracia hay en la democracia? ¿Qué actitud se toma al respecto?

Habíamos respondido, anteriormente, caracterizando la democracia liberal en Chile como aquel espacio que declama una promesa de libertad inverificable, basado en el mercado como horizonte de sentido (Arancibia, 2011). Esto resultará crucial para nuestra investigación, pues de algún modo lo planteado por Juan Pablo Arancibia enuncia un problema fundamental con ocasión de los imaginarios urbanos.

Esto es: verificar el pulso de la ciudad moderna cuando a ella se le interroga por el dictamen de la circulación incesante del capital contra los intereses del *homo socius*: allí el movimiento estudiantil recupera cierto sentido de lo político que, aunque revestido de cierta afrenta logocéntrica en su discurso, entiende el fundamento de la política como contingencia y deliberación. Lo político se yergue como un lugar indeterminado, donde se piensa al ciudadano como actante del mundo social y no solamente como receptor pasivo sujeto a elecciones y procedimientos. Allí se juegan las posibilidades semánticas y performativas del término democracia: si lo político “es, en primer lugar, el conflicto acerca de la existencia de un escenario común, la existencia y la calidad de quienes están presentes en él” (Rancière: 1996: 41); la democracia se constituye en el lugar donde se piensa lo político. De esta forma, el movimiento estudiantil podría expresar imaginariamente un fundamento de la política no capturado por la facticidad ornamental de un orden

preestablecido. Así lo plantea Rancière: lo propio de la política es “precisamente la ausencia de fundamento, la pura contingencia de todo orden social” (1996: 30).

En la misma línea de Rancière, para Claude Lefort, la democracia se sustenta en una ambigüedad de origen: se constituye más allá de sus límites y esa es su principal fortaleza. Es un lugar infigurable “que coloca a los hombres y a las instituciones ante la prueba de una indeterminación radical” (1990:191). Visto de esta forma, el movimiento estudiantil podría establecer los presupuestos de un cambio de sentido de los significantes tradicionales de ciudadano y democracia. También, el movimiento estudiantil es movimiento semiótico. Al menos, respecto a su imaginario en palabras de sus dirigentes.

José Soto asevera:

“Uno de los aportes del movimiento estudiantil fue resignificar la palabra democracia, volver a darle otro significado y no solamente tan limitado como el que tenía en nuestro país hasta por lo menos el 2010, sino ampliarla. Y habría que decir que la democracia no es solamente ir a votar cada cuatro años, democracia es participar en todos los temas. Es una actitud de vida, es estar constantemente preocupado de los temas que suceden en tu sociedad y tener una actitud de respeto y tolerancia para escucharlos, pero también darte cuenta que si estamos en sociedad tienes ciertos derechos que no te pueden quitar. Y eso es derecho a la educación”.

Pese a esto, las posturas son contradictorias, dada la naturaleza multiforme e inacabada del imaginario como totalidad. Por ejemplo, respecto a lo planteado por José Soto, Enrique Ramírez enfatiza:

“No es el rol del movimiento estudiantil democratizar una democracia inexistente ¿Por qué? Porque la esencia la estructura de esta democracia no lo va a permitir, por tanto, nuestras reivindicaciones no apuntaban a eso. De hecho, nosotros siempre a través de la participación, a través de poder hacernos parte de la discusión, de la toma de decisiones, no lo veíamos como que íbamos a conseguir una democracia, no lo vimos así, sino que íbamos a ir generando condiciones para que la sociedad realice ese objetivo, ese es el rol de la sociedad en su conjunto (...) yo creo, por lo tanto, que el camino de la democratización de la sociedad no es el movimiento secundario aún cuando juega un rol fundamental, por eso, también, yo creo en el trabajo poblacional. Considero que el trabajo secundario, el trabajo estudiantil,

más bien, es una muy buena escuela para potenciales transformadores en las poblaciones, en los movimientos sociales de base”.

La figura del estudiante movilizado en el espacio público satisface el vínculo entre política, palabra y territorio, toda vez que el ciudadano-estudiante puede y debe subvertir el orden de lo presente. Por tanto, un rasgo peculiar del imaginario estudiantil es reconocer en los sujetos movilizados, precisamente, un rol transformador y formativo.

Enrique Ramírez dice:

“El estudiante tiene que aprender, tiene que formarse, adquirir herramientas en las instituciones aburguesadas como las universidades y los colegios para volcar esas herramientas a la transformación de su realidad material, de su población, de su base y es ahí donde se debe avanzar hacia una democracia real no el movimiento estudiantil”.

Camilo Ballesteros confirma:

“Nosotros tenemos una posibilidad como generación distinta a otras generaciones. Creo que hemos generado plataformas bastante interesantes, que se ha generado confianza importante y que hoy día justamente tenemos una oportunidad de jugárnosla y de generar algunos cambios. Yo creo que hay que darle y en el peor de los casos podemos decir: no pudimos”.

En este sentido, se recupera la noción de Taylor respecto al imaginario social moderno: “las personas no se manifiestan en nombre de un imposible, de algo puramente utópico” (p. 43), por el contrario, exigen la realización de la demanda ciudadana, en este caso, la recomposición del tejido social socavado por el capitalismo.

Danae Tapia dice:

“Una cuestión que también es complicada es cuando hablamos de democratizar los espacios, o sea, plantear la capacidad de vivir en comunidad y para eso tenemos que sortear y luchar contra un enemigo: el capitalismo. Es algo súper latente, porque en el fondo el capitalismo genera individualismo. Tenemos que luchar contra eso para generar tejido social. En el fondo es luchar contra la televisión, y todo lo que provoca que tú no puedas vivir mirando al otro”.

Enrique Ramírez enfatiza:

“Yo creo que la expresión de liberación no se logra individualmente, sino que en la colectividad. La realidad material de la comunidad, de la población se logra cambiar cuando somos capaces de unirnos para conseguir ciertas cosas, hacerle entender a la gente que los políticos no están dispuestos a cambiar esta realidad, que el sistema no necesita que realmente se cambie esta realidad, porque podemos decir que al sistema le encanta los revolucionarios, el sistema capitalista necesita al Che Guevara y los instrumentaliza. En el fondo, nos bombardean con informaciones en torno al esfuerzo personal, la superación, por eso estamos metidos en esta sociedad tan competitiva y tan individualista, pero nosotros tenemos que apuntar a hacer ver todo lo contrario”.

Ahora bien, recuperemos los presupuestos básicos del imaginario estudiantil como orden ilustrado -centrado en la experiencia del ciudadano- con ocasión del discurso movilizado por el propio movimiento estudiantil: la demanda por una *educación gratuita y de calidad*. Respecto a esto, aquel plano discursivo performativiza el espacio material, o sea, lo público, como el territorio donde es constitutiva la experiencia del ciudadano. Aquí cabe la distinción de historiador Pierre Rosanzvallon (2007) en torno a la promesa democrática: el ciudadano le exige a la democracia el cumplimiento de su promesa, ¿cuál promesa? el cumplimiento del catálogo de derechos en que se funda el lazo entre sujeto y Estado. Y en el caso del movimiento estudiantil del 2011, el derecho a la educación.

Bajo el amparo del régimen binario de confianza/desconfianza, los estudiantes movilizados reclaman lo que ha sido grabado en la ley: el derecho a tener derecho en tanto espacio de afirmación práctica, no solo enunciativa. En su cumplimiento, se despliega aquella racionalidad mitopoyética propia de la democracia. Operando en su sustrato constitutivo, el movimiento demuestra su ilustración –al menos en este plano discursivo- donde el ciudadano se adscribe y el espacio revela su condición de publicidad. De allí se deriva el principio normativo moderno, en que “los miembros de la sociedad atienden recíprocamente sus necesidades, se ayudan unos a otros; en resumen, se comportan como las criaturas sociables y racionales que son” (Taylor, 2006, p. 25). De esta forma, las estructuras políticas-intencionales que se erigen en su nombre “han sido creadas para servir a estos fines y son valoradas instrumentalmente en relación con ellos” (Taylor, 2006, p. 25).

El problema está situado: el imaginario del movimiento estudiantil –personificado en sus líderes representativos- ya aloja el germen antitético de la modernidad. Dado su naturaleza práctica, necesaria y contingente, el imaginario evidentemente moderno recusa lo moderno en su despliegue contradictorio³⁴, “¿acaso, precisamente, alegando –con Habermas– por el incumplimiento de las “promesas mismas de la modernidad?” (Ruiz & Sáez, 2012: 29) Asimismo, despliega su violencia al enunciar su deseo: el deseo de ser ciudadano y apropiarse del espacio como *ethos* y *pathos*, en la frontera desdibujada entre la paz de la mente y la urgencia de las pasiones³⁵.



Felipe Faúndez, La Alameda (15 de julio del 2011).

³⁴ La aporía moderna radica en presuponer las armas conceptuales de un *bios politikos* –como orden moral- y al mismo tiempo, instaurar la fetichización de lo subjetivo en el espacio de intercambio capitalista como raigambre desterritorializada.

³⁵ Una posible respuesta la entregan Carlos Ruiz y Benjamín Sáez: la movilización estudiantil es la manifestación de los hijos de la modernización, o sea, “de aquellos que nacieron sin conocer las precariedades –de todo tipo, no sólo las económicas– superadas por etapas avanzadas de semejante logro inédito en nuestra historia, al punto de ubicarnos a las puertas “del desarrollo”” (2012: 29).

Lo residual: entre la violencia desaforada o el gesto contestatario

El imaginario sedimentado comporta muchas contradicciones, riquísimo en recorridos analíticos y aperturas imaginativas. Alberto Mayol satisface algunas disquisiciones posibles al caracterizar una de las matrices culturales que le han dado forma y hegemonía a la estructura social en Chile. Una de esas matrices es precisamente aquel orden republicano que reconoce espacios públicos y ciudadanos que los habitan:

“Esta matriz logrará construirse como proyecto, logrará ciertos avances en la sociedad y su materialidad, pero no se consumó como una matriz cultural exitosa. Su mayor encarnación fue esa cultura que solemos denominar como la cultura de la clase media chilena, republicana, laica, institucional, con gran peso de la ley, que adquirió en Chile rasgos de matriz simbólica en relación de los ciudadanos con el Estado, pero no configuró realmente una matriz exitosa, pues nunca logró articularse en el día a día, en todas las relaciones sociales” (2012: 146-147).

Pero el movimiento estudiantil –al inteligibilizar en su discurso un imaginario social ilustrado- o sea, haciéndose cargo de aquella matriz cultural de la cual habla Mayol, también debe asumir una problematicidad fundante: el espacio no es solo el lugar desde donde se piensa el ciudadano y lo político; es, a su vez, un espacio articulado como oposición en donde se expresa una lucha semántica y material. Tal como en un juego dialéctico se reconocen los extremos: los unos y otros, entre Gobierno y estudiantes, incluso, entre estudiantes y medios de comunicación. En este punto, cabe la distinción que realiza Carl Schmitt, para quien lo político supone la antinomia de amigo (*Freund*) y enemigo (*Feind*) (1984: 23). El espacio se yergue, entonces, como lugar de confrontación.

Así lo justifica Danae Tapia:

“Yo creo que hay momentos en que se deben radicalizar las cosas (...) muchas veces había que demostrar el descontento, era la única manera de hacer notar eso. Si los medios de comunicación solo mostraban la escaramuza, cuando eso ocurría todo el año. Obviamente las noticias y la opinión de la gente se manipula para provocar el decaimiento del movimiento, pues -a decir verdad- los medios de comunicación tienen conexión directa con el gobierno y manejan el discurso que va a dar y manipular la información que se va a entregar (...) entonces, hay gente que necesita descargar su rabia. Había momentos en que te preguntabas

si los encapuchados tenían que ir o no a las marchas, pero yo creo que existieron muchos actos que eran necesarios y yo también tenía rabia”.

La violencia en las movilizaciones estudiantiles, el uso de barricadas, el saqueo, la destrucción de mobiliario público y privado es parte - no significativa, pero parte al fin y al cabo- de la dinámica de manifestación y su propia teatralidad. Pero este concepto es altamente problemático –dado los sentidos comunes que muchas veces se movilizan en su nombre -. Ante aquello, cabe preguntarse: ¿qué se entiende por violencia en el contexto de las movilizaciones estudiantiles por La Alameda?

Enrique Ramírez precisa:

“Nosotros siempre planteamos de que no eran manifestaciones pacíficas por cuanto la reacción que nosotros buscábamos tener en la contraparte, entendíamos que no iba a ser pacífica y así históricamente se ha demostrado. O sea, nosotros por más que nos manifestáramos con las manos arriba en la calle, los pacos nos iban a pegar igual. Entonces, para nosotros era importante reivindicar este concepto de la violencia y de la manifestación pacífica”.

De esta forma, para Enrique Ramírez, la propia marcha por La Alameda presupone la posibilidad del enfrentamiento con las Fuerzas del Orden:

“Nosotros -cada vez que organizamos protestas- siempre fuimos súper tajantes en que nuestro objetivo era La Alameda. Cuando convocábamos en el centro nuestro objetivo era La Alameda y nos tocó varias veces que no nos pusimos de acuerdo con los universitarios, porque la intendencia no nos daba el permiso. Nosotros marchábamos por La Alameda con permiso o sin permiso y en ese sentido los secundarios son más radicales y están más dispuestos que los universitarios”.

Allí aloja una diferencia radical con los universitarios respecto a la manifestación en el espacio público:

“La mayoría de los universitarios -cuando empieza a quedar la cagada- arrancan para sus universidades, normalmente las tienen cerca y los secundarios cuando vienen de colegios de la periferia se quedan en La Alameda, se quedan en el espacio público, porque también están dispuestos a demostrar que la protesta se hace en la calle, no se hace adentro de las

instituciones cuidado por rejas, no se hace dentro de las instituciones cuidadas por leyes, por la intelectualidad”.

Desde el punto de vista de las asambleas y la discusión en torno a la violencia en la manifestación, la posición de Amanda Bollman es reveladora:

“En la asamblea existen diversos sectores, diversos tipos de estudiantes que van. De hecho, nosotros siempre hemos dicho que avalamos cualquier método de lucha. Nosotros nunca tuvimos una respuesta negativa a los problemas de violencia, tampoco en una postura de acuerdo, sino que intentamos siempre de estar algo neutro ante estas críticas del gobierno. Como la asamblea tenía una composición heterogénea, había posturas distintas, nosotros preferimos mantenernos neutros”.



Felipe Faúndez, Estación Los Héroes, La Alameda (25 de agosto del 2011).

La presencia de encapuchados al interior del movimiento estudiantil no es rehuida dentro del discurso estudiantil. Es más, respecto a esto, Alfredo Vielma asevera:

“Nosotros siempre supimos perfectamente quiénes eran los encapuchados. Nosotros no podíamos hacer oídos sordos y decir que no sabíamos que eran nuestros compañeros. Pero yo creo que la violencia política -que se desarrolló por medio de los conflictos con los encapuchados- fue determinante en esta movilización. Yo creo que grandes pasos hacia el

avance del movimiento estudiantil o hacia generar tensión dentro del conflicto se dieron gracias a esa violencia política.”

Entonces, la violencia callejera se asume como violencia política, toda vez que permite un “factor de avance” y “tensión” dentro del conflicto. Dice Vielma:

“Nosotros siempre supimos que buscamos generar una condición de igualdad dentro de este movimiento social, que buscábamos generar la antítesis de valores que tenía este sistema que da la espalda a grupos marginados. Por decirlo de alguna manera, nosotros respaldábamos a los encapuchados. No repudiábamos su accionar, porque era una expresión de movilización tal cual como salir a la calle, tal cual como manifestarse con un lienzo, hacer un foro de debates. La violencia política es también una expresión de la movilización”.



Estación República, La Alameda, Santiago (25 de agosto del 2011).

De esta forma, cabe lo planteado por Alberto Mayol: lo propiamente violento no enaltece un sin sentido de la propia movilización, más bien, localiza un acto político propiamente tal. “Cuando en Chile se acusa de violencia sin sentido en las manifestaciones, quizás se quiera decir que no es justificable, pero en cualquier cosa normalmente no ha sido violencia sin sentido, pues tiene una dirección y se relaciona con una realidad” (2012: 152). La violencia estudiantil se dirige contra símbolos del abuso: casetas de carabineros,

señaléticas, locales comerciales, bancos, el incendio y posterior saqueo de La Polar³⁶... las imágenes de un Chile recusado, contrariado, entran a escena avivando aperturas y no pocos encierros.

La emergencia de lo carnavalesco

“Algo debe haber pasado para que de repente los celulares se pongan de acuerdo con los facebook, los blog con los twitter, cotorrean todas las ondas que pululan en el ciberespacio y hacen alianza con el cavernícola griterío, la batucada, los lienzos y banderas, los pasos de baile y las máscaras. Como dice el poeta “las cosas ya no soportan este estado de cosas” (Baño, 2012: 13).

Una de las imágenes recurrentes del movimiento estudiantil del 2011 fue “la ingeniosa” capacidad de dotar de colorido la movilización. No solo habitaba la clásica imagen de tomas de colegios o marchas por La Alameda, sino también, diversas formas de materializar la demanda por educación gratuita y de calidad: desde intervenciones callejeras como el «Gagazo por la educación», donde quinientas personas bailaron la coreografía de "Judas" de Lady Gaga; la llamada “1.800 horas por la Educación”, donde diferentes corredores recorrían el perímetro de La Moneda; hasta el famoso “thriller por la educación” –coreografía inspirada en el famoso video clip de Michael Jackson- y que congregó a más de cuatro mil estudiantes caracterizados como *zombies* frente a la Plaza de la Ciudadanía. Así se pregunta Camilo Ballesteros en torno a dichas iniciativas: “¿hace cuanto no se veía tanta creatividad desbordada en el país como se vio el 2011?”

La Alameda como espacio intervenido –como acto intelectual y práctico de la imaginación estudiantil- fue una de las postales del 2011. Así lo sostiene Danae Tapia:

“Queda en el recuerdo del colectivo, no solo de nosotros recordando cómo hacíamos las cuestiones, sino, también, quedó en la memoria de la gente, la gente también recuerda el

³⁶ Al decir de Mayol, la violencia merece un examen detenido, pero no una caricatura: “El Chile actual nació en la violencia, se construyó en dictadura, con leyes imposibles de discutir, a fuerza de torturas y metralla, de estado de sitio y silencio cómplice. La forma de hacer un país, se nos enseñó, es con violencia. De alguna manera el encapuchado que no ve otro camino que la violencia es hijo de la misma cultura, hijo de una sociedad que vio en el acuerdo el pacto de poderosos y en la destrucción el único momento de reparación. (2012 b, 87-88).

2011. Personas que no estuvieron en la marcha, pero que nos apoyaban decían: “oye que bonito lo que hicieron, innovador, creativo; y todo eso era muy alegre y eso marcó un sello no sé si lo jóvenes se acostumbraron a marchar así, pero estas cuestiones -así como las batucadas- formaron algo diferente que antes no estaba”.

¿Cómo surge todo esto? Las explicaciones son múltiples y reveladoras. Sin embargo, hay coincidencia en la naturaleza “espontánea” dada la masividad y heterogeneidad del movimiento. Amanda Bollman dice:

“Yo creo que de un principio se fueron dando de una forma más espontánea (...) Y la gente se daba cuenta de ese choque visual de una movilización diferente y pacífica. Yo creo que es súper importante porque eso le llega a la gente, eso es llamativo, es atractivo. Entonces, nosotros teníamos que ir innovando un poco, porque no solamente es marchar así como nada, siempre es necesario que haya gente tocando tambores”.

Freddy Fuentes confirma:

“Eso surgió de los distintos espacios, de distintas formas. Éramos tantos que no era algo que pudiéramos manejar nosotros desde las principales organizaciones o de las cabezas por así decirlo. Nosotros llegamos a los espacios comunales, regionales y veíamos que en la discusión los cabros proponían: saben que estamos cayendo en lo mismo, en una rutina y no estamos consiguiendo nada, tenemos que hacer cosas distintas. Ahí empezaban las propuestas desde los mismos liceos, las asambleas, siempre proponiendo cosas (...). Y yo creo que esa creatividad luego se fue contagiando y entre otros grupos empezaron a hacer más cosas, se fue propagando este sentimiento de hacer cosas distintas”.

Del mismo modo, Danae Tapia asevera:

“Entre todas las que iban a la asamblea habían como 100 personas dando ideas, pero después de un largo tiempo, dábamos con la idea (...) una vez salimos con sostenes y apareció en Las Última Noticias y decía que no queríamos más sostenedores en la educaciones; queríamos libertad. Hicimos una bandera gigante con sostenes. Hicimos muchas cosas más. Las chicas estaban súper creativas, pero igual todas las decisiones se hablaban en la asamblea”.

Según José Soto, estas “intervenciones” surgen precisamente de una necesidad del estudiantado ante la urgencia y la importancia de las demandas: “ellos sentían la necesidad

de hacer que esto se viera. Y también sentían que esto era suyo y tenían que hacer que la gente participara. Todos estábamos enfocados en hacer algo, en no dejar pasar el tiempo”.

A su vez, el presidente del Centro de Alumnos del Instituto Nacional durante el 2011 tiene una explicación que se deriva del hecho de poder mantener el interés mediático y social del movimiento estudiantil, al mismo tiempo de permitir la expresión de los propios estudiantes:

“Tú tienes que entender que hay necesidad de que la gente haga cosas. Tienes varias exigencias, primero, tienes que hacer que la movilización se mantenga, tú no puedes pretender que todos los jueves sean noticias siempre y para que sean noticias siempre tienes que hacer algo llamativo y, segundo, tienes que dar espacios para que tus compañeros puedan expresarse. Y había muchos que querían hacer muchas cosas, colaborar de variadas maneras, pero al principio no había cómo. Y se dieron estas ideas de hacer actividades culturales, acá en el colegio (Instituto Nacional) se hicieron muchas tocatas que fueron organizadas por los propios estudiantes. No había nadie más que los propios estudiantes como productores, poniendo escenario, audio, todo lo demás. Eso tiene que ver con que los chicos querían hacer cosas y se fueron dando estos espacios”.

Esto constituye una huella imaginaria indispensable para leer el movimiento. Entendiendo lo planteado en páginas anteriores es dado señalar el evidente sentido político de dichas intervenciones en el espacio de La Alameda. José Soto asevera:

“El movimiento estudiantil logró cambiar el sentido común de la gente. Lo que estaba enquistado, lo que estaba instalado como discurso oficial ya no era tan discurso oficial. Se pudo cuestionar porqué el país seguía como estaba y eso se logró cuando los chicos pudieron convencer a sus padres de las convocatorias porque se demostró creatividad, había conciencia de lo que se estaba haciendo, que esto podía ser convocante. Nosotros teníamos la actitud de decirle a la población vengan, participen con nosotros, porque sabemos que esto no lo hacemos solos. Cuando se dieron cuenta que esto le afectaba el bolsillo, que era una cuestión nacional, que afectaba a todos los integrantes del país provocó ese cambio en el sentido común de la gente”.

Amanda Bollman reafirma:

“El movimiento estudiantil fue el primer pie importante para dar a conocer a las personas de que este sistema no está funcionando, de que no es un sistema igualitario, de que no beneficia a los más pobres. Esta fue como nuestra ganancia más importante: la conciencia y el vuelco que dimos a las personas”.

Habíamos hablado del carácter “carnavalesco” del movimiento en el espacio de La Alameda como una forma “diferente”, “lúdica”, “alegre”, “no tradicional” de movilización. Pero, ¿qué entendemos por esto?, ¿qué implicancia tuvo para el movimiento estudiantil del 2011?

Según el filósofo ruso Mijaíl Bajtin, el carnaval representaría una forma especial de vida creativa que desaloja los principios rectores de una cultura oficial: “el carnaval mismo es una forma de espectáculo sincrético de carácter ritual. Esta forma muy rica y variada desarrolla, sobre una base carnalesca común, diferentes variantes y matices, de acuerdo con las épocas, los pueblos, las festividades particulares” (1999: 310). Considerando lo anterior, cotejemos las posturas.

Camilo Ballesteros plantea:

“Yo creo que las marchas, no sé si se comprendió, que la ciudadanía evaluaba mejor un movimiento que se parecía más al carnaval de Rio a que se pareciera más al demonio de Tasmania. En este sentido, la alegría tomó un protagonismo muy importante, también, distintas muestras dentro de la misma movilización. Creo que eso marcó una pauta muy interesante. En cada marcha, en cada universidad, muchos solidarizaban con números artísticos. Y las convocatorias, claro si hiciéramos un promedio creo que fue el año donde las marchas más gente convocó”.

Enrique Ramírez asevera:

“Este tipo de manifestación consiguió que la gente se empezara a dar cuenta que no éramos delincuentes, no éramos puro lumpen, que tratábamos de conseguir cosas, que teníamos capacidad de creatividad. Queríamos llegar de otra manera a la gente -no a través de la prensa- es mostrar color, es tener espacio en donde la señora se pueda acercar, porque entendemos que cuando está quedando la embarrada y cuando hay enfrentamientos directos,

la gente tiende a irse, en cambio, en el carnaval cultural muchas veces nos pasó que las señoras se acercaban y nos decían: “ya están de nuevo perdiendo clases” y tú tienes todo el momento todo el tiempo y el espacio y el contexto para decirle a la señora y explicarle por qué estás en la calle. Entonces, vas generando en la realidad otra percepción hacia el movimiento estudiantil (...) hay distintos momentos: hay momentos en que hay que avanzar y se debe radicalizar el movimiento y enfrentar directamente a la represión y otros momentos en los cuales hay que enfrentar a la opresión de otra manera mucho más creativa”.

Y no solo logró generar diferentes percepciones sociales -a juicio de los líderes secundarios- una manifestación más lúdica, también, aportó a la misma orgánica operativa del movimiento estudiantil. Dice Alfredo Vielma:

“Yo creo que ese tipo de manifestaciones (carnavales, la marcha de los paraguas) favoreció mucho al movimiento estudiantil, porque permitió, dentro del movimiento estudiantil, automatizar una división de roles: por una parte, los que estaban concentrados en generar expresiones artísticas y los que, por otra parte, estábamos concentrados haciendo la política, desde el rol de voceros o de participación en las asambleas”.

Por otro lado, los líderes secundarios reconocen un contraste entre el movimiento de antaño y el movimiento del 2011 respecto a este punto. Enrique Ramírez señala:

“Si analizamos lo que fue el movimiento secundario propiamente tal -respecto del movimiento secundario de los 80’ y lo que fue en el 2005 y 2006- claramente hubo un cambio en el cómo nos estábamos manifestando en las calles y que responde a varios aspectos (...) nuestra postura siempre fue no tranzar, de seguir radicalizando cada vez más el movimiento, pero había también una mayoría con ganas de hacer cosas distintas, de innovar para llegar a la gente, considerando el bloqueo comunicacional súper potente, lo que hacía que muchas veces se criminalizara la protesta, se criminalizara el movimiento social, se tildara de delincuente a los estudiantes que estaban resistiendo en las calles (...) Creo que el movimiento social es un movimiento político como este tan importante, tan necesario, debe recurrir a distintas formas de lucha, a distintas formas de manifestarse”.

Para Alfredo Vielma, estas distintas formas de lucha representan un modo de *ser y hacer*, que marcan un camino hacia futuras manifestaciones:

“Fue un poco una pista de cómo van a ser los próximos movimientos sociales, que no van a tener una expresión política tan militante como se pensaba antiguamente donde todos salíamos con banderas, con palos, a marchar con cascos. También hay espacios para manifestaciones culturales y artísticas. O sea, en realidad, dentro de los movimientos sociales tienen involucrados, dentro de sí mismos, diferentes expresiones que tienen que ver con la manifestación del individuo, cómo se desenvuelve cada persona de manera única, cómo cada persona tiene protagonismo y cómo esto es reflejado colectivamente”.

En definitiva, sea como fuere, el reconocimiento de este tipo de manifestaciones “lúdicas”, “alegres” y “carnavalescas”, no es indisociable de la severidad de la demanda y la radicalización de las posturas. Del mismo modo, la individualidad y la heterogeneidad son vistas como una fortaleza “ineludible” del movimiento estudiantil, también, como causa de dichas expresiones.

Imaginarios en torno a La Alameda: entre la instrumentalización y el fin topográfico

Una respuesta concluyente en torno a los imaginarios sociales respecto a La Alameda es indisociable de las diferencias entre las diferentes asociaciones estudiantiles como marcos estratégicos, referencias simbólicas y enunciativas del proceder en el espacio material. Es decir: la lectura del espacio que realiza la CONES será distinta a la lectura del espacio que realiza la ACES, del mismo modo, debemos reconocer la diferencia entre estas organizaciones y el propio ámbito universitario. Planteamos una doble condición en los secundarios:

- Para los líderes de la CONES, la movilización por La Alameda implica, ante todo, una ruta estratégica e instrumental para concretar ciertos objetivos del movimiento estudiantil.
- Para la ACES, en cambio, la movilización en la Alameda supone un fin en sí mismo, tras ese gesto se envalentona un principio topográfico, que indefectiblemente vincula palabra y praxis, imaginario y espacio público.

Así plantea Freddy Fuentes, dirigente de la CONES, esta doble condición en torno a La Alameda:

“Yo creo que esa es una de las principales diferencias. Nosotros lo vemos como un tema estratégico, de trabajo, nosotros analizábamos lo que iba a ver la gente, lo que iban a ver las autoridades, las convocatorias, la masa, la cantidad de gente que va, lo que nos puede traer a futuro esto, lo histórico, más allá de lo que puedan pensar otros espacios como la ACES, que creen en la toma del poder popular, de seguir avanzando en la calle y quedarse ahí, pero nosotros íbamos un poco más allá. Analizábamos mucho más la situación”.

Para Enrique Ramírez, dirigente de la ACES:

“Para nosotros era fundamental recuperar ciertos espacios privatizados y que creemos que son públicos en esencia y hay que devolverlos a la ciudadanía. Simbólicamente hablando, por ejemplo, cuando organizamos tomas en la JUNAEB o cuando los chiquillos se tiraron a la piletta, o pintaron de rojo las piletas de La Moneda rojas en apoyo a las reivindicaciones mapuches, era demostrar la tensión entre espacio público y espacio privado, el espacio mercantilizado y devolverle un poco de pertenencia a la ciudadanía. Creemos que eso era fundamental, que no se mostrara solo la parte fea, o sea, los destrozos. Tuvimos que recurrir a otras formas de manifestación y creo que fueron fructíferas en ese sentido y era la única herramienta que teníamos en nuestras manos. El tema de marchar por Providencia, en espacios en donde está lleno de edificios, en donde hay bancos y todo los capitales y todo el aspecto financiero de nuestro país; estaba ahí y nosotros manifestándonos en ese espacio era súper importante”.

Ahora bien, ya sea al reconocer un fin topográfico o instrumental de la movilización por La Alameda, tales disquisiciones reflejan que en lo urbano se expresa evidentemente lo social y, más aún, lo político. La ciudad devuelta por el imaginario a su condición de espacio recuperado, resitúa una condición de la política y el rol del estudiante como transformador de la realidad en contraste con el ideal moderno de la individualidad de la vida y la fluidez del consumo. El propio Enrique Ramírez lo plantea:

“La apropiación del espacio público es fundamental, no solamente en el centro, sino en la población y a través de ese espacio público llegar a la gente a través de rayados de pintura, de talleres, de teatros, de lo que se nos ocurra, de lo que seamos capaces de crear. Yo creo que todo eso es necesario y en el fondo ir construyendo la transformación colectiva y hacerle

frente a toda la politiquería y su discurso de la superación individual o personal. Es una batalla un poco desigual porque el gobierno y los políticos y los empresarios tienen los medios de comunicación para reproducir su discurso, en cambio, nosotros tenemos otras herramientas y cada vez van a ser más y generar más. Entonces, la apropiación del espacio público no es solamente una forma que debe asumir el movimiento estudiantil, sino que debemos asumir todos como sujeto políticos o agentes de transformación”.

Por otro lado, se reconoce la importancia de la manifestación por La Alameda en términos comunicacionales. Así lo enfatiza Ramírez:

“Yo creo que al estar en La Alameda y que mucha gente te vea claramente aporta a la capacidad de convocatoria y eso implica, también, hacer acciones concretas en donde sabíamos que tenía que llegar la prensa y es parte del movimiento. O sea, hoy día hay que utilizar todos los instrumentos de comunicación que estén a nuestro alcance. La Alameda juega un papel importante en términos comunicacionales, por lo tanto, bajo esa lógica siempre fue y estuvo dentro de nuestra énfasis el marchar por la arteria principal de Santiago”.

Del mismo modo, Freddy Fuentes:

“Yo creo que por un tema estratégico claro que sí, si en la Alameda tuvimos mucha convocatoria, eso reflejaba el poder que teníamos por lo que estábamos pidiendo. Por un tema estratégico nos ayudaba a cambiar el *switch* de la gente y decirle que podíamos conseguir esas cosas. Ahí nos dábamos cuenta cuando teníamos 200 mil personas en las calles y que un ministro o una autoridad tuviera que salir diciendo más allá de mostrar los pocos destrozos que hubo en esa marcha y tener que reconocer una convocatoria amplia, a nosotros nos daba fuerza y esa fuerza nosotros la utilizábamos para poder llegar a la gente y decirle, mire: “nosotros podemos conseguir las cosas, lo que estamos pidiendo no es imposible, y demostrar todas las demandas, los fines y que de verdad teníamos razón, y demostrar la injusticia que estábamos demandando”.

Así, la manifestación por La Alameda se encuadra en la necesidad de avivar el fuego mediático en torno a la movilización estudiantil en general, así como un paso necesario dentro de la estrategia de posicionamiento de las demandas por una educación gratuita y de calidad.

Post scriptum: Las imágenes de la movilización (el espacio semiótico)

Retomando los aportes de Charles Taylor (2006) y Kevin Lynch (2000), es posible determinar la importancia del trazado material de la movilización por La Alameda en tanto imaginario.

Cuando Taylor define imaginario (capítulo I) como imaginación de la propia existencia social (2006), también reconoce la indisociabilidad de este término con un “tiempo fáctico y normativo; es decir, tenemos una idea de cómo funcionan las cosas normalmente, que resulta inseparable de la idea que tenemos de cómo deben funcionar y del tipo de desviaciones que invalidarían la práctica” (p. 38). En el caso de la movilización estudiantil por La Alameda esto resulta paradigmático: el estudiante sabe lo que tiene que hacer cuando se moviliza por este espacio público. El imaginario tiene, en este sentido, una conciencia urbana (aportes de Taylor y Lynch). El estudiante sabe qué hacer (Taylor), y dónde hacerlo (Lynch). Sabe lo que es protestar, rutina y estética de la movilización, y prefigura los hitos más relevantes del espacio urbano de La Alameda (plaza Italia, Universidad Católica, Paseo Bulnes, La Moneda, Ministerio de Educación).

Asimismo, Kevin Lynch ofrece una mirada particular en torno a la construcción imaginativa de la ciudad como “una construcción en vasta escala, de una cosa que sólo se percibe en el curso de largos lapsos” (2000: 9). Dicho esto, el autor revela un aspecto relacional en la percepción citadina: “nada se experimenta en sí mismo, sino siempre en relación con sus contornos, con las secuencias de acontecimientos que llevan a ello, con el recuerdo de experiencias anteriores” (p. 9). Esto supone que el imaginario urbano presenta dos propiedades:

- *Legibilidad*, que es una cualidad visual específica referida a la claridad manifestada del paisaje urbano, que tiene una importancia decisiva en el escenario urbano. O sea, si una ciudad es legible “puede ser aprendida como una pauta conexas de símbolos reconocibles (...) cuyos distritos, sitios, sobresalientes o sendas son identificables fácilmente y se agrupan, también fácilmente, en una pauta global” (p.11).

- *Mapa o imagen mental*, alude a la representación mental generalizada del mundo físico exterior que posee un individuo. “Esta imagen es producto al mismo tiempo de la sensación inmediata y del recuerdo de experiencias anteriores, y se la utiliza para interpretar la información y orientar la acción” (p. 13).

Entonces, el estudiante movilizado no solo sabe qué hacer, sino, dónde debe hacerlo. El espacio material de La Alameda revela sus coordenadas de desplazamiento, porque no es lo mismo marchar de un punto a otro. Existe una *prefiguración* imaginaria, o sea, el estudiante posee una imagen mental que “puede proporcionar la materia prima para los símbolos y recuerdos colectivos de comunicación del grupo” (Lynch, 2000: 13), al mismo tiempo que confiere “una fuerte sensación de seguridad emotiva” (Lynch, 2000: 13).

Se entiende que la visibilidad del movimiento se encuentra directamente relacionada con las coordenadas de desplazamiento material por La Alameda.

Camilo Ballesteros señala:

“Yo creo que parte de lo simbólico que tiene la Alameda tiene que ver con la idea de que toda marcha o protesta tiene que ser por ahí. O sea, más allá de ciertos conflictos en marchas específicas, toda marcha pasa por la Alameda. En este sentido, para la izquierda son muy importantes las palabras de Salvador Allende. El simbolismo es muy importante, y a eso le sumas, que es la arteria más importante de Chile y querámoslo o no, Santiago es Chile. Y lo otro, hay cosas visuales, cuando ves fotos de la Alameda llena, te causa un impacto mucho más grande que quizás si vieras la calle Marín o calle Agustinas llena”.

Así, también, lo plantean los dirigentes en torno a la discusión para elegir trazado con la Intendencia de Santiago. Freddy Fuentes indica:

“Cuando nosotros llegábamos a las reuniones en la intendencia para pedir autorización, decíamos que queríamos marchar por la Alameda, era como bastante simbólico más que nada el ir a pedir la autorización, porque sabíamos que íbamos a pedir la Alameda y de ahí venía el no de inmediato”.

Danae Tapia señala:

“Era incómodo cuando nos metían por calles chicas. Por la cantidad de gente que había en La Alameda eso era diferente; tenía mucha más importancia y cuando los medios mostraban La Alameda con mucha festividad, creatividad y mucho arte en la manifestación y eso le llega más a la gente. Me acuerdo que cuando llegamos a la Plaza Los Héroes por dentro, no llegaban todos los medios”.

La Alameda emerge, en el imaginario estudiantil, como un espacio indispensable para visibilizar comunicacionalmente el movimiento en su conjunto. José Soto dice:

“Se dijo muchas veces que se entendía que cuando no se quería dar la Alameda y se querían dar otros espacios, inclusive alejarlo lo más posible del centro de Santiago; se pretendía invisibilizar el movimiento y obvio porque tiene una trascendencia distinta a nivel comunicacional. Cuando uno ocupa el centro de Santiago -que es tan poblado- a lugares que son menos poblados, por ejemplo, el Parque O’Higgins durante la semana, prácticamente no va nadie”.

Enrique Ramírez plantea:

“Nosotros creíamos que era importante que la protesta no pasara por Portugal, Tarapacá, Curicó, porque es una forma de acallar el movimiento social. Entonces, cuando nosotros pasábamos por La Alameda –que es una arteria principal de nuestro país- logramos un reventón mucho más potente; pasar por ahí en los días de semana, transita mucha gente y la visibilidad del movimiento era mucho más potente (...). Nosotros siempre intentamos llegar a la arteria principal, avanzar por la calle principal que era una consigna que muchos estudiantes gritaban”.

En resumen, el escenario físico vívido e integrado genera una imagen nítida que permite movilizar esos mitos urbanos, esos reservorios simbólicos: La Alameda como imagen del poder, lugar central de reconocimiento social y mediático.

Hitos imaginativos de la marcha por La Alameda

Kevin Lynch sitúa el análisis de los elementos imaginarios en que es posible dividir el contenido de las imágenes de una ciudad, reducida a los efectos de los objetos físicos y perceptibles. Dirá que estos contenidos pueden ser clasificados en cinco tipos de elementos:

- *Sendas*³⁷. Son los conductos que sigue el observador normalmente, ocasionalmente o potencialmente. Pueden estar representados por calles, senderos, líneas de tránsito, canales o vías férreas (2000: 62).
- *Bordes*. Son los elementos lineales que el observador no usa o considera sendas. Son los límites entre dos fases, ruptura lineal de la continuidad, como playas, cruces de ferrocarril, muros. Constituyen referencias laterales y no ejes coordinador. Pueden ser vallas, elementos fronterizos (2000: 62).
- *Barrios*. Son las secciones de la ciudad cuyas dimensiones oscilan entre medianas y grandes, concebidas como de un alcance bidimensional, en el que el observador entra en su seno mentalmente y que son reconocibles como si tuviera un carácter común que los identifica (2000: 62).
- *Nodos*. Son los puntos estratégicos de una ciudad a los que puede ingresar un observador y constituyen los focos intensivos de los que parte o a los que se encamina. Confluencias, sitios de una ruptura en el transporte, cambios de una estructura a otra... Puede ser condensaciones de un determinado uso, convergencias de sendas, acontecimientos en el recorrido (2000: 62-63).
- *Mojones*. Son puntos de referencia donde el observador no entra en ellos, sino que le son exteriores. Un edificio, una señal, una tienda. Letreros de tiendas, árboles centenarios. Su uso implica la selección de un elemento entre una multitud de posibilidades (2000: 63).

³⁷ Las sendas, aparte de ser identificables y continuas, también pueden tener una cualidad de dirección, esto es, una dirección a lo largo de la línea puede distinguirse fácilmente de la inversa (Lynch, 2000: 70).

A partir de esta clasificación, podemos reconocer los hitos imaginarios de la manifestación estudiantil en el espacio de La Alameda:

- *Sendas*. La principal senda de esta movilización es La Alameda, lugar de reconocimiento mediático y ciudadano y que permitió aumentar las convocatorias durante el 2011.
- *Bordes*. Los bordes de esta movilización están representados por el bandejón central de la Alameda que distingue las dos calzadas poniente-oriental y que, direccionó la manifestación.
- *Barrios*. Se pueden reconocer algunos barrios: el eje Plaza Italia, Paseo Bulnes, el barrio cívico, Los Héroes, el barrio universitario, etc.
- *Nodos*. Algunos nodos relevantes dentro del trazado material e imaginario pueden ser: el bandejón lateral entre Plaza Italia y Parque Forestal, la intersección entre Alameda y Portugal, Alameda y Avenida España, o bien, Alameda y Paseo Bulnes, frente a La Alameda, o Alameda y Los Héroes.
- *Mojones*. El edificio de la Telefónica en Plaza Italia, la propia Plaza Italia, la Casa Central de la Universidad Católica, el Palacio de La Moneda, la Universidad de Santiago (USACH), etc³⁸.

Si entendemos que los estudiantes movilizados tuvieron cierta conciencia de movimiento, o sea, aquellas “cualidades que hacen sensible al observador, a través de los sentidos visuales y cinestésicos, su propio movimiento real o potencial” (2000: 131); estos “hitos” permitieron darle coherencia e identidad a la manifestación pública, de manera que la espacialidad otorgó certeza y claridad a las coordenadas imaginarias de la movilización por La Alameda.

En este sentido, reconocemos que esta avenida presenta una cualidad kinestésica (como senda), o sea, posee un sentido de movimiento según su señalamiento y direccionalidad: de Plaza Italia a Paseo Bulnes o de la USACH a Avenida España. Tal como en el análisis propuesto por Lynch, “se identifica una calle con el destino hacia el que se dirige” (2000:

³⁸ Según Lynch, “un mojón resulta todavía más vigoroso si es visible durante un lapso o un trecho considerable y resulta más útil si puede distinguirse la dirección de la vista” (2000: 124).

118). O sea, el recorrido de la manifestación por la Alameda es consustancial hacia la direccionalidad propia de la avenida como espacio urbano.



Felipe Faúndez, Parque Forestal (15 de julio del 2011).

Dado que “al computador humano lo perturban las largas sucesiones de vueltas o las curvas graduales y ambiguas que al final producen grandes cambios de dirección” (2000: 118), la línea de movimiento debe tener claridad de dirección. Esto se cumple en sentido poniente-oriente, en específico, de Plaza Italia a Paseo Bulnes, trazado “preferente” de la manifestación por La Alameda. Sumados estos factores y entendiendo la columna material de esta avenida dado su direccionalidad, La Alameda aparece como un paisaje urbano visible y cuyo recorrido resultó “predecible” para las diferentes convocatorias efectuadas durante el 2011.

La ciudad es experimentada en movimiento. Más aún, respecto a la manifestaciones estudiantiles del 2011. Pero, ¿qué ocurre con las imaginaciones mediáticas precisamente respecto a la movilización por La Alameda?, ¿habría acuerdo en el cómo ven los medios a la movilización y cómo se ven los secundarios a ellos mismos y a la función de los medios?

Capítulo VI **(Las imaginaciones mediáticas de El Decano)**

“La ciudad es siempre transmisión de mensajes, es siempre discurso, pero una cosa es si este discurso debes interpretarlo tú, traducirlo tú en pensamientos y en palabras, y otra si estas palabras te son impuestas sin escapatoria posible” (Calvino, 1991: 118).

El Mercurio: “un guía simbólico y material”

“*Chileno: El Mercurio miente*” rezaba el lienzo que desplegaron en el frontis de su casa central, los estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC) en 1967. Su consigna era simple: protestaban contra lo que ellos consideraban una campaña sostenida de parte de El Mercurio contra el movimiento estudiantil y la reforma universitaria.

Aquel lienzo representaba toda una afrenta contra una verdadera institución de la República. Porque hablar de “El Decano”, como se conoce a El Mercurio, no es simplemente hablar de un diario; consiste, por el contrario, en inspeccionar sentidos sociales, principios de orden y hegemonías. Con más de cien años de existencia, El Mercurio es el principal diario de Chile, el más antiguo, el más influyente:

“Es difícil entender la historia de Chile sin El Mercurio”, diría el ex presidente Ricardo Lagos durante la celebración del centenario del matutino. Cincuenta años antes, el entonces presidente Arturo Alessandri Palma celebraba el aniversario del diario: ‘A través de mi dilatada trayectoria pública he podido apreciar de cerca la trayectoria seguida por El Mercurio, sin claudicaciones, libre de sectarismos, teniendo como única meta el bienestar, progreso y engrandecimiento de la patria y de todos los ciudadanos’, dijo el León de Tarapacá en 1950. ‘Creo que El Mercurio es un diario que honra no solo al país entero sino a todo el continente’, se le oyó decir también al ex presidente Jorge Alessandri Rodríguez, en 1980. ‘El Mercurio ha llegado a ser una institución, su influencia ha sido grande y pesa en amigos y adversarios’ dijo el demócratacristiano Eduardo Frei Montalva en 1975. Los presidentes de todas las épocas y tendencias políticas han sabido de la influencia de El Mercurio. Porque los gobiernos pasan, pero El Mercurio queda” (Dougnaç et al. 2009: 17).

Y “El Mercurio queda” dada su vocación litúrgica, que sostiene su mandato sobre un camino intempestivo, familiar y teleológico, que emparenta historia y futuro. En sus páginas acontecen imágenes, memorias y olvidos; por allí pasan matrimonios, bautizos, defunciones, noticias, reportajes y editoriales. En tanto tal, El Mercurio es un operador simbólico: es el escenario a través del cual se narra la historia de la Nación, sus miedos y sus luchas. Pero también el rictus del conservadurismo nacional, gendarme del orden social y al progreso individual. “Este imperio comunicacional actúa como receptor ideológico de la derecha chilena, a través del cual se procesa y difunde la actualización de las concepciones de mundo de ese sector” (Munizaga, 1984: 45 en Dougnac et al. 2009: 22).

Así lo pronunció Agustín Edwards Eastman en el discurso por el centenario del diario:

“Creemos en la empresa libre y competitiva, en el Estado pequeño, subsidiario y eficiente, en los equilibrios económicos (partiendo por el presupuestario), la desregulación, y la apertura a los mercados exteriores o libre comercio. Igualmente sostenemos que la libertad de la economía es requisito necesario para que también las personas sean verdaderamente libres y para una auténtica democracia.

Siempre y sin desaliento el diario ha defendido estos principios liberales, incluso cuando no eran generalmente aceptados, ni se expresaban con la rigurosidad técnica de hoy”³⁹

El Mercurio –al menos desde Agustín Edwards Eastman - dicta su ideario, fija su posición en el mundo: el resguardo de la propiedad privada, el respeto a la libertad económica y el rol subsidiario del Estado. Inevitablemente cualquier trasgresión de dichos principios sitúa a este periódico en la arena misma de las arengas y los enfrentamientos, porque “características de El Mercurio es su creencia invariable en ciertas ideas e instituciones básicas”⁴⁰. Así se explica su oposición al gobierno de Salvador Allende y su respaldo a la dictadura militar.

³⁹ “Emol” (31 de mayo del 2000). *Agustín Edwards Eastman en cena de gala por Centenario El Mercurio*. Recuperado el 28 de julio del 2013, de <http://www.emol.com/noticias/nacional/2000/05/31/22485/agustin-edwards-eastman-en-cena-de-gala-por-centenario-el-mercurio.html>

⁴⁰ *Ibíd.*

Una investigación de un grupo de tesis de periodismo de la Universidad de Chile centró su atención en la cobertura de El Mercurio a las violaciones a los derechos humanos durante los años 1973-1990, esto dio vida al libro *El Diario de Agustín* y el documental homónimo a cargo del realizador chileno Ignacio Agüero en 2008. Una de las líneas investigativas de dicho trabajo fue caracterizar la cobertura mediática, el tipo de rutina específica, su rol en ese periodo histórico. El resultado es ineludible:

“Durante la dictadura militar, El Mercurio actuó como un ciudadano más: un ciudadano de derecha, que apoyaba el Golpe y respaldaba la dictadura, y que con el tiempo, como muchos otros, fue dándose cuenta de que había demasiados excesos y fue comprendiendo que lo mejor era que la dictadura se terminara. Supo seguir la corriente. Tuvo el don de la ubicuidad. Mal que mal, el Mercurio no está aislado. Canaliza y encarna las sensibilidades de algunos sectores sociales” (Dognac et al. 2009: 362).

Contrario a la pretendida imparcialidad que pregona la teoría liberal, El Mercurio, en palabras de Edwards, si “no se apoya a en la realidad social, si no entiende en un sentido hondo el alma nacional, no es nada ni representa a nadie”⁴¹. O sea, El Mercurio constituye el brazo de río imperturbable, el dique de contención contra las aguas turbulentas: acusa un orden salvífico de la patria y su destino irrevocable, al mismo tiempo que recusa cualquier perturbación social, política o económica. Es el guardián en el centeno, el gran padre de la institucionalidad chilena. El diario de Agustín, es el diario de una familia⁴² que ha marcado simbólicamente y materialmente la historia de nuestro país.

⁴¹ *Ibíd.*

⁴² Ver Dognac et al. (2009). *El diario de Agustín: cinco estudios de casos sobre El Mercurio y los derechos humanos (1973-1990)*. Santiago: LOM Ediciones: Universidad de Chile, Instituto de la Comunicación e Imagen.

Las imágenes de El Decano

“Hay que guardar de decirles que a veces ciudades diferentes se suceden sobre el mismo suelo y bajo el mismo nombre, que nacen y mueren sin haberse conocido, incomunicables entre sí. En ocasiones hasta los nombres de los habitantes permanecen iguales, y el acento de las voces, e incluso las facciones; pero los dioses que habitan bajo esos nombres y en esos lugares se han marchado sin decir nada y en su lugar han anidado dioses extranjeros”(Calvino: 2012: 44).

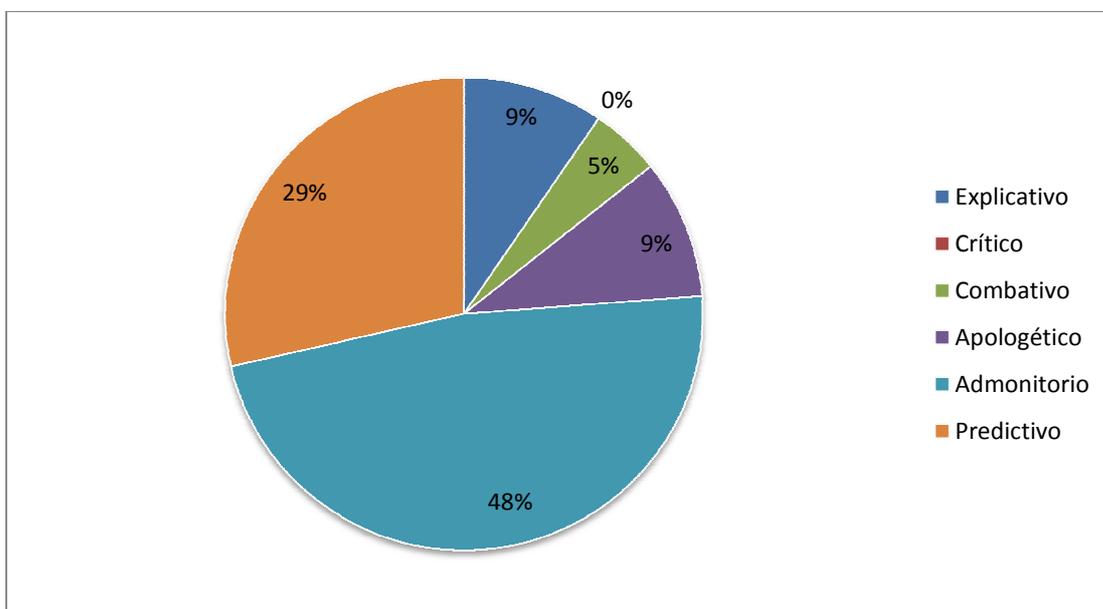
La Alameda, también, se sucede sobre el mismo suelo. A la luz de sus imaginaciones mediáticas o sus imaginarios sociales, devela su condición imaginaria. El Mercurio –como lugar preferente de enunciación simbólica- no es ajeno a dicho régimen de sentido, sueños y evocaciones en torno a la principal arteria capitalina. Entonces, en el contexto de esta investigación, ¿cuáles serían sus imaginaciones mediáticas respecto de las movilizaciones estudiantiles del 2011?

Principiamos por el ítem clasificación editorial. Habíamos señalado anteriormente que la construcción editorial es también construcción social de la realidad (Berger y Luckman, 1979), donde se despliega la visión de mundo, un verosímil en torno a lo social por parte del medio de comunicación. Dada la clasificación propuesta, situamos los resultados.

Clasificación editorial

El Mercurio dedica un total de 22 editoriales a la cobertura del movimiento estudiantil respecto a La Alameda como espacio público durante el 2011. De ellos, un 48% corresponde al editorial de tipo admonitorio. O sea, con un total de 10 editoriales, El Decano exhorta el cumplimiento de la normativa legal. Le sigue el editorial de tipo predictivo (29%) que compone los argumentos y proyecta el futuro social y político, y el editorial de tipo apologético (9%), que precisamente centra su atención en las soluciones de la propia pieza editorial en torno al tema.

Gráfico 1: clasificación editorial de El Mercurio

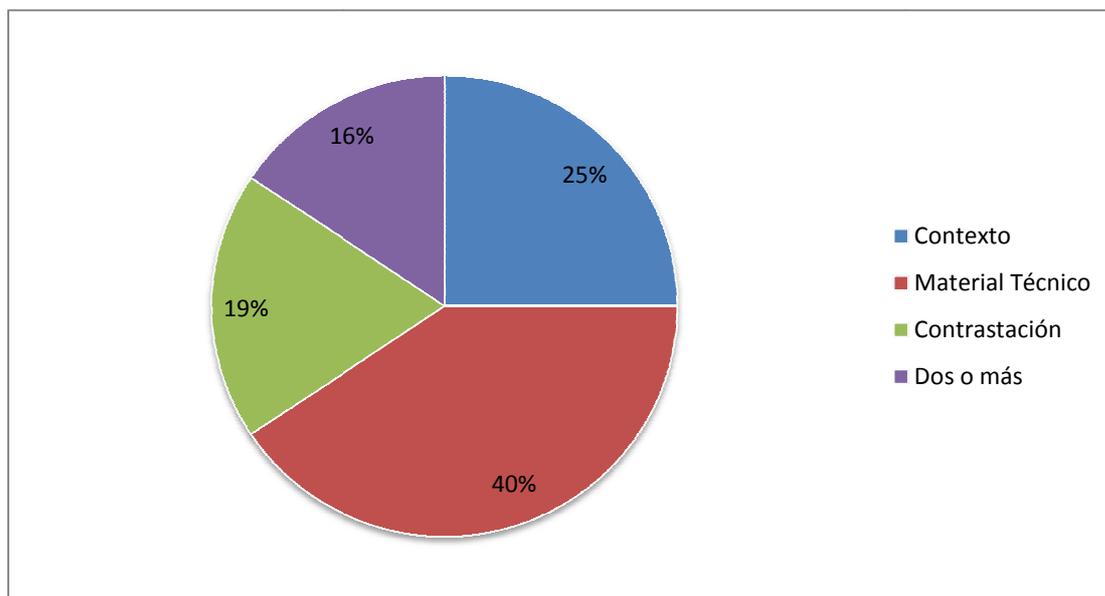


Llama la atención que el editorial de tipo explicativo, solo alcance la cifra del 9%, lo que permite interpretar que El Mercurio -más que centrarse en los argumentos que podrían permitir al receptor componer un juicio válido en torno al movimiento estudiantil en relación con La Alameda- se reconoce como un sujeto de enunciación que divulga y despliega su propia visión de mundo.

De esta forma, basta decir lo que se dice: configurar un universo de sentido donde el medio reconoce su sitio dentro de la realidad mediática chilena. El Mercurio es El Mercurio. Su palabra es ley.

Acompaña a esto, la utilización de material técnico con un 40%, seguido de información de contexto (25%) y solo un 19% de contrastación de fuentes en la composición de la pieza editorial. O sea, El Mercurio no solo fija su parecer, sino también, impide el acceso de otras voces a la composición argumental del editorial. Así se observa:

Gráfico 2: acreditación de categorías



¿Qué dicen aquellas cifras?, ¿qué importancia reviste para nuestra investigación la composición imaginaria de aquellos editoriales?

El Mercurio -al utilizar material técnico como estadísticas, estudios e investigaciones- avala su discurso, permitiéndole fijar posiciones. Así, si entendemos que el lenguaje es régimen de sentido (Ranciere: 1996), el medio de comunicación es un lugar preferente e institucional de producción de sentido (Martín Barbero: 1995; Verón: 2002). En vista en lo planteado en capítulos anteriores, la composición técnica de los editoriales de El Decano, reviste una serie de problematizaciones.

¿Cómo sería el habla institucional de El Mercurio respecto a los estudiantes movilizados en el espacio de La Alameda?

Una voz, por cierto, dotada de *logos*, que fija y clausura: no todos pueden hablar, no todos tienen derecho a hablar, y los que pueden, al menos en una modernidad abstraída por los números y las estadísticas, tienen siempre a mano la posibilidad cierta de las hegemonías de producción y circulación de los discursos.

Por otro lado, la casi nula presencia el editorial combativo (solo 1 de 22) y la nula comparecencia del editorial judicial, solo expresa la naturaleza histórica del discurso medial

de El Decano. Una posición “distanciada” que explica Arturo Fontaine, subdirector de El Mercurio, en un artículo publicado el 13 de febrero de 1977:

“El tono de la gran prensa ha marcado la calidad y el estilo del debate cívico chileno. El tono sereno, impersonal y algo distante con que suelen juzgarse las más graves cuestiones; la falta de énfasis, de interjecciones y puntos de exclamación; el estilo más bien coloquial y sencillo, y hasta la orientación oblicua de las alusiones al comportamiento ajeno, han creado una atmósfera que morigera la lucha política a lo largo de la historia” (Dognac et al. 2009: 276).

No es que el diario trate “con objetividad” a los estudiantes movilizados en La Alameda (a falta de estos editoriales), solo que lo hace a través de la ilusión de “objetividad” tras aquel material técnico dispuesto.

Actores

¿De quiénes habla El Mercurio cuando refiere al movimiento estudiantil en el espacio de La Alameda durante el 2011?, ¿cuáles son los actores convocados en su pieza editorial?

Considerando la totalidad de editoriales en el periodo, constatamos que la policía tiene un 31% de presencia (14 referencias), seguido del Gobierno con un 22% (10 referencias) y los comerciantes con un 18% (8 referencias). En cambio, estudiantes o ciudadanos solo aparecen en la pieza editorial con un 16% (7 referencias) y un 13% (6 referencias) respectivamente.

¿Qué quiere decir esto? cuando se habla del movimiento estudiantil en su manifestación por La Alameda, la presencia de los organismos oficiales alcanza una cifra mayoritaria. Sumados los porcentaje, un 71% (policía, gobierno y comerciantes) de los editoriales de El Decano confiere presencia mediática precisamente a los que, en el discurso, han sido interpelados por el movimiento estudiantil en mayor o menor intensidad. Léase: a la policía, cuando reprime a la manifestación por La Alameda, al gobierno por la demanda de educación gratuita y de calidad, a los comerciantes, como actores secundarios dentro de la propia imaginación del espacio de La Alameda (una imaginación, por cierto, confrontada y de la cual hablaremos más adelante).

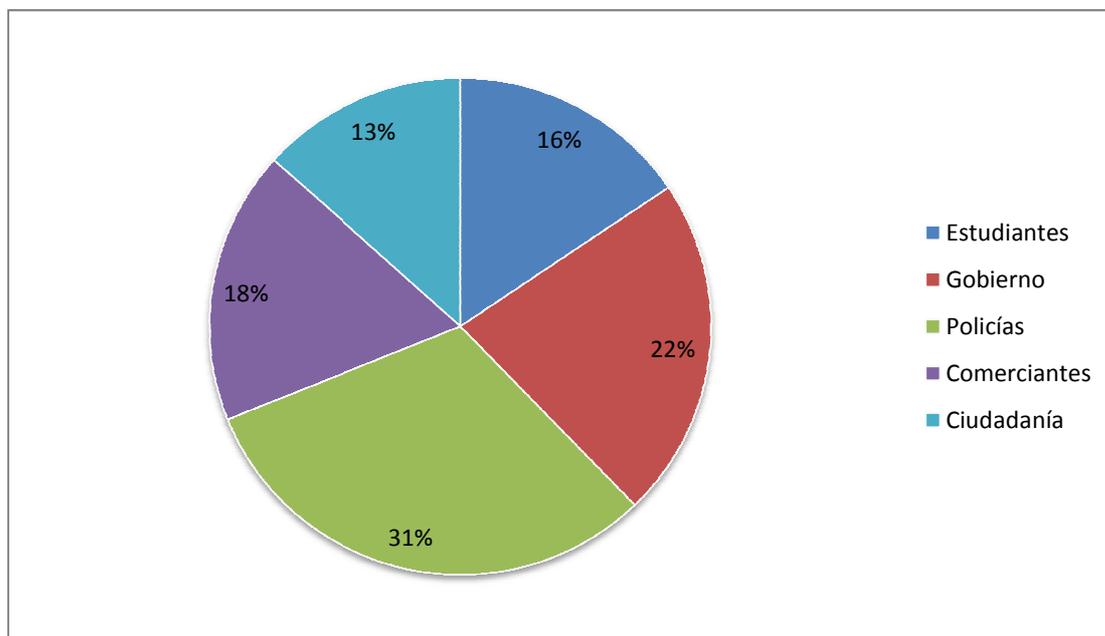
Ahora bien, ¿cuál es la importancia de la presencia justamente de la policía como actor relevante de la pieza editorial dado el marco teórico de la presente investigación?

Simplemente: el centramiento, por parte de El Decano, de lo punitivo como imaginación mediática. Si los medios juegan un rol importante en la construcción social de la realidad (Alsina: 1989), el discurso editorial reitera todo un ideario constitutivo de la ciudad legal. Hay que vigilar y castigar.

Foucault dice en *La Verdad y las Formas Jurídicas*:

“El control de los individuos, esa suerte de control penal punitivo sobre sus virtualidades no pueden ser efectuados por la justicia, sino por una serie de poderes laterales, al margen de la justicia, tales como la policía y toda una red de instituciones de vigilancia y corrección: la policía para la vigilancia, las instituciones psicológicas, psiquiátricas, criminológicas, médicas y pedagógicas para la corrección” (2005: 102).

Gráfico 3: clasificación según actores involucrados



En las imaginaciones de El Mercurio no hay espacio a la transgresión. La voz “ponderada” y distante de El Mercurio filtra la realidad de manera que no todos tengan acceso a aquel espacio social compartido. La punición acontece en el escenario de manifestación cuando

los estudiantes se apropian de La Alameda (y allí convoca a la policía), de la misma forma que aparece como desacreditación a nivel discursivo.

¿Qué dice El Mercurio de los estudiantes precisamente?

En un editorial del 2 de julio del 2011, en los primeros meses del movimiento estudiantil, se lee: “ellos [los actores] expresaban, en una proporción significativa, visiones particulares, sin evidencia de que fueran convenientes para el país, y era muy difícil acogerlas en su totalidad, si se quiere dar un mínimo de soporte a estas reformas [educacionales]”.

El Decano supone que el movimiento estudiantil está dirigido por líderes “cuestionables”, dado sus “evidentes sesgos ideológicos”. Esto, por tanto, los desacredita como actores sociales legítimos. En este sentido, El Mercurio destacará por la ausencia de factores sociales, políticos y económicos que expliquen la formación del movimiento estudiantil (ver gráficos posteriores). Opera como agente de substracción: circunscribe el problema a un grupo de estudiantes secundarios y universitarios operados por cúpulas partidarias. Asimismo, apelará a la individualización del movimiento estudiantil: figuras como Camila Vallejo o Giorgio Jackson concentran la atención mediática. De este modo, no son los estudiantes los que exigían La Alameda para marchar, sino los estudiantes liderados por estas figuras universitarias.

Desde la vereda estudiantil secundaria, esta suerte de “personificación del movimiento” es interpretada como un error por varios motivos.

Freddy Fuentes dice:

“Éramos muchos sectores los que estábamos juntos y los universitarios -por tener personajes como Camila, como Giorgio y como Ballesteros- tenían mayor presencia (...) ¿de qué forma nos afectaba? Había otro tipo de demandas que eran totalmente válidas y que nosotros estábamos consiguiendo, pero que no estaba saliendo en los medios porque básicamente el discurso que se tiene o que la gente recibía era el de los universitarios y no el de los secundarios. Obviamente nosotros estábamos apoyando porque estábamos todos unidos y todos por un mismo fin, pero había temas que no son menores como transporte, como infraestructura, como liceos técnicos profesionales, como mallas curriculares, como ingreso a

la universidad, la PSU (...) nosotros contra eso teníamos poquísimos que hacer, porque tratábamos de ocupar todos los espacios que teníamos de difusión posible y hacíamos lo que más podíamos, pero no éramos dueños de los canales ni de la prensa para conseguir eso”.

Enrique Ramírez afirma:

“Cualquier movimiento que personalice su objetivo está perdiendo el norte y el movimiento universitario es un ejemplo de eso. No estoy en desacuerdo de que haya ciertas figuras o ciertos liderazgos que sean claros y que sean representativos, pero cuando se pierde la capacidad de rotación es cuando el movimiento no tiene efectividad (...) eso fue un error durante el 2011 principalmente por la obstinación del Partido Comunista de capitalizar lo que se estaba gestando. ¿Por qué? Porque el PC necesitaba potenciar lo máximo posible a la Camila Vallejo por su carrera política y que es una carrera política que está volcada hacia la institucionalidad, que tiene su horizonte en el parlamento”.

Pareciera ser que la estrategia mediática de El Mercurio –al igual que el resto de la prensa– de individualizar el movimiento estudiantil, permitió encauzar sus imaginaciones mediáticas también en torno a La Alameda como espacio público. Una individualización a toda vista negativa.

Representaciones del movimiento estudiantil respecto a La Alameda

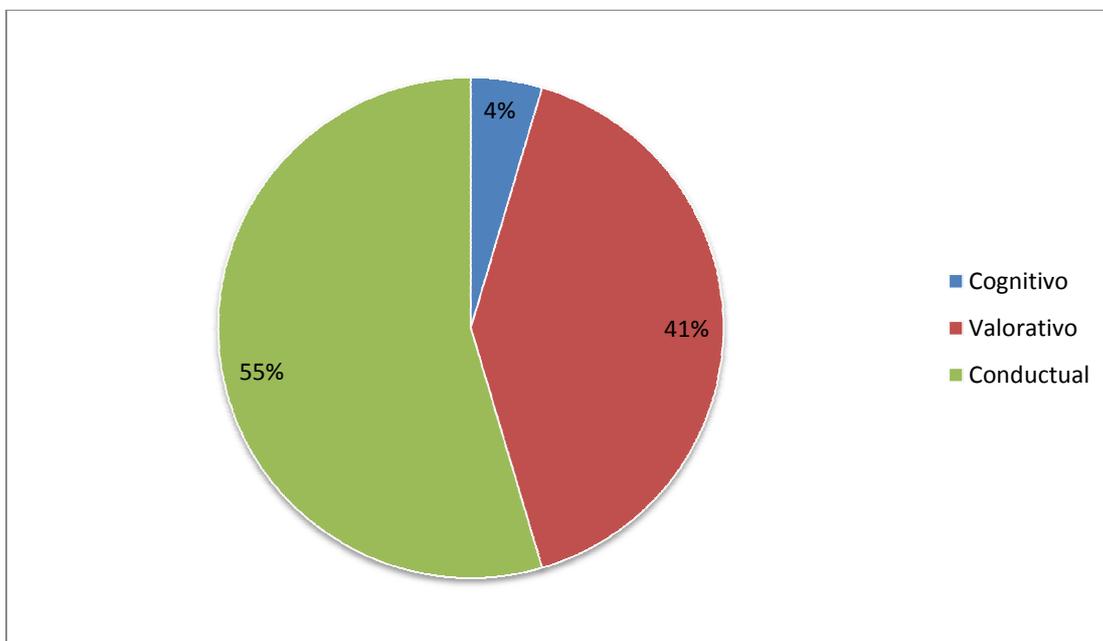
No hay causas posibles, solo efectos materiales. Así se podría resumir la vocación imaginaria y discursiva de El Mercurio respecto a nuestra investigación. Los resultados son ineludibles.

Un total de 12 editoriales, lo que equivale a un 55%, hace referencia a los aspectos conductuales de la manifestación; le siguen 9 editoriales respecto a las orientaciones valorativas respecto al movimiento estudiantil cuando se manifiesta en La Alameda con un 41%. Es decir, a las acciones directas de los estudiantes movilizados, y la valoración del propio movimiento estudiantil que hace el conjunto de editoriales de El Mercurio.

Solo hay un editorial durante el 2011, que representa el 4% restante, que alude al componente cognitivo. Esto no hace más que reflejar la nula presencia del marco explicativo de la propia movilización estudiantil. En otras palabras: no existe una

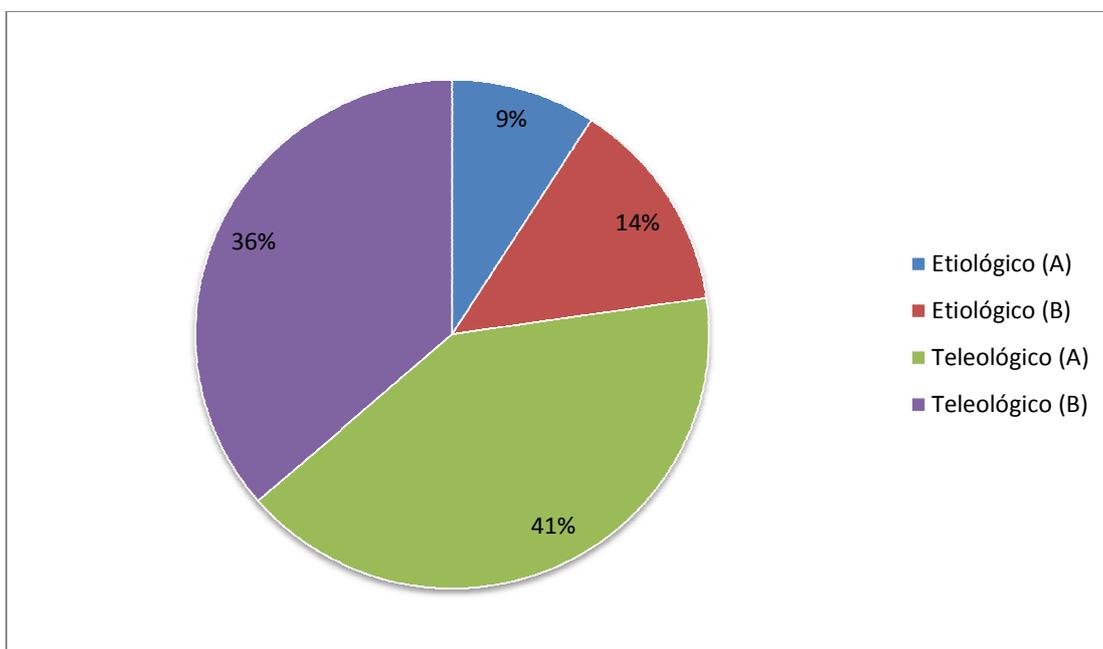
explicación cierta de las conductas de los estudiantes, ni menos de las causas de la movilización por La Alameda.

Gráfico 4: componentes de la representación



El acento discursivo es, al menos alarmante, si consideramos lo planteado en capítulos anteriores. Si durante el 2011, “fue el momento en que los estudiantes (primero) y la sociedad (después) usurparon poder para sus propias voces, en vez de delegarlo” (Mayol, 2012: 35), ¿dónde está la explicación editorial de El Mercurio?, ¿Acaso para El Decano todo podría reducirse a la existencia de intereses mezquinos de un grupo reducido de líderes estudiantiles y, por consiguiente, la apelación a la policía, como actor relevante, considera la solución punitiva a la marcha por La Alameda?

Gráfico 5: tipo de representación



Desagregando causas y consecuencias de la movilización por La Alameda, se establece que:

De los 22 editoriales que dedica El Mercurio al movimiento estudiantil por La Alameda, 9 de estos centran su análisis en las consecuencias de la movilización por La Alameda (Teleológico A), lo que equivale a un 41% de la pieza editorial durante el 2011. Le siguen 8 editoriales, que representan un 36% del total, respecto a los efectos de la movilización en términos genéricos (Teleológico B). O sea, existe una preocupación editorial respecto al espacio físico de la movilización y no tanto al movimiento como una totalidad afecta a análisis y elucubraciones por parte del medio.

Por otro lado, solo un 23% de los editoriales hace alguna referencia a las causas (Etiológico A y B), ya sea de la movilización por La Alameda (2 editoriales que representan un 9%) o de la o de la movilización en general (3 editoriales que representan 14 %).

Lo anterior indica que El Mercurio piensa el propio movimiento estudiantil extraído de sus condiciones de producción, asignando mayor relevancia a los procedimientos punitivos que vendrían a restaurar el orden. Centrado en las consecuencias, la pieza editorial excluye toda posibilidad comprensiva de la manifestación en La Alameda. Esto deriva de la propia naturaleza imaginaria que tiene el espacio urbano dentro del verosímil mercurial (ver gráfico 5).

Así lo plantea el editorial del 6 de agosto del 2011, titulado “Principio de autoridad restablecido”, donde El Mercurio valora la importancia de prohibir las marchas por La Alameda como afirmación de la autoridad política, al mismo tiempo que reitera “la necesidad de volver al cauce institucional”:

“El Gobierno se empeñó por completo en restablecer el principio de autoridad, al hacer valer la prohibición de marchar el jueves [04 de agosto] por la Alameda (...). Ya no se lo ve [al Gobierno] ansioso por intentar ganar el favor de la calle. (...) Precisamente a eso aspira el ejecutivo en cuanto a encauzar el conflicto educacional”.

A su vez, ese mismo día plantea:

“El reclamo de ésta [falta de planteamientos] sobre el déficit de participación en nuestra democracia contrasta con muchas prácticas de los manifestantes que muestran desprecio por las formas democráticas y gran intolerancia. Es decidior que en el momento más candente del conflicto, la asamblea de estudiantes de la U. Católica, una de las más prestigiadas casas de estudio, para definir la mantención de las movilizaciones resolviera favorablemente con el voto de apoyo de sólo 21 de los 65 dirigentes elegidos, siendo el resto oposiciones, abstenciones o inasistencias (...) Una amplia mayoría ciudadana apoya la demanda general de educación de calidad (...) pero también quiere que esa discusión se traslade al cauce institucional y salga de la calle y las barricadas”.

Las imaginaciones mediáticas de El Decano parecen dibujarse y encontrar un sentido prístino: el orden social como *leitmotiv* Un orden social como centro de la ciudad legal cuando acontece la movilización por La Alameda.

¿Espacio público o privado?

¿Qué imágenes de La Alameda surgen cuando se les interroga a los editoriales de El Mercurio respecto a la movilización estudiantil?

Una mirada al gráfico 6 nos permite indicar que esta arteria aparece en los editoriales de El Mercurio como un lugar eminentemente “privado”, como un espacio de circulación de bienes y servicios, tráfico incesante de personas y vehículos. 16 editoriales, lo que corresponde a un 73% del total de editoriales, garantiza el compromiso editorial con cierta interpretación del espacio urbano bosquejado por la modernidad: la fluidez de los deseos del capital (Lefebvre, 1972, Richard & Ossa, 2004) en detrimento con una interpretación clásica de espacio público como lugar del ciudadano y la polis (Habermas, 1986; Sennet, 1978).

Gráfico 6: ámbito tópico

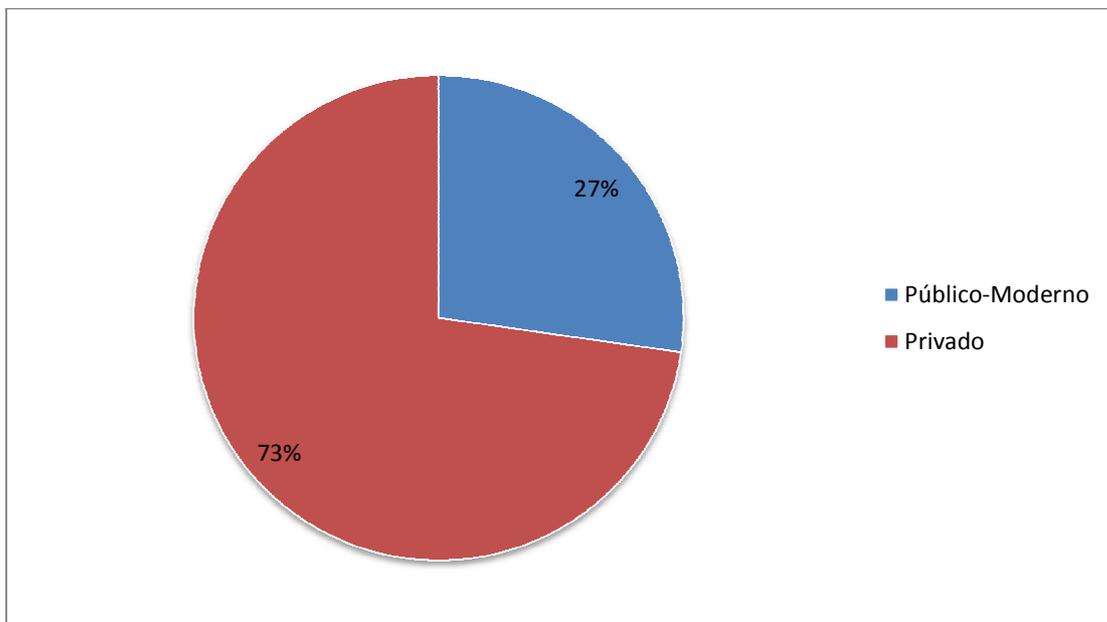
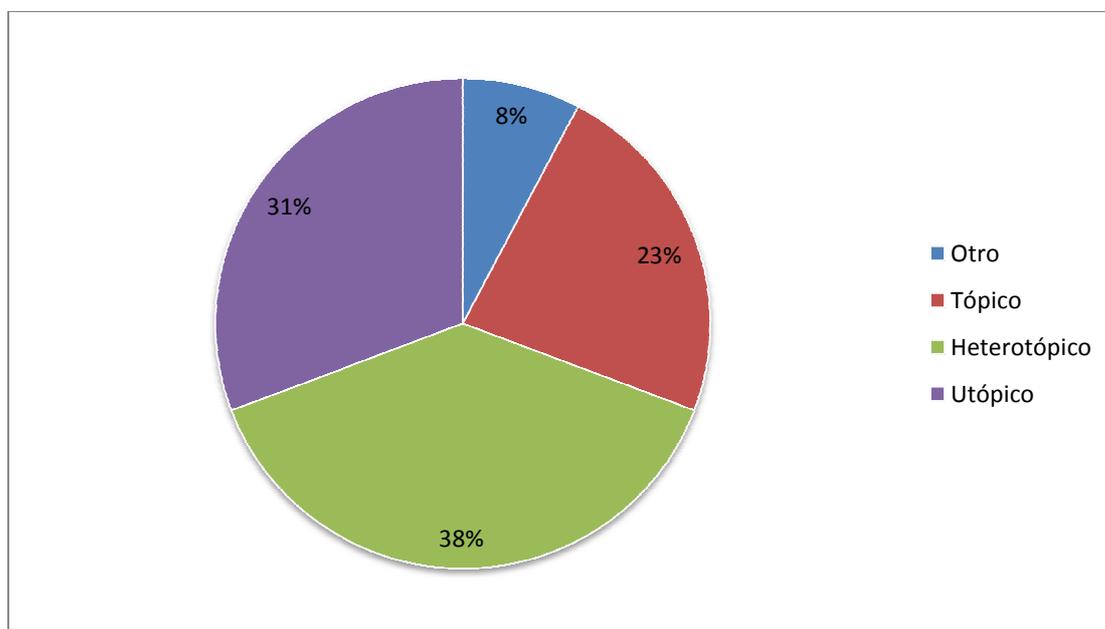


Gráfico 7: espacio representado



El espacio imaginado por la pieza editorial está fabulado por la gobernabilidad disciplinaria que resguarda la senda irrevocable de la concentración del dinero. Dice Richard y Ossa: “la calle, inhibida de efectuar diálogos largos, se funcionaliza en torno a la información corta y precisa (...), mientras que los viajes reproducen la lógica de los modelos informacionales: input y output. Entrada y salida, que controlan con sus obligaciones el azar de la calle” (2004: 130).

¿Qué sería lo público en esta situación? Pregunta inabarcable, dado la naturaleza de la pieza editorial y las posibilidades de este trabajo, pero caben las siguientes disquisiciones: 1) si lo público existe, se limita al mobiliario o la propia institucionalidad gubernamental; 2), si lo público existe, al menos nominalmente, se subordina a la lógica disciplinaria. En este sentido, El Mercurio “hace suyo” el discurso punitivo: “vigila con detenimiento cualquier posibilidad de desorden, de mitin o desnudo que trate de romper la norma y quebrar la obediencia de un guión de trayectos únicos y repetidos que disciplina con semejanza y espera” (Richard, Ossa: 2004: 130).

En concordancia con lo anterior, el gráfico 7 arroja datos abrumadores: del total de 22 editoriales, un 38% corresponde al espacio heterotópico. Es decir: La Alameda –la principal

avenida de la capital- aparece como un espacio “de los otros” cuando acontece la manifestación estudiantil (Reguillo, 2006; Foucault, 1967). Un territorio anómalo, sospechoso, extraño es el que “imagina” y vislumbra El Mercurio respecto a La Alameda, frente al espacio utópico como aquel lugar anhelado con un 31%, o el espacio tópico, conocido y habitado con solo un 23%.

En el editorial del 13 de agosto del 2011, titulado “Víctimas del vandalismo: ¿quién responde?”, El Mercurio despliega la relación efectiva entre manifestación estudiantil y vandalismo, donde la movilización por La Alameda representa un menoscabo a la propiedad pública y privada como causa constitutiva de la inseguridad y el miedo. Además, exhorta el cumplimiento de la normativa legal como condición necesaria para la paz social y se sitúa como voz genuina de la ciudadanía en este tema:

“Los hechos vandálicos que han acompañado a las movilizaciones han afectado gravemente a la propiedad pública y privada, causando millonarias pérdidas. Pero lo grave es que a las mermas materiales se agrega una grave sensación de inseguridad y desprotección entre la población afectada” (...) Los hechores intentan arrasarse con cuanto encuentran a su paso: no sólo locales comerciales, sino también medios de comunicación y domicilios. Una iglesia y un hogar de ancianos no fueron saqueados sólo gracias a la persuasión de religiosas y cuidadores (...) El ministro del Interior ha afirmado que se garantizará “con todos los instrumentos legales que cada compatriota viva en paz”. La ciudadanía espera el cabal cumplimiento de ese compromiso (...) el cuadro imperante ha permitido que se reiteren acciones semejantes, que evidencian el desvalimiento de la población frente a la violencia. El rechazo a esta forma de manifestación ha sido transversal”.

El medio en cuestión –satisfaciendo los presupuestos teóricos revisados anteriormente– halla su comparecencia como un lugar preferente de legitimación del orden social, resguardando y alertando cualquier atisbo de transgresión. Dada su historia e importancia, El Mercurio se posiciona por fuera de las fuerzas en pugna (gobierno y estudiantes), pero, al mismo tiempo, se plantea como garante de la institucionalidad.

La Alameda surge, por lo tanto, como un espacio claramente delimitado: el imperativo del orden, el respeto a la ley y al Estado de Derecho es la retahíla que dispone aquel universal probable de El Decano cuando hablamos de La Alameda como espacio intervenido por el

movimiento estudiantil durante el 2011. Es propiamente tal, un espacio de seguridad. Así lo plantea Bauman:

“Seguridad. Todo aquello que ha sido ganado o conseguido seguirá en nuestro poder; todo aquello que ha logrado conservará su valor como fuente de orgullo y respeto, el mundo es estable y confiable, al igual que sus cánones de rectitud, el aprendizaje de los modos eficaces de actuar y de las habilidades necesarias para enfrentar los desafíos de la vida” (1996. p. 25).

Así lo confirma el editorial del 7 de agosto del 2011,

“La inseguridad y la violencia afectan al desarrollo y la institucionalidad democrática” (en cuerpo central y destacado de la editorial). “La ciudadanía -especialmente entre los sectores más vulnerables- exige al Estado protección confiable”.

Ese mismo día, El Mercurio publica un texto denominado “el miedo”, que –a modo de cuento- ofrece una descripción del que “todos padecemos”: “¿Es normal? Mejor dicho, ¿es común? La experiencia indica que sí, aunque los niveles pueden variar: desde el simple temblorcillo que no pasa de excitación hasta la tremenda y a veces patológica crisis de pánico”. ¿De qué nos está hablando El Decano con tal inserción? ¿Acaso El Mercurio está apelando al miedo como fundamentación retórica de la movilización por La Alameda?

La apelación al miedo como fobia social no es nueva para este diario. En la tesis *la Seguridad y la Administración Mediática del Miedo. El Delito en los Editoriales de El Mercurio y La Tercera*, Claudio Salinas (2008) rastrea la relación entre la pieza editorial de El Decano y La Tercera respecto a la construcción mediática del miedo a la delincuencia, y su forma material, el delito. La agenda mercurial –en su configuración simbólica- propicia una racionalidad, una propuesta de mundo donde el delito está al orden del día, acechando a las personas en su propia seguridad. Dice Salinas:

“Se trata de exhibir una vida cotidiana acechada por el delito, pero sobre todo por el espacio del miedo a él. Miedo que se expresará, incluso antes de que acontezca o se padezca el hecho delictivo. En este sentido, ambos diarios ‘trabajarán’ virtualizando las prácticas sociales, diagramando zonas y geografías del miedo, expresadas simbólicamente y visualmente a través del diseño de mapas “georreferenciados” que designarán qué zonas se encuentran ‘infectadas’ por el virus del crimen” (p. 123).

Esto nos reenvía a la construcción simbólica de la ciudad de Santiago, específicamente, de su principal arteria. El Mercurio “hace emerger” el miedo cada vez que arrecia el movimiento estudiantil y se suspende la producción. Es un espacio *otro*, habitado por la anomalía. La Alameda se nos revela como un afuera social, un lugar donde ocurre el delito.

Devenido en inseguridad, el espacio de La Alameda clausura otras posibles imaginaciones. Allí no pareciera haber espacio público, solo las exequias de una modernidad contradictoria que piensa el territorio como mero tránsito de cuerpos, bienes y servicios, en marcha a un futuro anodino, al menos, desde el prisma mediático de El Decano.

Reportajes de El Mercurio

Pero la pieza editorial no debe entenderse encerrada en sí misma, más bien, dialoga con otras piezas periodísticas. La elección del reportaje, habíamos señalado en el capítulo IV, no es casual: representa la zona del periódico donde se despliega con mayor detalle la información, pues allí se amplían y se proyectan los hechos noticiosos.

¿Qué puesta en escena despliega El Decano con ocasión de nuestro trabajo? ¿Existen diferencias entre el editorial y los reportajes de este diario?

La respuesta es simple, pero reveladora: El Mercurio dedica 12 reportajes entre abril y diciembre del 2011 a la cobertura del movimiento estudiantil respecto a La Alameda como espacio público. Estos no difieren, en su mayoría, de la pieza editorial examinada anteriormente. Más bien, existe una correspondencia entre las dos piezas periodísticas. Si el editorial centra su atención en el cumplimiento de la normativa legal, cuyo énfasis, por tanto, es la punición y el castigo; el reportaje hace surgir las voces institucionales.

Un reportaje del 10 de agosto del 2011 sirve de síntesis del relato fabulado por El Decano cuando despliega sus discursos y sus imaginaciones mediáticas. Titula así: *Ministro Chadwick: “Veo en el Presidente una actitud de escuchar y hacer los cambios que hay que hacer”*. En esta pieza, donde se entrevista al ministro Secretario General de Gobierno, se resalta la imposibilidad de la demanda estudiantil en contraste con la actitud dialogante del primer mandatario:

“Que la educación universitaria y técnica superior pueda ser gratuita puede ser una aspiración de una sociedad súper desarrollada. Pero poder plantearlo en el Chile de hoy resulta total y completamente imposible, no sólo en términos de recursos fiscales. Puede transformarse en una situación de alta injusticia, porque puede significar que el Estado, es decir, todos los chilenos, les estén pagando la educación superior a personas que no tienen necesidad de un financiamiento fiscal”.

Además, se sitúa la importancia de la autoridad respecto al resguardo del orden público como principal política gubernamental:

“Lo fundamental era que se entendiera la voluntad de no generar situaciones de ingobernabilidad e inseguridad a los ciudadanos, hacer respetar el orden público y no permitir que un grupo de personas se arrogue el derecho de hacer lo que quiera a la hora que quiera y cuando quiera (...) Sin embargo, ellos [los estudiantes] a las pocas horas llamaron a dos marchas para el jueves, en la Alameda. Entonces todo tiene un límite y el Gobierno tiene muy claro que su responsabilidad primera y fundamental es gobernar el país, mantener el orden público y hacer prevalecer la ley. Y proteger, en este caso específico, el derecho de las 150 mil personas que viven en el centro de Santiago y de las cerca de 500 mil que allí trabajan”.

Actores

De ahí en más, se busca desacreditar la posición estudiantil respecto a sus demandas fundamentales, así como su comparecencia en el espacio público de La Alameda.

La actitud de El Mercurio contra los principales dirigentes del movimiento estudiantil se cristaliza, por ejemplo, en la publicación de sus puntajes PSU. Es el caso del reportaje del 02 de septiembre del 2011.

DAVID URREA, UNIVERSIDAD ARTURO PRAT DE IQUIQUE

Trabajó en la construcción antes de entrar a la universidad

Salió del colegio y entró a trabajar a la construcción. Ahí estuvo por dos años, "hasta que mis compañeros de la 'Contru' me llevaron a un preuniversitario popular y me di cuenta de que no sabía nada y que tenía que estudiar", cuenta Urrea. Por eso critica la enseñanza que recibió en el Liceo A-11 Elena Duvauchelle Cabezón, de Iquique.

De esa época recuerda que "era el más desordenado de la clase", y finalmente salió con un 4,7 del colegio. Para él, una de las razones de su mal rendimiento eran las pésimas condiciones en las que estudiaba. "Éramos 45 alumnos con profesores que trabajaban más de 45 horas semanales", dice. Hoy, la mayoría de sus compañeros

Liceo A-11 Elena Duvauchelle:
Municipal
Promedio de enseñanza media: 4,7

Puntajes PSU
536
Lenguaje 479
Matemática

¿Por qué el principal diario de Chile utiliza estos artilugios en vez de centrar su atención en las causas de una movilización legítima?

Un mes antes de este reportaje, un artículo fechado el 11 de agosto del 2011 publica que la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH), una de las integrantes de la CONFECH, ya tenía programado los enfrentamientos con la policía desde marzo. Esta flagrante manipulación consistió en haber mostrado una imagen del anuario del año anterior (2010) para justificar esta información.

LA POLÍTICA de perfil

agosto
ante la represión del movimiento estudiantil

mayo
Movimiento Estudiantil y sus Demandas

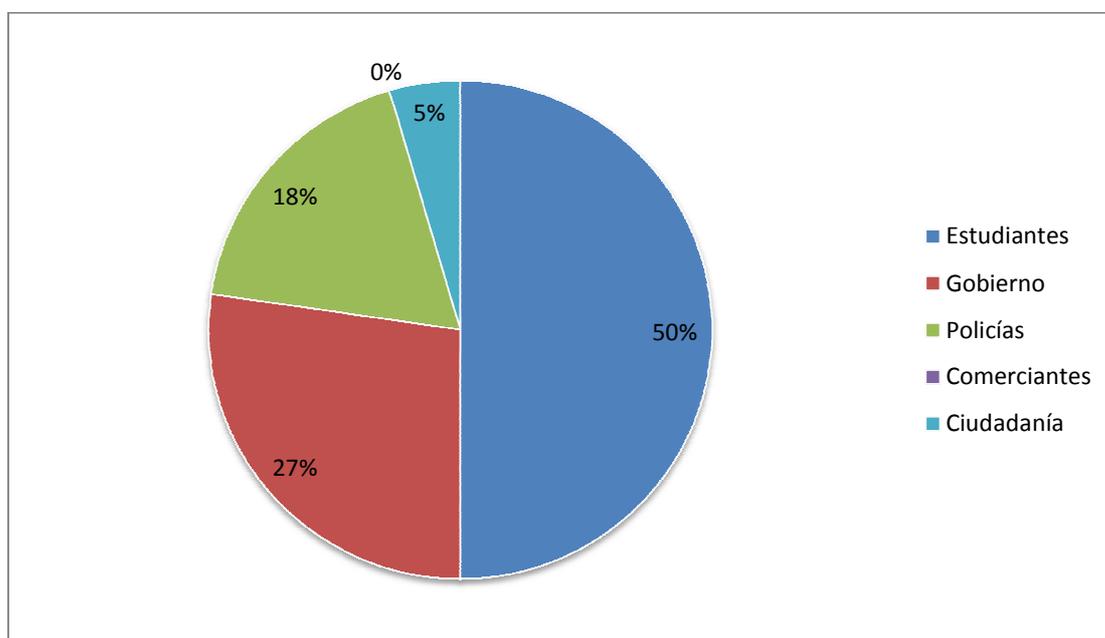
junio
El movimiento estudiantil y sus actores sociales

FECh "programó" en marzo movilizaciones y enfrentamientos con el Gobierno y Carabineros

Por estos días, hojear la agenda 2011 de la FECh puede resultar un ejercicio decidor. Y es que el índice de la libreta (ver fotos), que se entregó en marzo a los alumnos de la Universidad de Chile coincide con las diversas fases por las que ha pasado el movimiento estudiantil: desde su inicio en mayo hasta los últimos enfrentamientos con Carabineros en agosto. De esta manera, destacan los títulos "Mayo: movimiento estudiantil y sus demandas", "Junio: el movimiento estudiantil y los actores sociales" y "Agosto: ante la represión del movimiento estudiantil". En tanto, para los meses venideros aparece "Octubre: junto a los pueblos originarios".

En la agenda, además, la presidenta de la FECh, Camila Vallejo, da la bienvenida a lo estudiantes. "Aprovechen su paso por la universidad, desde aquí podrán también trabajar por un país que clama y requiere el mayor de sus esfuerzos, un país que necesita de educación pública para su desarrollo", asegura la dirigente.

Gráfico 8: actores



Entonces, pese a que el 50% de las referencias corresponde a los estudiantes (11), su voz queda deslegitimada cuando se inquiere –en la propia construcción de la pieza periodística– su posición discursiva. No es de extrañar, tampoco, el 45% que corresponde al gobierno (27%) y a las policías (18%). O sea, casi la mitad del total de reportajes resalta las voces institucionales y punitivas (6 y 4 referencias respectivamente).

Se lee el 23 de julio del 2011 un reportaje titulado: “Nunca la educación es gratuita”, donde se entrevista a Jamil Salmi, coordinador de educación terciaria del Banco Mundial. En esta entrevista, se relega la importancia de la gratuidad universal, aspecto relevante dentro de las propias exigencias estudiantiles. Algunos extractos:

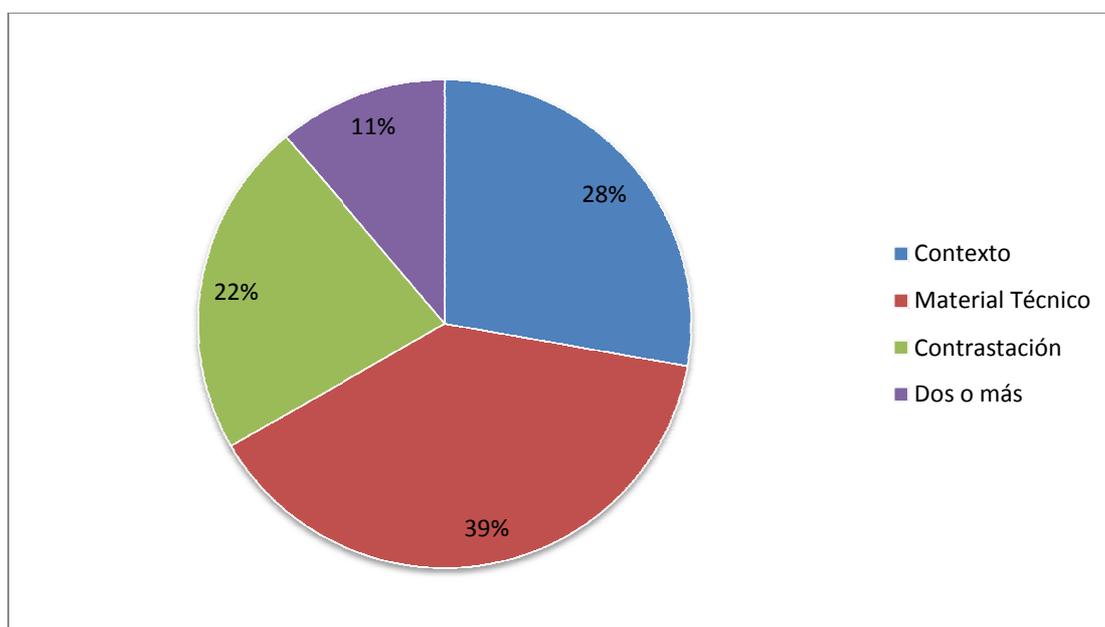
“¿Qué buscan los jóvenes en la educación superior? Depende. La mayoría de los polacos no estudia tiempo completo, la carrera ‘top’ en Uruguay es contabilidad, la mayoría de los centroamericanos (...) ¿Cómo se debe financiar la educación superior? Depende. En EEUU se traspasan fondos de enseñanza e investigación a equipos deportivos, en Francia los alumnos protestan porque los aranceles aumentarían \$2 mil al año, en China (...) ¿Cómo se debe organizar el sistema de educación superior?”

De igual manera, el 29 de agosto del 2011, a pocos días de la multitudinaria marcha convocada por el movimiento estudiantil (24 y 25 de agosto), destacada, también, por la cruda represión policial, El Mercurio titula: “*Brunner y Peña proponen que Ues se articulen como fundaciones*”. O sea, nuevamente son los expertos los que entregan soluciones plausibles al conflicto educacional, esta vez, respecto a la institucionalidad universitaria en Chile:

“Que las universidades públicas y privadas se organicen como ‘fundaciones universitarias’ es la idea que proponen el rector de la UDP, Carlos Peña, y el investigador del Centro de Políticas Comparadas en Educación de la misma casa de estudios, José Joaquín Brunner. (...) En el texto, los expertos buscan dar con un tipo de institucionalidad de la educación superior que concilie dos objetivos que suelen ser rivales entre sí: de una parte, autonomía institucional, de la otra, alineación con el interés público de parte de las instituciones”.

De esta forma, El Mercurio hace gala del recurso a la autoridad como acreditación de veracidad en los diferentes reportajes durante el 2011. De hecho, un 39% de la construcción de esta pieza periodística se satisface con el material técnico, que acompañado con la voz de expertos, fundamenta la puesta en escena de sus imaginaciones mediáticas.

Gráfico 9: acreditación de categorías



El movimiento estudiantil por el tragaluz de El Decano

Los valores de este ítem son similares a la información proporcionada respecto a los editoriales. Un 50% del total de los reportajes resalta el componente conductual, o sea, se enfoca en los efectos de la movilización por La Alameda. Solo un 17% hace referencia alguna a las causas de la movilización o del propio movimiento estudiantil.

Complementan esto las cifras desglosadas del gráfico 11. Un 58% de los editoriales corresponde a las consecuencias de la movilización, ya sea por La Alameda específicamente (41%) o de manera general (17%). En cambio, un 42% refiere a las causas de la movilización por este espacio público (25%) o de las causas del movimiento estudiantil en general (17%).

Gráfico 10: componentes de la representación

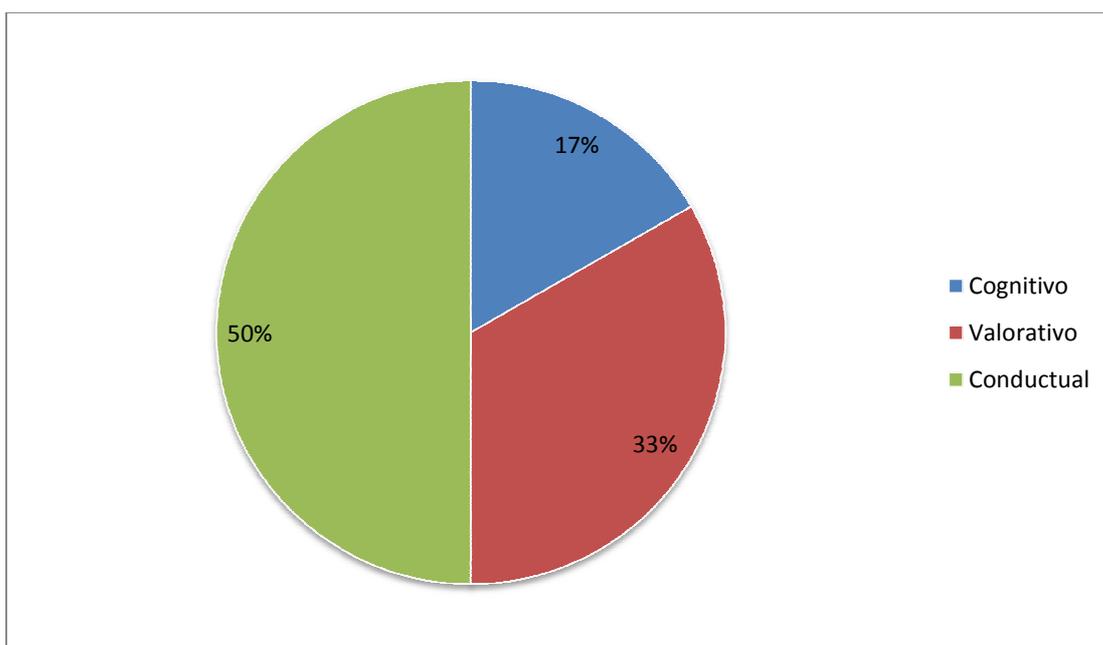
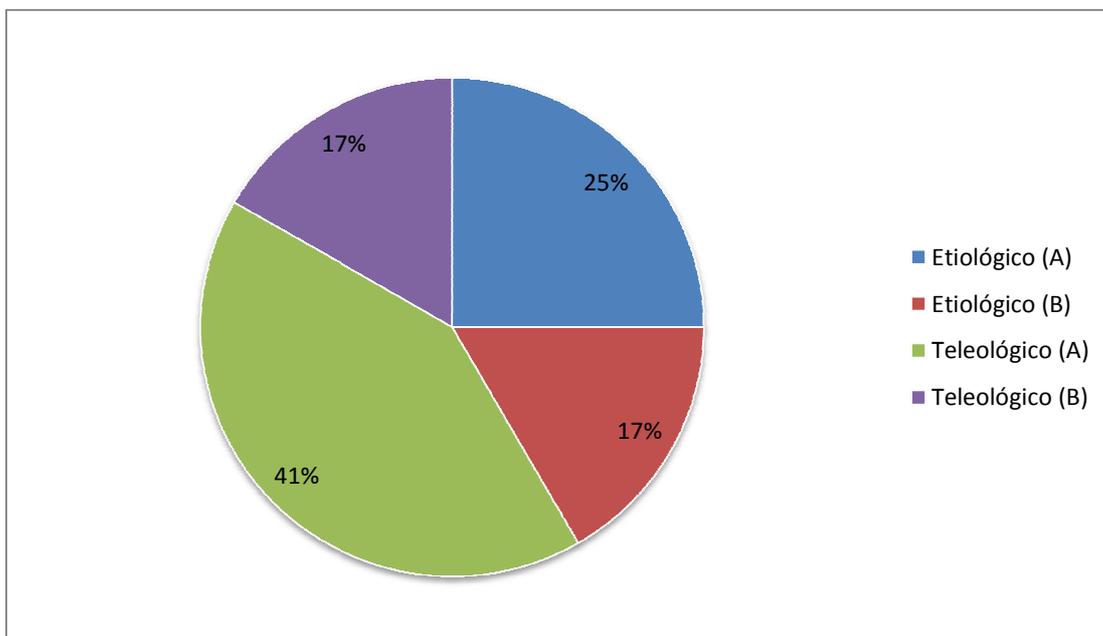


Gráfico 11: tipos de representación



¿Desigualdad?, ¿crisis del modelo económico?, ¿crisis de la educación chilena?

Pareciera que hay una evidente tendencia a desconocer dichas interrogantes. Las imaginaciones mediáticas de El Mercurio procuran, por el contrario, dada su naturaleza económica e institucional, enaltecer un saber social imaginado donde la violencia es el lugar común de la manifestaciones estudiantiles. Para ello, no duda en utilizar guarismos estadísticos que revistan de veracidad su lugar de enunciación.

En el reportaje del 16 de agosto del 2011, El Mercurio titula: “Mayoría aprueba marchas pero rechaza la violencia y pide la vuelta a clases”. En el cuerpo se destaca que el 53,9% de la gente vincula las manifestaciones con el Partido Comunista (PC). Se incluyen gráficos e imágenes de encapuchados, donde se informa sobre las marchas multitudinarias y los masivos cacerolazos, además de “la violencia en las calles”, “los ataques a la propiedad privada” y “los destrozos millonarios”.

Se persiste en la idea de la manipulación del PC dentro del movimiento. En un recuadro del reportaje se plantea:

“La presidenta de la Confech, Camila Vallejo, es militante del Partido Comunista, al igual que ocho de sus pares dirigentes estudiantiles. El mismo partido al que pertenece el presidente del Colegio de Profesores, Jaime Gajardo, que ha tenido un rol protagónico en las manifestaciones. Así que la discusión sobre la posible influencia de partidos políticos ha sido tema recurrente tras las movilizaciones. Eso sin mencionar a parlamentarios que han adherido a las marchas”.

Por otro lado, las cifras- de las cuales dispone El Decano- están revestidas de una terminología que busca en todo momento calificar de manera negativa al movimiento estudiantil. Pero no solo a este.

“59,2% cree que el gobierno ha sido intransigente”

“62,6% señala que los dirigentes estudiantiles son muy intransigentes”

“58,7% cree que los dirigentes de los profesores también lo han sido”

A lo menos es curioso que la cifra que refiere al gobierno esté en pasado compuesto y la cifra referida a los estudiantes esté en presente continuo. El Mercurio critica a todos los estamentos involucrados, pero con mayor preferencia a aquellos que han persistido en su actitud, los estudiantes. Además, lo anterior no hace más que reflejar el sitio prominente de este diario dentro del imaginario medial: es la voz autorizada, dado lo pregonado por el mismo Agustín Edwards, para hablarle al Estado, a las autoridades, a los ciudadanos y a los estudiantes.

Representaciones de la movilización por La Alameda

¿Qué imágenes impostan los reportajes de El Mercurio respecto a la principal arteria de la capital?

Al contrario de los editoriales, un total de 8 reportajes de El Mercurio centran su atención en el espacio tópico como configuración imaginaria (46%). Esto es, el territorio propio y habitado, un lugar confiable para el desplazamiento de bienes y servicios. Este porcentaje bien podría explicarse por la “oficialidad” que porta este tipo de piezas respecto al editorial,

o sea, la presencia de voces expertas e institucionales, de los órganos del poder estatuido. Pero no deja de ser previsible, por otro lado, que 4 de los reportajes hace referencia al espacio heterotópico (31%). Allí, con igual fuerza, aparece aquel espacio de la barbarie, del caos y la inseguridad, donde curiosamente habita el estudiante cuando se manifiesta por La Alameda.

Gráfico 8: ámbito tópico

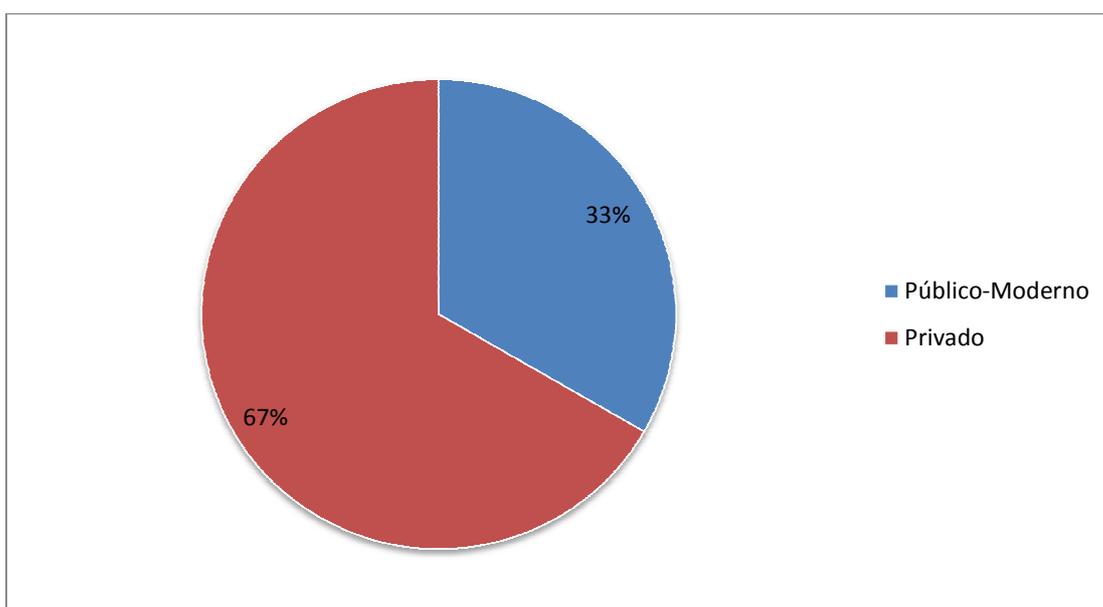
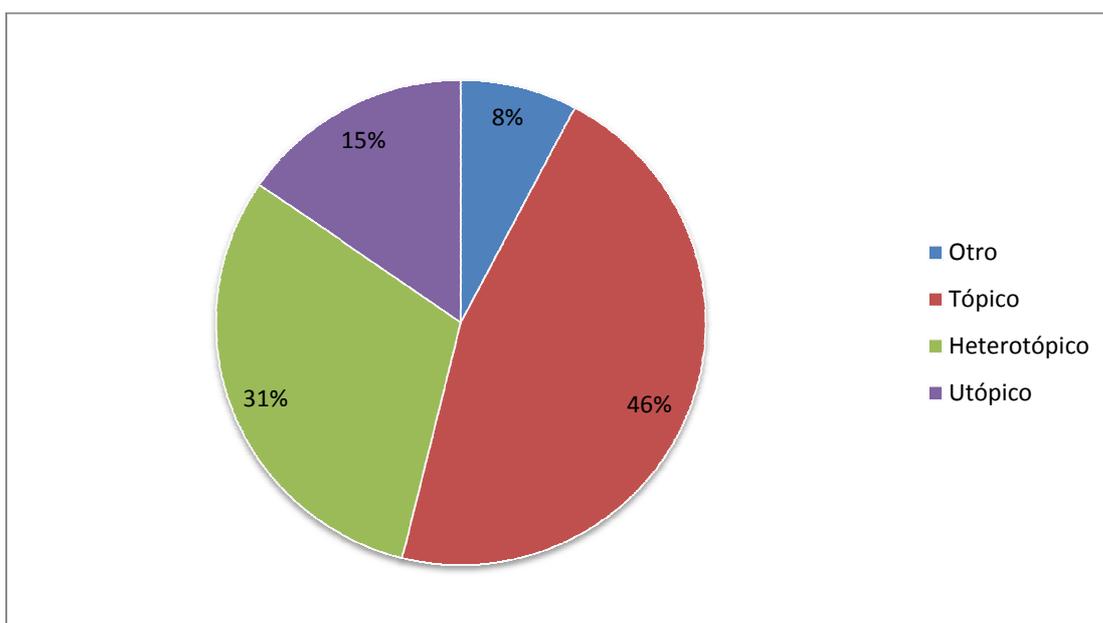


Gráfico 9: espacio representado



Al observar los gráficos 8 y 9, se puede reiterar lo planteado en páginas precedentes: 8 reportajes de El Mercurio, lo que equivale al 67% del total de reportajes, expresa teutónicamente una comprensión del “espacio público” desligado de su publicidad, porque en él se legitima un orden de cosas donde lo privado, como ficción, prohíbe cualquier alteración de aquella circulación incesante: lo propio es lo privado y lo heterotópico es lo público. Problema, en todo caso, que atraviesa la modernidad como intelección del mundo (Casullo, 1999): reserva el gesto ciudadano como ilusión del *nosotros* en el espacio de los hombres libres, al mismo tiempo que enaltece la descomposición del espacio y el tiempo en virtud del avance ilimitado de la humanidad hacia el progreso acumulativo.

Capítulo VII **(Las imaginaciones mediáticas de La Tercera)**

“Nuestro lenguaje puede verse como una vieja ciudad: una maraña de callejas y plazas, de viejas y nuevas casas, y de casa con anexos de diversos períodos- (Ludwig Wittgenstein, 1999: 10)

La Tercera: el otro integrante del duopolio

Probablemente la historia de La Tercera no devenga en mitos de constitución. A diferencia de El Mercurio, no es un diario emparentado con el nacimiento de la República. Pero si urde raíces dentro del restringido mercado informativo. Propiedad del Consorcio Periodístico de Chile S.A (COPESA), La Tercera ocupa un sitial preeminente como parte del llamado duopolio de la prensa chilena.

Oswaldo Corrales y Juan Sandoval detallan respecto a este diario:

“El caso de COPESA es diferente al de El Mercurio no sólo por la mayor fragmentación de su propiedad sino también por el hecho de que se trata de un grupo de empresarios que no han estado tradicionalmente vinculados al mercado de las comunicaciones sino que ingresaron a él a partir de una coyuntura extraordinariamente favorable generada básicamente a partir de los vínculos que muchos de ellos sostuvieron con el régimen militar” (Corrales & Sandoval, 2004: 73).

La Tercera compite con El Mercurio “por la puesta en escena mediática y por la instalación de los sentidos comunes sociales” (Salinas, 2008: 86). Monopolio ideológico (ver capítulo II y III) que se emparenta con su realidad económica, pues la producción informativa no es ajena los flujos comerciales, tal como éstos con la construcción de un mundo posible. Así lo plantea Giovanni Sartori, al admitir la naturaleza del mercado también aplicable a la esfera medial:

“El mercado es una entidad cruel. Su ley es la del éxito del mejor. Se dedica a encontrar un puesto adaptado a cada uno y se dedica a motivar en los individuos el máximo esfuerzo. Pero los irremediables inadaptados son expulsados de la sociedad del mercado y dejados perecer o sobrevivir de otros recursos. ¿A quién o a qué se imputa dicha crueldad? (...). La objeción de

rigor es que el mercado y su ley de la competencia valen para los peces pequeños o medios, no para las multinacionales y los supercapitalistas: los grandes, y sobre todo los grandísimos, controlan o por lo general circundan el mercado y acaban con la competencia (2002: 158).

Un mercado altamente concentrado trae severas consecuencias para la libertad de expresión como garante de la democracia. En palabras de María Olivia Mönckeberg: “se levanta así un cerco de marcado corte ideológico-financiero que incomunica a los habitantes del país, cercenando las posibilidades de establecer un verdadero debate social sobre los asuntos y problemas que nos afectan a todos” (2009: 11). Así, es posible determinar la importancia de las narrativas mediales respecto a la ciudad: las credenciales de la comunidad y su habitáculo, son indexados también por aquellos que como La Tercera construyen lo social y lo imaginan.

Clasificación editorial

Durante el 2011, La Tercera dedica 22 editoriales (al igual que El Mercurio) a la cobertura de la movilización estudiantil por La Alameda. De estos, 8 editoriales corresponden al tipo admonitorio, lo que representa un 36%. O sea, el tipo de editorial que exhorta el cumplimiento de la normativa legal y alerta sobre el peligro de su transgresión. Esto resultará, a lo menos llamativo, considerando las cifras arrojadas por el análisis de este ítem en el caso de El Mercurio (predominancia del editorial admonitorio en ambos diarios). La diferencia radica, sin embargo, en los porcentajes posteriores: el editorial predictivo (5) y el editorial apologético (4), lo que representa un 23% y un 18% respectivamente. Esto es revelador: a diferencia de El Mercurio que se sitúa desde el afuera del conflicto, La Tercera, proyecta el futuro social y político, al mismo tiempo que plantea soluciones convenientes a partir del planteamiento de argumentos propios.

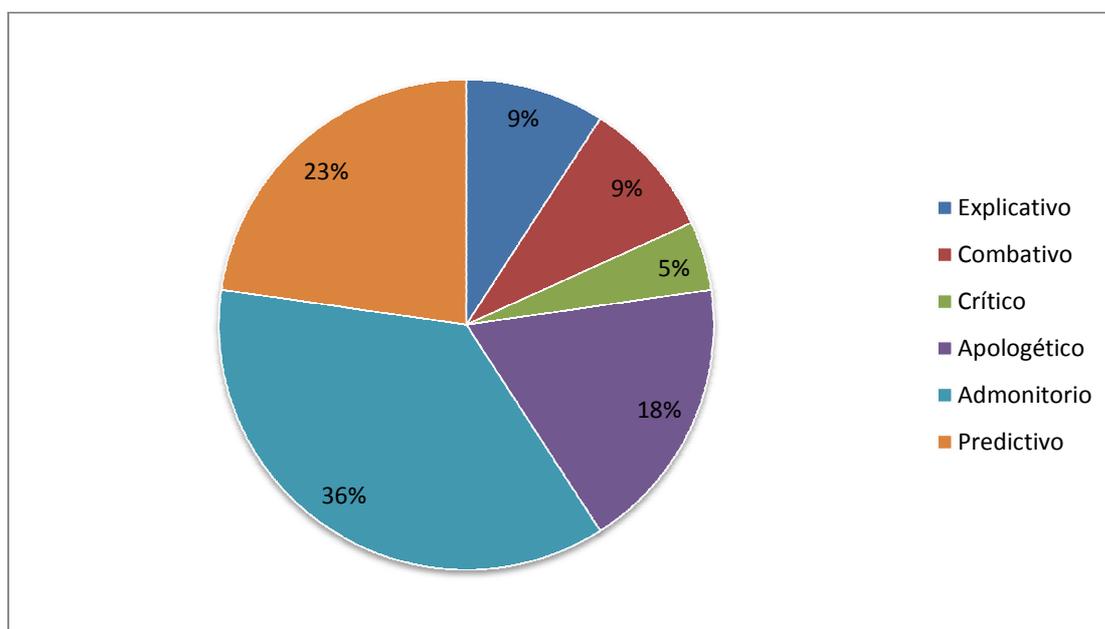
Así lo confirma el editorial del 18 de septiembre del 2011:

“Las masivas manifestaciones que se han registrado este año (...) han provocado una sensación de perplejidad que algunos, incluso, han asociado a un malestar que haría imprescindible introducir cambios profundos al modelo de desarrollo que Chile ha venido siguiendo desde hace décadas. Aunque estos análisis entregan una lectura más bien ideologizada, que no presta suficiente atención a datos y comportamientos objetivos ni a los

resultados de diversas encuestas, resulta evidente que los partidos y las diversas autoridades políticas en el Ejecutivo y el Legislativo no han sido capaces de procesar con acierto las demandas ciudadanas.”

Eso sí, al igual que en El Mercurio, el editorial explicativo en La Tercera queda relegado. Con solo un 9% del total (solo 2 editoriales de 22), no se exhiben mayores argumentos para que sean los propios lectores los encargados de componer un juicio en relación al tema. El papel de La Tercera es más activo respecto a este punto; no lo será, en cambio, respecto a otras categorías reconocidas en el presente capítulo.

Gráfico 1: clasificación editorial de La Tercera



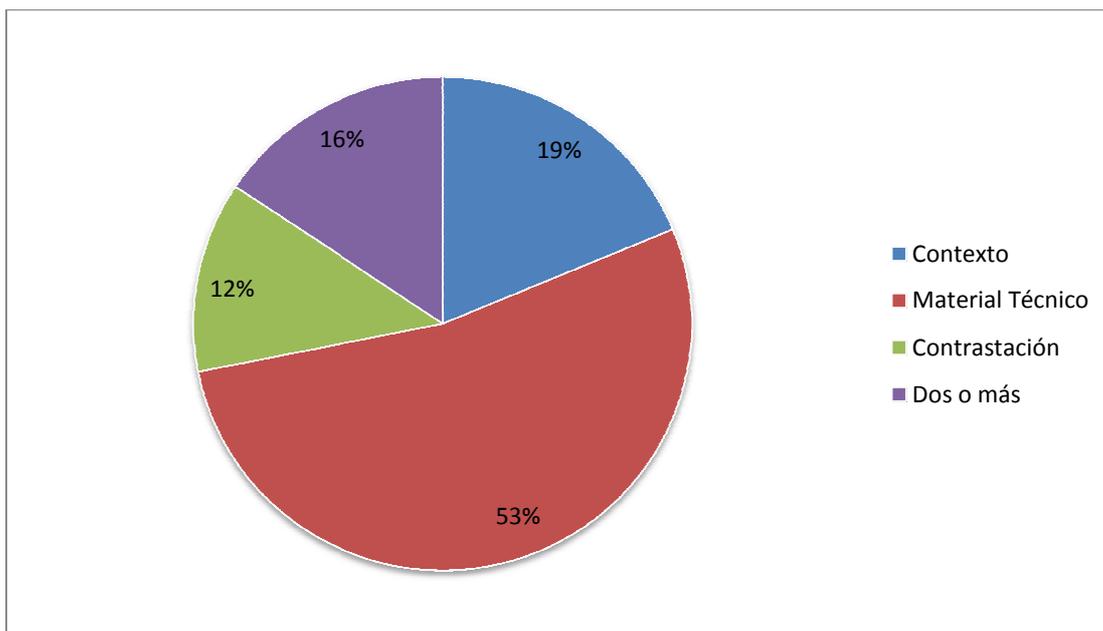
Acreditación de categorías

¿Cómo La Tercera acredita su propuesta de mundo respecto al movimiento estudiantil en su manifestación por La Alameda?, ¿Cómo otorga veracidad y autoridad a su discurso editorial?

Simple: con un 53% de material técnico (inclusión de estadísticas, cifras o estudios), La Tercera avala su posicionamiento en cuanto editorial (17 inclusiones en las respectivas piezas editoriales), le sigue un 19%, referido a elementos de contexto (medioambiente

social o político, alusiones históricas con solo 6 referencias) y solo un 12% de contrastación de fuentes (4 referencias). Similar a El Mercurio, La Tercera se yergue como una voz autónoma, que evita la comparecencia de voces distintas en la composición argumental del discurso editorial.

Gráfico 2: acreditación de categorías



Actores

Respecto a los actores convocados al discurso de la pieza editorial, ocurre algo peculiar: a diferencia de El Mercurio, La Tercera reconoce a los estudiantes con un 43% (16 referencias en las diferentes piezas editoriales), seguido de los policías con un 30% (11 referencias) y el gobierno con un 21% (8 referencias). El acento está puesto indudablemente en los estudiantes, pero las cifras posteriores confirman la importancia que reviste cierta interpretación del espacio urbano como lugar evanescente, transparente y protegido. La pieza editorial no cancela la figura del estudiante como actor relevante, pero dicha presencia está mediada por otras cifras como los componentes de representación, el espacio representado y el tipo de representación.

Ejemplo de aquello es el editorial del 7 de octubre del 2011, el cual responsabiliza a los estudiantes por la ruptura de la mesa de diálogo, instancia convocada por el gobierno de Sebastián Piñera para abordar el conflicto educacional:

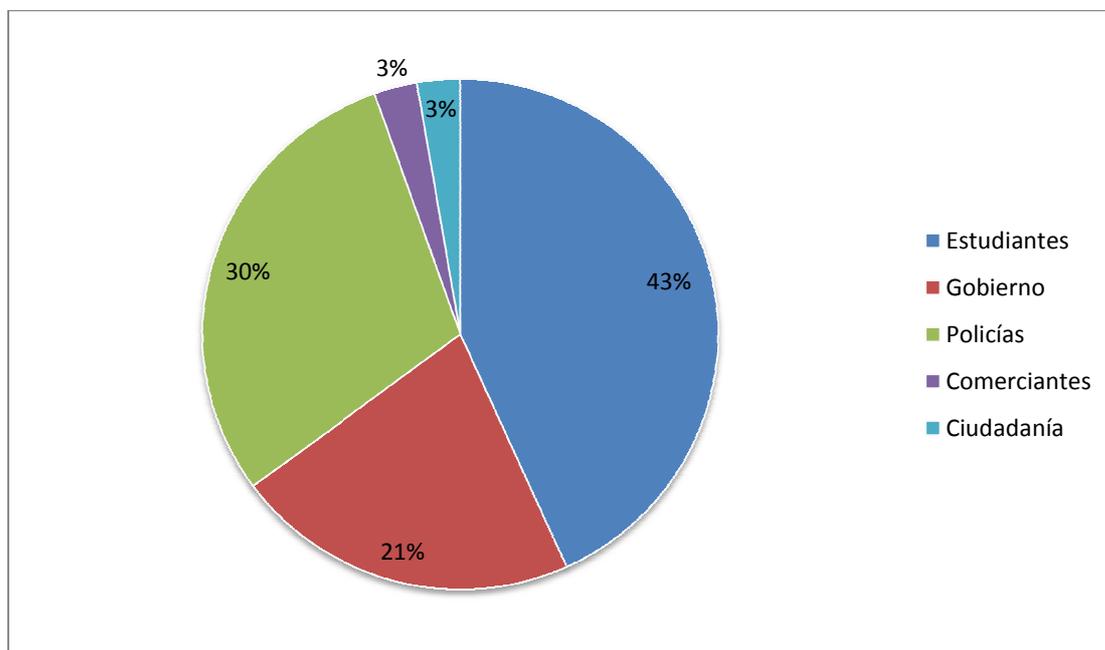
“La ruptura de la mesa de diálogo entre el gobierno y los dirigentes estudiantiles abre una nueva etapa en el prolongado conflicto por la educación. La decisión de los secundarios y universitarios de abandonar la instancia ha terminado por ratificar que es muy difícil sostener conversaciones con grupos que exhiben un nivel muy alto de intransigencia y obliga a cada una de las partes a tomar decisiones respecto de la actitud a seguir en el futuro (...) rota la negociación, los actores deben escoger cursos de acción. El conflicto ha llegado a un punto en que las partes involucradas deben adoptar definiciones clave que determinarán el futuro del mismo. Por un lado, están los dirigentes estudiantiles, quienes parecen sentirse más cómodos en la calle -las marchas de ayer lo confirman- que en la mesa de diálogo. Sus herramientas son la consigna y la movilización, aunque ello conduzca a una situación extremadamente difícil para los planteles universitarios, los colegios y los propios alumnos, que, con cada día que pasa, ven cómo se acrecienta el riesgo de la pérdida del año académico”.

Si bien la pieza editorial reconoce en el reclamo estudiantil “la virtud de poner en el centro de la discusión temas como la calidad, el acceso y el financiamiento de la educación, las soluciones para corregir los problemas existentes deben ser financiables y justas”. Es así que para este diario, “la exigencia estudiantil de educación gratuita no es ni lo uno ni lo otro” por cuanto la gratuidad absoluta “supone la adopción de compromisos inabordables para el Estado”.

De esta forma -a diferencia de El Mercurio- el editorial de La Tercera permite y clausura: permite la visibilidad simbólica del movimiento estudiantil, pero, al mismo tiempo, clausura y limita su propio estandarte discursivo, o sea, la educación gratuita y de calidad. Acorde al modelo educacional existente en Chile:

“Una reforma como la propuesta por los estudiantes supondría romper con el criterio rector de la política social chilena de las últimas décadas: la focalización. Esta ayuda a hacer más eficiente el gasto social, al promover que reciban transferencias desde el Estado sólo aquellos que realmente las necesitan, aspecto que no se cumpliría en caso de una gratuidad indiscriminada”.

Gráfico 3: actores



La Tercera, en su editorial del 18 de septiembre del 2011, titulado “Tareas y desafíos en un nuevo aniversario patrio”, dicta su compromiso con el ideario neoliberal, orientado a la subsidiariedad del Estado respecto a la educación. Así y todo, la mejor manera de enfrentar el conflicto social es “regular de manera inteligente, a través de incentivos que promuevan las buenas prácticas y disuadan de las perversas”. Puesto que el Estado está al servicio de los hombres y no al revés, la madeja se desenreda en la eficiencia estatal a fin de satisfacer “mejor las necesidades de una ciudadanía que hoy, a veces, se siente defraudada por los servicios que contrata y los bienes que adquiere”.

Complementa:

“Naturalmente, centrar el debate en torno al lucro no es el camino adecuado, pues eso pone el acento en el lugar equivocado. Lo que se requiere es contar con una educación accesible y de calidad, y para ello es indiferente quién la ofrezca. En este y otros ámbitos, como ha quedado de manifiesto en episodios como el ocurrido con la cadena La Polar, es necesaria una fiscalización eficaz y bien orientada de parte del Estado. Para conseguirla, hay que entender que la regulación constituye un medio -no un fin en sí mismo-, cuyo objetivo es lograr que

una actividad se desarrolle de la mejor forma posible para la sociedad, sin introducir condiciones tan astringentes que ahoguen o impidan el desarrollo de la misma”.

Dicho esto, la pieza editorial caracteriza al movimiento estudiantil y a sus líderes como “intransigentes”, incapaces de razonar y dialogar en estos términos. El editorial del 4 de agosto del 2011 confirma lo anterior:

“La actitud de estas organizaciones [que llaman a marchar] revela una intransigencia que dificulta la etapa de diálogo y discusión de las propuestas. (...) La posición asumida por las organizaciones convocantes trasunta el propósito irreal y desmedido de que las posiciones que ellos han asumido sean aceptadas íntegramente por las autoridades”.

Y no solo los estudiantes: todos aquellos que los apoyen en sus “medidas violentas”, que “desafían la legalidad” y que afectan, precisamente, la calidad de la educación. El editorial del 11 de octubre del 2011, plantea:

“En las universidades, todo sugiere que la preocupación de los rectores por cerrar el semestre académico no ha estado inspirada principalmente por consideraciones educativas, sino por la posibilidad de perder recursos estatales cuya entrega está condicionada a plazos estrictos. Lo cierto es que esos estudiantes darán exámenes y pasarán cursos sin haber cumplido las etapas y los requisitos de un proceso educativo normal, con lo cual su formación será de peor calidad (...) Es evidente que los principales responsables de esta situación son quienes han tomado ilegalmente colegios y universidades, paralizando las clases, pero también tienen responsabilidad quienes los han apoyado en esas medidas de fuerza, especialmente los rectores del Cruch y los políticos de oposición que han justificado las movilizaciones o participado en ellas”.

En esta pieza editorial, La Tercera centra su atención en las consecuencias de la toma de colegios y universidades para el propio sistema educacional, alertando el daño que esto ocasiona para el país:

“Lo que ha sucedido este año es un golpe que afectará la calidad de la educación -sobre todo la pública, lo que es paradójico en vista de las demandas estudiantiles-, pero también el prestigio de las universidades y colegios tomados, que probablemente perderán alumnos como resultado. El daño de largo plazo para el país será considerable”.

Del mismo modo, el editorial del 18 de septiembre de 2011 acusa a los sectores de la oposición que han mostrado su apoyo al movimiento estudiantil respecto a acciones de violencia en colegios, universidades y marchas por La Alameda:

“En lugar de ofrecer liderazgo y soluciones concretas, algunos políticos han optado en no pocas ocasiones por decisiones y actitudes de un cariz populista. Así, varias medidas adoptadas en el último tiempo pueden resultar, en el mediano o largo plazo, costosas para el país o terminar dañando a quienes se supone pretendían ayudar”.

A partir de la administración de imaginarios de La Tercera, nos es dado recuperar cierta conceptualización en torno a la naturaleza misma del dispositivo mediático. En este sentido, los Estudios Culturales aportan una mirada crítica a la cuestión al reconocer precisamente la noción de hegemonía –introducida por Antonio Gramsci– para visualizar ciertas prácticas sociales invisibilizadas y naturalizadas dentro de un orden cultural. Dice Williams:

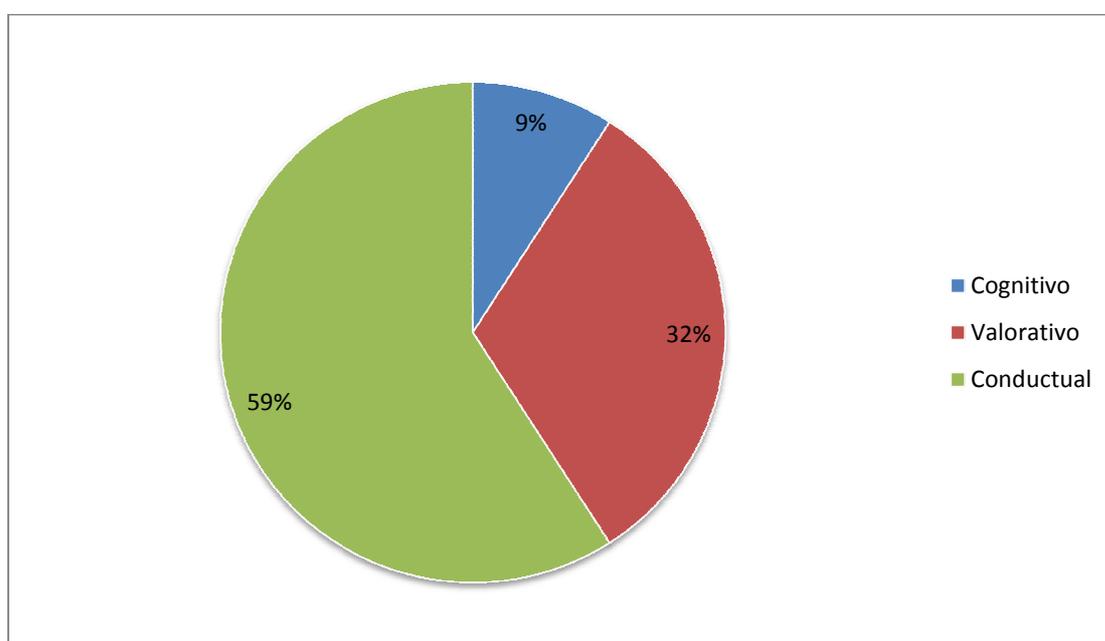
“Una hegemonía dada es siempre un proceso. Y excepto desde una perspectiva analítica, no es un sistema o una estructura. Es un complejo efectivo de experiencias, relaciones y actividades que tiene límites y presiones específicas y cambiantes. En la práctica, la hegemonía jamás puede ser individual. Sus estructuras internas son sumamente complejas. Por otra parte no se da de modo pasivo como una forma de dominación. Debe ser continuamente renovada, recreada, definida y modificada. Así mismo, es continuamente resistida, limitada, alterada, desafiada por presiones que de ningún modo le son propias. Por lo tanto se deben agregar al concepto de hegemonía los conceptos de contra hegemonía y de hegemonía alternativa, que son elementos reales y persistentes de la práctica” (2000: 134).

La hegemonía, plantean Mattelart y Neveu, “es fundamentalmente una construcción del poder a través de la conformidad de los dominados con los valores del orden social, con la producción de una voluntad general consensual” (2004: 61) Por tanto, los editoriales de La Tercera nos narran “una versión de mundo”, donde el orden se asocia a progreso y su transgresión a violencia. Y que en ningún caso presenta contradicción alguna con los valores de una sociedad capitalista neoliberal.

Representaciones del movimiento estudiantil

Un total de 13 editoriales de La Tercera corresponde al componente conductual, lo que equivale al 59% de todas las piezas editoriales durante el 2011. Es decir, la pieza editorial centrada en los modos de enfrentamiento y propuestas concretas de resolución. Solo 2 editoriales (9%), en cambio, dicen relación con el componente cognitivo, o sea, con las argumentaciones causales o intencionales que permiten comprender la movilización en el espacio de La Alameda.

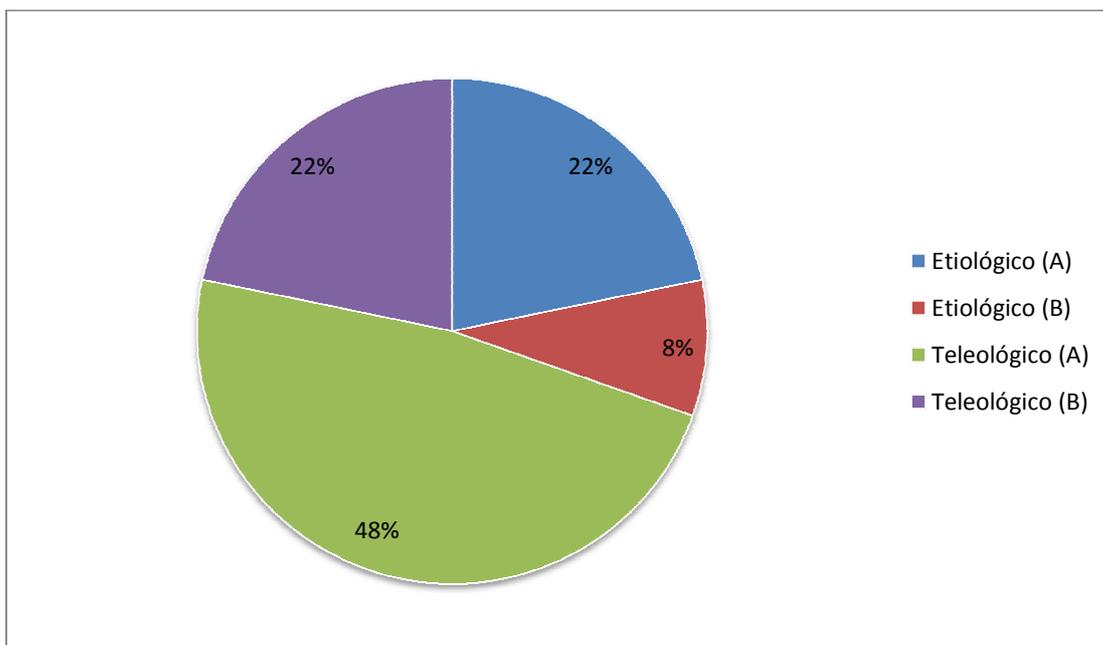
Gráfico 4: componente de representación



Asimismo, las cifras en torno al ítem tipo de representación permiten indicar que un 48% de los editoriales de La Tercera están centrados en las consecuencias de la movilización estudiantil en La Alameda. En términos concretos: de 22 editoriales, 11 representan lo que hemos denominado “Teleológico A”. Le sigue –en orden decreciente- 5 editoriales respecto a las consecuencias de la movilización estudiantil en general (Teleológico B, con un 22%), 5 editoriales a las causas de la movilización por La Alameda (Etiológico A, también con un 22%). Por último, solo 2 editoriales, lo que representa un 8%, refieren a las causas del movimiento estudiantil en general (Etiológico B). Si se suman los porcentajes referidos, un 70% de todas las piezas editoriales corresponde a los efectos de la movilización, y solo

30% a las causas. Conclusión ineludible: no hay interés de la pieza editorial en desentrañar el contexto en que se sitúa la movilización.

Gráfico 5: tipo de representación



Al igual que El Mercurio, no se reconocen marcos explicativos en torno a uno de los movimientos estudiantiles más masivos y extensos desde el retorno de la democracia. Y cuando lo hace, desacredita la posición estudiantil y de los partidos de la oposición, asignando responsabilidad a estos últimos, más que al sistema político en general. Así lo afirma el editorial del 16 de agosto del 2011:

“La raíz de la crisis de la educación chilena no está en falencias del sistema democrático, sino en algunas de las políticas públicas que -junto con innegables aciertos- fueron implementadas durante más de dos décadas. Es ahí donde se debe poner el foco. Distraerse ahora en la discusión de reformas políticas genera tensiones innecesarias en los partidos de gobierno - que no fueron consultados y donde esos temas generan divisiones-, pero sobre todo, conlleva el riesgo de ceder a las presiones de la oposición en un esfuerzo por obtener su apoyo para enfrentar la crisis estudiantil con sentido de urgencia. Los cambios al sistema político no deberían debatirse en un contexto tan poco propicio al diálogo y la negociación constructiva, y que nada aportarán a solucionar dicha crisis”.

Los editoriales de La Tercera se posicionan dentro del imaginario medial como un actor que juzga y circunscribe el problema: asigna responsabilidades y señala cursos de acción. De este modo, las causas del movimiento estudiantil hay que buscarlas dentro de las políticas de un sector político (Concertación) y no en un modelo económico aplicado hasta la fecha. Asimismo, las soluciones no deben apartarse del camino del diálogo, única garantía de orden y estabilidad.

En otras palabras: La Tercera, en su discurso editorial, reitera el consenso como aquel contrato inexcusable de la transición chilena. Este pareciera ser la inferencia irrevocable tras aquel tragaluz mediático. Y el consenso, así entendido, despoja a la política del conflicto (Augé: 1998; Mouffe: 1999; Arancibia: 2011).

¿Qué hay de sociedad cuando el mercado difumina al ciudadano?, ¿qué hay de democracia cuando se despolitiza a la sociedad? Justamente lo que horadó la movilización estudiantil en La Alameda, resituando “la política” como lugar de batallas simbólicas y materiales.

¿La privatización del espacio público?

15 editoriales de La Tercera, lo que equivale a un 68% del total de las piezas editoriales, presentan a La Alameda como un espacio privado, de trabajo y circulación (cifra parecida a El Mercurio en este ámbito tópico). En cambio, solo 7 editoriales (32%) muestran a la principal arteria capitaliana como un lugar de movilización legítima en vista a su condición de imaginario del poder, eje cardinal de las instituciones republicanas.

Reiteramos: la movilización estudiantil en La Alameda es legítima cuando ésta pone en la agenda pública cuestiones como la calidad en la educación, pero no cuando pone en riesgo el derecho de los demás “a vivir en forma pacífica”.

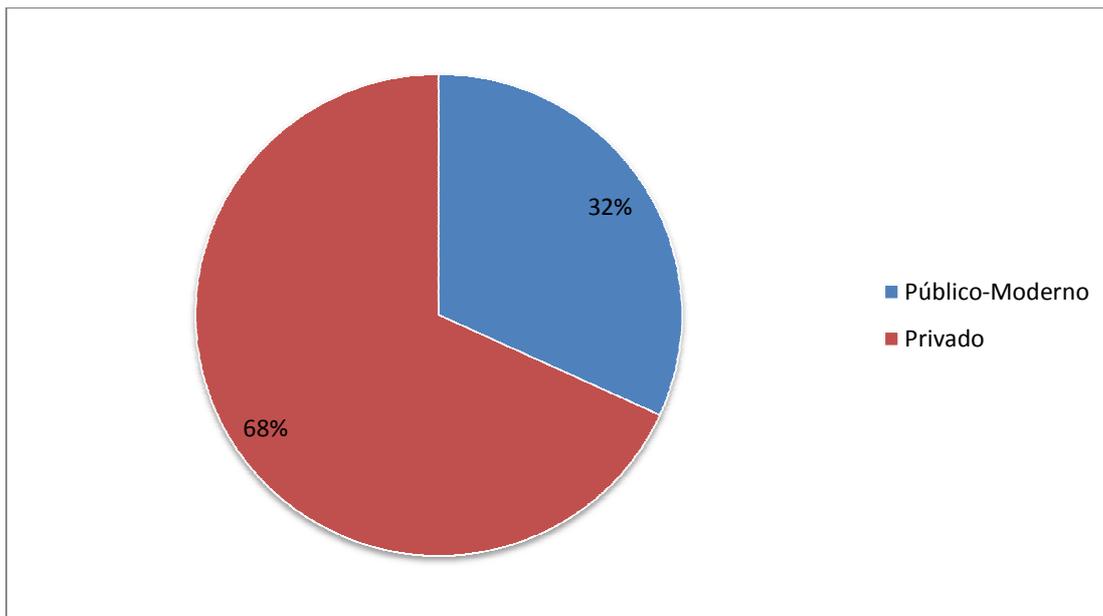
Así lo plantea, el editorial del 21 de mayo del 2011, titulado “Democracia y orden público”:

La democracia chilena garantiza a sus ciudadanos el legítimo derecho a expresar en las calles su opinión en los temas que les interesan. Exige, sin embargo, como requisito esencial de la convivencia, que ese derecho se ejerza en forma pacífica. En el día en que el Presidente entrega la cuenta anual de su gestión al país -una formalidad democrática de profundo sentido

republicano-, resalta en forma especial la importancia de valorar nuestro sistema de derechos y libertades. La protesta ciudadana debe ser un ejemplo de esa valoración”.

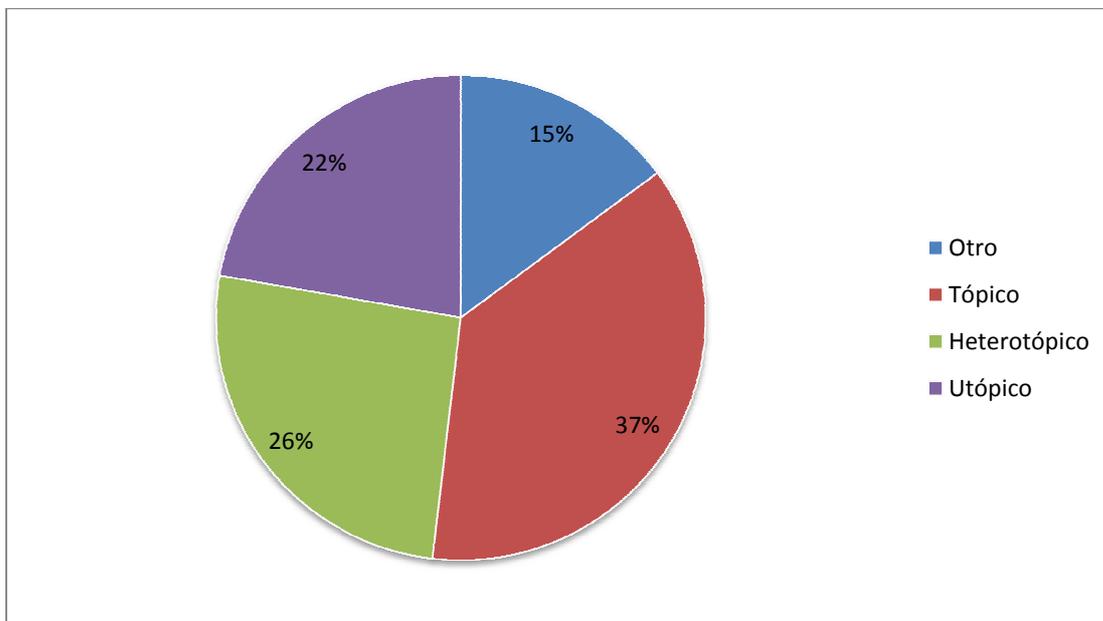
La convivencia pacífica se opone a la violencia, y ciertamente la movilización estudiantil cataliza la violencia cuando ocurre en lugares de la ciudad como La Alameda.

Gráfico 6: ámbito tópico



El espacio representado confirma lo anterior. Un 37% presenta a La Alameda como un espacio tópico (10 referencias). A saber: un territorio seguro que puede ser amenazado por la barbarie, donde podría acontecer la violencia como la expresión desaforada de un movimiento estudiantil “intransigente”.

Gráfico 7: espacio representado



Hay diferencias con El Mercurio en este punto. Si en la pieza editorial de El Decano se muestra un espacio cercado por el caos de lacrimógenas, barricadas y encapuchados (espacio heterotópico), La Tercera se empeña en matizar dicha imagen: la constante amenaza a lo propio constituye la panacea editorial. Acorde a lo planteado anteriormente, si bien se reconoce al estudiante en su legítimo derecho a marchar, esto no debiera interrumpir la cotidianidad del comercio y la producción de bienes y servicios en su fluidez eterna. Cuando esto ocurre, emerge el espacio heterotópico con una cifra nada despreciable. Un 26% representa el territorio del caos (7 referencias), donde se despliega el violentismo en las calles, que coarta la libertad de los consumidores y desalienta el emprendimiento.

El editorial del 21 de mayo del 2011 -circunscrito a la discusión en torno a la toxicidad del uso de gases lacrimógenos en tomas y marchas en el marco de las protestas con motivo del discurso presidencial del 21 de mayo- celebra la restitución de dicho mecanismo por el ministro de Interior, Rodrigo Hinzpeter:

“La decisión es acertada, pues la suspensión privaba a la policía de una herramienta probadamente eficaz, parecía cuestionar su profesionalismo en el manejo de estas situaciones y podía terminar alentando un mayor protagonismo de grupos exaltados. Las fuerzas de seguridad deben contar con un amplio rango de medidas para controlar desmanes,

especialmente las que actúan a distancia, reduciendo las posibilidades de enfrentamientos directos y dispersando a las multitudes”.

Es así que la pieza editorial de La Tercera no duda en manifestar su apoyo irrestricto a los mecanismos represivos de las fuerzas policiales, necesarios para salvaguardar el orden público. En dicho reconocimiento, moviliza una imagen de La Alameda que, al igual que El Mercurio, pone el acento en la protección de lo privado, en desmedro de lo público.

Reportajes

¿Existen semejanzas entre editoriales y reportajes de La Tercera? Y si las hubiese, ¿existen coincidencias con El Mercurio respecto a la construcción imaginaria del movimiento estudiantil en La Alameda?

Habíamos señalado en el capítulo VI, que El Decano utiliza el reportaje como ampliación del editorial respecto a su universo verosímil, y lo realiza al incluir pruebas técnicas y voces expertas que acreditan su posición social. La Tercera, en cambio, mantiene una postura mucho “más política”, más activa respecto a los sucesos acaecidos durante el 2011. Aún así, no difiere mayormente la imagen del mundo que emerge en sus páginas.

Actores

Un total de 15 reportajes entre abril y diciembre del 2011, meses donde se despliega con mayor intensidad el movimiento estudiantil, dedica el diario de COPESA. Al igual que los editoriales, los actores de esta pieza periodística, en su mayoría, son los estudiantes con un 50% (11). Le sigue el Gobierno con un 27% (6) y la policía con un 18% (4).

La Tercera busca desentrañar la naturaleza del movimiento estudiantil como movimiento político, en especial, respecto al Partido Comunista. En este sentido, se pretende desacreditar la posición de sectores “ultras”, ligando estrategias y discursos al rol del PC.

En el reportaje del 8 de octubre del 2011, titulado: “*Quiénes son los duros que controlan la Confech*” se lee como bajada: “Hace tres meses que un amplio grupo de dirigentes regionales se tomó el poder al interior del movimiento estudiantil. Se definen de izquierda, son de estrato económico medio-bajo y, además de leer a Marx, escuchan hip hop.”

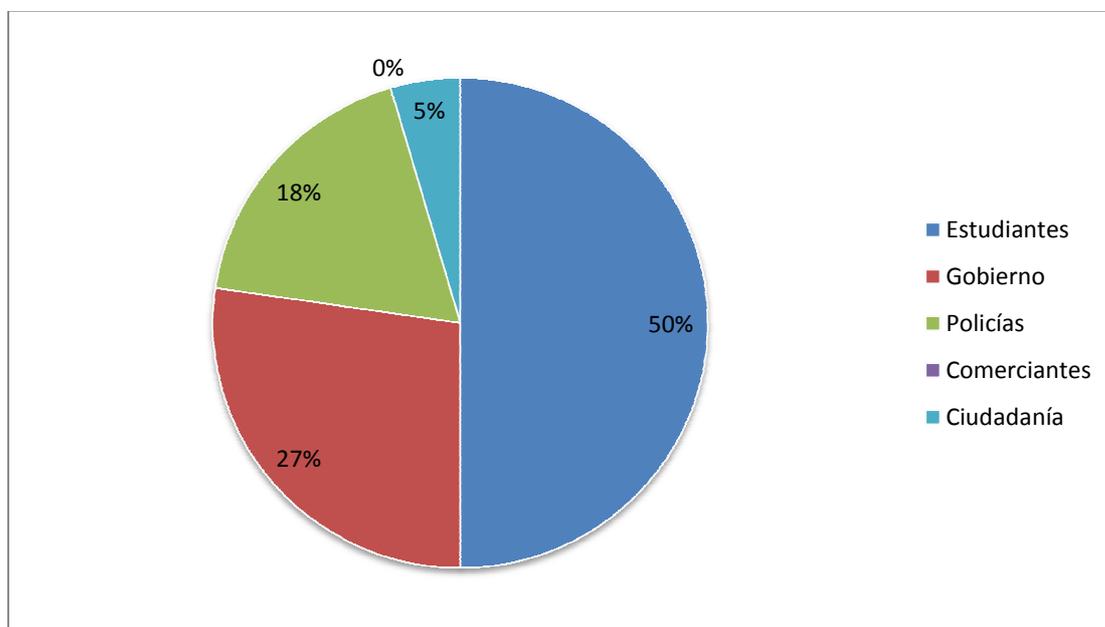
El reportaje continúa:

“Desde el gobierno aseguran que la postura inflexible con que llegó a dialogar la mesa ejecutiva era un escenario previsible, dada la hegemonía de los sectores radicales sobre el movimiento estudiantil. Ante ese panorama, la decisión política de La Moneda fue no ceder espacio a una demanda que consideran inviable, como es la gratuidad total de la educación pública. Demanda que los sectores más radicalizados lograron imponer como eje central de la discusión”.

El diario realiza una taxonomía que pretende caracterizar a estos líderes “ultras”:

“Proviene de liceos o colegios subvencionados, con puntajes en la PSU cercanos a los 550 puntos. Algunos fueron dirigentes el 2006, para el "Pingüinazo" y mencionan como error haber bajado el movimiento antes de obtener los cambios que pedían. Consultados por La Tercera, todos se declaran de izquierda o marxistas y aclaran que no militan en ningún partido. Critican a la Concertación, la Alianza y al PC por igual, acusándolos de no representar a la ciudadanía”.

Gráfico 8: actores



En el reportaje del 12 de noviembre del 2011, titulado “*La foto del nuevo capítulo de la crisis estudiantil*” se dice:

“Para la plana mayor del PC no pasó inadvertida la extensa conversación que sostuvieron Guillermo Teillier y Camila Vallejo, en una esquina del salón principal de la Fundación Gladys Marín, el sábado pasado. En medio del debate del IV pleno del comité central, el timonel del partido y la líder de la Fech se apartaron para analizar, una vez más, la proyección de un movimiento estudiantil que hacía semanas evidenciaba algunas muestras de fatiga”.

Nuevamente “Partido Comunista” es sinónimo de estudiantes. Nuevamente el movimiento estudiantil es presentado como una fuerza minoritaria y con intereses propios de un grupo político en particular. En el reportaje del 17 de diciembre, en el marco de las elecciones de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, donde resultó triunfante Gabriel Boric, se da a entender que si no se es comunista, no se logrará “articular el movimiento social”, dejando prácticamente la política universitaria encadenada a la fuerza del PC. Se titula: “*Boric y los herederos de la Surda*”. En el cuerpo se plantea:

“Desde la Confech, aseguran que el gran desafío de Boric será definir su rol en la confederación universitaria y crear alianzas -con los "ultra" o la JJ. CC.- para incidir en el movimiento estudiantil a nivel nacional. "Eso demostrará su real capacidad política y de proyección", señala uno de los líderes del sector más duro”.

Y no solamente los dirigentes estudiantiles con sus intereses propios y ajenos a una mayoría “silenciosa” que se opone a esta “minoría” vociferante; sino también, a todas aquellas personas que controlan y manipulan al movimiento estudiantil.

En el reportaje del 20 de agosto del 2011, titulado: “*Gabriel Salazar, el referente de la ultra universitaria*”, se retrata al historiador como “un referente ideológico” y “un invitado estelar para los grupos más radicalizados”, desconociendo toda existencia de bases y ciudadanos que adhieren al petitorio.

Se dice:

“El historiador Gabriel Salazar se ha convertido en uno de los invitados estelares de los foros que organizan los grupos más radicalizados de la Confech y que controlan buena parte de las federaciones universitarias. (...) Considerado por los grupos más ultras de la Confech como "un referente ideológico", Salazar ha dicho que la crisis estructural del sistema educacional y el proceso de empoderamiento ciudadano dan argumentos para que el movimiento avance ‘sin transar’”.

Por otro lado, se reitera el carácter intransigente del movimiento estudiantil, lo que desacredita su postura dentro del imaginario mediático. Su posición discursiva queda a merced de la clausura simbólica por parte de La Tercera.

Un reportaje del 17 de septiembre del 2011, un día antes de las celebraciones de Fiestas Patrias, titula así: “*El termómetro de la crisis estudiantil*”. En el cuerpo se puede leer:

“En las últimas semanas, los rostros más visibles de la Confederación de Estudiantes de Chile (Confech) no sólo han debido lidiar con la fuerte ofensiva desplegada por el gobierno, sino también con las críticas provenientes de los sectores más radicales de la propia entidad que representan. (...) En La Moneda hay ministros que creen que el desgaste de los dirigentes estudiantiles es inminente, y que por eso el gobierno sólo debe esperar para hacer pagar costos al movimiento (...) Los encuestados les reconocen a los estudiantes el diagnóstico sobre la situación educacional, aunque no los consideran los más idóneos para proponer soluciones al problema. Ante la consulta sobre los actores que, a su juicio, saben cómo mejorar la educación en Chile, el estudio indica que el 49% cree que los más capacitados son ‘los expertos en educación que no están en el gobierno’. El 25%, en tanto, estima que son los estudiantes y más abajo, con menos del 10%, aparecen el Colegio de Profesores, el gobierno y el Congreso”.

En el reportaje “*El guión del conflicto estudiantil*” del 1 de octubre del 2011, estructurado mediante declaraciones breves y cruzadas entre actores del petitorio ciudadano por la educación, se busca colocar a los estudiantes en una posición de intolerancia e intransigencia:

“Más de cuatro meses de paros, tomas y movilizaciones, un cambio de gabinete y propuestas de lado y lado debieron pasar antes que se abriera la posibilidad del diálogo. Entremedio, un

debate que copó la agenda política, donde han quedado al descubierto los vaivenes de los protagonistas y los puntos donde difícilmente se llegue a un acuerdo.

(...) Tras la primera marcha masiva, se produce una cita entre Lavín y la Confech, donde el ministro ofrece un fondo de revitalización para las universidades estatales, reprogramar el Fondo Solidario, bajar tasas de interés del Crédito con Aval del Estado y transparentar el lucro. El movimiento se radicaliza: ahora piden desde el cambio al binominal hasta la renacionalización del cobre. Y ponen el foco en el debate sobre el lucro, centrando su artillería en Lavín, fundador de la UDD”.

Sabemos que el lenguaje es régimen de sentido (Foucault, 2004; Verón, 1995). Las imaginaciones mediáticas operan como exacción: delimitan el espacio discursivo y material. De esta forma, la pieza periodística desconoce el ámbito de realización del ciudadano y a los propios estudiantes como intermediadores válidos en el espacio público.

La verdad de La Tercera

A diferencia de El Mercurio que institucionaliza el rol ejercido por la autoridad, la voz de ésta aparece, bajo la mirada de La Tercera, más cercana a “la persona” que ejerce un rango. Ejemplo: El Decano entrevista al “Ministro Vocero de Gobierno” mientras que La Tercera entrevista a “Felipe Bulnes”. Sin embargo, aquella cotidianidad y cercanía -en ningún caso- confisca una instalación de una realidad siempre hegemónica y contraria al imaginario social estudiantil.

El reportaje del 2 de julio del 2011 titula “*Los que marcharon no representan a todos los estudiantes*”. En el cuerpo de esta pieza se entrevista a Joaquín Lavín, en esa fecha, ministro de Educación. La voz de la autoridad –a través de la visión de una persona- nuevamente se hace presente:

"En cada marcha desde mi oficina escucho muy fuertes los gritos de los estudiantes. Obviamente que me afectan. Sin embargo, cuando terminan, pienso en los estudiantes que no salen a las calles y que son la mayoría", afirma el secretario de Estado, quien a ratos se ve relajado y en otros más serio. Su escritorio está repleto de papeles y las llamadas no paran”.

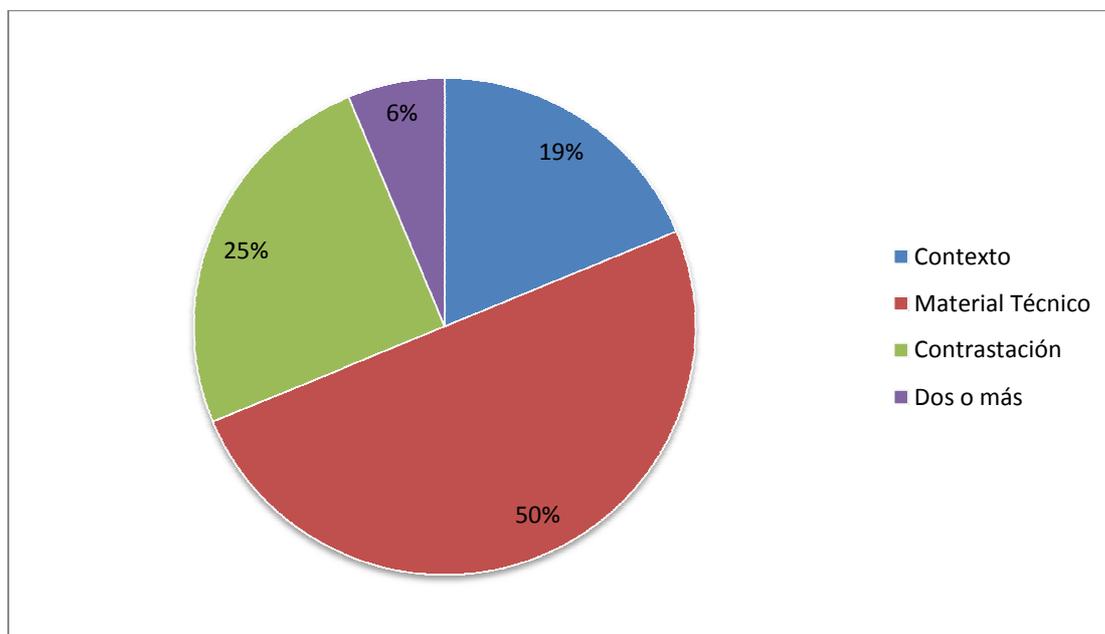
El recurso a la autoridad, devenido en persona “de carne y hueso”, instaura una estrategia narrativa que busca localizar dicotómicamente el problema educacional y la marcha por La Alameda: “Joaquín Lavín” está al lado de los estudiantes y no de los grupos de presión que perjudican a la mayoría:

“La gente está exigiendo un liderazgo fuerte y que las normas se respeten. Si nos dejamos llevar por los grupos de presión y aceptamos todo lo que se pide, terminaremos perjudicando al resto. Por ejemplo, hay 70 colegios en la Región Metropolitana, donde los alumnos de media están en paro y no dejan que los alumnos de básica vayan a clases. ¿Qué tiene que ver un niño en este conflicto? A veces, lamentablemente, al apostar por el diálogo estamos desconociendo el derecho a la educación de los otros. Por eso que lo que tiene que hacer el gobierno es poner orden”.

Un claro guiño a la clasificación de amigo (*Freund*) y enemigo (*Feind*) de Carl Schmitt (1984), sin duda. Como si la política se verificara en la oposición entre buenos y malos, y donde la autoridad puede y deber “poner orden”. Ahora bien, hay que precisar que la apelación al diálogo –como despolitización del conflicto- opera como argumento estructural del sistema político heredado de la dictadura. Pero esto supone una condición: los que acceden al diálogo y los que no. Los estudiantes movilizados ni siquiera aparecen como índice metonímico de “estudiantes” en plural. Más bien: se encuentran cercados en una interpretación punitiva y fáctica.

La apuesta mediática, en este sentido, consiste en “aislar” a “estos grupos de presión”, circunscritos a la violencia y la toma ilegítima de colegios. Con ellos, no vale el “diálogo”, y si lo vale, este se encuentra ceñido a aquella versión de mundo que administra el medio. No se clausura, por tanto, el pacto de la transición desde el diagrama medial, lo que se expresa es, sin embargo, la hegemonía de un modelo económico tras la erótica del orden y la pacificación (despolitización) social.

Gráfico 9: acreditación de categorías



¿Y esto cómo opera a nivel “consciente” del discurso editorial? Lisa y llanamente: La Tercera –toma la voz de la “gente”, el recurso tácito a una mayoría, para reclamar la restitución de aquel orden natural amenazado por disfunciones.

Las causas inauditas de la movilización por La Alameda

Tanto editoriales como reportajes dejan poco espacio a las causas de la movilización estudiantil durante el 2011. Aún más: tal como El Mercurio, La Tercera desoye la crítica al lucro como expresión de la realidad socioeconómica chilena, precisamente la demanda estudiantil respecto al conflicto de la educación. Solo hay disturbios y violencia.

Un 41% así lo acredita (7 referencias). Solo un 18% (3 referencias) a un componente cognoscitivo (ver gráfico 10). O sea, explicaciones lógicas y propositivas de los sucesos acontecidos. Del mismo modo, un 50% del tipo de representación del movimiento estudiantil (8 referencias) refiere a los efectos materiales de la manifestación en La Alameda (Teleológico A), incluso por sobre aquellos que refieren a los efectos de la movilización en general (ver gráfico 11). ¿Qué quiere decir esto?

Tentativamente: en el espacio material es posible situar las políticas punitivas de orden y castigo, allí se despliega la policía; no así, presumiblemente, en el espacio inmaterial de una movilización que interpela al poder político y al propio modelo económico.

La instalación de la realidad por parte de La Tercera imagina un modo de ser de los hombres donde las explicaciones no tienen cabida, sino solo, contingentemente (un 25% del total de reportajes alude a las causas de la movilización por La Alameda y solo un 12% a las causas generales de la movilización estudiantil). Dado los meses que duró el movimiento estudiantil durante el 2011, solo caben respuestas que se derivan de preguntas claramente circunscritas a la naturaleza ideológica de este medio en cuestión.

En el reportaje del 17 de junio del 2011, el titular se pregunta: “*de dónde viene el malestar*”. La respuesta es sorprendente.

“Twitter y facebook se han convertido en vehículos que facilitan la circulación del descontento, como ocurrió con las protestas de HidroAysén, que se tomaron por asalto la agenda. Mirando en perspectiva, en La Moneda estiman que la clase política había llegado tarde al debate medioambiental, que estuvo marcada por los eslóganes de la campaña de Patagonia Sin Represas. La discusión se polarizó entre ‘jóvenes idealistas’ y ‘empresarios indolentes’, y la central sirvió como catalizador de otros problemas, creen en el gobierno. No sólo eso. La red expandió rápidamente los factores más emocionales que racionales que estaban en juego en el debate y su uso permitió, de alguna manera, “empoderar” a quienes participaron en las marchas.

(...) En las movilizaciones, la red ha sido decisiva: tienen una potencia para convocar a la acción, a la presencia en manifestaciones. Este es un factor común a las movilizaciones del norte de África, de España, de Chile. En la conformación de alternativas viables, (la red) tiene casi nulo impacto: no permite una auténtica deliberación, una contra-disciplina alternativa a la del orden establecido. No hay que mitificar las tecnologías de información”, dice Martínez”.

En este reportaje se inculpa a *Twitter* o *Facebook* de la rapidez con que este tipo de movimientos proliferaron durante el 2011. Entonces, sin la presencia de estas tecnologías de la información, ¿no habría movilización?, ¿no habría descontento?, ¿qué quiere decir

que no hay que mitificarlas por no ser capaces de presentarse como una “contra-disciplina alternativa al orden establecido”?, ¿era su rol?

Gráfico 10: componentes de la representación

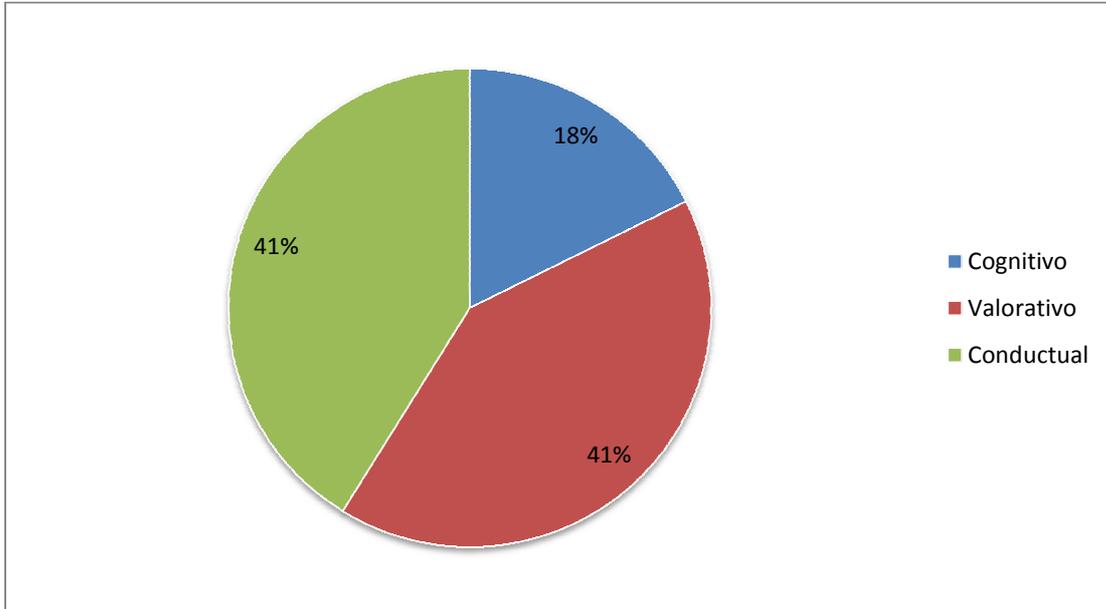
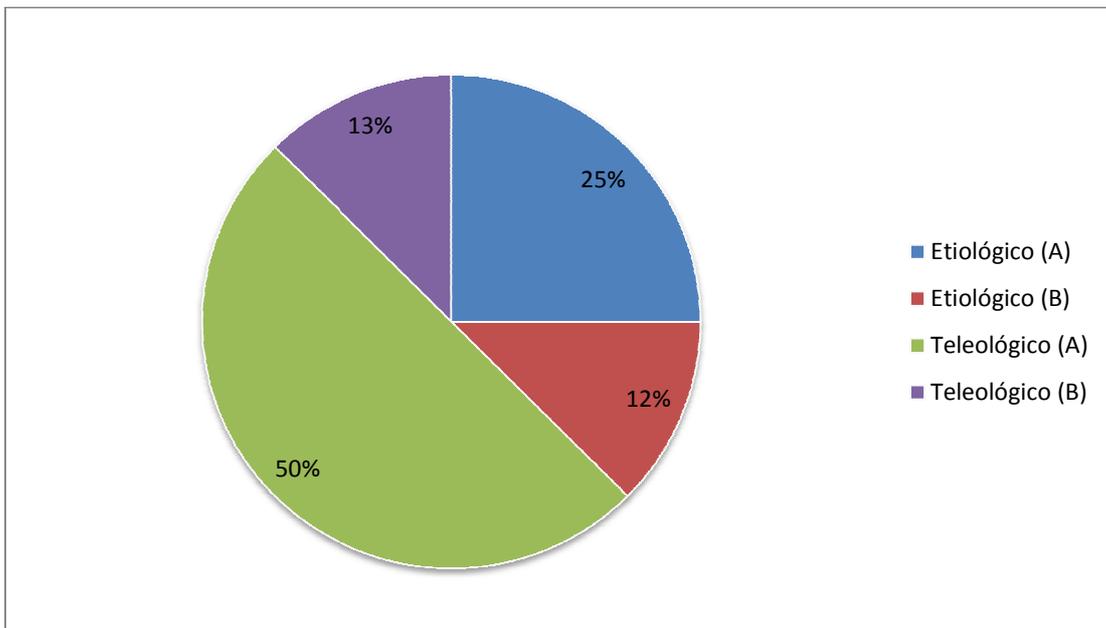


Gráfico 11: tipo de representación



Privando el derecho a La Alameda

¿Qué mundo posible despliega La Tercera en sus reportajes respecto a La Alameda?, ¿qué imagen de La Alameda obra como narración e imaginación en sus páginas?

Las cifras no son distintas de las que se reconocen en los editoriales y reportajes de El Mercurio (revisar capítulo VI). En este sentido, no hacen más que ampliar y precisar la puesta en escena de sus imaginaciones mediáticas.

Un 67% (cifra para nada diferente en editoriales y reportajes de ambos diarios) corresponde al espacio privado (10 reportajes) y solo 33% al espacio público (5 reportajes). Del mismo modo, un 45% alude al espacio tópico (9 referencias): aquel territorio conocido que hay que cuidar y preservar ante la emergencia de la barbarie y el caos (ver gráfico 13). Le siguen con un 20%, el espacio heterotópico y utópico (con 4 referencias para cada uno). O sea, el espacio de la barbarie y el espacio anhelado, perfecto e ideal, respectivamente.

Gráfico 12: ámbito tópico

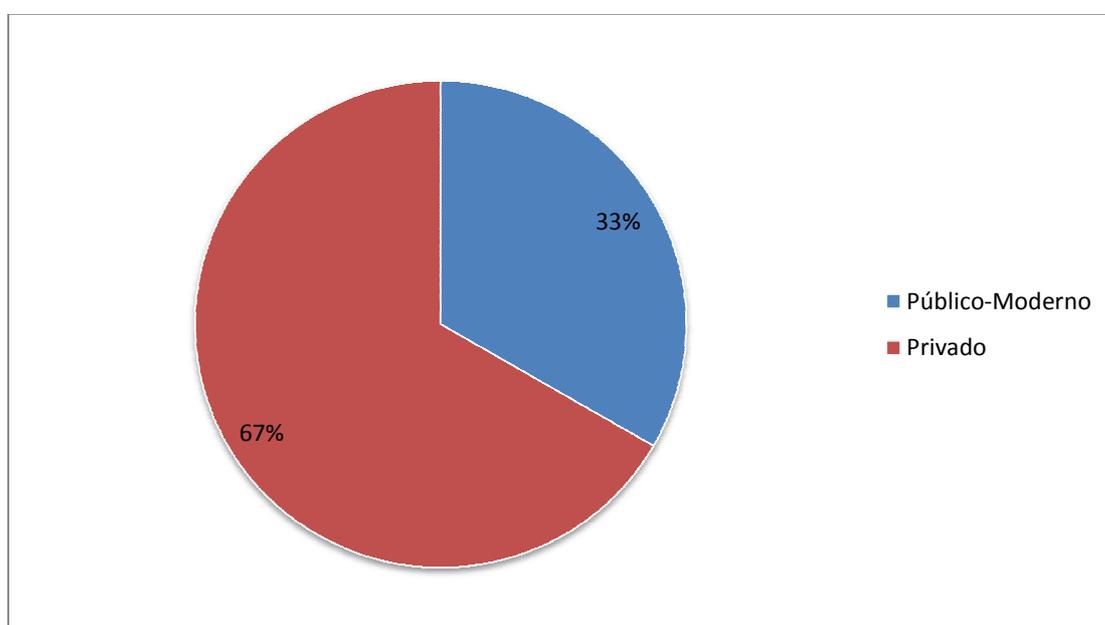
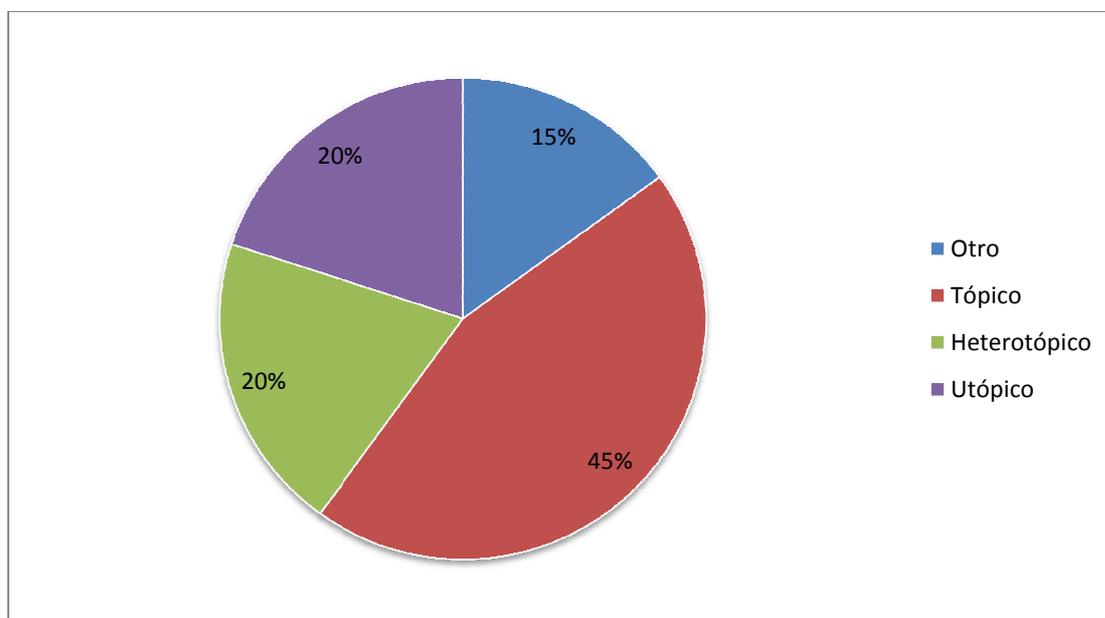


Gráfico 13: espacio representado



La Alameda aparece allí como un lugar privativo, dado el carácter que adquiere en la modernidad la espacialización del capitalismo (Lefebvre: 1972). Y en tanto espacio privativo, debe ser liberado de cualquier atisbo de transgresión o excepción, en este caso, de la excepción de la movilización estudiantil. Porque solo se es ciudadano, para La Tercera, cuando no entra en colisión con las promesas neoliberales: el emprendimiento, el consumo, la nuda vida liberada de la política.

La Alameda infausta bajo el crisol mediático

El número de editoriales, respecto al movimiento estudiantil en La Alameda, se despliega a lo largo de todo el 2011. En cambio, el grueso de reportajes, en ambos diarios, se centra en los meses de julio, agosto y septiembre. Durante el resto de los meses se dan con mayor frecuencia las crónicas y/o noticias.

Cabe destacar, en este punto, la progresión temática y la intensidad en la construcción de sus imaginaciones. No hay homogeneidad, por cierto, respecto al movimiento que se inicia en abril y el movimiento que termina en diciembre. La Alameda, sin embargo, acontece -imaginada y subordinada- bajo el claustro de una sociedad de mercado. El tragaluz mediático –dado los abastecimientos teóricos de la presente investigación- confirma

aquellos valores: la importancia de la autoridad, el valor del orden social, el espacio como transparencia y circulación, etc.

Podríamos recurrir a varios ejemplos paradigmáticos, al respecto, pero las portadas de El Mercurio y La Tercera del 5 de agosto del 2011 reflejan lo que hemos querido plantear en estos capítulos. Hay que señalar que aquellos días de movilización han sido recordados como una de las jornadas más violentas durante el 2011, no solo por la represión ejercida por las fuerzas de orden y seguridad, sino por las imaginaciones y los discursos desplegados por ambos diarios (ver introducción).

La portada de la Tercera resalta “los violentos disturbios en Santiago” con foto principal, pero acompañan a esta información, noticias que podrían ser catalogadas como desalentadoras “para el país”. Existe, por tanto, una asociación negativa entre los temas puestos en portada: la violencia en La Alameda a la par con la baja aprobación al Ejecutivo y el desplome de las bolsas de comercio.



Paralelamente, el Mercurio tiene como foto de portada los incidentes en la capital, pero el acento informativo está puesto en el Gobierno que “logra impedir marcha por La Alameda”. Asimismo, la información ocupa un espacio mínimo dentro de la portada a diferencia de otras ediciones como el rescate de los 33 mineros de la mina San José un año antes. O sea,

para El Decano, estas protestas se circunscriben a un ámbito delictivo, donde la institucionalidad actúa (Gobierno, policía) para restablecer el orden social.



De esta forma, ambos diarios realzan la violencia como principal aspecto de la movilización estudiantil (tanto en La Alameda como en otros lugares de Santiago centro y la periferia capitaliana)⁴³. La equivalencia imaginaria-simbólica de violencia-manifestación se hace patente como administración mediática tanto de editoriales como reportajes. No pocos recordarán las palabras del senador de Renovación Nacional, Carlos Larraín, en entrevista con El Mercurio el 6 de agosto, cuando afirmó que las marchas estudiantiles estaban compuestas por quienes eran “inútiles subversivos, que son los que tiran bombas molotov, le roban las cosas a las mujeres y no dejan que la gente llegue a sus casas”.

Ya no hay estudiantes marchando por La Alameda, hay “encapuchados” que se apropian de las calles. La transparencia de la vida cotidiana da paso a un compás gris de lacrimógenas, saqueos, carros policiales y cercas de contención. El revuelo mediático se acrecienta con el

⁴³ En cambio, curioso se hace el tratamiento de la marcha del 18 de agosto, conocida como “la marcha de los paraguas” la cual no presentó desordenes. Ambos diarios, en vez de centrarse en la manifestación y sus motivos, apuntaron hacia un gobierno “complaciente” que “felicitaba” a los estudiantes por manifestarse de manera tranquila y en paz. El tránsito prácticamente no se vio afectado ni los comerciantes cerraron sus locales. Para La Tercera, esto era “la verdadera democracia legítima”.

envió al Parlamento por parte del Ejecutivo de una ley que buscaba aumentar los controles y penas por desórdenes públicos⁴⁴, ampliamente conocida como “ley Hinzpeter”. En los meses más álgidos de la movilización (agosto y septiembre), tanto La Tercera, como El Mercurio avalan esta nueva normativa como estrategia punitiva de control⁴⁵.

El relato demoliberal es simple, pero a la vez complejo: imagina un Santiago antitético, porfía en la quimera fácil de una modernidad profética, donde solo cabe el paraíso del consumidor (Moulian: 1997). El consumo como retahíla y placer. El consumo como argumento compositivo del discurso de El Mercurio y La Tercera. El consumo como orden naturalizado de cierta ciudad legal.

Aquella fluidez de los deseos, dialoga con cuerpos y vehículos, pero no con estudiantes. En su dominio no caben marchas ni multitudes, sino individuos a paso rápido e indiferente. De esta forma, la consigna estudiantil de “no al lucro” no es admisible desde el verosímil mediático, así como la apropiación del espacio vivificando aquella consigna. Porque en estos conceptos habitan otras narraciones, otros imaginarios, otras versiones de mundo.

Dice Mayol:

“El eslogan era simple: “no al lucro”. Nació como mera referencia al incumplimiento de la legalidad en las universidades privadas, que por ley tienen prohibido lucrar, pero que en la práctica lo han hecho de modo a veces incluso confeso. Lo que había sido norma, ahora era escándalo. Luego el problema del lucro profundizó su sentido crítico: hizo referencia a la clara contradicción entre el derecho a la educación y su comercialización como ‘bien de consumo’ (expresado en palabras del propio Presidente Piñera). Pero finalmente emergió en la sociedad toda una resistencia al lucro, que por el caso La Polar tomó forma concreta, pero que en resumen dice: una de las dimensiones más profundas de la injusticia en Chile está en las relaciones económicas, en la enorme diferencia de poder, información y capacidad de

⁴⁴ Esta ley, todavía en el Congreso Nacional a la fecha de la escritura de la presente investigación, no solo abarcaba los desmanes con perjuicio a la propiedad privada, sino que incluso al hecho de tomarse un edificio o una calle sin autorización.

⁴⁵ El Mercurio lo hizo de una forma bastante sutil, que fue acompañar aquella noticia junto con otras igual de “benéficas” para los chilenos, como las regulaciones al descanso dominical, las rebajas en la tasa de interés de los créditos y la nueva ley “Camiroaga-Cubillos”. La Tercera, por su parte, acompañó frecuentemente la información con el apoyo de la Cámara de Comercio a esta reforma, que de acuerdo a ellos beneficiaba a los comerciantes pequeños, medianos y grandes porque no temerían abrir sus locales un día en que hubiese manifestaciones.

gestión de unos (las grandes empresas) y otros (los trabajadores, los consumidores)” (Mayol, 2011: 86).

La administración mediática responde a su naturaleza económica. Tanto El Mercurio y La Tercera, con sus peculiaridades y énfasis, imaginan (implícitamente) y representan (explícitamente) un modelo de sociedad que nuclea la propia vida, movilizandó la seguridad y la punición como garantía fundamental de aquel orden, “que vigila con detenimiento cualquier posibilidad de desorden, de mitin o desnudo que trate de romper la norma y quebrar la obediencia de un guion de trayectos únicos y repetidos que disciplina con semejanza y espera” (Richard, Ossa, 2004: 130).

Dice Ossa y Richard:

“La ciudad gobierna al Estado y este concentra en hacer efectiva una gobernabilidad disciplinaria que resguarda la senda de concentración del dinero: “la calle, inhibida de efectuar diálogos largos, se funcionaliza en torno a la información corta y precisa (...), mientras que los viajes reproducen la lógica de los modelos informacionales: input y output. Entrada y salida, que controlan con sus obligaciones el azar de la calle” (2004: 130).

Sinteticemos: las imaginaciones mediáticas porfían en una Alameda infausta, contaminada cuando el movimiento estudiantil ocupa sus arterias, al contrario de una Alameda tónica, transparente y pacífica cuando el *homo oeconomicus* la habita. El peligro siempre es constante, la emergencia de la barbarie está a la vuelta de la esquina. Al final de cuentas, en tanto exponentes del duopolio medial en Chile, estos diarios reconocen su compromiso institucional, arguyen el embelesamiento moderno, reafirman la hegemonía modélica, enaltecen el consenso como despolítica, y no dudan en exponer, narrar y acreditar discursos de castigo y disciplinamiento capaces de cancelar el caos que los amenaza.

Capítulo VIII (Las Grandes Alamedas)

Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor” (Salvador Allende, 1973)

“Las huellas no son sólo lo que queda cuando algo ha desaparecido, sino que también pueden ser las marcas de un proyecto, de algo que va a revelarse” (Arendt citando a John Berger, 1997: 9).

Las imágenes contrapuestas

Pletóricas son las posibilidades que anidan la convicción de pensar el espacio como un lugar evidentemente político. De ahí, que sus imágenes acuden a nosotros y nos plantean nuevas interrogantes e inquietudes:

¿Qué mundos posibles despliegan las imaginaciones mediáticas respecto a los espacios públicos en Chile?, ¿qué diferencias se establecen entre estos y los imaginarios con ocasión de los movimientos sociales en general?, ¿coinciden o hay diferencias sustantivas?

Lo cierto es que La Alameda es una imagen confrontada, que expresa todas aquellas batallas que se libran en su nombre, percepciones e historias, narraciones de un Chile demoliberal. Dado el análisis propiciado en el capítulo VI y VII, la principal arteria capitalina, desde el prisma mediático, aparece como un lugar preferente de tránsito del capital, humano y simbólico, cuya transgresión, alerta a los mecanismos de seguridad.

¿Cómo ocurre aquello?, ¿cuáles son las operaciones discursivas que constituyen y caracterizan aquel mundo posible?

- 1) *Estudiantes y violentistas*. Inicialmente, El Mercurio y La Tercera utilizan una terminología estandarizada, propia a todas las noticias relacionadas con marchas y manifestaciones. Sin embargo, a medida que el movimiento adquiere fuerza “intempestiva”, nomenclaturas como “violencia”, “desmanes” o “violentista” se hacen recurrentes tanto en editoriales como reportajes⁴⁶. La profusa utilización de

⁴⁶ Asimismo, la mención al número de asistentes a cada manifestación es un ejemplo concreto de aquella operación discursiva. Sin realizar un estudio pormenorizado en torno a esto, se manifiesta la porfía de

material técnico, así como el recurso de la voz institucional y experta, en el caso de los reportajes, permite acreditar la visión de mundo de ambos diarios, o sea, aquel verosímil hegemónico de orden y paz.

- 2) *Individuación del movimiento estudiantil. Mayoría y minoría.* Ni La Tercera, ni El Mercurio “hablan” de un movimiento ciudadano o social que aspira a una “educación gratuita y de calidad”, y que para ello utiliza La Alameda como un escenario de legítima manifestación. Todo lo contrario: se refieren a un movimiento estudiantil liderado por ciertas figuras políticas como Camila Vallejo o Giorgio Jackson. Como tal, el concepto de una “mayoría” no representada se contrapone, bajo el crisol mediático, a estos grupos de presión “secuestrados” por partidos políticos como el PC o sectores ultras.
- 3) *No hay causas “entendibles”, solo efectos materiales.* En atención al concepto gramsciano de hegemonía, además de los aportes de Michael Foucault (2004), el discurso medial opera delimitando el acceso a la palabra: la demanda estudiantil “es imposible” dado el imperativo neoliberal. Aquella versión de mundo no admite cuestionamiento alguno. Los que se oponen son “intransigentes” y “violentitas” cuando precisamente ocupan La Alameda y perturban la “cotidianidad”, “el tranquilo vivir” y además perjudican el progreso del país⁴⁷.
- 4) *El orden primero, la democracia después.* Delimitado el espacio discursivo, la apelación a la punición es la condición necesaria para resguardar tanto la distribución de cuerpos, como la circulación de bienes. Allí se erige la marcha imperturbable hacia el futuro, “el fin último de Chile (...) la erótica del crecimiento por sobre la felicidad” (Mayol, 2011: 85), en una “Alameda” que debe ser liberada del caos y la heterotopía (por tanto, lo *propio* es el orden y lo *otro* es anomia).

relativizar la cantidad efectiva de asistentes, por tanto, del apoyo mayoritario al movimiento estudiantil durante el 2011.

⁴⁷ La nomenclatura utilizada ya la utilizó la prensa en dictadura, como lo testimonia, por ejemplo “El diario de Agustín”.

Dichas operaciones mediáticas asientan una interpretación del espacio de La Alameda en profunda concordancia con los fundamentos de una modernidad como intelección del mundo. En ese marco, es posible traer a discusión -a propósito de lo planteado en el capítulo III- algunos conceptos necesarios para leer la ciudad como *narración* y como *distinción*.

La modernidad corrupta: entre la policía y la política

El espacio deslocalizado, es un espacio *otro*, ocupado por la imagen *ad hoc* de los tiempos modernos: los campos de concentración. Giorgio Agamben (2003) ofrece esta metáfora conceptual para interrogar al presente en torno a la ubicación/pérdida del espacio. Es decir, allí cuando la urbanización parece desplegarse incomparablemente en la historia, aquello que la habría fundado parece haberse retirado en el silencio que rodea todo destino. Cierta panegírico de fatalidad, un hálito de tragedia contemporánea que devela el cariz de nuestros tiempos.

Lo planteado en el capítulo VI y VII, imposta la fórmula moderna: las imaginaciones mediáticas de la prensa hegemónica reiteran la *des-espacialización de La Alameda*, tal como plantea Jesús Martín Barbero (2002). Más aún: reiteran la *des-espacialización de La Alameda* y *entronizan, al mismo tiempo, cierta concepción de lo que debe ser el espacio como dispositivo de control y vigilancia*.

La operatoria analítica de Michael Foucault es pertinente, en este punto, ya que nos permite desentrañar esta telaraña mediática: silencia lo público y enaltece lo privado. El diagrama moderno impone el silencio, encarcela al pasado en un presente continuo que mira al futuro como promesa incesante, pero vacua.

En el curso impartido entre enero y abril de 1978, el autor francés rastrea y problematiza el nacimiento de una nueva tecnología de poder, “la seguridad” que es propia de la racionalidad liberal moderna, o sea, de la instauración del estado moderno. A partir de su puesta en marcha en el siglo XVIII, Foucault sitúa el análisis genealógico en el marco del estudio de la gobernanza de los hombres: la cuestión del gobierno atiende menos a la soberanía sobre el territorio (concepción clásica) y más a la regulación de las poblaciones (a

partir de la noción fisiocrática del gobierno económico). Allí reconoce el surgimiento de la ciudad moderna como espacio de circulación⁴⁸: frente al desarrollo de esta como especificidad jurídica y administrativa “que la aislaba o la marcaba de una manera muy singular con respecto a las demás extensiones y espacios del territorio” (2006: 28); la ciudad moderna se caracteriza por la superposición del Estado soberano, el Estado territorial y el Estado comercial.

El autor cita a *La Métropolitée* un texto escrito por Alexandre Le Maître en el siglo XVII, que plantea los problemas acerca de esta nueva concepción de ciudad respecto a su espacialización, la ubicación de una capital que permita el libre tránsito de bienes, ideas y personas: ¿es preciso que un país tenga una capital? ¿Y en qué debe consistir esa capital? A continuación, Le Maître percibe de diferentes maneras la relación entre esta capital y el resto del territorio:

- a) “Debe ser una relación geométrica, en el sentido de que un buen país tiene, en suma, la forma del círculo y la capital debe situarse en el centro de éste
- b) En efecto, y aquí aparece la segunda relación, es preciso que la capital mantenga con el territorio una relación estética y simbólica. Ella debe ser el ornamento mismo del territorio.
- c) Pero la relación también debe ser política, en el sentido de que las leyes y ordenanzas deben tener en el territorio una especie de implantación tal que ningún rincón del reino escape a esa red general constituida por las leyes y ordenanzas del soberano.
- d) Es menester, asimismo, que la capital tenga un papel moral y difunda hasta los últimos confines del territorio todo lo que es necesario imponer a la gente en materia de conducta y maneras de actuar. La capital debe dar el ejemplo de las buenas costumbres. Debe ser el lugar donde los oradores sagrados sean los mejores y se hagan oír de la manera más eficaz, así como la sede de las academias, pues las ciencias y la verdad deben nacer en ella para difundirse por el resto del país.

⁴⁸ Entre las causas que provocan el desenclave de la ciudad como especificidad, Foucault cuenta el crecimiento del comercio, el aumento demográfico urbano, el desarrollo de las técnicas militares, y la necesidad de intercambios permanentes entre la ciudad y su entorno inmediato. Ver Foucault, Michael (2006). *Seguridad, territorio y población*. Edición establecida por Michel Senellart. Fondo de Cultura Económica, Argentina, Buenos Aires.

e) Y para terminar, un papel económico: la capital debe ser el ámbito del lujo a fin de constituir un foco de atracción para las mercancías que llegan del extranjero, y al mismo tiempo es preciso que sea el punto de redistribución comercial de una serie de productos fabricados, manufacturados, etc” (Foucault, 2006: 30-31).

Entonces, la ciudad del siglo XVIII ya satisface un caudal de problematizaciones en torno a la soberanía y su relación con el territorio y la circulación comercial⁴⁹. Esto se complejiza si reconocemos la tensión moderna entre ciudad y política toda vez que esta tensión despliega el espacio productivo sustraído del espacio de lo público. Este, a su vez, es reducido al escenario mediático, por donde se despliegan los flujos massmediáticos que descorporizan la ciudad. Entendida así, la ciudad “agotada por la virtualidad de las escenas”, padece su desintegración: “la urbe programada para funcionar, diseñada en cuadrícula, se desborda y se multiplica en ficciones individuales y colectivas. Las ciudades no se hacen solo para habitarlas, sino también para viajar por ellas” (Richard & Ossa, 2004: 129).

La Alameda –es leída- por La Tercera y el Mercurio como un espacio *otro* cuando las movilizaciones estudiantiles del 2001 tiñen de grisáceo la presumible transparencia de la fluidez inmaterial de la modernidad: cuando La Alameda es recuperada como *acontecimiento*, emerge la heterotopía como condición infausta de la incerteza y la inseguridad. Así explica Rossana Reguillo respecto a la violencia urbana, principal rostro de la inseguridad citadina: “en el afán por semantizarla (nombrarla) y someterla, la tendencia principal es la de hacer su epidemiología, de acuerdo a espacios, temporalidades y horarios en los que estas violencias despliegan su rostro de muerte” (2006: 36).

Ante ello, la *gubernamentalidad*, o sea, el conjunto de técnicas, procesos y dispositivos tendientes a la administración de la seguridad en el Estado moderno (Foucault, 2006), despliegan su control para confiscar la “violencia” y devolver su teñir transparente a la circulación de bienes, cuerpos y vehículos.

⁴⁹ En suma, para Foucault, “el problema de Le Maître es el siguiente: cómo consolidar un Estado bien capitalizado, vale decir bien organizado en torno de una capital, sede de la soberanía y punto central de circulación política y comercial (...) Sea como fuere, en ese texto la ciudad se piensa en función de las relaciones de soberanía que se ejercen sobre un territorio” (2006: 33).

Así, estos medios construyen una vivencia particular en torno al gobierno de la vida: son el custodio de la “normalidad” en la ciudad. O sea, inquietan la protección de lo privado como garantía de lo tópico (propio) y, al mismo tiempo, exigen la presencia de la racionalidad gubernamental que restituya la seguridad y la certeza a través del control de la población: el espacio –desalojado de ensoñaciones públicas- debe servir a la circulación incesante del capital, así como de los cuerpos que la acrecientan. Solo así es posible resguardar la normalidad de la vida despolitizada manteniendo la calle a resguardo.

De esta forma, las imaginaciones mediáticas dictan un *modo de ser* del buen vivir ciudadano, reiterando así el proyecto moderno que salvaguarde la utopía de un futuro impracticable. Las murallas simbólicas del orden social hallan su comparecencia en los editoriales y reportajes de La Tercera y El Mercurio:

- La normalidad es la circulación transparente, y la anormalidad es la incerteza de un territorio inseguro.
- El paraíso del consumidor (en palabras de Moulian) se halla en el espacio tópico, en cambio, el páramo del ciudadano es recusado en tanto espacio heterotópico.
- O sea, cuando el ciudadano se encuentra en el abismo del acontecimiento, se suspende su palabra, palabra que solo ha existido en el misticismo de una modernidad contradictoria.

Respecto a esto, cabe un discurrir central: cuando el espacio tópico se ve amenazado por el espacio heterópico, no solo urge el despliegue de los procedimientos disciplinarios y de seguridad, sino que, también, el recuse de quien posee la palabra y que precisamente es el portador (es) de la inseguridad, estableciendo una etiología explicativa: “toda inseguridad tiende a ser asociada a ciertos actores que son pensados como responsables del deterioro (social) y del caos (urbano)” (Reguillo, 2006: 37).

“Encapuchados”, “violentistas”, “intransigentes” resuenan en las páginas de estos medios como aquellas *alteridades amenazantes* que hay que purgar del espacio urbano. Aquí es prioritario volver a Jacques Rancière para situar la relación entre reconocimiento simbólico en tanto lugar de realización.

Si el habla es política, no todos tienen derecho a ella, del mismo modo que, si el habla es situada, no tienen derecho a aquel espacio que emerge precisamente por medio de la palabra. Acusar el daño, afirmar su politicidad, *ergo*, es acusar la visibilidad social, o sea, el derecho a existir, pues el lenguaje propiamente tal -y no ruido- es *logos*: en tanto *logos* es palabra que designa su escucha, como también, su cuenta, que se toma en consideración.

El autor incorpora el concepto “policía” para determinar este acceso discursivo: los que tienen derecho a hablar y los que no. Este término, por tanto, no evoca solo a las fuerzas disciplinarias del orden estatal, sino, a un reparto de lo sensible:

“La policía es, en su esencia, la ley, generalmente implícita, que define la parte o la ausencia de parte de las partes. (...) La policía es primeramente un orden de los cuerpos que define las divisiones entre los modos del hacer, los modos del ser y los modos del decir, que hace que tales cuerpos sean asignados por su nombre a tal lugar y a tal tarea; es un *orden de lo visible y lo decible* que hace que tal actividad sea visible y tal otra no lo sea, que tal palabra sea entendida como perteneciente al discurso y tal otra al ruido” (Rancière, 1996: 44).

La policía implica, entonces, un establecimiento de las ocupaciones, espacio de distinciones que reglamentan el aparecer de los sujetos en tanto sujetos sociales. En el marco general de la presente investigación, diremos que:

- Los líderes secundarios, al acusar un orden ilustrado - no reconocible en el espacio moderno-neoliberal, no solo despliegan su propia contradicción (en tanto que modernos), sino que, resitúan un escenario de interlocución común: quieren ser parte del espacio discursivo a partir de la apropiación de La Alameda.
- El Mercurio y La Tercera-al desplegar sus imaginaciones mediáticas respecto a La Alameda- autorizan y desautorizan el ingreso discursivo, según sea, a partir de sus propias condiciones de producción. Bien sabido es ya, la naturaleza de dichas condiciones, lo que echa andar esas imágenes contradictorias.
- Dado lo anterior, estamos frente a un regreso de la política (en el sentido que reconoce Mayol y Rancière).

¿Qué emerge en todo esto? Ya Carlos Ossa establece las claves de lectura respecto a la arquitectura medial en el Chile de posdictadura:

“El periodismo escrito y televisivo en Chile se ha manejado con el mecanismo del pensamiento urgente, es decir, ha hecho de la contingencia una defensa fundamental evitando los repliegues o los giros amenazantes que supongan el retraso de la fluidez, el acuerdo y el rédito. Su único destino es parecerse a lo que narra, no importando la multiplicidad de ecos y sombras, la variedad de gemidos y delitos, pues todos remiten a un verosímil carcelario condecorado con su fuerza, kitsch y megalomanía económica. El periodismo, a pesar, del disfrute diario que realiza del grotesco y de los esfuerzos por construir una heteronomía de lo popular contrabandeada como identidad secular y grasienta, funciona al modo de una lengua constitucional, una breve y a ratos furibunda “razón de estado”, legalizando el marco consociativo de la transición y el contenido de su pacto: la sobrerrepresentación de las minorías políticas y sociales” (2000: 63-64).

Si bien, aquellas reflexiones se localizan a inicios de la década del 2000, el análisis es perfectamente reutilizable en el contexto del 2011: reconocemos la permanencia de cierto *ethos*, de cierta vocación mediática fundada en la transición: proteger el modelo (remendarlo cuando más), la fluidez de los deseos, la imperturbable marcha hacia el futuro:

“La transición no acabó porque nunca fue, ocupando su forma se instaló un espectro jurídico, un realismo policial, cercando la corriente de las pasiones y reduciendo la urbe a tareas de entretención y consumo. La calle debía ser corregida y de ella ahuyentada toda pretensión de igualdad, lo democrático del relato periodístico, su celebración ciudadana, fue restringir lo público a aventura, delito y erotismo cínico” (Ossa, 2000: 62).

¿Espacio privado o espacio público? La vieja disputa adquiere actualidad en La Alameda, entre editoriales y reportajes, el territorio urbano despliega su vocación de batallas simbólicas y materiales.

La Alameda y los medios: los estudiantes secundarios también imaginan

Pero no solo se confrontan las imágenes propias del espacio imaginado, también los lugares de enunciación desde donde se despliegan dichas imágenes. Esto es, los regímenes de mirada que conforman el dispositivo medial. Hay que hablar de esto, para entender el

emplazamiento de la ciudad dentro del diagrama moderno de la mano de la propia ubicación del dispositivo mediático en la estructura social. Simplemente: ¿cómo imaginan los estudiantes a los que imaginan la ciudad de manera preferente?

La respuesta a esta interrogante se encuentra atravesada por los intereses que representan, dentro de la sociedad chilena, los medios de comunicación, en general, y de la prensa, en particular⁵⁰. A su vez, el reconocimiento, por parte de los líderes estudiantiles secundarios, de una imagen “negativa” de la prensa hegemónica respecto a la movilización estudiantil en La Alameda. Ante todo, se asimila “medio de comunicación” como “opositor” a los intereses del movimiento.

José Soto, por ejemplo, relaciona la cobertura mediática al perfil conservador de la mayoría de los medios:

“Los editores son bastante conservadores. Están muy dados al status quo y no están de acuerdo en mostrar muchas cosas. Me pasó muchas veces que les preguntaba a los periodistas y ellos me decían: que el problema no era lo que hacían ellos, que ellos enviaban la grabación, pero quien decide qué va y no, es el editor. Ellos reaccionan a intereses, que si son suyos, bastante conservadores, y que si no son suyos, son los de su jefe”.

Camilo Ballesteros, a su vez, pone el acento en la relación directa entre atención mediática y el propio escenario de movilización:

“La Alameda tiene otra importancia, o sea, la distancia que tiene, dos calzadas muy amplias, donde cabe mucha gente. Yo creo que las fotos con la Alameda llena eran fotos muy impactantes. Yo creo que son una suma de factores que hacen más interesante marchar por La Alameda que por otros espacios”.

Del mismo modo plantea:

“El gran problema radica en que finalmente en Chile todos los medios de comunicación se plantean como medios objetivos, pero sin embargo, gran parte de los medios tienen una línea editorial y una opinión súper clara, lo cual lo encuentro positivo, pero sin embargo, muchas veces se termina escondiendo la intencionalidad hablando desde una supuesta objetividad y

⁵⁰ Una genealogía más o menos histórica se encuentra en Ossandon, Carlos y Santa Cruz, Eduardo (2001). *Entre las alas y el plomo. La gestación de la prensa moderna en Chile*. Ediciones Arcis- Dibam- Lom, Stgo.

eso es complejo. Y es complejo, sobre todo, cuando uno le pregunta a los jóvenes cuáles son los factores que determinan su posición política, los factores número uno son su mamá, después su papá y número tres, son los medios de comunicación. Entonces, es súper complejo cuando los medios -hablando desde una supuesta objetividad- terminan instalando una verdad”.

Los estudiantes secundarios entienden la importancia del foco medial respecto a la propia movilización estudiantil. No es posible, por tanto, soslayar la cobertura de la cual disponen los medios de comunicación. Freddy Fuentes señala:

“El tema de la prensa es importante. Es el medio a través del cual se llega a más gente. A pesar de todos los esfuerzos que hacíamos por difundir, nosotros teníamos claro que son los que tienen mejor llegada a la gente y por donde nosotros transmitíamos muchas cosas (...) si la prensa mostraba media hora de destrozos y 15 minutos de la reunión, la gente se quedaba con lo primero, y no tenía sentido que nosotros estuviéramos en una reunión; si la prensa en su momento mostró que el ministro de educación Joaquín Lavín tuvo que salir del cargo, la gente se quedó con la impresión que por nosotros se sacó a un ministro”.

Cada vez más se piensa la totalidad de la vida desde el crisol mediático. La importancia de los medios de comunicación deviene de su capacidad de construir las versiones de la realidad (Alsina: 1989; Santa Cruz: 1997; Richard & Ossa, 2004). Es más, desde el trabajo teórico de Jesús Martín Barbero (2002) situamos la naturaleza del dispositivo mediático como configurador cultural que impacta en los procesos de subjetivación, así como en el conjunto de las relaciones sociales. El espacio, por tanto, se vuelve un verosímil, un relato que se juzga verdadero cuando el medio despliega su acreditación en forma de datos y estudios. Los estudiantes, al tanto de dicha situación, reconocen la ubicuidad mediática, al mismo tiempo que recusan aquel verosímil precisamente cuando éste los invisibiliza como actores legítimos. La Alameda ha sido el escenario, pero la batalla es desigual, sin duda. Aún así, el malestar moderno acontece, pese a las operaciones mediáticas que han obrado como silenciamiento o distorsión.

El medio de comunicación es construcción de sentido, pero no es posible relegar la manifestación estudiantil del escenario central de disputa simbólica. Allí la ciudad, allí la

Alameda reiteramos. Dado el imaginario estudiantil secundario reconocible desde su condición sedimentada (ver capítulo V), podríamos resumir:

- El imaginario estudiantil secundario reitera un orden ilustrado cuando se manifiesta por La Alameda: esta aparece como el espacio público desde donde el ciudadano reclama su derecho a voz.
- El imaginario estudiantil secundario se reconoce como autopresentación: el movimiento -es leído por sus líderes secundarios- desde la heterogeneidad y la homogeneidad. Esto es, la composición plural (pero mayoritaria) del movimiento como fortaleza, y el encausamiento de una demanda unitaria y convocante, respectivamente.
- Pero el imaginario estudiantil, al mismo tiempo que despliega en tanto *ethos*, que reconoce al estudiante como sujeto- actor racional; también lo hace en tanto *pathos*, que legitima otras formas de lucha como la violencia callejera en tanto expresión de violencia política: el “malestar” escenificando las calles y condensado en la figura del encapuchado.

La violencia se justifica precisamente cuando se demanda el derecho a ser visto o visibilizado a partir de la propia violencia que se reconoce en el escenario simbólico de reconocimientos mutuos: el discurso del modelo económico enquistado como totalidad de las prácticas sociales, y que se vivifica respecto a la mercantilización de la educación (capítulo II).

La paradoja es evidente: la educación es el motivo a través del cual se moviliza el estudiante, en el espacio público, para demandarle a la democracia un conjunto de derechos que no están siendo garantizados plenamente (o bien, que están siendo vulnerados). Para ello, moviliza todas aquellas energías humanas, materiales e imaginarias para superar, en último caso, los límites de lo posible. Desde cierta literatura crítica, interpretamos que, lo que allí se verifica, es aquella ambigüedad de origen que constituye la experiencia democrática: el lugar inocuable de la incerteza y la indeterminación (Lefort: 1990).

No es posible constreñir el análisis, por tanto, cuando emerge la manifestación callejera como acontecimiento (violencia expresada, por ejemplo, en las barricadas o en “la toma” de colegios). Pese a la obstinación de la prensa hegemónica (La Tercera y El Mercurio), la latencia del descontento, que hablara Mayol (2012), resuena en el territorio urbano: la ciudad emerge confrontada cuando aparece la política, en especial, respecto a la propia arquitectura institucional y su consolidación de posdictadura. En este sentido, si la transición celebró el consenso como sustracción de la política, los estudiantes movilizados en La Alameda durante el 2011, hilvanaron la política como sustracción del consenso.

Algo así como un retorno de lo político acontece cuando se despliega el conflicto: el litigio y la diferencia como condición de posibilidad de la democracia (Ranciere: 1996; Mouffe: 1999). Es ahí donde es posible pensar el movimiento estudiantil respecto a La Alameda a la luz del recorrido teórico y analítico realizado: el litigio es la incerteza de un espacio vuelto heterotopía, bajo el tragaluz de El Mercurio y La Tercera, pero al mismo tiempo, desde otra esfera de análisis, constituye una potencialidad de cambio y transformación. O sea, lo que el verosímil mediático localiza como violencia y desorden, es ya una posibilidad contra hegemónica, porque volver a cuestionarse lo normalmente indiscutible hace posible imaginar otro futuro (Reguillo: 1996 en Martín Barbero: 2002). Probables hipótesis podrían concurrir en este punto, pero cualquiera sea el caso, el movimiento estudiantil ha visibilizado (y subvertido, quizás) la transparencia de la vida despolitizada y su promesa trunca de orden y consumo.

Volvamos a Foucault (2004), y reiteramos todo lo que está en juego cuando hablamos de discurso y poder: una trama de sentido, que reconoce a los agentes, así como los lugares desde donde se constituyen las relaciones sociales.

Contra la fugacidad del presente

Hemos vuelto nuestra mirada sobre el espacio público, pero muchas preguntas asoman su testa con ocasión de la movilización del 2011. Algunas deducibles, otras inabarcables: ¿cómo pensar un movimiento -que piensa precisamente el espacio urbano- desde lo heterogéneo más allá de la fugacidad del presente?, ¿cuándo la movilización -en propiedad- se asume como agente de cambio y no solo en su estetización coyuntural?

Foucault, ofrece una mirada inquietante al respecto: cuando distingue entre seguridad y disciplina⁵¹ -como aquellas técnicas de control de las cuales se sirve la gubernamentalidad-, establece que el espacio propio de la seguridad se yergue en torno al reconocimiento de acontecimientos posibles. O sea, desde un marco polivalente, se reconoce lo temporal y lo aleatorio que se inscribe en un espacio dado. Contrario (pero complementario) al procedimiento disciplinario, que se ejerce sobre los cuerpos, el dispositivo de seguridad “deja hacer” (no todo, pero reconoce la permisividad como indispensable):

“En el dispositivo de seguridad (...) me parece que se trata justamente de no adoptar ni el punto de vista de lo que se impide ni el punto de vista de lo que es obligatorio, y tomar en cambio la distancia suficiente para poder captar el punto donde las cosas van a producirse, sean deseables o indeseables. En resumen, se intentará aprehenderlas en el nivel de su naturaleza, o, mejor dicho –en el siglo XVIII la palabra no tiene el sentido que le damos en nuestros días-, en el plano de su realidad efectiva. Y el mecanismo de seguridad va a funcionar a partir de esa realidad, al tratar de/ utilizarla como punto de apoyo y hacerla actuar, hacer actuar sus elementos en relación recíproca”. (2006: 69)

En otras palabras: el espacio de seguridad sin prohibir, prohíbe, pues de antemano establece el marco regulatorio de posibles acontecimientos. Entonces, ¿cómo podemos argüir que el movimiento estudiantil del 2011 y sus imaginarios ya no han sido fabulados por los tragaluces de la modernidad en tanto movimiento contradictorio? Quizás la anormalidad de la manifestación es la normalidad del precepto moderno.

Dichas cuestiones –severas en su profundidad- establecen un marco analítico interesante en torno a estos problemas. Sin embargo, cuando operamos en imaginarios, no discutimos la certeza de acciones sociales futuras en el espacio material, sino tan solo, develamos las particularidades de un pensamiento otro que aparece, tras el tragaluz normativo o estatuido:

⁵¹ Revisar bibliografía en extenso del autor como *Vigilar y Castigar: nacimiento de la prisión* Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2008; *Historia de la sexualidad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2008; *La gubernamentalidad* en Foucault, M. *Espacios de poder*. Madrid, La Piqueta, 1991; *Nacimiento de la biopolítica*. Curso en el Collège de France: 1978-1979. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2007.

- El imaginario estudiantil secundario exige –materializado como discurso- el cumplimiento de la promesa democrática (Roszanvallon: 2007). O sea, el reconocimiento del derecho a la educación como garantía de libertad e igualdad (y dignidad). Habría que analizar en este punto, por ejemplo, la naturaleza de dicha asociación: ¿qué imaginarios se movilizan respecto a estos conceptos?, ¿qué sedimentaciones son posibles reconocer?
- El imaginario estudiantil secundario se piensa respecto a un posible, no una utopía (Taylor: 2006). En este sentido, la demanda por una *educación gratuita y de calidad* operativiza una versión de mundo que puede y debe responderse por parte de la autoridad.
- El imaginario estudiantil secundario reconoce al estudiante como un agente de lucha y transformación (¿se reitera aquella idea del estudiante como vanguardia que lidera el avance social?). Entonces, no solo hay demandas “legítimas”, sino también, un lugar prioritario de enunciación que reprende en la calle el cumplimiento de dichas demandas.

Los imaginarios prefiguran su hacer práctico, es cierto, pero no es condición normativa de realización. Entendiendo esto, solo nos queda la querrela del presente, para pensar nuestra propia experiencia ciudadana, expectantes en el curso de los acontecimientos futuros.

Las grandes Alamedas (a modo de conclusión)

“No me voy de esta ciudad con la resignación de los visitantes en tránsito

Me dejo atar, fascinado por ella

a los recuerdos del presente:

cosas que no tuvieron, por definición, un futuro pero que, ciertamente, llegaron a envejecer, pues las dejo a sabiendas de que son, tal vez, las últimas elaboraciones del deseo, los caprichos lábiles que preanuncian la vejez” (Lihn, 1986).

Enrique Lihn ya lo advertía en su poema *Pena de Extrañamiento*, la ciudad devela su condición narrativa: se lee una y otra vez cuando sus ciudadanos la sueñan y la confrontan. Aún cuando la modernidad -como intelección del mundo- ha argüido la desaparición del

espacio (Casullo, 1999), la guadaña de la imaginación inscribe el deseo semántico. Quizás tan solo otros pactos de lectura. Nuevas formas o antiguos recuerdos dibujándose entre retazos:

“Advertimos hoy una ciudad fragmentada en miles de "citas" y de reenvíos que conviven en sus espacios haciendo de la ciudad una auténtica obra de collage: los espacios de la política, de la convivencia y del conflicto, de la comunicación, del hábitat, de la educación. En suma, el espacio de la individualización misma se mezcla e hibridan en una polisemia tal que la comprensión de ella, como un único "lugar antropológico", cada vez parece disolverse de manera irremediable” (Rodríguez, 1999: 13-14).

La ciudad no es la certeza de un camino acabado, un lugar inocupable, una confiscación, por el contrario, es creación constante del pensamiento. Lo anterior revela lo que hemos venido hablando desde el capítulo I: la ciudad es construcción imaginaria, edificio sígnico que soporta y devela múltiples miradas. Ya lo refería Kevin Lynch: “(la ciudad) no es sólo un objeto que perciben (y quizás gozan) millones de personas de clases y caracteres sumamente diferentes, sino que es también el producto de muchos constructores que constantemente modifican su estructura porque tienen sus motivos para ello” (2000: 10).

Así lo confirma Lefebvre:

“Espacio (social) no es una cosa entre otras o un producto entre otros; en su lugar subsume cosas producidas e incluye sus interrelaciones en su coexistencia y simultaneidad, su relativo orden o desorden. Es el resultado de una secuencia y conjunto de operaciones y por lo tanto no puede ser reducido a un rango o a un simple objeto” (1974: 73).

En el Santiago antitético hemos situado nuestra investigación. Y en el nombre de la Alameda, hemos convocado un cúmulo no menor de errores y aciertos, narraciones plausibles y contradictorias respecto a la experiencia urbana. Santiago es también una ciudad invisible. Por allí transitan tantas imágenes y evocaciones: las utópicas, donde la mirada europea y románica de Alonso de Ovalle devuelve a Santiago como un Perú fabulado; las heroicas, la ciudad como una barrera fronteriza, una voz altiva de guerra contra el gallardo araucano; las orgullosas, la ciudad moderna floreciente de álamos de nuestra independencia; las populares, aquellas concentraciones de masas envalentonadas

por revoluciones y futuros; las trágicas, represión y muerte, estados de excepción y desaparecimientos.

Pero la ciudad no solo se piensa como un lugar de sentido simplemente, también constituye la experiencia del habla por parte de quienes la habitan. Dice Armando Silva: “nombrar el territorio es asumirlo en una extensión lingüística e imaginaria; en tanto que recorrerlo, pisándolo, marcándolo en una u otra forma, es darle entidad física que se conjuga, por supuesto, con el acto denominativo” (1997: 48). Urdimbres, posibilidades, palimpsestos a través de los cuales se narra la existencia del *homo socius*⁵²: (El ciudadano) “habla en la ciudad y ésta lo compromete. Condiciones performativas que hacen del individuo un ciudadano que vive sus reglas sociales, pero también establece provocaciones para cambiarla” (Silva, 1997:133).

Dicho de otro modo: la ciudad es un discurso (Barthes: 1997), una multiplicidad de texturas variopintas que revelan su naturaleza: el encuentro entre unos y otros por medio de significados y significantes, imaginarios e imaginaciones, lugares de enunciación que piensan lo urbano como “organización cambiante y de múltiples propósitos” (Lynch, 2000: 112). Así ha sido con motivo de la presente investigación:

La Alameda, metáfora del poder, ícono por el cual se movilizan automóviles y cuerpos, motorizados en su andar por futuros presentes o presentes lejanos, que fluyen de oriente a poniente o de poniente a oriente, pues en ella se designa la vectorialidad del tránsito, las vicisitudes de lo cotidiano, lo flemático y lo novedoso, lo ridículo y lo conmovedor. Este es el pulso físico e imaginario, también histórico, toda vez que manifiesta cierta narrativa republicana que caracteriza la conformación de lo nacional y lo propio, pero que, al mismo tiempo, expresa tensiones y problemáticas, posibilidades y disrupciones, gramáticas del día a día enraizadas, también, en un pasado mítico, muchas veces coaligadas a fenómenos multilocales y multifocales, diagramas globalizantes, hibridaciones culturales y consumos mediales.

⁵² De ahí se derivan, según Silva, dos diferentes maneras de “marcar un territorio”: “uno oficial, señalado por las instituciones y hecho antes de que el ciudadano lo conciba a su manera (...) otro que consiste en una marca territorial que se usa e inventa en la medida en que el ciudadano lo nombra o inscribe (1997: 55).

Preguntarse por esta avenida, es volver la vista a los imaginarios, es preguntarse nuevamente por aquel acto de cartografía: escenarios críticos que piensan la ciudad inserta en la complejidad de lo presente. El espacio urbano -en tanto lugar donde los hombres han afincado un territorio- es un entramado de sentido, una práctica de lugar (De Certeau: 2000), que bajo los procesos de globalización y descolección, se niega a esconder su complejidad, su violencia, su oscuridad, porque precisamente son sus habitantes los que construyen y reconstruyen la realidad social, movilizándolo sus deseos colectivos.

En este sentido, las movilizaciones estudiantiles en La Alameda durante el 2011 han devuelto a la ciudad como narración, de la misma forma que la ciudad compone la trama material desde donde se piensa el imaginario estudiantil. Esto ocurre en un doble sentido:

- El “fin al lucro”, y la “educación gratuita y de calidad”, demandas cardinales del estudiantado, no son ajenas al territorio urbano que soporta la movilización. En este sentido, las convocatorias multitudinarias en el espacio La Alameda permitieron -no exclusivamente, por cierto- la visibilidad simbólica del movimiento estudiantil. Esta arteria se constituye, por tanto, en el espacio material del habla estudiantil. Alfredo Vielma, líder estudiantil secundario, así lo resume: “la propia movilización trató de generar un contacto directo con el poder y de representar con la expresión de marchar en La Alameda que nosotros, de alguna u otra manera, teníamos un acceso a la construcción de un determinado poder”.
- La manifestación estudiantil en La Alameda actualizó el conjunto de imaginaciones en torno a la principal avenida de Santiago: el estudiante -en tanto ciudadano- le reclama a la ciudad su propia *politicidad*, restituyendo, a su vez, cierta interpretación de lo público (una visión evidentemente habermasiana). Esto es, “suspender” en cada movilización la racionalidad normalizadora de la producción y la circulación de bienes y mercancías, principal característica de las sociedades modernas donde se entroniza el gobierno de la subjetividad y el consumo como formas de interacción social y en donde los espacios de la ciudad (donde se sitúa la Alameda) deben tender al flujo y la circulación incesante.

En definitiva: *imágenes* de una modernidad contradictoria son las que ponen en movimiento los imaginarios sociales y las imaginaciones mediáticas; imágenes, donde “aflora la propia urbanidad o personalidad colectiva de una ciudad” (Silva, 1997: 62) y que, en último caso, reiteran el vínculo inexcusable entre imaginario y territorio. Desde el capítulo V, reconocemos esta relación, puesto que “las mentes se despiertan en un mundo, pero también en lugares concretos, y el conocimiento local es un modo de conciencia basado en el lugar, una manera lugar-específica de otorgarle sentido al mundo” (Lander, 2005: 125).

Así, no es posible la aventura del pensamiento, sin la ubicación de ese pensamiento. Implica, de este modo, la afirmación del espacio. El imaginario es *pensar*, pero también *hacer* (Castoriadi: 2007). No es posible disociar ciudad y lenguaje, tal como no se puede retirar del espacio ciudadano la presencia del ciudadano como adscripción y construcción simbólica. “Construir es habitar, es vivir” señala Martín Heidegger, “porque el habitar es el rasgo fundamental del ser, conforme al cual son los mortales” (1993: 179). Entonces, pensar la ciudad es pensar al ciudadano y viceversa. A su vez, repensar la ciudad implica, necesariamente, repensar al ciudadano. Y no solo espacios otros: habitar en tanto construir, localiza la voz autorizada, el *logos*.

Habíamos señalado en el capítulo II que todo pensamiento es situado, toda palabra se da en un lugar y claro está, toda política acontece en un espacio. Ya en Aristóteles se sitúa la importancia del espacio –como anclaje y lugar- de la política.

“Los edificios consagrados a las ceremonias religiosas serán tan espléndidos como sea preciso y servirán, a la vez, para las comidas públicas de los principales magistrados y para la celebración de todos los ritos que la ley o el oráculo de la Pitonisa no han querido que fuesen secretos. Este lugar, que deberá poder verse desde todos los cuarteles que le rodean, será tal como lo exige la dignidad de los personajes que tiene que albergar. Al pie de la eminencia en que estará situado el edificio será conveniente que esté la plaza pública, construida como la que se llama en Tesalia Plaza de la Libertad. No se consentirá nunca que esta plaza se manche dejando tener en ella mercancías, y se prohibirá la entrada en ella a los artesanos, a los labradores y a todo individuo de esta clase, a menos que el magistrado expresamente los llame (Aristóteles, Política, IV, 11).

Hannah Arendt distingue “el lugar” de la polis con el espacio integral del ciudadano, donde se afianza la libertad como garantía plenamente humana (Arendt: 1997). Por el contrario, “Un hombre que solo viviera su vida privada, a quien, al igual que al esclavo, no solo se le permitiera entrar en la esfera pública, o que, a semejanza del bárbaro, no hubiera elegido tal esfera, no era plenamente humano” (p.49). En tal sentido, la ciudad es condición de posibilidad de lo público, espacio de acción⁵³, pues “donde quiera que los hombres viven juntos, existe una trama de relaciones humanas que está, por así decirlo, urdida por los actos y las palabras de innumerables personas” (Arendt, 1995: 105). Esto es, la ciudad como el espacio potencial para producir juntos, “de decidir y obedecer juntos, de comunicarse plenamente” (Lefort, 1990: 34).

En la palabra hay política y con la inevitable politización social, viene la politización del espacio y con ella una deuda pendiente para los que –a través de la comunicación– construyen (y construimos) los relatos del Chile demoliberal: sus calles y avenidas, su malestar y sus sueños. De ahí que el espacio de La Alameda habla desde su *urbanidad* y diagnostica su propia energía imaginaria a través de aquella autoconciencia estudiantil: la conciencia de ser hombre y ciudadano, y querer lo posible (imposible). La tentativa es ya una imposibilidad negada, una coartada de desplazamiento, un tránsito manifiesto como “lugar de acontecimiento cultural y escenario de un efecto imaginario” (Silva, 1997: 19). En definitiva, pensar la Alameda es repensar la ciudad como un espacio vivencial, de semas y ensoñaciones que desplazan todo abismo de destrucción moderna aún de sus evidentes tensiones, o sea, la experiencia moderna entronizada en la imagen de Fausto. De algún modo lo enuncia Berman a propósito de la experiencia de Baudelaire en París cuando se enfrenta al caos de la ciudad: “¿*Qué pasaría si la multitud de hombres y mujeres aterrorizados por el tráfico moderno pudiesen aprender a afrontarlo juntos?*” (Berman, 1998: 164).

En estos tiempos en que, como dijera Antonio Gramsci, lo viejo aún no muere y lo nuevo aún no nace, la erótica de las transformaciones halla su comparecencia entre retazos de memoria, caminos que inevitablemente llegan a La Alameda, en donde se juega la palabra Chile, porque el imaginario precisa su senda (Castoriadis: 2002), devela su naturaleza

⁵³ Véase, Arendt, Hanna, *Sobre la revolución*. Alianza, Madrid, 2004 y Arendt, Hanna, *La condición humana*, Paidós, Buenos Aires, 2005

multiforme, porque tanto como imaginamos habitamos. De ahí surgen las instituciones y las edificaciones, las calzadas y las casas. Es en la historia material (Williams: 2000) donde se crean las conciencias y los discursos, la producción de significados y valores. Y como tal, no agota su energía creadora: el hombre es poesía, productor de *mythos* e imágenes, posibilidad cierta de pensar lo diferente, inventiva de nuevos tiempos y nuevos lenguajes.

Pareciera que, después de 40 años, la premonición de Salvador Allende, en horas trágicas de la historia reciente de Chile, recupera vigor y sentido a la luz del trayecto realizado durante todas estas páginas: la historia no pasa en vano; su tentativa de detenimiento es la porfía de algunos de pretender abjurar de ilusiones y sentidos. En las últimas palabras del ex presidente chileno se haya latente la imprescriptibilidad de lo humano como dominio social y aquel dominio constata la imprescriptibilidad de nuestras ciudades: allí se cobijan nuestros miedos y esperanzas, nuestras contradicciones y efervescencias, y en ellas en las que aflora, la posibilidad cierta de pensar el porvenir de los hombres *mucho más temprano que tarde...*

Bibliografía general

Abril, Natividad (1999). *Periodismo de Opinión*. Madrid. Síntesis.

Agamben, Giorgio (2003). *Homo sacer*. Pre-Textos, Valencia.

Alsina, Rodrigo (1989). *La construcción de la noticia*. Barcelona: Paidós.

Alvira, Francisco; Ferrado García Manuel, Ibáñez, Jesús (2003). *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*. 3 edición. Ciencias sociales. Alianza Editorial.

Anderson, Benedict (2000). *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Traducción de Eduardo L. Suarez. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Arendt, Hannah (1995). *De la historia a la acción*. Universidad Autónoma de Barcelona: Paidós. *Pensamiento contemporáneo*.

Arendt, Hannah (1997). *¿Qué es la política?* Paidós. Barcelona.

Augé, Marc (1998). *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, Editorial Gedisa.

Arancibia, Juan Pablo (2011). *El mito de la democracia: apuntes filosóficos-políticos sobre el orden demoliberal en tiempos de bicentenario* en *Escrituras del malestar*. Chile del Bicentenario. Universidad de Chile.

Babul, Francisca (2009). *Crisis del espacio público y estetización de la política: hacia una nueva democracia audiovisual*. COMUNICACIÓN Y MEDIOS N° 20 / 2009 / ISSN 0716-3991 / pp. X-X. Instituto de la Comunicación e Imagen. Universidad de Chile.

Bajtín, Mijaíl (1999). *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, trad. Julio Forcat y César Monroy, Madrid: Alianza.

Baño, Rodrigo (2012). *A río revuelto, ganancia de emprendedores*. En *Análisis del año 2011*. Departamento de Sociología. Universidad de Chile.

Barthes, Roland (1997). *La Aventura Semiológica*. Paidós: España.

Baudrillard, Jean (2005). *Cultura y Simulacro*. Editorial Kairós.

Bauman, Zygmunt (1996). *En busca de la política*. México. FCE.

Bauman, Zygmunt (1999). *La modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bell, Daniel (1970). *Modernidad y Sociedad de masas en La industria de la cultura*. Madrid: A. Corazón.

Berman, Marshall (1998). *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Editorial Siglo XXI.

Bettetini, G. y Fumagalli, A. (2001). *Lo que queda de los medios*. Navarra: EUNSA.

Bobbio, Norberto (2001). *El futuro de la Democracia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica. Traducción de José F Fernández Santillán.

Borrat, Héctor (1989). *El periódico, el actor político*. Ciudad de México: Gustavo Gili.

Brunner, José Joaquín (1989). *Chile: Transformaciones culturales y modernidad*. FLACSO, Santiago.

Brunner, José Joaquín (1994). *Bienvenidos a la Modernidad*, Planeta, Santiago

Calvino, Ítalo (1991). *La ciudad escrita: epígrafes y grafittis*. En: Rev. Camacol. N.47. Bogotá.

Calvino, Ítalo (2012). *Las ciudades invisibles*. Ediciones Siruela. España, Madrid.

Canclini, García Néstor (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo, México.

Canclini, García Néstor (1995). *Consumidores y Ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Editorial Grijalbo, México.

Castoriadis, Cornelius (2002). *La insignificancia y la imaginación. Diálogos con Daniel Mermet, Octavio Paz, Alain Finkielkraut, Jean- Luc Donnet, Francisco Varela y Alain Connes*. Mínima Trotta. S.A.

Castoriadis, Cornelius (2007). *La Institución imaginaria de la sociedad*. Traducción de Antoni Vicens y Marco- Aurelio Galmarini. Barcelona: Ensayo tus Quets Editores.

Casullo, Nicolás y otros (1999). *La modernidad como autoreflexión. En itinerarios de la modernidad: corrientes del pasado y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la posmodernidad*. Eudeba, Buenos Aires.

Coronil, Fernando (2005). *Naturaleza del poscolonialismo: del eurocentrismo al globocentrismo* en Lander, Edgardo. 2005. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Unidad Regional de Ciencias Sociales y Humanas para América Latina y el Caribe. CLACSO.

Cortázar, Julio (1995). *Rayuela*. Buenos Aires: Alfaguara.

Corrales, Osvaldo; Sandoval, Juan (2004). *Concentración del mercado de los medios, pluralismo y libertad de expresión*. Santiago de Chile: Fundación Chile 21.

Cuadra, Álvaro. (2003). *De la Ciudad Letrada a la Ciudad Virtual*. Chile: LOM Ediciones.

Chartier, Roger (2002). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Editorial Gedisa. S.A Barcelona.

De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano*. Traducción de Alejandro Pescador. Universidad Iberoamericana.

De Ramón, Armando; Gross, Patricio (1985). *Santiago de Chile: Características Histórico Ambientales, 1891-1924*. Monografías de Nueva Historia. Londres.

De Rocka, Pablo (1922). *Los Gemidos*. Santiago: Cóndor.

Dougnac, Paulette; Harries, Elizabeth et al. (2009). *El Diario de Agustín: cinco estudios de casos sobre El Mercurio y los derechos humanos (1973-1990)*. Santiago: LOM Ediciones: Universidad de Chile, Instituto de la Comunicación e Imagen.

Escobar, Arturo. *El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o posdesarrollo?* en Lander, Edgardo. 2005. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Unidad Regional de Ciencias Sociales y Humanas para América Latina y el Caribe. CLACSO.

Foucault, Michael (2004). *El orden del discurso*. Tusquets Editores.

Foucault, Michael (2006). *Seguridad, territorio y población*. Edición establecida por Michel Senellart. Fondo de cultura económica, Argentina, Buenos Aires.

García Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos*. México: Editorial Grijalbo.

García Canclini, Néstor (1999). *El consumo cultural: una propuesta teórica*. En Guillermo Sunkel (coord.): *El Consumo Cultural en América Latina*. Colombia: Convenio Andrés Bello.

Gouldner, Alvin (1978). *La dialéctica de la ideología y de la tecnología*, Alianza, Madrid.

Habermas, Jürgen (1986). *Historia y Crítica de la Opinión Pública. La Transformación de la Vida Pública*. España: Editorial Gustavo Gili. Tercera edición.

Habermas, Jürgen (2001). *Facticidad y validez*. Editorial Trotta, España, Madrid.

Heidegger, Martín (1993). *Ciencia y técnica*. Editorial Universitaria. Santiago.

Ibáñez, Jesús (2003). *Más allá de la sociología: grupos de discusión: teoría y práctica*. Madrid.

Jocelyn, Holt; Alfredo (2004). Volumen 2 y 3. *Historia General de Chile*. Editorial Sudamericana.

Lander, Edgardo (2005). *Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntricos* en Lander, Edgardo. 2005. *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Unidad Regional de Ciencias Sociales y Humanas para América Latina y el Caribe. CLACSO.

Lefebvre, Henri (1961). *Critique de la vie quotidienne*. Vol. II: Fondements d'une sociologie de la quotidianneté, París, L'Arche Editeur.

Lefebvre, Henri (1971). *Introducción a la modernidad*. Editorial Tecnos. Colección de Ciencias Sociales. Serie de Sociología.

Lefebvre, Henri (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid, Alianza Editorial.

Lefebvre, Henri (1974). *The Production of space*. Londres, Blackwell.

Lefort, Claude (1990). *La invención democrática*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.

Lihn, Enrique (1986). *Pena de Extrañamiento*. Santiago: Sinfronteras.

Martín Barbero (1987). *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.

Martín Barbero, Jesús (1995). *Secularización, desencanto y reencantamiento masmediático*. Pre-Textos. Conversaciones sobre las comunicaciones y sus contextos Cali: Programa Editorial Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle.

Martín Barbero, Jesús (1999). *Los descentramientos del arte y la comunicación*, en: Ossa, Carlos (comp): *La pantalla delirante*. Lom Ediciones, Universidad Arcis.

Martín Barbero, Jesús (2002). *Oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Fondo de Cultura Económica.

Martínez Lemoine, René (2007). *Santiago de Chile. Los Planos de su Historia Siglos XVI al XX. De Aldea a Metrópolis*. Ilustre Municipalidad de Santiago. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos. Santiago.

Mayol, Alberto (2012). *El derrumbe del modelo. La crisis de la economía de mercado en el Chile contemporáneo*. Editorial LOM, Santiago de Chile.

Mayol, Alberto (2012). *2011: el fantasma de la democracia*. En *Análisis del año 2011*. Departamento de Sociología. Universidad de Chile.

Milos, Pedro (2007). *Historia y Memoria. 2 de abril de 1967*. Lom Ediciones.

Moraña, Mabel (2000). *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina: el desafío de los Estudios Culturales*. Editorial Cuarto Propio. Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana.

Morin, Edgar (2001). *El cine o el hombre imaginario*. Barcelona: Paidós.

Mouffe, Chantal (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical* (Traducción de Marco Aurelio Galmarini), Bs. As., Paidós.

Moulian, Tomás (1997). *Chile Actual: anatomía de un mito*. Editorial LOM, Santiago de Chile.

Ortiz, Renato (1996). *Mundialización y Cultura*. Alianza editorial, Madrid.

Ortiz, Sergio. (2006). *La interrogación de lo político. Claude Lefort y el dispositivo simbólico de la democracia*. Revista de Investigación Social. Andamios. Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Ossa, Carlos (2000). *El paisaje mórbido* en Comunicación y Medios. Prensa y Transición Año 12, N° 12. (2000).

Ramos, Marcela; Guzmán de Luigi, Juan Andrés (2000). *La guerra y la paz ciudadana*. LOM ediciones.

Rancière, Jacques (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires. Traducción de Horacio Pons.

Rancière, Jacques (2005). *El odio a la democracia*. Introducción, traducción y notas de Eduardo Pellejero.

Reguillo, Rossana (2006). *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanía*. Bogotá, Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Richard, Nelly; Ossa, Carlos (2004). *Santiago Imaginado*. Convenio Andrés Bello.

Rodríguez, Esteban (2000). *Justicia mediática. La administración de la justicia en los medios masivos de comunicación; las formas del espectáculo*. Buenos Aires, Adc-Hoc.

Romero, José Luis (1984). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México: Siglo Veintiuno Editores.

Rozanvallon, Pierre (2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza*. Buenos Aires. Manantial.

Ruíz, Carlos; Sáez, Benjamín (2012). *La irrupción de los hijos de la modernización*. En Análisis del año 2011. Departamento de Sociología. Universidad de Chile.

Salinas, Claudio (2008). Tesis conducente al grado de Magíster en Comunicación Política. *La seguridad y la administración mediática del miedo. El delito en los editoriales de El Mercurio y La Tercera*.

Salinas, Claudio; Stange, Hans (2009). *Rutinas periodísticas. Discusión y trayectos teóricos sobre el concepto y su estudio en la prensa chilena*. Cuaderno de trabajo. Centro de Estudios de la Comunicación.

Santa Cruz, Eduardo (1997). *Estudios sobre comunicación en América Latina: acerca de causas y azares*. Documento de trabajo N°23. Centro de Investigaciones Sociales, Universidad Arcis, Santiago.

Santa Cruz, Eduardo (2007). *La mediatización social y la vulgarización del conocimiento*. Ponencia presentada en el foro debate “El rol de las ciencias sociales en la opinión pública” en el marco de las Jornadas FACSO, Universidad de Chile, Santiago.

Sartori, Giovanni. (2002). *Elementos de teoría política*. Madrid: Editorial Alianza.

Sennett, Richard. (1978). *El Declive del Hombre Público*. España: Ediciones Península.

Schmitt, Carl (1984). *El concepto de lo político*. Folios Ediciones. Buenos Aires.

Silva, Armando (*Imaginario urbanos. Cultura y comunicación urbana*. Bogotá: Tercer Mundo.1997).

Stange, Hans; Jara, René (2004). *La Imagen total. Forma y espacio público ampliado en COMUNICACIÓN Y MEDIOS N° 15 / 2004 / pp. 29-35*. Instituto de la Comunicación e Imagen. Universidad de Chile.

Sunkel, Guillermo; Geoffroy, Esteban. (2001). *La concentración económica de los medios de comunicación en Chile*. Santiago de Chile: LOM.

Taylor, Charles (2006). *Imaginario sociales modernos*. Barcelona: Paidós.

Tuchman, G. (1983). *La producción de la noticia. Estudio sobre la construcción social de la realidad*. Ciudad de México: Gustavo Gili.

Verón, Eliseo (2001). *El cuerpo de las imágenes*. Editorial Norma. Argentina, Buenos Aires.

Verón, Eliseo (2002). *Construir el acontecimiento. Los medios de comunicación masiva y el accidente en la central nuclear de Three Mile Island*. Barcelona: Paidós Comunicación.

Virno, Paolo (2003). *Gramática de la Multitud*. Traducción de Adriana Gómez, Juan Domingo Estop y Miguel Santucho. Madrid, España: Edición Traficantes de Sueños.

Williams, Raymond (2000). *Marxismo y literatura*. Ediciones Península. Barcelona.

Wolton, D. (1998). *La comunicación política: construcción de un modelo*. En J-M. Ferry, & e. al, *El nuevo espacio público*. Barcelona: Gedisa.

Diarios y periódicos

El Mercurio, varias ediciones (2011).

La Segunda (2013, 08 de enero, pp. 19-22). *Los movimientos sociales que conmovieron a Chile (1957-2011)*.

La Tercera (1957, 03 de abril, pp. 8-9) en Milos, Pedro (2007). *Historia y Memoria. 2 de abril de 1967*. Lom Ediciones.

La Tercera, varias ediciones (2011).

Última hora (1957, 02 de abril, p.16) en Milos, Pedro (2007). *Historia y Memoria. 2 de abril de 1967*. Lom Ediciones.

Documentos electrónicos

Durán, Gonzalo; Kremerman, Marco (2012, 02 de abril). *Desigualdad en Chile: el problema es el 1% más rico*. **El Mostrador**. Disponible en

<http://www.elmostrador.cl/opinion/2012/04/02/desigualdad-en-chile-el-problema-es-el-1-mas-rico/>

El Mostrador (2012, 16 de febrero). *OCDE: Invertir más en educación no garantiza mejores resultados*. Disponible en

<http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2012/02/16/ocde-invertir-mas-en-educacion-no-garantiza-mejores-resultados/>

Estrategia (2011, 04 de julio). *Por Qué la Educación Superior Chilena Es la Más Cara del Mundo*. Disponible en http://www.estrategia.cl/detalle_noticia.php?cod=41635

Fressard, Olivier. Revista [Trasversales](#) número 2, primavera 2006. Una primera versión de este artículo, en su original francés, fue publicada en la revista Sciences de l'homme & Sociétés, n° 50, septiembre 2005. En <http://www.fundanin.org/fressard.htm>.

Fundación Terram. Educación 2013, pública y gratuita. Propuesta de reforma de la educación chilena. Elaborado a partir de Frigolett, Hernán; Mayol, Alberto; Muñoz, Salvador; Pizarro, Roberto. Educación 2013. En <http://www.albertomayol.cl/wp-content/uploads/2011/11/Propuesta-Educacio%CC%81n-2013-Terram.pdf>

Fundación este país.

http://www.estepais.com/site/wpcontent/uploads/2011/01/17_fep_resultadospisa_237.pdf

Garretón, Manuel Antonio (2004). *Estado nacional y democracia en tiempos de globalización: los desafíos para Chile y América Latina*. Publicado en *América Latina mira al Bicentenario: Desafíos de la democracia, la cultura y las identidades*. Foro Bicentenario. Disponible en:

<http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:AamAataXAA8J:www.manuelantoniogarreton.cl/ultimos1.html+&cd=2&hl=es-419&ct=clnk&gl=cl>

Gruppi, L. (1978). *El concepto de hegemonía en Gramsci*. México: Ediciones de Cultura Popular. Consultado el 21 de junio de 2012. Disponible en:

http://www.gramsci.org.ar/12/gruppi_heg_en_gramsci.htm.

Chillón Lluís Albert (1994). *La literatura de fets*. Barcelona, Librergraf en Fernández Parrat, Sonia (1998). *El reportaje en prensa: un género periodístico con futuro*. Revista Latina de Comunicación Social, 4. Recuperado el 14 de julio del 2013 de

<http://www.ull.es/publicaciones/latina/z8/r4absonia.htm>

Informe de Desarrollo Humano del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). 1998. Disponible en <http://hdr.undp.org/es/informes/mundial/idh1998/>

Koolhaas, Rem (1995). *The Generic City*. En: Koolhaas, Rem y Bruce Mau, SMLXL (Small Medium Large Extra Large). The Monacelli Press, New York en Opazo, Daniel. *Dos aproximaciones a la relación entre consumo y espacio público: feria libre y mall como*

espacios representativos de ciudades paralelas en Santiago de Chile. Disponible en:
<http://laciudadnoshabita.bligoo.cl/media/users/9/475982/files/39374/mallyferialibreespaciospublicos.pdf>

Pash, Oreste (1949). *La Alameda*. Revista En Viaje. Edición N° 183. Enero de 1949. Disponible en Memoria Chilena:

http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0028356

Ramonet, Ignacio (2001) en <http://www.lafactoriaweb.com/articulos/ramonet.htm>

Rodríguez, Jahir (1999). *El Palimpsesto de la Ciudad: ciudad educadora*. Disponible en

<http://www.slideshare.net/smmtoacan/el-palimpsesto-de-la-ciudad>

Simonsen, Elizabeth (2011, 14 de septiembre). *Ocde: Chile tiene mayor gasto de las familias en educación, pero menor empleabilidad*. La Tercera. Disponible en:

<http://diario.latercera.com/2011/09/14/01/contenido/pais/31-83579-9-ocde-chile-tiene-mayor-gasto-de-las-familias-en-educacion-pero-menor.shtml>

Valencia, Roberto (2011, 07 de noviembre). *Chile ocupa últimos lugares en ranking de competitividad por calidad de educación*. La Nación. Disponible en

<http://www.lanacion.cl/chile-ocupa-ultimos-lugares-en-ranking-de-competitividad-por-calidad-de-educacion/noticias/2011-11-07/121148.html>.

Wittgenstein, Ludwig (1999). *Investigaciones filosóficas*. Traducción Alfonso García Suárez y Ulises Moulines. España: Ediciones Altaya. Disponible en

http://www.upv.es/laboluz/leer/books/Investigaciones_Filosoficas.pdf

World Economic Forum. http://www3.weforum.org/docs/WEF_GCR_Report_2011-12.pdf

Zañartu, Sady (1975). *Santiago Calles Viejas: historias de cuando sus nombres salieron del barro materno con la fuerza de lo que ha de vivir, porque daba el pueblo su agua de*

bautismo. 1a. ed. Santiago: Gabriela Mistral. 159. Disponible en Memoria Chilena: http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0037458

Entrevistas

Ballesteros, Camilo. Ex presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Santiago (Feusach). Entrevista realizada el 5 de diciembre del 2012.

Bollman, Amanda. Ex relacionadora pública de la Asamblea Coordinadora de Estudiantes Secundarios (ACES). Entrevista realizada el 16 de enero del 2013.

Fuentes, Freddy. Ex presidente del centro de alumnos del Liceo de Aplicaciones. Entrevista realizada el 17 de diciembre del 2012.

Grez, Sergio. Licenciado en Historia (1980) y Magíster en Historia (1982) por la Université de Paris VIII, Francia. Entrevista realizada el 10 de diciembre del 2012.

Guzmán de Luigi, Juan. Periodista y coautor del libro *La Guerra y la Paz Ciudadana*. Entrevista realizada el 6 de septiembre del 2010.

Jocelyn-Holt, Alfredo. Doctor en Historia de la Universidad de Oxford, 1992. Profesor del Magíster en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Chile. Entrevista realizada el 18 de diciembre del 2012.

Ramírez, Enrique. Ex vocero político de la ACES (2010-2011). Entrevista realizada el 17 de diciembre del 2012.

Salazar, Gabriel. Doctor en Historia. Premio Nacional de Historia en 2006. Entrevista realizada el 3 de diciembre del 2012.

Soto, José. Ex presidente del Centro de Alumnos del Instituto Nacional. Entrevista realizada el 28 de noviembre del 2012.

Tapia, Danae. Ex presidenta del Centro de Alumnos del Liceo Carmela Carvajal. Entrevista realizada el 4 de febrero del 2013.

Vielma, Alfredo. Ex vocero de la ACES. Entrevista realizada el 3 de octubre del 2013.